

5089/1



UNIVERSIDAD PANAMERICANA

ESCUELA DE ECONOMIA
Estudios Incorporados a la U.N.A.M.

3
25



EL ENFOQUE MISIANO DE LA INFLACION Y EL CICLO ECONOMICO

TESIS PROFESIONAL

QUE PARA OBTENER EL TITULO DE:
LICENCIADO EN ECONOMIA
P R E S E N T A ;

ALFONSO JESUS DELINT CASTILLO

DIRECTOR DE TESIS,
LIC. ARTURO DAMM ARNAL

MEXICO, D. F.

TESIS CON
FALLA LE ORIGEN

1989



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

**EL ENFOQUE MISIANO DE LA INFLACION Y EL
CICLO ECONOMICO**

Índice.

Introducción	pagina	I
Capítulo I. Ludwig von Mises y sus concep- tos sobre la ciencia económica.	"	1
I.1. Los austriacos y Mises.	"	1
I.2. La praxeología y la economía.	"	4
I.3. Praxeología e historia.	"	13
I.4. Comprobación experimental en economía.	"	17
Capítulo II. La entaláctica e la teoría del mercado.	"	23
II.1. El problema del valor y la formación de los precios.	"	23
II.2. Oscilaciones de los precios.	"	33
II.3. El cambio indirecto.	"	40
II.4. La actuación empresarial y el modelo de giro uniforme.	"	44
II.5. La economía estacionaria, progresiva y regresiva.	"	60
II.6. El fenómeno del interés.		
Capítulo III. La teoría misiana de la inflación.	"	77
III.1. El dinero y su función básica.	"	77
III.2. Demanda y oferta de dinero.	"	83
III.3. Variaciones en el poder adquisitivo del dinero.	"	93
III.4. Indices de precios.	"	117
III.5. Inflacionismo y deflacionismo.	"	123
III.6. Inflación y tasa de interés.	"	147
III.7. Inflación y reasignación de recursos.	"	159

Capítulo IV. La teoría misiana del ciclo económico.	página	161
IV.1. La expansión monetaria y crediticia: el período de auge.	"	161
IV.2. El reajuste del mercado: la depresión.	"	180
IV.3. Los enfoques no monetarios del ciclo económico.	"	203
IV.4. Las medidas contracíclicas.	"	211
IV.5. El retorno al orden monetario.	"	219
Capítulo V. El progreso económico.	"	238
V.1. El subdesarrollo y los derechos de propiedad.	"	238
V.2. La democracia política y económica.	"	256
VI. Conclusiones.	"	263
VII. Referencias.	"	273
VIII. Obras consultadas.	"	279

EL ENFOQUE MISIANO DE LA INFLACION
Y EL CICLO ECONOMICO

INTRODUCCION.

"(Los grandes economistas son) un puñado de hombres que pueden alegar un extraño título a la celebridad. Si nos guásemos por las normas que rigen en los libros de historia que sirven de texto en las escuelas, ese puñado de hombres fueron seres sin importancia; no estuvieron al frente de ejércitos, no enviaron hembres a la muerte, no madaron imperios y tuvieron escasa participación en las decisiones que moldearon la Historia. Algunos de ellos adquirieron notoriedad, pero ninguno llegó a la categoría de héroe nacional; algunos fueron víctimas de duras agresiones verbales, pero a ninguno llegó a considerarse como una vergüenza nacional. Y, sin embargo, lo que ellos hicieron tuvo en la Historia influencia más decisiva que muchas acciones de los estadistas a quienes la gloria confirió su máximo brillo; produjeron transformos que fueron, con frecuencia, más profundos que al ir y venir de los ejércitos a través de las fronteras, y tuvo mayor eficacia, para bien o para mal, que muchos decretos y leyes promulgados por cámaras y legislaturas. Lo que esos hombres hicieron fue moldear y regir las inteligencias humanas.

Y como todo aquel que recluta inteligencias humanas adquiere un poder superior al de la espada y al del cetro, estos hombres ... moldearon y rigieron el mundo ... calladamente, en la obscuridad, y sin impartirles gran cosa lo que el mundo dijese de ellos. A pesar de lo cual, como huella de su paso, dejaron imperios destrozados y continentes en erupción; apuntalaron o socavaron regimenes políticos; levantaron a unas clases contra otras, y enfrentaron entre sí a las naciones ...; pero no porque se propusiesen hacer daño, sino por la potencialidad extraordinaria de sus ideas."

Robert L. Heilbrunn

A lo largo de los estudios de la licenciatura en economía, siempre hubieron dos materias que más me agradaron: Historia económica general e Historia del pensamiento económico. No sólo eso, sino que al cursar y estudiar las otras materias -Microeconomía, Macroeconomía, Teoría y Política monetaria, Comercio Internacional, Desarrollo Económico, entre otras-, frecuentemente trataba de encontrarles un sentido histórico: ¿Quién había

formulado determinada teoría o determinado esquema teórico? ¿En qué época? ¿A qué escuela de pensamiento económico pertenecía el autor? ¿Dentro de qué contexto elaboró la teoría o el modelo teórico?. Todo esto me provocó un gran entusiasmo hacia el estudio de estas disciplinas. Me interesa mucho entender y profundizar en la historia; no únicamente en la historia de la economía, sino en los acontecimientos históricos en general: Los tiempos o edades históricas, las grandes culturas, las grandes imperios, la actuación de reyes, caudillos, presidentes, líderes. El intentar comprender al hombre según la determinada cultura, región y época histórica en su vida -cotidiana, tratando de "trasladarme" mentalmente hacia allá, en el tiempo y en el espacio. Igualmente siento una gran atracción hacia el estudio de la historia de la cultura, de la filosofía, de la ciencia política, de la literatura; de las humanidades en general.

Ha dicho Paul Samuelson, que la economía es una ciencia que forma parte de las "dos culturas", es decir, en su estudio se combinan la parte matemática y estadística, con la parte humanística. Algunas personas gustan más de la primera de ellas y otras prefieren la parte humanística -histórica-. Evidentemente, en la actualidad, la parte matemática, domina el panorama, llegando al extremo de que los investigadores no presentan modelos matemáticos sofisticadísimos -verdaderos galimatías-, muy formales, pero, en ocasiones, apartados de la realidad que enfrentan los sujetos económicos cotidianamente. Me parece que, por momentos, se está fraguando una reacción, o una vuelta hacia los estudios históricos y humanísticos, como una búsqueda en las ideas del pasado, para tratar de encontrar soluciones a los graves problemas económicos que enfrentamos. Creo, que el economista moderno debe tratar de comprender y dominar ambas "culturas".

Es esta una tesis que se enmarca dentro de la historia del pensamiento económico; específicamente trata sobre Ludwig von Mises y sus ideas acerca del fenómeno inflacionario y de las fluctuaciones económicas. Por supuesto, cabe formularse la pregunta: ¿Por qué Mises?. Mises es uno de los economistas a quien más tengo interés en conocer; pero debo decir, que no es el único a quien quisiera comprender a fondo. Muchos otros podrían haberse elegido. Incluso cuando me decidí a hacer un trabajo histórico, pensé ini-

cialmente en John Stuart Mill, y posteriormente en algún teórico menos conocido -Nicolas Oresme-. Sin embargo, mi interés en Mises aumentó, producto de las cátedras del licenciado Arturo Damm, así como de las pláticas, -que fuera de clase tuve con él. De esta forma, me interesé por la escuela austriaca en general y por Mises en particular. Pronto leí sus "Seis lecciones sobre el capitalismo", lo cual me llevó de la mano a otras de sus obras, desde luego a su "Acción Humana". Lo anterior, unido a mi interés -también histórico- por las diferentes explicaciones que se han formulado sobre el fenómeno del ciclo económico, me hicieron escoger este tema. Posteriormente, después de leer la Acción Humana y la Teoría del dinero y el crédito, comprendí que debía explicar el fenómeno inflacionario, antes de abordar al estudio del ciclo económico; más aún, debía explicar muchos otros conceptos más, para poder plasmar todas las ideas misianas acerca de las fluctuaciones cíclicas. Dentro de estos conceptos que era necesario analizar están: la praxeología misiona, su teoría monetaria, sus concepciones sobre la ciencia económica, sus ideas políticas, sus ideas acerca de la función empresarial y muchos otros. Siguiendo este camino, poco a poco se fué estructurando la tesis. Por otro lado, igualmente importante, desde las primeras lecturas de Mises, se me vino a la mente la idea de que sus enfoques teóricos, preludiaban -sin perder por ello conceptos muy originales suyos- a los monetaristas y a los teóricos de la escuela de las expectativas racionales. Por ello, esta tesis pretende dar una explicación completa y exhaustiva del enfoque misiona de la inflación y el ciclo económico, al tiempo que busca demostrar que Mises, preludia a los economistas -antes mencionados, y que pudiera darnos la clave, o por lo menos ideas dignas de considerarse, para explicar y tratar de solucionar el grave problema de la estanflación que padecen tantas economías. Además de lo anterior, trata de mostrar, diferentes conceptos misianos sobre toda la economía, la política económica, la praxeología, el desarrollo económico, los problemas monetarios, etcétera. En particular creo que se deben destacar sus críticas sobre el malthusianismo imperante, al que antes aludíamos. Por último, el estudio de las ideas misianas, nos sirve para tener de alguna forma, un parámetro, para comprender y cuestionar a otros pensadores económicos, en

especial a los clásicos, a Marx, a la escuela histórica alemana y a Keynes, junto con todos los dirigistas e intervencionistas.

Como estudiante, me he dado cuenta, de que nada surge de la nada. Por ello, he requerido para elaborar mi propio pensamiento, de la influencia de un notable pensador económico. Ha sido preciso buscar un punto de apoyo, para intentar comprender fenómenos tan complejos como la inflación y el ciclo económico con todas sus consecuencias. Partir de un gran autor - presidente, a pesar de todo, no quiere decir hacer de él un fetiche, adorarlo y jurar sobre su palabra. De hecho, tengo algunas dudas e interrogantes sobre ciertos conceptos misianos; lo cual es un fuerte incentivo para estudiar más tanto a Mises como la historia del pensamiento económico. Decían los medievales, los cuales tenían un respeto exagerado por la autoridad de sus autores clásicos, que los modernos, sus siendo "enanos" - y en mi caso "muy enanos" - en comparación con aquellos, al apoyarse en ellos se convertían en "enanos a hombros de gigante", con lo cual veían más allá que sus predecesores. Ojalá y esto se haya cumplido por lo menos en una pequeña parte. Estaría muy satisfecho, si este trabajo proporcionara un nuevo ángulo o una nueva óptica al hacer una lectura o relectura de Mises.

En una visión panorámica de la tesis, empezariamos diciendo que se divide en cinco capítulos; los dos primeros sirven de fundamentación y de apoyo para poder comprender cabalmente a los dos siguientes, que son la sustancia de todo el trabajo; ya que en ellos se abordan el tema de la inflación y el ciclo económico vistos bajo el enfoque misiono. El último capítulo, muestra las ideas de Mises para lograr que un país tenga un proceso sostenido de desarrollo económico.

Desglosando un poco más la temática del trabajo, diría, que el capítulo primero, nos da a conocer los conceptos misianos sobre la ciencia económica. Hablamos ahí de su praxeología -ciencia general de la acción humana, de la cual la economía es parte-, de la historia económica -como disciplina- en relación a la teoría económica, de la comprobación experimental y de la utilización de las matemáticas en el terreno económico. Además, damos a conocer algunos datos biográficos de la vida de Mises, al tiempo que hablamos un poco de la escuela austriaca.

En el capítulo segundo, consideramos el problema del valor, la formación de los precios, cambios en los mismos; hablamos del cambio indirecto, de la actuación del empresario y de la dinámica de la economía. Introducimos los modelos de la economía de giro uniforme, la economía progresiva, regresiva y estacionaria. Por último tratamos el fenómeno del interés, el cual es clave para comprender las fluctuaciones cíclicas.

Con base en los conceptos expuestos en los dos primeros capítulos, pasamos a estudiar la teoría misionera de la inflación. Para ello empezamos - hablando del dinero y sus funciones en la economía, del mercado financiero y crediticio, de las variaciones en el precio del dinero. Pasamos luego a estudiar la inflación y la deflación, destacando sus negativas consecuencias en la sociedad y en la economía. En este tercer capítulo, ya aparece clara, la anticipación de muchas ideas monetaristas y de los teóricos de las expectativas racionales, por parte de Mises.

El corazón del trabajo lo constituye el capítulo IV, hablamos ahí de - los períodos de auge y depresión en la economía; su origen, evaluación y consecuencias; la manera de evitarlos y de acortarlos. Contrastamos la explicación misionera con otras teorías y hacemos, por boca de Mises, una petición de vuelta al orden monetaria. Mostramos, en este capítulo, el gran paralelismo entre Mises, los monetaristas y las expectativas racionales.

Por último, en el capítulo quinto, tratamos ideas centrales, dentro de las teorías misioneras, acerca del proceso de desarrollo económico, la importancia de contar con una legislación adecuada, de aclarar y respetar los derechos de propiedad, y de promover la democracia política y económica para crear un entorno que favorezca la generación de riqueza.

Para terminar esta introducción, conviene hacer un comentario sobre las citas de la tesis: Al tratarse de un trabajo sobre un autor en particular, las obras de Mises se han citado, con abreviaturas, para evitar una búsqueda tediosa al lector. De cualquier manera, consúltese la bibliografía al final del trabajo.

EL ENFOQUE MISIONERO DE LA INFLACION Y EL CICLO
ECONOMICO

I. Ludwig von Mises y sus conceptos sobre la ciencia económica.

I.1. Los austriacos y Mises.

"La idea de que podemos desentendernos de las opiniones de cuantos pensadores nos han precedido, quita todo fundamento a la esperanza de que nuestra obra sea de algún valor para los que nos su cedan."

Morris R. Cohen.

Ludwig Edler von Mises nació en 1881 en la ciudad de Lemberg, perteneciente en aquella época al imperio austro-húngaro. Pronto marchó a Viena, donde a comienzos de siglo, se graduó en economía y derecho. Creció en la época más brillante de la escuela austriaca: Solamente siendo interpretadas a la luz de esta escuela de pensamiento económico pueden resultar cabalmente comprensibles sus numerosas contribuciones científicas.

Llegado a Viena, Mises se dedicó a estudiar con ahínco y profundidad el pensamiento de los austriacos, destacándose pronto, como uno de los más aventajados estudiantes del seminario que todavía mantenía Eugen von Böhm-Bawerk.

Entre los principales economistas comprendidos dentro de la escuela austriaca podríamos mencionar a: Carl Menger (1840-1921), Friedrich von Wieser (1851-1926), y el mencionado Eugen von Böhm-Bawerk (1851-1914). Como continuadores de estos grandes maestros se encuentran, el propio Mises (1881-1973) y su discípulo, el Premio Nobel Friedrich Hayek (1889-).

El método de la escuela austriaca es normalmente deductivo y no matemático. La principal contribución de los austriacos a la economía, reside en la teoría subjetiva del valor. Menger fue uno de los primeros pensadores en formular la teoría de la utilidad marginal, que fue más

ampliamente desarrollada y difundida por Tieser y Bühm-Bawerk. El desarrollo de la teoría subjetivista y marginal revolucionó el pensamiento económico, cuestionando severamente a los clásicos ingleses Adam Smith (1723-1790), David Ricardo (1772-1823), John Stuart Mill (1806-1873), así como a Karl Marx (1818-1883), en lo que atañe al problema del valor.

La escuela austriaca cuenta con características propias, pero aún así, participa dentro de un pensamiento económico más amplio que es la llamada escuela neoclásica o marginalista. Esta se desarrolló en distintos países, mediante las aportaciones de personas diferentes, que en un principio trabajaron de manera aislada. De hecho, por curioso que parezca, ha sido frecuente en la historia de la ciencia, el que distantes investigadores descubran una misma realidad casi simultáneamente. Lo anterior fue lo que sucedió, específicamente en el año de 1871, cuando William - Stanley Jevons, en Inglaterra; León Walras, en Suiza; y Carl Menger, en Viena; resolvieron la arcaica paradoja del valor, alumbrando con ella - la economía neoclásica. Cabe señalar que ya con anterioridad había sido intuida la solución al problema del valor, por el banquero inglés Samuel Bailey (1791-1870), que criticó duramente el objetivismo de David Ricardo; así como por el alemán Hermann Heinrich Gossen (1810-1858), quien plantea seriamente la solución marginal, pero nadie reparó en ella, hasta que precisamente Jevons la sacó a la luz (1). Por otra parte, el enorme prestigio de las doctrinas ricardianas, dificultó la aceptación y difusión del ideario de Jevons en el estrecho mundo de la Inglaterra victoriana. La doctrina de Walras careció igualmente de impacto, y su pensamiento vino a ser aprovechado para estructurar una microeconomía matemática, que a la larga iba a ser muy criticada por los austriacos y por otros (véase sección 1.4.). Así las cosas, todo parece indicar que le corresponde a Carl Menger de la Universidad de Viena, el honor de haber formulado la auténtica teoría neoclásica, fundamentando así a la escuela austriaca, en un momento histórico en que el cuestionamiento hacia las teorías tradicionales había llegado a tal grado, que era preciso un profundo replanteamiento.

Los marginalistas en general y los austriacos en particular, siguieron una metodología abstracta y deductiva. Se centraron en el margen, - es decir, en el punto de cambio en que se toman las decisiones para explicar los fenómenos económicos. Otorgaron importancia a los efectos de los pequeños incrementos y decrementos en las cantidades económicas. Enfatizaron en el actuar del individuo y en las acciones de los sujetos económicos individuales haciendo tomar a la ciencia económica un cauce subjetivo y psicológico: el individuo es el personaje principal del drama económica. En consonancia con lo anterior, la demanda se convirtió - en la fuerza predominante en la determinación del precio, sin dejar de considerarse, desde luego, los costos de producción, o el lado de la oferta, del que tanto se habían preocupado los clásicos, al tratar el problema del valor. Aunque para Mises y los austriacos, la división no existe (véase sección I.5.), se puede decir que el enfoque marginalista es microeconómico más que macroeconómico; y aunque tampoco los austriacos contribuyeron a su desarrollo, ni los recomendaron, otros marginalistas - Alfred Marshall, Jevons, Wilfredo Pareto, Walras, John Bates Clark, Francis Ysidoro Edgeworth - utilizaron nuevos y poderosos instrumentos de análisis económico, especialmente representaciones gráficas y técnicas matemáticas sofisticadas.

También merece ser señalada otra característica de los marginalistas, que consiste en el aumento en el número e importancia de economistas de diferentes nacionalidades: norteamericanos, italianos, suizos, austriacos, los cuales, junto con los ingleses - que habían dominado anteriormente el panorama del pensamiento económico - expusieron y desarrollaron las nuevas concepciones teóricas. Cabe agregar, que la escuela neoclásica o marginalista, se identificó en gran medida, como ya hemos dicho, - con Austria, país que presentaba en aquellos años, todavía un desarrollo económico incipiente.

1.2. La praxeología y la economía.

"Mises nos ha dado un método definitivo que encuadra todo el pensamiento económico y social. Ya se concuerde o no con él en todos los detalles, diffícilmente puede haber una materia importante sobre la que el lector de su obra no obtenga enseñanza y decisivo estímulo."

Friedrich A. Hayek.

A pesar de los notables trabajos de sus maestros, Mises advirtió a no tardar, que era preciso avanzar más, que el pensamiento austriaco no sabía cómo llegar a las conclusiones últimas que derivaban de sus propias premisas; había lagunas que era preciso colmar. De hecho, así sucede normalmente con el progreso científico: discípulos y continuadores, partiendo de las enseñanzas del maestro -moviéndose más bien en círculos o en espirales que en líneas rectas-, superan y mejoran su ideario magistral. Entendió Mises, que la teoría económica, inclusive la versión vienesa que tanto admiraba y de la que era tributario, no estaba completamente sistematizada; había que precisar bien sus bases metodológicas y darle mayor concreción y claridad a la teoría del dinero, que por momentos parecía desangarzada del resto del sistema austriaco. Por tal motivo se propuso dar a la ciencia económica la base metodológica precisa, la definitiva fijación, sistematización y coronación de la escuela austriaca. Para ello nos hablará de la acción humana vista en conjunto, fundando así, su praxeología, como más adelante veremos.

Para Mises, la revolución que en el mundo científico provocaron los economistas clásicos, fue complementada por la economía subjetiva, que venía a transformar el puro análisis de los precios en la teoría general de la acción humana. En este sentido, la ciencia económica abrió a la investigación una zona virgen y ni siquiera imaginada anteriormente.

El advertir la existencia de leyes inmutables que regulan la secuencia e interdependencia de los fenómenos sociales, desborda el sistema tradicional del saber. Se alumbraban conocimientos que no eran ni lógicos, ni matemáticos, ni tampoco psicología, física o biología. (AH.p.17).

Los fenómenos en la actividad humana, se ajustan a leyes regulares que es preciso respetar por quien desea alcanzar específicos objetivos o fines. Mises nos aclara:

...la sustitución de la doctrina clásica del valor por la nueva teoría subjetiva representaba bastante más que reemplazar imperfecta explicación del intercambio mercantil por otra mejor. Era teoría general de la elección y la preferencia rebasaba el campo al que los economistas, desde Cantillan, Hume y Adam Smith hasta John Stuart Mill, circunscribieron sus estudios. Implicaba que ya no bastaba el simple análisis del "aspecto económico" del esfuerzo humano, tendiente exclusivamente a conseguir lo que el hombre, para el mejoramiento de su bienestar material, precisara. La acción humana, en cualquiera de sus aspectos, era ya objeto de la nueva ciencia. Todas las decisiones del hombre presuponen efectiva elección. Cuando las gentes las llevan a efecto deciden no sólo entre diversos bienes y servicios materiales; al contrario, cualquier valor humano, sea el que sea, entra en la opción. Todos los fines y todos los medios -las aspiraciones materiales y las espirituales, lo sublime y lo despreciable, lo noble y lo vil- ofrecen al hombre a idéntico nivel para que elija, prefiriendo unos y repudiando otros. Nada de cuanto los hombres ansían o repugnan queda fuera de tal única elección. La teoría moderna del valor venía a ampliar el horizonte científico y a ensanchar - al campo de los estudios económicos. De aquella economía política - que la escuela clásica sistematizara, emergía la teoría general de la acción humana, la praxeología (2). Los problemas económicos o catalácticos quedaban enmarcados en una ciencia más general, integración imposible ya de alterar (1). Todo estudio económico ha de partir de actos consistentes en optar y preferir; la economía constituye una parte, si bien la mejor trabajada, hasta ahora, de una ciencia más universal, la praxeología. (A.H.p.21).

Para Mises y su discípulo Hayek, la cataláctica es la teoría general del intercambio en el mercado libre, mientras que la praxeología, constituye una nueva ciencia que se ocupa de la actividad humana. Vale la pena remarcar del párrafo anterior la frase: "...-las aspiraciones materiales y las espirituales, lo sublime y lo despreciable, lo noble y lo vil-..." en la que se observa, que la praxeología, engloba y desborda el ámbito de la economía, la cual siude tan sólo al aspecto, digamos mercantil del hacer del hombre.

Podemos afirmar que Mises, pretende situar los problemas económicos dentro del amplio marco de una teoría general de la acción humana. Considerando la situación prevalente en el pensamiento económico y en los estudios políticos referentes a las cuestiones fundamentales de la organización social, no es posible considerar de manera aislada el problema cataláctico propiamente dicho, pues en realidad, no constituye sino una rama de la ciencia general de la acción humana, o sea, la praxeología.

La praxeología estudia la acción humana como tal, de modo genérico y universal. No se ocupa de las circunstancias particulares del medio en que el hombre actúa ni del contenido concreto de las valoraciones que le impulsan a practicar específicos actos. La praxeología parte en sus estudios, de las efectivas circunstancias fisiológicas y psicológicas del hombre que actúa, de sus auténticos deseos y valoraciones, de las teorías, doctrinas e ideologías que mantiene por estimarlas idóneas para, dada la realidad circundante, alcanzar mejor las metas por él ambicionadas... (AE, pp. 941-942).

Me parece entender que Mises, al hablar de su praxeología, destaca los conceptos de costo de oportunidad, elección y de escasez: Si optamos por una cosa, debemos renunciar a otras, a las que en circunstancias diversas no habríamos querido renunciar. El costo de oportunidad representa el sacrificio de un bien para obtener otro bien. La escasez de los medios para satisfacer fines de importancia diversa es una condición siempre presente en la conducta humana. Esto caracteriza la unidad temática de la praxeología, es decir, todas las formas que reviste la conducta humana - al disponer de medios que son escasos, para satisfacer los fines o necesidades ilimitadas. De manera que, todo tipo de conducta humana cae dentro del campo de las generalizaciones económicas, en la medida en que presenta ese aspecto. No decimos que la producción de pan es una actividad económica y que no lo es la producción literaria; más bien se señala que tiene un aspecto económico cualquier tipo de actividad en la medida en que supone la renuncia o el sacrificio de otras cosas, otras mercancías u otras actividades. Vista así, la ciencia económica no tiene más fronteras que ésta. La limitación de medios es tan general, que incluye de algún modo en prácticamente todos los tipos de conducta humana (4).

La praxeología misiona, en principio, se interesa por la actuación - del hombre individualizado. En un segundo momento, se enfrenta con la - cooperación humana, analizando la actuación social. La acción es obra - siempre de seres individuales; los entes colectivos operan, ineludiblemente, por mediación de uno o varios individuos. De tal forma que si comprendemos la esencia de las acciones individuales, por fuerza conocemos lo relativo a la actuación de las colectividades. Un grupo social carece de existencia y realidad propia, independientemente de las acciones de sus miembros, ya que la vida colectiva se plasma en las actuaciones de quienes la integran. No se puede concebir un ente social que pudiera operar sin mediación individual. Por tanto, el único camino que conduce a entender a los entes colectivos, es el conocimiento de la actuación individual (AH, pp. 31, 78 y 79). Por otra parte, la economía, dentro del enfoque misiona, aparece como una ciencia teórica que se abstiene de establecer normas de conducta. No pretende señalar a los hombres cuáles metas deban perseguir; exclusivamente quiere averiguar los medios más idóneos para alcanzar aquellos objetivos que otros determinan. Jamás pretende indicar a los hombres los fines que deban apetecer. Las elecciones últimas, la valoración y elección de las metas a alcanzar, quedan fuera del ámbito de la ciencia económica. Esta nunca dirá a la humanidad qué deba desear, pero en cambio, si procurará indicar los medios más adecuados para alcanzar los objetivos concretos que diga apetecer o a los que desea llegar.

La acción humana es una conducta reflexiva, consciente, voluntaria; - que pretende alcanzar precisos fines y objetivos. El hombre al actuar procura alcanzar un fin. De dos cosas que no puede disfrutar al mismo tiempo, elige una rechazando la otra. La acción, por tanto, implica siempre preferir y renunciar. Actuar no supone solamente hacer, sino también dejar de hacer aquello que podría ser realizado (AH, pp. 37-39). Es la valoración subjetiva, de acuerdo a la voluntad y al juicio personal lo que hace a las gentes más o menos felices o desgraciadas. En este sentido, - de acuerdo con Mises, nadie es capaz de dictaminar que ha de proporcionar

nar mayor bienestar al prójimo: es una cuestión absolutamente personal.

... El fin último de la acción siempre es la satisfacción de algún deseo del hombre actuante. Puesto que nadie puede reemplazar los juicios de valoración del sujeto en acción por los propios, vano resulta enjuiciar los embelos y las voliciones de los demás. Nadie está calificado para decidir qué hará a otro más o menos feliz ... (AH.p.46).

La praxeología no se interesa por los fines u. objetivos últimos que la acción pueda perseguir. Sus enseñanzas resultan válidas para cualquier tipo de actuación, independientemente del fin a que se aspire: "... Constituye ciencia atinente, exclusivamente, a los medios; en modo alguno a los fines ..." (AH.p.40).

La razón humana no es infalible, con frecuencia el hombre se equivoca, tanto en la elección de medios como en su utilización. Una acción inadecuada al objetivo propuesto no produce el resultado esperado, claro que no por dejar de obtener la finalidad perseguida, dejará de ser una conducta racional, sino lo que podemos calificar de incongruente.

A la praxeología misma, como hemos visto, le concierne el aspecto de la conducta humana que proviene de la escasez de medios para satisfacer necesidades materiales e inmateriales ilimitadas. De ahí que la praxeología es enteramente neutral frente a los fines, los cuales, en definitiva, no le interesan. Supone que los hombres tienen objetivos o fines, entendidos éstos como tendencias que pueden definirse y comprenderse en un momento determinado. La praxeología trata de averiguar cómo la escasez de medios condiciona la realización de los objetivos humanos; cómo la asignación de medios escasos depende de las valoraciones finales de los hombres. Al afirmar lo anterior, pareciera que a la praxeología y a la economía, les preocuparan en especial las conductas que podemos calificar como "bajas". Pero al economista no le interesan los fines mismos, sino la forma en que el logro de ellos es limitado. Los fines pueden ser "nobles" o "bajos", si se pueden llamar así; pero si la consecución de un conjunto de fines supone el sacrificio de otros, entonces esa actividad tiene un aspecto económico, y esto sería lo relevante.

vante (5). La praxeología misma trata de dar conclusiones que sean válidas para los pueblos de todas las épocas, razas y clases y sociales (AH. p.25). Sus aseveraciones, así como las de la economía, resultan válidas - para todo tipo de acción humana, independientemente de los motivos, causas o fines en que ésta se fundamente. Para Mises, los juicios finales - de valoración y los fines últimos de la acción humana, son hechos e datos perfectamente determinados para cualquier forma de investigación científica y no se prestan a ningún análisis ulterior (AH.p.49). En definitiva: La praxeología y la economía tratan de los medios y sistemas adoptados - para la consecución de los fines, su objeto de estudio son los medios, - nunca los fines; por lo mismo, se abstienen de efectuar juicios de valor (AH.p.1274).

En cuanto a la cuestión de si la economía es una ciencia normativa o - positiva, Mises termina de aclararnos los conceptos:

... Imaginemos que cierto economista se pone a analizar si la medida a es o no capaz de provocar el efecto p, para cuya consecución se - pretende a aquella recurrir; su investigación llévale a descubrir - que a no sólo no produce p, sino que da lugar a g, consecuencia ésta que incluso quienes recomendaban aplicar a consideran perniciosas. - Tal vez nuestro hombre, a la vista de lo anterior concluya diciendo que la medida a es "mala"; dicha expresión, sin embargo, en sus labios, no supone expresar juicio de valor alguno. Quiere simplemente - decir que si bien desea conseguir el objetivo p no debe recurrir a la medida a ... La economía enjuicia las actuaciones humanas exclusivamente a la luz de su idoneidad para alcanzar los fines deseados ... (AH.pp.1271-1272).

Mises es bien conocido por haber sido un investigador que analizó diferentes aspectos científicos en general y económicos en particular, procurando estar libre de sus propias opiniones, metas, ideales o creencias; en una palabra: libre de juicios de valor. Para él, la autoridad de la - ciencia sufriría un menoscabo, si el científico permitiera que sus perso-

malas valoraciones se insinuyeran en sus estudios; de tal manera que lo mejor es tener una ciencia libre de cualquier juicio de valer; nuestro economista austriaco, trataba de ser así incorruptible e imparcial en su búsqueda de saber científico. Pero al mismo tiempo creía que la ciencia económica, podía demostrar la ventaja de vivir en una sociedad libre. Lo anterior nos lleva a un falso dilema: Por un lado, Mises quiere estar libre de influencias y de juicios de valoración; por otro, nos dice que el intervencionismo en la economía es malo. Pero la solución al acertijo es fácil: Como ya decíamos, él habla del mal no como un moralista o filósofo, sino dentro del alcance de la economía; las políticas económicas intervencionistas son malas desde el punto de vista de que los objetivos o metas que persiguen -progreso económico, generación de riqueza, estabilidad de precios, altos niveles de empleo, salarios reales altos, etcétera-, no se van a lograr bajo esos medios, por ello la política es mala o errónea o errada. Así por ejemplo Mises dirá, que al control de precios es una política mala, desde el punto de vista de quien la instituye o realiza, ya que provocará resultados contrarios a los deseados, en este caso, escasez del bien en cuestión (6). Y continúa Mises esclareciéndonos la naturalidad de la praxeología y su postura acerca de las relaciones entre ética y economía:

... Los fines, como decíamos, constituyen datos irreductibles, son puramente subjetivos, difieren de persona a persona y, aun en un mismo individuo varían según el momento. La praxeología y la economía se interesan por los medios idóneos para alcanzar las metas que los mortales, en cada circunstancia elijan. Jamás pronunciarse acerca de los problemas morales; no participan en el debate entre el sibilismo y el ascetismo. Sólo les preocupa determinar si los medios adoptados resultan o no apropiados para conquistar los objetivos que el hombre efectivamente, dice, desea alcanzar.

Los conceptos de anormalidad o perversidad, por consiguiente, carecen de vigencia en el terreno económico. La economía no puede estimar perverso a quien prefiera lo desagradable, lo dañino o lo doloroso a lo agradable, lo benéfico a lo placentero. La economía, acerca de tal sujeto, sólo predica que es distinto a los demás; que le gusta lo que otros detestan; que persigue lo que otros rehúyen; que

goza en soportar el dolor mientras los demás prefieren evitarlo. Los términos normal y anormal, como conceptos definidos, pueden ser utilizados por la antropología para distinguir entre quienes se comportan como la mayoría y quienes constituyen seres atípicos o extravagantes; también cabe servirse de ellos en sentido biológico para separar aquellos cuya conducta apunta hacia la conservación de la vida, de quienes siguen vías perniciosas para su propia salud; igualmente, en sentido ético, cabe, con arreglo a los mismos conceptos, - distinguir entre quienes proceden correctamente y quienes actúan de modo distinto. La ciencia teórica de la acción humana, en cambio, no puede admitir semejantes distinciones. La ponderación de los fines últimos resulta, invariablemente, subjetiva y, por tanto, arbitraria. (AM. pp.157-158).

Hemos dicho anteriormente, que hacer una tesis sobre algún tema de un economista sobresaliente, no quiere decir que se haga de él un fetiche y jurar sobre su palabra. En este sentido, creo que la concepción tanto de la praxeología como de la economía misma y de su discípulo Michel Robbins no es definitiva del todo. Conuerdo con sus conclusiones de que toda conducta humana que se halla bajo la influencia de la escasez, tiene un aspecto económico; y que se habla de bueno o malo en economía, tomando en cuenta los medios para alcanzar los objetivos deseados. Pero creo que en ocasiones, se habla de economía y ética como si no hubiera ninguna relación entre ambas. Estoy convencido de que al deber ser moral tiene primacía sobre el progreso económico. Solamente entiendo a la praxeología misma y a la economía, cuando son finalmente tributarias de la ética; - ciencia que nos ilumina acerca de los fines del hombre; principalmente de su fin último: al cual tendemos por lo menos de manera virtual (7). Aunque economía y ética son independientes en su ámbito; y aunque la ética - no juzga sobre las leyes económicas, que nos ilustran acerca de las relaciones de medio y fin, e indican qué fines son posibles en su terreno; sería sin embargo equivocado separar los dominios de lo económico y lo ético hasta al punto de que aquél carezca de toda dependencia de éste. No

hay una praxecología, ni una economía abstracta separada del hombre y de su conciencia. Como afirma Lises, toda actividad praxecológica es una decisión humana; pero precisamente por ello, está sometida a la ley moral. La ética no es el ámbito, pero sí el precepto de la economía y a la primera le corresponde juzgar, decidir y recomendar las soluciones propiamente económicas, con arreglo a unos criterios y a una escala de valores trascendentes. En esta misma línea, quisiera, humildemente comentar, que los conceptos lisesianos de persona, sociedad, familia, trabajo, Estado, entre otros, me dejan dudas en cuanto a su radical fundamentación.

I.3. Praxeología e historia.

"Ideas y sólo ideas, pueden iluminar las densas tinieblas que nos circundan. El pensamiento fecundo, sin embargo, hay que saber presentarlo, para que sea acogido favorablemente por quienes no quieren hacer el esfuerzo de pensar, aunque en ello les va la vida..."

Ludwig von Mises.

Las ciencias de la acción humana se dividen, para Mises, en dos ramas principales: la praxeología y la historia. El conocimiento, diferenciación e interrelaciones entre ambas, nos aclara mucho al respecto del concepto misiano de economía, historia económica y lo que podríamos llamar -por utilizar una terminología común- sus recomendaciones de política económica:

La historia recoge y ordena sistemáticamente todas las realidades engendradas por la acción humana. Se ocupa del contenido concreto de la actuación del hombre. Examina las empresas humanas en toda su multiplicidad y variedad, así como las actuaciones individuales en cualquiera de sus aspectos accidentales, especiales y particulares. Analiza las motivaciones que impulsaron a los hombres a actuar y las consecuencias provocadas por tal proceder. Abarca cualquier proceder de la actividad humana. Existe, por eso, la historia general, pero, también, la historia de sucesos particulares; historia de la actuación política y militar, historia de las ideas y la filosofía, historia económica, historia de las diversas técnicas, de la literatura, del arte y de la ciencia, de la religión, de las costumbres y de los usos tradicionales, así como de múltiples otros aspectos de la vida humana ... (AH-p.61).

Para todas las ciencias históricas, el pasado constituye su objeto fundamental de estudio. No nos ilustran, con enseñanzas que puedan aplicarse a la totalidad de la actividad humana, o sea, también a la acción futura. El conocimiento histórico no sirve para estructurar teorías ni para predecir el futuro. "...Los hechos no hablan, sino que necesitan que se hable de ellos por boca de una teoría." (TDC.p. 520). Toda realidad histórica, por lo mismo, puede ser objeto de interpretaciones varias y, en realidad ha sido siempre interpretada de los modos más diversos (AH-p.63).

Los conocimientos que las ciencias de la acción humana manejan, ayudan siempre a fenómenos complejos, engendrados por la concurrencia de diversas causas. Vistos simplemente así, no permiten evidenciar la certeza o el error de alguna teoría. Por el contrario, esos fenómenos sólo se tornan inteligibles interpretándolos a la luz de armazones teóricos previamente deducidos. En este sentido, los hechos históricos, para tener coherencia tienen que estar previamente interpretados por el conocimiento - praxeológico. El que dicha interpretación de la realidad se estime o no correcta depende del juicio personal que nos merezcan las propias teorías formuladas con anterioridad mediante el razonamiento apriorístico.

La historia no puede instruirnos acerca de normas, principios o leyes generales. Resulta imposible deducir, a posteriori, de una experiencia - histórica, alguna teoría o teorema referente a la actuación o conducta humana (AH.p.78). La historia no sería más que un conjunto de acontecimientos sin filiación, un mundo de confusión, si no fuera posible ordenar e interpretar los hechos mediante el sistematizado conocimiento praxeológico. Mises escribió:

... en la esfera de la historia, la praxeología viene a imponer a la interpretación de los hechos restricciones semejantes a las que las teorías experimentalmente contrastadas imponen cuando se trata de interpretar y aclarar específicas realidades de orden físico, químico o fisiológico. La praxeología no es una ciencia de índole histórica, sino de carácter teórico y sistemático. Constituye su objeto la acción humana, como tal, con independencia de las circunstancias ambientales, accidentales o específicas que pueden adorar individualizadas actuaciones. Sus enseñanzas son de orden puramente formal y general, ajenas al contenido material y alas condiciones peculiares - del caso de que se trate. Aspira a estructurar teorías que resulten válidas en cualquier caso en el que efectivamente concurren aquellas circunstancias implícitas en sus supuestos y construcciones. Los asertos y proposiciones de la misma no derivan del conocimiento experimental. Como los de la lógica y la matemática, son de índole - apriorística. La correspondiente veracidad o falsedad no puede ser contrastada mediante el recurso a acontecimientos y experiencias. Se trata de antecedentes, tanto lógicos como cronológicamente considerados, de toda comprensión de la realidad histórica. Constituyen - obligado presupuesto para la aprehensión intelectual de los sucesos históricos. Sin su concurso, los acontecimientos se presentan ante el hombre en caleidoscópica diversidad e ininteligible desorden. (AH.pp.63-64).

El razonamiento apriorístico es siempre conceptual y deductivo. La conclusión que, lógicamente, se puede alcanzar mediante dicho razonamiento, se deduce de las premisas establecidas, en las cuales aquella ya estaba implícita. Desde luego que el nuevo conocimiento alumbrado gracias a la deducción, es fecundo, ya que nos permite advertir los conceptos que en las premisas se hallaban ocultos. Nos hace evidente lo que antes resultaba oscuro, además al mismo tiempo rigor científico a nuestras conclusiones y haciendo que la ciencia avance.

Descubrir el sentido y trascendencia de la actuación del hombre, es la alta misión que Mises le ha fijado a las ciencias de la acción humana. Para lograrlo, recurren estas ciencias, a dos diferentes procedimientos metodológicos: la comprensión y la concepción. El conocimiento praxeológico es siempre conceptual, se refiere a cuanto es obligado en toda acción humana, por ello implica, invariablemente, manejar categorías y conceptos universales. En cambio el conocimiento histórico se refiere a la especificidad de cada evento o conjunto de eventos; analiza sus objetos de estudio mediante los instrumentos verbales que otras ciencias le proporcionan. Una vez realizada esta labor se enfrenta con su tarea genuina: la de descubrir mediante la comprensión las condiciones privativas e individuales del acontecimiento de que se trate.

Evitadamente, el análisis de los múltiples acontecimientos referentes a la acción humana, constituye el objeto de la historia; sin embargo, esta disciplina es incapaz de reflejar efectivamente los hechos:

... una auténtica y plena reproducción del ayer exigiría recrear el pasado entero, lo cual, por desgracia, resulta imposible. La historia no equivale a una copia mental; es más bien sintetizada imagen de ciertos tiempos, formulada en términos verbales. El historiador jamás puede hacer "que los hechos hablen por sí mismos. Ha de ordenarlos según el ideario que informe su exposición. Nunca podrá reflejar todos los acontecimientos concurrentes; limitase, por eso, simplemente a destacar aquellos hechos que estima pertinentes. Jamás, desde luego, apocrea las fuentes históricas sin suposiciones previas. Bien pertrechado con el arsenal de conceptos científicos de su tiempo, o sea, con el conjunto de ilustración que le proporcionan la lógica, las matemáticas, la praxeología y las ciencias naturales, sólo entonces hállase capacitado para transcribir e interpretar el hecho de que se trate. (AH, pp.86-87).

... Ningún historiador -ni siquiera el más ingenuo reportero o cronista- refleja todos los sucesos como de verdad acontecieron. Ha de discriminar, ha de destacar ciertas realidades, que estima de mayor trascendencia, silenciando otras circunstancias ... (AH.p.87).

La comprensión histórica nunca puede llegar a conclusiones que hayan de ser aceptadas por todos; los historiadores pueden coincidir en la interpretación de las ciencias no históricas: incluso tal vez concuerdan en que los factores a, b y c contribuyeron a provocar el efecto p. Sin embargo pueden disantir gravemente al ponerar la trascendencia de cada una de dichos factores en el resultado finalmente producido (AH.pp.100-101). Además de ésto, concurre otra circunstancia trascendente: Depende de las propias teorías sustentadas por el historiador el que un determinado aspecto se tome en consideración y otro se deje de lado al examinar al evento histórico de que se trate. El historiador nunca refleja la totalidad de las circunstancias concurrentes, sino tan sólo aquellas que considera de mayor interés de acuerdo a los puntos doctrinales que mantenga, omitiendo lo que estima irrelevante para la interpretación del suceso en cuestión. "... Los trabajos históricos carecen prácticamente de valor cuando su autor ha sido cegado por erróneas teorías." Cabe destacar, que el concepto mixiano de comprensión, no se aplica exclusivamente al terreno histórico; finalmente todos lo utilizamos en la vida práctica; cualquier persona, al observar las circunstancias del medio ambiente y la incertidumbre del futuro recurre a la comprensión. Mediante ella supesamos la importancia de los factores intervinientes que pincurran la realidad futura. Así se podría decir que el hombre contempla el futuro con ojos de historiador.

Entonces, para Mises, al intentar explicar la realidad de nuestro mundo debemos apoyarnos en la concepción praxeológica y en la comprensión histórica, exigiendo esta última dominar las ciencias naturales. Sólo así, podemos vislumbrar y prever el futuro (AH.p.942). Cada rama del saber nos ilustra, pero de manera diferente e incompleta, por lo que es preciso la complementación entre todas las ciencias. No podemos despreciar a ninguna disciplina si de verdad queremos conocer la realidad.

I.4. Comprobación experimental en economía.

"... las falsedades, una vez que pasan al dominio público, se hacen anónimas, perdiendo las sutilezas o vaguedades - que pueden observarse en los autores - que más han cooperado a su propagación. La doctrina se simplifica; y el sofisma, enterrado en una maraña de distingos, ambigüedades o ecuaciones matemáticas, surge a plena luz ..."

Henry Hazlitt.

De acuerdo con la concepción praxeológica y la comprensión histórica, de las que hemos venido hablando, es imposible recopilar realidades objetivas sin estructurar una teoría. Una simple asociación de dos hechos, o la inclusión de ambos en una misma clase, presupone ya recurrir a una específica teoría. Sólo el análisis teórico, es decir, la ciencia praxeológica, puede aclararnos si los dos eventos de referencia guardan entre sí alguna relación. Únicamente confrontando a la luz de una previa concepción teórica, es posible determinar la relación entre dos fenómenos (8).

Actualmente, es común escuchar, que para explicar los crecimientos económicos, convendría organizar el estudio de esta disciplina de acuerdo con los métodos seguidos en medicina, física o química. Tal opinión desconoce la radical diferencia metodológica existente entre ciencias naturales y -ciencias de la acción humana. No hay duda de que los enormes y exitosos conocimientos aportados por las ciencias naturales, son fruto de la observación y la experimentación, gracias a las cuales, se pueden examinar siladamente cada una de las circunstancias del fenómeno que interesa. En estas ciencias es irrefutable la procedencia del empirismo. Pero no es menuda cierto, que se yerra gravemente al pretender rechazar todo conocimiento a priori y suponer que la lógica, la matemática y la praxeología deban ser consideradas como disciplinas empíricas y experimentales (AH.pp.62, 65, 1251-1252). La praxeología misma, parte del individuo que actúa, del hombre que siente deseos, que pretende alcanzar específicos objetivos, que cavila en torno a cómo conseguir precisos fines. Carecen de interés para esta ciencia, imaginarios sujetos que, como si fueran piedras o moléculas,

se comportaran conforme a leyes físicas predeterminadas. No puede haber regularidades históricas y leyes cuantitativas en la esfera típicamente humana, ya que los mortales operamos de manera dispar, según los personales impulsos que en cada momento nos hacen actuar.

El que la teoría económica no pueda ser sometida a comprobación ni a refutación experimental tanto en la esfera del conocimiento - puro como cuando de su práctica utilización se trata, confiere a la misma particular condición. Las medidas que un acertado razonamiento económico aconseja provocan las consecuencias deseadas; mientras que las dictadas por vanas lucubraciones, en cambio, no alcanzan - metas apetecidas. Los correspondientes resultados, sin embargo, - constituyen pura experiencia histórica, es decir, experiencia de - fenómenos complejos. Nunca pueden, por tanto ... servir para compro- bar o refutar teorema económico alguno. La adopción de erróneas me- didas económicas engendra, desde luego, consecuencias indeseadas. Tales consecuencias indeseadas carecen, no obstante, por se, de a- quel indiscutible poder sumatorio del que, en cambio, gozan las rea- lidades experimentalmente atestiguadas por las ciencias naturales. Sólo la razón, sin en ningún caso recurrir a comprobación experimen- tal alguna, es capaz de demostrar la procedencia o el error de un - teorema económico. (AH.p.1245).

La anterior cita, tiene una gran trascendencia en el ámbito económico y social, ya que nos muestra lo difícil que es comprender la certeza e inexorabilidad del pensamiento praxeológico. Nadie discute el resultado de un experimento bien practicado; pero el planteamiento de las cosas en el campo del conocimiento económico es muy diferente: aquí no es evidente la verdad o el error. Se trata de fenómenos, que por su propia naturaleza, se pueden interpretar de diferentes maneras. Finalmente sólo la razón puede demostrar la veracidad de un teorema económico. Pero entonces, cabe la pregunta: ¿como puede ser científica una disciplina donde no cabe la ponderación ni la medición? Kiese responde que, cuando se trata de ciencias especulativas como la filosofía o la economía, el progreso científico sólo es posible a fuerza de pensar, reflexionar y meditar (AH.pp.1259-1260). La praxeología parte de unos cuantos axiomas generales, referentes a la esencia y naturaleza de la acción humana: las conclusiones que posteriormente se van entretejiendo, son deducciones de aquellas axiomaticas premisas: que el hombre actúa; que prefiere unas co

sas a atrás; que recurre a la acción para alcanzar objetivos; que estas objetivos son cambiantes, pero en cada momento concretos y específicos; que el factor tiempo influye en el actuar, etcétera (9).

Puede bien, se equivoca el economista que pretenda hablar por medio de la estadística, de preestablecidas leyes del actuar humano. Cada acontecimiento, cada suceso histórico es único y diferente. Ha sido provocado por la voluntad, por el actuar de personas que sienten, que piensan, que se influyen. Por ello, en economía, de nada valen estadísticas ni tests; que de ser fiables, constituyen sólo historia económica. La estadística y la historia de nunca valen a la economía si no van acompañadas de una explicación deductiva de los hechos. Ningún análisis de la historia económica, ni siquiera el correspondiente al más inmediato pasado, puede sustituir al puro razonamiento económico. La economía exige recurrir al razonamiento abstracto. La ciencia económica nunca puede ser experimental ni empírica; siendo erróneo, por ello, tomar a la física como modelo y patrón para la investigación económica (AH.p.p.26 y 1253). Le basta al economista, para llevar a cabo sus investigaciones, si contar con una mente lúcida, capaz de discernir entre la complejidad de circunstancias concurrentes cuáles de éstas sean esenciales y cuáles sólo accidentales.

... La historia económica es posible en razón a que existe una teoría económica, la cual explica las consecuencias económicas de las actuaciones humanas. Sin doctrina económica, toda historia referente a hechos económicos no sería más que mera acumulación de datos inconexos, abiertos a las más arbitrarias interpretaciones. (AH.p. 92).

La historia económica es, desde luego, una importante disciplina; pero por interesante que sea, no se debe confundir con el verdadero análisis económico. El conjunto de datos estadísticos e históricos e históricos que se obtienen por la medición económica, no cabe emplearlos a posteriori, para con ellos establecer hipótesis y teoremas. Dicha información por el contrario, sólo cobra sentido cuando es interpretada a la luz de previas teorías lógicamente deducidas, y estructuradas con total independencia de la que aquellos estudios puedan decir. Ninguna discu-

sión económica puede solucionarse con la sola visión de los hechos históricos; es preciso recurrir a las teorías praxeológicas (AH.pp.1272-1273). Por supuesto que no se trata de enfrentar estérilmente a la economía y a la historia económica. Cada rama del saber tiene su propio mérito y utilidad, no existiendo en absoluto antagonismos entre ellas.

La pretensión de estructurar a la economía como si fuera ciencia física y experimental -como hemos visto-, fue siempre rechazada por Mises. Los experimentalistas -como él les llama-, entienden que la tarea del -economista, al igual que quien estudia física, consiste en descubrir un conjunto de leyes de cuantitativa regularidad que regirían la conducta humana, deduciendo de ellas normas a cuyo amparo se pudiera predecir el futuro y cuya legitimidad cabría, a posteriori, contrastar o verificar mediante ulteriores análisis estadísticos. Hablaríamos aquí de ingeniería social, que manipularía a los hombres, ordenando su conducta como si se tratara de objetos inanimados, lo cual, sencillamente, no es verdad (véase sección II.4.).

La realidad económica consiste fundamentalmente en actividades humanas, por ello no se ubica en el inmenso mundo físico, sino en el complejo mundo social. Por ello Mises, con base en su praxeología siempre criticó "...Las hay tan en boga sistemas estadísticos y matemáticos -derivados del ideario de León Walras, el neoclásico suizo- sistemas que prácticamente han excluido el lenguaje y la lógica discursiva del análisis económico. Mises justificaba así la postura antimatemática de clásicos y -austriacos (muchos de los cuales sin embargo, fueron destacados matemáticos)." (10). Las ecuaciones, en el mejor de los casos, lo único que describen es un mundo intemporal y estático. "... De ahí que las matemáticas, en el terreno económico no sólo resulten inútiles, sino además engañosas, tan pronto como se aparta uno de aquel imaginario Nirvana de la regular economía, pretendiendo, en cambio, analizar la realidad que nos circunda, ese mundo donde el factor tiempo opera, donde hay anhelos, donde se hacen planes, donde éxitos se cosechan y fracasos se padecen." (11). Otro vicio advertida por Mises, acerca de la aplicación de las matemáti

cas en economía, consiste en la imposibilidad de las funciones matemáticas para reflejar claramente los fines y los medios; las causas y los efectos en las actuaciones humanas. Un ejemplo de su crítica a la aplicación de las matemáticas lo tenemos en los siguientes párrafos que hablan de la determinación del precio de equilibrio en microeconomía:

Cabe representar esta interacción de la oferta y la demanda mediante dos curvas, cuyo punto de intersección nos daría el precio. También cabe expresar lo mismo con símbolos matemáticos. Pero conviene advertir que tales representaciones para nada afectan la esencia de la teoría y si en un adorno suplieran nuestros conocimientos. No debemos olvidar que nada, mental ni experimentalmente, sabemos de la configuración de dichas curvas. Sólo conocemos precios de mercado, es decir, el punto de intersección de esas hipotéticas curvas; de ellas mismas, nada. Dichas representaciones tal vez puedan encerrar interés docente para algunos de los que a veces principiantes. Para la auténtica investigación cataláctica, en cambio, no constituyen más que puro pasticcio. (An.p.p.503-504).

... (A los estudiantes universitarios,) se les ha saturado, en los cursos de economía matemática, de fórmulas y ecuaciones que recogen unos hipotéticos estados de equilibrio, donde no hay ya actividad humana. Comprenden que dichas ecuaciones de nada sirven cuando se trata de abordar el mundo económico real. Resulta pues ... que aquel equilibrio que con tanto interés estudiaron jamás en la práctica se alcanza ... (An.p.1262).

Las matemáticas por definición, tratan de lo cuantitativo. La capacidad volitiva de los hombres, su libre albedrío, sus preferencias personales, sus ambiciones, no caen en el ámbito de la cantidad. Por ello su utilización en economía debe de ser cuidadosa en extremo. Me parece entender, que no es que misen retrace completamente los estudios empíricos, sino que aboga para que el estudioso conozca primero a fondo la teoría praxeológica y a la luz de ella dirija e interprete dichos análisis. El es partidario de la reflexión profunda y trascendente, sin aceptar jamás, los galimatías matemáticos, quizá bellamente definidos bajo esquemas muy formales, pero apartados de la realidad y de los verdaderos problemas a solucionar. Tampoco serán muy útiles para misen, los trabajos econométricos, que necesariamente parten de estadísticas, de datos históri

cas, de hechos ya acontecidos; de los cuales no se puede inferir ninguna ley económica. Las ciencias físicas, amparándose no en la deducción sino en la inducción, descubren leyes cuantitativas, constantes e invariables, porque todo, en el terreno no humana tiende a ser regular e inmutable; - los átomos ni gustan, ni padecen. Cuando de actuaciones humanas se trata, ya que los humanos sí gozamos y sí padecemos, el método experimental de la física resulta inaplicable; de nada sirvieraquí ni las estadísticas ni la inducción (12).

También creo entender que Mises no rechaza totalmente a la econometría, sino cuestionarle para que sea utilizada de manera muy eficiente, por ejemplo, como guía para alumbrar lo que puede acontecer en el futuro inmediato; sin caer nunca en el error de considerar a las ecuaciones económicas como leyes inmutables en el terreno de la acción humana.

Para cerrar este capítulo, que nos ha planteado las principales ideas misianas sobre la praxeología y la economía, me gustaría comentar, que en mi opinión, la ciencia económica es indivisible, no admitiendo subdivisiones ni secciones particulares. Siempre ha de tenerse presente, incluso en análisis particulares, la inexorable interconexión de todos los fenómenos de la acción humana. No hay problema cataláctico que pueda ser resuelto estudiando a un específico sector productivo. En el campo del saber económico no hay más que un solo cuerpo de conocimiento científico (AH.p.1261). De tal manera que el estudio de la economía no puede hacerse un especialista, que cultiva una cierta rama de la ciencia económica. Al abordar cualquier tema debe tener presente el sistemático conjunto del saber económico (AH.p.17). Dicho sea de paso, quizá por esto, la presente investigación sobre el enfoque misianos de la inflación y el ciclo económico, sea largo, ya que hubo la necesidad de hablar de muchos otros conceptos, para lograr comprender la explicación misiona de los fenómenos mencionados.

II. La dialéctica o la teoría del mercado.

II.1. El problema del valor y la formación de los precios.

"MISS PRISM.- ... (Dirigiéndose a Cecilia.) Cecilia, me harás el favor de estudiar tu lección de economía política mientras regreso; el capítulo sobre la baja de la su pia lo puedes omitir. Resulta demasiado - sensacionalista para una joven. Hasta los problemas monetarios tienen su lado melodramático. (Se aleja por el jardín ...).

CECILIA.- (Toma los libros y los arroja so bre la mesa.) ;Qué horror de la tal econ mía política; ..."

Oscar Wilde. f

"La importancia de llamarse Ernesto"

Durante la segunda mitad del siglo XIX, en el ámbito del pensamiento económico, había serias dudas, sobre los planteamientos de la escuela clásica, principalmente en la concerniente al problema del valor. La teoría económica necesitaba una revisión y una completa reformulación. Para Mises, buena parte de los cuestionamientos hacia David Ricardo y hacia - Stuart Mill - que eran en ese momento los máximos exponentes del pensamiento económico clásico-, se debían a una errada metodología. Los clásicos habían abordado, cada vez más, el estudio de la economía, partiendo - del supuesto comportamiento de arbitrarias clases sociales, grupos o entes colectivos -trabajadores, terratenientes, capitalistas-; olvidando al individuo: al agente que en realidad opera y actúa en el escenario económica. Por ello, no pudieron llegar a explicar completamente las fuerzas - que determinan el valor y los precios del mercado. No pudieron advertir el carácter puramente humano y personal de los juicios de valoración. Pasaron por alto al consumidor, que es quien finalmente orienta la actividad mercantil. Parece ser que fue Samuel Bailey el primero en percatarse de la íntima naturaleza de todo acto que suponga preferir una cosa a - otra (véase sección I.1.). Sin embargo su ensayo, al igual que los escritos de otros percursoras de la teoría subjetiva del valor, no fue tomado por nadie en consideración (1). Los clásicos ingleses, a pesar de su indy

nable perspicacia, fueron incapaces de resolver completamente, lo que - ellos mismos denominaban la paradoja del valor, o sea, el problema de por qué valía el pan menos que los diamantes, pese a ser aquel más útil que éstos. Recalcitrantes siempre a centrar su atención en el consumidor, no podían explicarse qué era en definitiva, lo que determinaba los precios del mercado. Desorientados, pensaron que el valor era algo propio e inherente a las mercancías, como su peso o su dureza y que el propio proceso productivo -la manipulación de la materia- iba paulatinamente revalorizando los bienes. Incapaces de encontrar solución a esta cuestión finalmente buscaron en los costos materiales de producción la causa del valor de las cosas, sin percatarse de que, el costo de una satisfacción no es sino - aquella otra de la que nos vemos obligados a prescindir para poder alcanzar la primera. Marx llevando hasta sus últimas consecuencias lógicas el pensamiento de Ricardo, llegó a afirmar, que es exclusivamente el trabajo lo que da valor a las mercancías: es decir, los bienes en que se ha incorporado trabajo contienen valor y carecen de él en caso contrario. Para - los marginalistas, esta solución clásico-marxista, no podía prevalecer, - ya que, en primera instancia, dejaba sin explicar el valor de los factores naturales de producción, que constituyen buena parte de los bienes económicos: ¿Por qué vale para un hombre un árbol, un bosque -que ha crecido sólo-, una extensión de terreno, una mina o una cantera, donde no - hay trabajo alguno incorporado?. "Un traje no vale ocho veces más que un sombrero porque represente ocho veces más de trabajo -relación esta última que se mantiene con independencia del valor del sombrero y del traje-, sino que la sociedad está dispuesta a invertir ocho veces más trabajo en el traje, porque luego, una vez terminado, valdrá ocho veces más que un sombrero" (2). En concreto, para Mises y toda la escuela austriaca las - apetencias de los consumidores constituyen la única causa y razón de la - producción y el intercambio mercantil. El hecho de que los clásicos no - vieran esto, les provocó abandonar su ambicioso plan de llegar a estructurar una teoría general de la acción humana. Se tuvieron que contentar con formular una teoría dedicada exclusivamente a explicar las actividades - del hombre de negocios, que aspira siempre a comprar en el mercado más

barato y a vender en el más caro, descuidando el hecho de que las preferencias de cada y cada uno de los humanos es el decisivo factor económico a considerar. El individuo, el consumidor, quedaba excluido de su campaña de observación (AM.pp. 108-109). Mises abunda en estos conceptos:

Repasemos el pensamiento económico que prevalecía cuando la moderna teoría del valor fue elaborada por Carl Menger, William Stanley Jevons y León Walras. Quien pretenda excluir la más elemental teoría del valor y los precios, comenzará, evidentemente, por intentar basarse en el concepto de utilidad. Pero, llegado a este punto, surge un problema en cuya solución los economistas clásicos fracasaron. Creyeron observar que había cosas cuya "utilidad" era mayor y que - sin embargo, se valoraban en menos que otras de "utilidad" menor. El hierro, a no dudar, en el mercado, es menos apreciado que el oro. Tal realidad parecía enar por tierra toda teoría del valor y de los precios que partiera de los conceptos de utilidad y valor en uso. Abandonaron, por eso, los clásicos tal terreno, pretendiendo intrusivamente aplicar los fenómenos del valor y del cambio por otras vías.

Advertieron, sin embargo, después, los economistas que era el imperfecto planteamiento del problema lo que engendrada la aparente paradoja. Las valoraciones y decisiones que plasman los tipos de cambio en el mercado no suponen elegir entre el oro y el hierro. El hombre, al actuar, nunca se ve en el caso de escoger entre todo el oro y una cierta cantidad de hierro. Al decidirse entre cien onzas de oro y cien toneladas de hierro, su elección no guarda relación alguna con la decisión que adoptaría si se hallara en la muy improbable situación de tener que optar entre todo el hierro y todo el oro existente. En la práctica, lo único que cuenta para tal sujeto es si, bajo las específicas condiciones concurrentes, alguna satisfacción directa o indirecta que puedan reportarle las cien onzas de oro mayor o menor que la satisfacción que derivaría de las cien toneladas de hierro. Al decidirse, no está formulando ningún juicio filosófico o académico en torno al valor "absoluto" del oro o del hierro; en nada alguno hallase dictaminado él, para la humanidad, importa más el oro o el hierro ... Se limita a elegir entre dos satisfacciones que no puede, al tiempo, disfrutar. (AM.pp.196-197).

Las soluciones de los austriacos, a diferencia de las ricardianas, gozaban de generalizada vigencia, precisamente por utilizar una metodología diferente. Centraban su atención en el individuo, en la actividad de quienes efectivamente operan, movidos por sus deseos y preferencias personales. Partían, en sus análisis, de las apreciaciones y aspiraciones del consumidor, quien actúa basándose en su propia escala de valoraciones; la cual, sumada, combinada y entrelazada con la del resto de las personas, forma la demanda total consumidora, que, a su vez, impulsa y ordena a to-

da la actividad productiva. Gracias a que fijaron su atención en el individuo, que es quien opera en el mundo real, los vieneses advirtieron que la producción se orienta a satisfacer los deseos de los consumidores. Concluyeron, que ninguna actividad productiva, considerada en sí misma, daba valor a los correspondientes bienes o servicios productivos. El valor de la cosa britaria, una vez producida, de las apreciaciones subjetivas de los individuos. Por ejemplo, supongamos una persona que dedicara muchos años de trabajo y múltiples otros medios a fabricar un impresionante triciclo de vapor; si, ofrecido tan singular artificio al mercado, no hubiera comprador, el artefacto carecería completamente de valor por grande que hubiera sido la inversión (3). De tal manera que en el proceso de valoración el consumidor juega el papel clave. El es quien orienta la producción; quien premia con ganancias y castiga con pérdidas al productor.

Los austriacos, centrando su atención en el individuo, pudieron resolver las paradojas que tanto habían inquietado a los clásicos. Porque nadie, como hemos visto, se plantea el dilema de valorar y preferir entre todo el pan y todos los diamantes. Con base en este nuevo enfoque, los vieneses concluyeron que al aumentar el número de unidades disponibles de un bien, menor sería el valor que el consumidor atribuiría a todas y cada una de tales unidades. Una persona que llevara varias horas perdido en el desierto, daría enorme valor a un específico vaso con agua; en cambio el ciudadano de Viena, contando con el líquido vital a su alcance, muy poco valor puede dar a idéntico marginal vaso con agua, pues su utilidad es mínima. Por ello, el precio que en el desierto se pagaría por tal unidad, sería incomparablemente superior, al que nadie, en Viena, estaría dispuesto a pagar. El sujeto que actúa procede siempre de acuerdo con el valor, en cada caso, de la unidad marginal; de ahí que la escuela austriaca hablara, como todos los marginalistas (véase sección I.1.), de la ley de la utilidad marginal decreciente. El pan es más barato que los brillantes - porque existen en el mercado muchas más hogaras, que diamantíferos quilates; en consecuencia, el precio y el valor de específico pan, forzosamente ha de ser inferior a los de específico diamante. Este razonamiento, debilita completamente, la distinción entre el valor en uso y el valor en -

cambia: Un pan, la unidad de pan marginal, considerando la abundancia del producto, tendrá para quien actúa menos utilidad, menor valor, que cualquier brillante en las concretas circunstancias planteadas (4).

Considerar al valor como una cualidad objetiva, intrínseca e inherente a las cosas es sencillamente -para Mises- un error; pues sería no advertir que lo fundamental en la valoración es el deseo con que el sujeto aspira al bien que le apetece.

Algunos economistas anteriores a los austriacos, suponían que, mediante un acto de medición, las gentes establecían el valor de los bienes y servicios, procediendo luego a intercambiarlos por otros bienes y servicios de igual valor. Los austriacos por el contrario concluyeron, que surge el trueque precisamente a causa del dispar valor atribuido por las partes a los objetos intercambiados. Las personas compran y venden, única y exclusivamente, por cuanto valoran en menos los que dan que la que reciben; de ahí que sea infructuosa toda intento de medir cardinalmente el valor. Mises nos aclara ideas al respecto, en su Teoría del dinero y el crédito:

Los actos de valoración no son capaces de ser sometidos a género alguno de medición. Cierto es que todo el mundo es capaz de decir si le parece más valiosa cierta pedana de per que cierto trozo de hierro, o menos valiosa que cierta tajada de carne. Y es verdad, por lo tanto, que todo el mundo está en situación de formar una inmensa lista de valores comparativos, una lista que mantendrá su validez por cierto tiempo, puesta que ha de suponer una combinación dada de necesidades y mercancías. Si cambian las circunstancias del individuo también cambia la escala de valores de éste.

Pero la valoración subjetiva, que es el eje de toda actividad económica, sólo ordena las mercancías según la importancia de las mismas; no mide esa importancia. Y la actividad económica no tiene otra base que las escalas de valores formadas de ese modo por los individuos. Se efectuará un cambio cuando dos unidades de una mercancía sean colocadas en diferente orden en las escalas de valores de dos pe personas distintas. En un mercado continuarán los cambios hasta que ya no sea posible a dos individuos entregar recíprocamente mercancías de modo que resulte que cada uno de ellos adquiera las que en sus escalas de valores tengan una categoría más elevada que las que ceden. Si un individuo desea hacer un cambio sobre base económica, ha de considerar meramente la importancia que, a su juicio, tienen las cantidades de mercancías de que se trata. Esa estimación de valores relativos no supone en modo alguno la idea de medición. La estimación es un juicio psicológico directo que no es dependiente de género alguno de proceso intermedio o auxiliar. (TDC, pp.24-25).

3 insiste Mises, en los mismos conceptos, en la Acción Humana:

Ni el preferir, ni el rechazar, ni tampoco las correspondientes decisiones y elecciones suponen actos de medición. La acción no mide la utilidad o el valor; limitase a elegir entre alternativas. No se trata del abstracto problema de determinar la utilidad total o el valor total. Ninguna operación racional permite deducir del valor asignado a específica cantidad o a definido número de ciertas cosas el valor correspondiente a una cantidad o número mayor o menor de esas mismas cosas. No hay forma de calcular el valor de todo un género de cosas si son sólo conocidos los valores correspondientes a sus partes. Tampoco hay medio de calcular el valor de una parte si únicamente se conoce el valor total del total del género. En la esfera del valor y las valoraciones no hay operaciones aritméticas; en el terreno de los valores no existe el cálculo ni nada que se le asemeje. El aprecio de las existencias totales de dos cosas puede diferir de la valoración correspondiente a algunas de sus porciones. Un hombre aislado - que posea siete vacas y siete caballos puede valorar en más un caballo que una vaca; es decir, que, puesto a optar, preferirá entregar una vaca antes que un caballo. Sin embargo, ese mismo individuo, ante la alternativa de elegir entre todos sus caballos y todas sus vacas, puede preferir quedarse con las vacas y prescindir de los caballos. Los conceptos de utilidad total y de valor total carecen de sentido, salvo que se trate de situaciones en las que el interesado específicamente haya de escoger entre la totalidad de diversas existencias. Sólo es oportuno plantear el problema de qué es, en sí, más útil, si el hierro o el oro, tratándose de supuesto en el que la humanidad, o una parte aislada de la misma, hubiera de escoger entre todo el oro y todo el hierro disponible. (AH, pp. 197-198).

De tal manera que, si una persona se halla en la alternativa de entregar una unidad de sus provisiones de a o una unidad de las de b en tal planteamiento, evidentemente, no comparará el valor de todo su haber de a con el valor total de su stock de b; contrastará únicamente los valores marginales marginales de a y de b. Aunque tal vez valore en más la cantidad total de a que la de b, el valor marginal de b puede ser más alto que el valor marginal de a. Con respecto a la medición de la utilidad o satisfacción que nos proporcionan los bienes, Mises nos habla aquí de la medida ordinal de la utilidad. Es decir, sólo se requiere que el sujeto ordene las preferencias de los bienes; no es necesaria una medida cardinal de la satisfacción que le otorgan. Lo anterior está implícito en las curvas de indiferencia de los libros de microeconomía (5).

Al realizar dos personas, mediante un acto de trueque, un cambio de bienes, sólo dentro de amplios márgenes cabe prever la correspondiente razón o tipo de intercambio en que éste se hará. La cataláctica, es decir, la teoría de los tipos de intercambio, no puede en tales supuestos, precisar, dado el amplio margen, cuál será el módulo de intercambio que las interesados adoptarán. Lo único que se puede asegurar, es que ambas partes, por fuerza han de salir ganando, valorando siempre cada una de ellas en más lo que recibe que lo que entrega. Las gentes compran y venden, debido a que valoran en menos lo que dan que lo que reciben. Si un individuo atribuye el mismo valor a dos cosas, no tiene motivo para intercambiar la una por la otra. Ahora bien, si son diferentemente valoradas, lo más que cab afirmar es que una de ellas, a, se valora en más, es decir, se prefiere a b (AH.pp.317 y 495). De esta forma, los mercados operan coordinando la actividad económica total: Si el intercambio es voluntario —si dos personas entablan tal intercambio sobre una base— sólo será posible si beneficia a ambas partes. Esta es en realidad, la clave de la teoría hnm-bawerkiana sobre la formación de los precios, adoptada posteriormente por Mises.

Valorar a no significa más que preferir a a b bajo específicas circunstancias; así por ejemplo, cuando alguien intercambia treinta manzanas por una camiseta, lo más que se puede decir al respecto, es que el actor, en el momento de convenir la transacción, bajo específicas circunstancias, prefiere una camisa a dos libras de mantequilla.

... En cada acto de preferir, desde luego, es dispar la intensidad —psíquica del subjetivo sentimiento en que el mismo se basa. El ansia por alcanzar un cierto fin puede ser mayor o menor; la vehemencia del deseo predetermina la cuantía de ese beneficio o provecho de orden psíquico, que la acción, cuando es idónea para provocar el efecto apetecido, proporciona al individuo que actúa. Las cuantías psíquicas, sin embargo, sólo cabe sentir las. Son de índole estrictamente personal y no es posible, por medios semánticos, expresar su intensidad —ni informar a nadie acerca de su íntima condición.

No cabe arbitrar unidad alguna de valor. Conviene, a este respecto, recordar que nunca tienen el mismo valor dos idénticas porciones de un cierto conjunto de bienes. El que el hombre atribuya a la porción n es siempre inferior al de la producción n-1. (AH.pp.317-318).

Es preciso señalar, que la reiteración de actos individuales de intercambio, vé, paso a paso engendrando el mercado al desarrollarse la especialización y la división del trabajo. Todas las personas se van dedicando cada vez más a producir para el consumo de los demás, lo que provoca, que se incrementen las compras y las ventas. La gente que produce sólo una cosa debe comerciar su mayor parte a cambio de todas las demás que necesita, creciendo así la actividad mercantil. Esta multiplicación de los actos de intercambio y la ampliación del número de personas que ofrecen y demandan unas mismas mercancías, reduce el margen que separa las mutuas valoraciones. Los acuerdos voluntarios entre los que deseaban intercambiar bienes, fueron, indudablemente, el modo más común en el que este cambio de productos se fue realizando. De manera natural y por costumbre, el comercio se centró en sitios particulares de reunión, a los que se llamó mercados. El surgimiento del cambio indirecto y la ampliación del mismo gracias al uso del dinero, dan lugar, a que, en todo intercambio, quepa distinguir una compra y una venta. Las primitivas economías se basaron en el trueque, es decir, los bienes se intercambiaban unos por otros. Pero el trueque resulta muy costoso en términos del tiempo empleado en la búsqueda de cambios satisfactorios. Los medios de intercambio se desarrollaron para facilitar el cambio. La institución del dinero elimina la incomodidad del trueque de requerir la doble coincidencia, al colocarse en medio de las dos partes de cada transacción por trueque (véase sección II.3). La divisibilidad del dinero, ilimitada para efectos prácticos, permite precisar los tipos de intercambio que todo el mundo expresa mediante precios monetarios.

Conviene ahora introducir y distinguir los conceptos de valoración y justiprecio, para comprender mejor la cataláctica misma. Son dos conceptos estrechamente relacionados, de los que se nos habla así:

Son los juicios de valor del consumidor, en última instancia, la que determina los precios. Es el valorar y preferir a a b lo que los engendra. Constituyen indudablemente, fenómenos sociales por cuanto son resultante del mutuo efecto provocado por las respectivas valoraciones de todas aquellas personas que en el mercado operan. Cada uno de nosotros comprando o dejando de comprar y vendiendo o dejando de vender, contribuye personalmente a la formación de los precios del mercado. Ahora bien, cuanto más amplio sea éste, relativamente menor es la trascendencia de cada una de dichas individuales

actuaciones. De ahí que los precios aparezcan ante las gentes como hechos dados individualizados, a los cuales tienen aquéllas que acomodarse su actuar.

Las valoraciones que engendran los precios son de diferente condición. Cada una de las partes contratantes atribuye mayor valor a lo que recibe que a lo que entrega. El tipo de intercambio, es decir, el precio, no es la resultante de una identidad valorativa; es, por el contrario, fruto de dispares valoraciones.

Valorar y justipreciar son conceptos que conviene distinguir. Nada tiene el segundo que ver con la valoración subjetiva que el bien pueda merecer al interesado. Al justipreciar, el sujeto no está expresando el valor en uso subjetivo que la correspondiente mercancía para él tenga; está simplemente previendo el precio de mercado de la misma. El valorar constituye juicio expresivo de una diferencia de aprecio. El justipreciar en cambio, es simple prefiguración de esperado acontecimiento. El interesado prevé qué precio pagará el mercado por cierto bien o qué suma dineraria será necesaria para adquirir determinada mercancía.

El valorar y el justipreciar, sin embargo, halláanse estrechamente relacionados. El campesino autárquico, al valorar, limita a comparar la trascendencia que, en orden a la supresión de personal malestar, atribuye a medios diversos. El individuo que compra y vende en el mercado, por el contrario, al valorar, no puede desentenderse de la estructura de los precios; estos dependen del justipreciar. Para saber qué significado tiene un precio determinado, preciso es conocer el poder adquisitivo de la correspondiente valuta. Obligado resulta hallarse al corriente, aunque sea de modo general, de los precios de aquellos bienes que al actor pudan interesarle para, sobre tal base, formarse una idea del futuro precio de dichas mercancías. El hombre expresa los costos en que ha incurrido al adquirir determinadas cosas o los que habrá de soportar en la futura adquisición de aquellos bienes que se proponga comprar mediante términos monetarios. Las correspondientes sumas dinerarias, para el interesado, equivalen a aquellas satisfacciones que habría disfrutado de haber invertido dichas cantidades en la adquisición de otros bienes. El sujeto está valorando, pero mediante un rodeo, rodeo que implica previamente advertir la estructura de los precios de mercado; el valorar equivale siempre a comparar entre sí modos alternativos de suprimir el sentido malestar. (AH. pp. 501-502).

Son siempre juicios subjetivos de valoración los que a fin de cuentas engendran los precios. La catáctica al tratar el proceso de la formación de precios, retorna a la categoría fundamental de la acción: preferir a a b. Cuando se dice que los precios tienden a aquel nivel en el cual la demanda total y la oferta total se igualan, no estamos más que -utilizando otras palabras para decir lo mismo. Oferta y demanda son fe-

nómenos que la conducta de quienes compran y venden engendra. Así por ejemplo, si aumenta la oferta permaneciendo constantes las demás circunstancias, los precios habrán de bajar: al precio anterior, quienes estaban dispuestos a pagarlo, adquirieron cuantas cantidades desearon del artículo en cuestión, así que, para poder colocar la incrementada producción, es preciso que los anteriores compradores adquirieran mayores cantidades o que gentes que antes no se decidían a comprar, lo hagan. Esto sólo puede lograrse reduciendo el precio. Al proceso económico, lo forman entonces, las continuas y entrelazadas actuaciones tanto de índole productora como consumidora ligadas por el cambio. La actividad presente se relaciona con la del futuro por la propia esencia de la acción humana; ésta, en efecto, invariablemente pretende mejorar las condiciones de vida del mañana. El hombre se enfrenta al futuro incierto y desconocido auxiliado de su conocimiento del pasado y de su capacidad de comprensión. Los precios de ayer, que forman parte de su conocimiento del pasado, le sirven como punto de partida para intentar comprender el futuro y con base en ello actuar. Seguiremos hablando de esto en la siguiente sección.

II.2. Oscilaciones de los precios.

"Cualquiera puede convertir a un loro en un sabio economista, todo lo que debe saber son dos palabras: oferta y demanda."

Anónimo.

La economía de mercado soluciona el problema económico: qué, cómo y para quien producir, mediante el mecanismo de los precios; que se acomoda diariamente a las variaciones constantes e interdependientes entre sí de todos los elementos que intervienen en la asignación de los recursos: costos de producción, beneficios y precios propiamente dichos. Como exponíamos anteriormente, los precios se fijan de acuerdo con la relación existente entre la oferta y la demanda, influyendo a su vez en cierto modo, sobre ambas, principalmente en los ajustes del mercado a largo plazo. Cuando la gente necesita mayor cantidad de cierta mercancía, está dispuesta a gastar mayor parte de su ingreso por conseguirlo, lo cual provoca que el precio suba, aumentando los beneficios de los que fabrican dicho producto. Como ahora se obtiene mayor provecho de fabricar este artículo que otros, se atraen productores hacia este negocio, y los oferentes que ya lo fabricaban aumentan su producción. El incremento experimental por la oferta reduce el precio y el margen de beneficios, que terminan por descender al mismo nivel general -considerando los riesgos respectivos- de las otras industrias. Por supuesto que, puede darse el caso de que disminuya la demanda de la mercancía en cuestión, o que se ofrezca tan abundantemente que su precio descienda a un nivel tal que la elaboración otorgue menos beneficios en relación a los de otros productos, e incluso, podría incurrirse en pérdidas efectivas en su fabricación. En este caso, las empresas marginales, es decir, las menos eficientes o aquellas cuyos costos de producción son los más elevados, serán desplazadas; solamente continuarán en el mercado fabricando el mencionado artículo, los empresarios más eficientes que operen con los costos de producción más bajos. En consecuencia, la oferta de esta mercancía se reducirá, o por lo menos, dejará de aumentar.

Los precios se hallan determinados por la interacción de oferta y demanda. Esta última depende básicamente de la intensidad con que las personas necesitan cierta mercancía y por su capacidad para ofrecer algo a cambio. La oferta viene influenciada, en buena medida, por los costos de producción; pero lo que ha costado producir una mercancía en el pasado no puede determinar su valor actual, el cual depende de la reciente relación entre la oferta y la demanda. Ahora bien, la cantidad producida de una mercancía está en función de las perspectivas que los hombres de negocios consideren respecto del costo de producción que tal mercancía tendrá en el futuro y del precio de venta que habrán de fijarle; desde luego, estos cálculos influirán en la oferta futura del producto.

Como mencionábamos antes, cuando las personas requieren mayor cantidad de determinada mercancía, su propia demanda eleva el precio del producto; el aumento de beneficios que se produce para aquellos que lo fabrican, estimula un incremento en la producción. Otros empresarios abandonan inclusive la fabricación de otros artículos para dedicarse a la elaboración de aquel que ofrece mayores ganancias. Claramente, esto aumenta la oferta del producto, al mismo tiempo que reduce la de algunos otros; el precio de aquél disminuye, por consiguiente, en relación a los precios de otras mercancías, desapareciendo el estímulo existente para el incremento relativo de su fabricación. De igual forma, si disminuye la demanda de algún artículo, tanto el precio como el beneficio que se obtiene en su elaboración descenderán, por lo que su producción declinará. Esta última contingencia del mecanismo de mercado muchas veces no es bien comprendida, acusándosele al propio mecanismo de provocar escasez: ¿Por qué —se preguntan muchos— los empresarios han de interrumpir la fabricación de los bienes en el momento en que su producción deja de rendir beneficios? ¿Por qué han de guiarse exclusivamente por sus propios intereses? ¿Qué les impide fabricar las diferentes mercancías con todo su potencial? Las interrogantes anteriores derivan de la falacia de prestar atención tan sólo a una industria o sector aislado, perdiendo de vista a toda la economía, o dicho en términos del conocido símil: consecuencia de ver el árbol y no reparar en el bosque. Hasta llegar a cierto límite, es necesario fabricar abrigo,

cazias, pantalones, pan o cualquier otro bien o servicio. Sería absurdo amontonar mercancías innecesarias, simplemente porque se puede producir las, mientras centenares de otras necesidades más urgentes quedan sin ser satisfechas. Siempre hay un costo de oportunidad por producir un bien.

El mecanismo de los precios cumple fundamentalmente tres funciones interrelacionadas en la sociedad: En primer lugar, transmiten información; esta función es esencial para que se pueda coordinar la actividad económica. Los precios transmiten una gama muy vasta de información acerca de los gustos, la disponibilidad de recursos, las posibilidades de producción. La segunda función consiste en alentar a las personas para que adopten los métodos de producción menos costosos y otorguen a los recursos disponibles los usos más altamente evaluados. Por último, los precios cumplen la función de determinar quien obtiene qué y cuánto, es decir, distribuyen el ingreso. Como se puede observar los precios dan un incentivo a la gente para distribuir el ingreso: si lo que una persona recibe de su actividad no depende, en absoluto, de lo que hace; si los precios no desempeñan la tercera función; entonces difícilmente habría razón para que las personas se preocuparan por la información que los precios le transmiten, ni hay incentivo para que se actúe de acuerdo a dicha información. En contraparte, si su ingreso depende de lo que hace, de la diferencia de los precios que recibe por vender sus servicios y los precios que ha de pagar por los artículos que compra -si depende de la diferencia entre ingresos y costos, desde el punto de vista de una empresa, o de salarios y gastos para un trabajador, etcétera-, entonces tendrá un poderoso incentivo para tratar de asegurarse de que vende sus servicios en el mejor mercado por el precio más alto, que produce con el menor costo y que fabrica lo que otras personas están dispuestas a pagar al precio más alto (6). - quizá lo más sobresaliente de un sistema de precios, sea la manera en que el incentivo para actuar en respuesta a la información, acompaña a la información que es transmitida: Si el ingreso de una persona será el mismo, trabaje intensamente o no, ¿por qué habrá de esforzarse?, ¿por qué se tendrá la molestia de buscar al comprador que valde el más la mercancía que el tiene para vender, si al hacerlo no tendrá ningún beneficio, y así a lo

largo de toda la cadena?. La gran virtud del incentivo transmitido por medio del mecanismo de precios no es que, necesariamente, sea más fuerte, que otros tipos de incentivos, ni que sea más noble o bueno, sino tan sólo que es pertinente a la operación eficaz del incentivo. En un sistema de mercado, cada quien superviza su propio desempeño y tiene un incentivo para hacerlo adecuadamente: la persona que aplica su propio trabajo a la producción de bienes para sí misma tiene un poderoso móvil para laborar ardua y eficientemente. El individuo que arriesga su propiedad tiene un incentivo para darle el mejor empleo posible (véase sección V.1.). Si usa su propiedad para contratar a otros a fin de producir un bien o prestar un servicio, tendrá un fuerte incentivo para supervizar el trabajo de éstos y, sabiendo cual es el proceder del propietario, que puede recompensarlos o despedirlos, los trabajadores tendrán un poderoso incentivo para trabajar con eficiencia. El consumidor que gasta su ingreso tiene un poderoso incentivo para gastarlo con cuidado, y así sucesivamente. Parece ser que sólo el mecanismo del mercado es capaz de regular eficientemente la producción y los precios. Este es en el fondo un problema de conocimiento: Nadie tiene la información necesaria para controlar la economía de una manera exhaustiva, en cambio las señales del mercado comunican lo que millones de personas saben.

Las necesidades son la causa de la actividad económica, pero es la capacidad de cada individuo la que permite satisfacerlas. Un sistema económico, fundamentado éticamente en el sentido de que respete la naturaleza racional y volitiva de la persona, y en consecuencia su libertad, será aquel en el cual el hombre pueda producir, intercambiar y consumir conforme a su capacidad de lo permita, dentro de un marco ético y legal que respete la vida, la libertad y la propiedad de cada persona.

Es importante señalar -por otra parte-, que en una economía equilibrada, una determinada industria o sector económico sólo podrá ampliarse a expensas de otras industrias o sectores: este fenómeno se manifiesta en el largo o muy largo plazo, incluso cuando la economía en conjunto crece. No debe perderse de vista que en cualquier momento los distintos factores de la producción son escasos: existen siempre en cantidades limitadas. Por

ella, una industria solamente podrá ampliarse desviando hacia ella factores productivos, que de otra suerte, se emplearían en industrias distintas. Cuando alguna industria restringe o deja de aumentar su producción, ésto no significa necesariamente que se haya originado una disminución en la producción total. En concreto, todo se obtiene a condición de que nos privemos de alguna otra cosa; los propios costos de producción podrían definirse, en efecto, como aquello de que nos desprendemos -el ocio y los placeres, las materias primas o factores productivos susceptibles de aplicaciones distintas-, para crear el objeto fabricado.

Podemos deducir que tan esencial es para la salud de una economía dinámica dejar morir las industrias agonizantes, como permitir la expansión de las industrias florecientes. Aquéllas retienen trabajo y capital que deberían ser trasladados a industrias más prósperas. Únicamente el mecanismo de mercado es capaz de resolver el complicadísimo problema de decidir con bastante precisión, las cantidades y proporciones en que deben combinarse los factores productivos para fabricar determinadas bienes y servicios que las personas demandan. Estas ecuaciones, sumamente desconcertantes, se resuelvan casi automáticamente por el mecanismo de los precios, beneficios y costos de producción (7). La idea de que una economía en expansión implique el crecimiento simultáneo de todos los sectores es errada. Para que las nuevas industrias se desarrollen con cierta rapidez es necesario que algunas de las industrias antiguas reduzcan su volumen, o hasta se les deje morir. Es la única manera de que el capital y el trabajo necesarios para la expansión de las nuevas industrias queden libres. Si se hubiera tratado, por ejemplo, de conservar artificialmente el transporte con tracción animal, habríamos retardado el desarrollo de la industria automotriz y todas las actividades que de ella derivan; se habría reducido la producción de riqueza, retardándose el progreso económico y científico. Aunque suene fuerte, es necesario darse cuenta de que caeríamos en un error similar, al tratar de impedir la desaparición de alguna industria. A pesar de lo extraño que parezca, tan necesario es para la salud de una economía dinámica abandonar industrias o sectores decadentes, como permitir el crecimiento de las industrias florecientes. Tan equivo-

cado es tratar de conservar industrias anticuadas como empeñarse en mantener métodos de producción en desuso; en realidad, son dos formas de describir unos mismos hechos. Los métodos de producción atrasados deben ser sustituidos constantemente por otros más perfeccionados, si es que se desea satisfacer las necesidades de la mejor manera posible, con los mejores bienes y servicios que está a nuestro alcance producir.

Me parece que el mecanismo de los precios ha demostrado su eficiencia en la asignación de recursos. Creo que en términos generales se le deba dejar actuar, sin embargo, habría que cuidar las posibles tragedias individuales que el propio mecanismo pudiera acarrear: en concreto, pienso en la reubicación del factor trabajo al pasar de una industria a otra; es posible que un trabajador capacitado o entrenado en el manejo de cierta maquinaria, tenga dificultades para readaptarse en otra industria; lo cual le pudiera ocasionar problemas personales en lo económico. Considero que si pretendemos una economía al servicio del hombre es necesario esforzarse para minimizar las probables consecuencias trágicas del período de transición de factores productivos de un sector hacia otro.

Uno de los aspectos sobresalientes del mecanismo de precios es su dinámica: El valor que el individuo atribuye a los diversos bienes y servicios es fruto de momentánea elección. Cada futuro instante puede originar nuevas circunstancias y provocar distintas consideraciones y valoraciones. En este sentido, no es la novedad de los precios lo que debería llamarnos la atención; más bien debiera sorprendernos el que sus oscilaciones no fueran mucho mayores desde luego, hablamos de una economía sin inflación, en donde las variaciones de precios reflejan cambios en los precios relativos—. La experiencia cotidiana nos ilustra acerca de la variabilidad de los tipos de intercambio del mercado y, sin embargo, las gentes, cuando se enfrentan con los precios, pretenden olvidar tan manifiesta realidad. El hombre común, al considerar la producción, el consumo y los precios, de manera vaga y contradictoria, presupone la rigidez de éstos. Piensa que lo normal es el mantenimiento de aquellos precios ayer registrados, condenando toda variación en los tipos de intercambio

como si se tratara de una acción ilegal. El no comprender la dinámica de la formación de los precios, puede traer consigo una serie de controles a los mismos y medidas intervencionistas, supuestamente estabilizadoras, que provocarán serios desajustes en toda la economía.

Es discutible el planteamiento de que los precios variáran antiguamente menos que ahora. Quizá sea más lógico afirmar que la integración de múltiples mercados locales en otros de ámbito nacional, la extensión al área mundial de las transacciones mercantiles y el haberse montado el comercio para proporcionar un continuo suministro de artículos de consumo, ha contribuido a minimizar la frecuencia e importancia de las oscilaciones de los precios. En el pasado, los métodos técnicos de producción resultaban más rígidos e invariables; pero era, en cambio, mucho más irregular el abastecimiento de los diversos mercados locales y grandes las dificultades para adaptar rápidamente la oferta a las variaciones de la demanda (AH.pp.337-338). Pero aun cuando fuera cierta aquella supuesta estabilidad de los precios en épocas pasadas, ello no podría enmascarar la comprensión de la realidad actual, en donde las valoraciones cambian y los precios pueden fluctuar incesantemente.

Resultan fáciles de comprender las quejas de los personas que ven sus inmediatos intereses perjudicados por alguna modificación en los precios, argumentando que el precio anterior era más justo y normal. Sin embargo, conviene tener presente, que toda variación en los precios, al tiempo que perjudica a unos, favorece a otros. Desde luego, difícilmente opinarán los beneficiados lo mismo que los perjudicados, acerca de la condición natural de inmodificabilidad de los precios, que en buena medida es inherente a la propia dinámica de la economía. Incluso a nivel típicamente humano, la estabilidad de los tipos de intercambio es un concepto vano y contradictorio: El deseo de actuar, es decir, el afán por mejorar nuestras condiciones de vida, resulta consustancial a la naturaleza humana; el propio individuo continuamente cambia y varía, cuando al mismo tiempo sus valoraciones, deseos y actuaciones (véase sección III.4.). En el mundo de la acción, nada es permanente, excepto las categorías praxológicas (AH.p. 340).

II.3. El cambio indirecto.

"LORD DARLINGTON.- ¡Qué partida de cínicos sois todos!
 CECIL GRAHAM.- Y ... ¿qué es un cínicoo?
 LORD DARLINGTON.- Un hombre que sabe el precio de todo y el valer de nada.
 CECIL GRAHAM.- Y un sentimental, mi querido Darlington, es un hombre que descubre valores absurdos, y no conoce el precio real de ninguno."

Oscar Wilde

"El abanico de Lady Windermere"

La teoría neoclásica del valer y de los precios, nos permite advertir cómo la personal elección de cada uno, es decir, al que se prefieren ciertas cosas y se rechazan otras, estructura los precios del mercado en el ámbito del cambio interpersonal. Las personas actúan como actores principales en bien de sus propios intereses. El bien interpersonal se denomina cambio indirecto, cuando entre las mercancías y servicios que los interesados pretenden canjear, se interponen uno o más medios de intercambio. La materia que la teoría del cambio indirecto analiza es la referente a las razones de canje que puedan darse entre los medios de intercambio, de un lado, y todos los demás bienes y servicios de otro. Los teoremas de la teoría del cambio indirecto se cumplen independientemente de los medios de intercambio utilizados. Cuando un medio de cambio se hace de uso común se transforma en dinero. Ahora bien, el concepto dinero es de vagos contornos, por implicar una condición de por sí imprecisa, como lo es la de "uno común" del correspondiente medio de intercambio. Históricamente se han casos en que resulta difícil saber si el medio de intercambio de que se trata es o no en realidad comúnmente aceptado y utilizado. Esta imprecisión sin embargo, en modo alguno afecta al rigor y certeza de la praxeología, pues cuanto del dinero ésta predica igualmente puede decirse de cualquier medio de intercambio, se recurre a la existencia de un mercado en el que sólo habría cambio directo; bajo tal planteamiento, el dinero no existe: ciertos bienes o servicios son cambiados, mediante el trueque por otros bienes o servicios (véase sección III.1.). Sería una grave equivocación sin embargo, el no adecuar este primer planteamiento, cuando del cambio indirecto se trata.

Grave equivocación -que aún hoy en día subsiste- ... fue, en este sentido suponer que el medio de intercambio constituye factor de índole neutral. Con arreglo a tal tesis, lo único que diferencia al cambio directo del indirecto estribaría en la utilización del dinero. La interpolación de la valuta en la transacción para nada parecía había de afectar a las bases fundamentales de la operación. No es, desde luego, que se ignorara que la historia ha registrado profundas mutaciones en el poder adquisitivo del dinero, ni tampoco que tales fluctuaciones provocaran frecuentemente graves convulsiones - en todo el sistema de intercambios. Se pensaba, sin embargo, que dichos fenómenos constituían supuestos excepcionales, provocados por medidas inoportunas; sólo la moneda mala podía dar lugar a similares desarreglos. Ello, desgraciadamente, suponía incidir en el error, - tanto al abordar las causas como los efectos de dichas fluctuaciones. Creíase tácitamente, que los cambios del poder adquisitivo de la moneda afectaban, por igual y al mismo tiempo, a los precios de todos los bienes y servicios; el mito de la neutralidad económica - del dinero aboca, indudablemente, a tal conclusión. Llegóse, en este sentido, a suponer que cabía estructurar la ciencia cataláctica entera sobre el cambio directo. Una vez logrado esto, bastaría, para completar el sistema, con "simplemente inerte" los conceptos dinerarios en los correspondientes teoremas. A tal dineraría complementación dábese escasa trascendencia, pues parecía que no había de variar sustancialmente ninguno de los conceptos fundamentales y la misión esencial de la economía consistía en analizar el cambio directo. Aparte de tal examen, lo más que podía interesar era el estudio de los problemas suscitados por la moneda "mala". (AH.pp.314-315)

Muchos economistas, con base en estas posturas teóricas, olvidaban casi por completo la trascendente temática del cambio indirecto; problema que abordaban de manera superficial, considerándolo mero apéndice de sus estudios básicos. A finales del siglo pasado y principios del presente, las cuestiones del cambio indirecto habían sido relegadas, existiendo tratados de economía que sólo de pasada abordaban la valuta, el dinero; y hubo textos sobre moneda y banca que no integraban los temas examinados en el conjunto del sistema cataláctico. La teoría monetaria y del crédito dejaba, en aquel tiempo, mucho que desear. En las universidades anglosajonas, existían cátedras separadas de economía, de un lado, y de moneda y banca, de otro; además, en casi todas las universidades alemanas en particular, seguidoras incondicionales de las enseñanzas de la escuela histórica, los problemas monetarios ni siquiera se examinaban (AH.p.315) (8). Como veremos más adelante, va a ser más que justificada la admiración de Eisea an-

te las mencionadas cuestiones, ya que, precisamente por variables monetarias es que él tratará de explicar tanto el proceso inflacionario, así como las fluctuaciones económicas.

Es indudable que influencias de índole política contribuyeron a que se descuidara el exámen de los problemas atinentes al cambio indirecto. No querían las gentes abandonar aquellas tesis según las cuales las crisis constituyen mal típico del sistema capitalista de producción; resistíanse a admitir que tales percances eran fruto exclusivo de los manejos de esos bien conocidos arbitristas que pretenden rebajar el interés mediante la expansión crediticia. Los catedráticos de economía más de moda consideraban "poco científico" explicar la depresión como fenómeno provocado "exclusivamente" por acontecimientos ocurridos en la esfera del dinero y el crédito. Hubo incluso quienes estudiaron la historia de los ciclos sin aludir siquiera a las cuestiones monetarias. (AH.p.315 nota.).

Muy relacionado con la anterior cita, y anticipándonos a su crítica de la versión más simple de la teoría cuantitativa del dinero, así como también, preludiando, tanto al monetarismo actual, así como a la moderna escuela de las expectativas racionales, Mises nos dice:

... Con el paso del tiempo los economistas advirtieron, sin embargo, que algunos de los más trascendentales y abstrusos problemas catalácticos surgían precisamente en la esfera del cambio indirecto, resultando por fuerza incompleta toda teoría económica que descuidara dicha materia. El que los investigadores comenzaran a preocuparse por temas tales como el de la proporcionalidad entre el "tipo natural" y el "tipo monetario" de interés; el que se concediera cada vez mayor importancia a la teoría dineraria del ciclo económico y el que se rechazaran ya por doquier las doctrinas que suponían la simultaneidad y la uniformidad de las mutaciones realizadas por la capacidad adquisitiva del dinero, todo ello evidenciaba bien a las claras que había aparecido una nueva tendencia en el pensamiento económico. Esas nuevas ideas no suponían otra cosa, desde luego, que el continuar la obra gloriosamente iniciada por David Hume, la escuela monetaria inglesa, John Stuart Mill y Cairnes. (AH.p.315-316).

Es fundamental comprender dentro de la economía misma, el cambio indirecto y el papel que desempeñan los medios de intercambio, capaces de modificar toda la estructura y la dinámica económica. Como más adelante veremos, en un momento determinado, el dinero se puede convertir en un elemento extraño que altere todo el mecanismo del mercado, provocando auges ficticios, la subsecuente depresión, desajustes en los precios de los

factores productivos, inflación, devaluaciones monetarias y toda una serie de fenómenos económicos, sociales y hasta políticos y morales nada envidiables.

II.4. La actuación empresarial y el modo de giro uniforme.

"Toda afirmación breve en economía es falsa, excepto ésta."

Alfred Marshall.

Para nuestro economista austriaco, el estudio de la acción humana se debe abordar teniendo bien presente que aquélla apunta siempre hacia un estado que, conseguido, suprimiría o vedaría una actuación posterior; ya sea por haber sido suprimido cualquier malestar, o porque no es posible aliviar en mayor grado el prevalente. La acción por tanto, de por sí, - tiende al estado de reposo, a la supresión de la actividad (AH.p.379). Es necesario comprender lo anterior para estudiar la teoría de los precios: las personas continuarán intercambiando productos en el mercado hasta que nadie crea poder mejorar su bienestar mediante alguna otra actuación. Bajo estas condiciones, a los compradores potenciales dejan de interesarles los precios soliditados por los vendedores potenciales, y lo mismo sucede a la inversa; ya ninguna transacción puede ser efectuada. De esta manera surgiría, un estado de reposo real, que por otra parte aparece repetidamente: cuando cierra la Bolsa de valores, por ejemplo, los agentes han cumplido cuantas órdenes al precio vigente del mercado cabría comprar u operar. Han dejado de vender y de comprar sólo aquellos potenciales vendedores y compradores que, respectivamente, estiman demasiado baja o demasiado alto el precio del mercado. Esto mismo se puede decir de cualquier tipo de transacción en la economía de mercado, la cual en conjunto podría ser vista como una enorme casa de contratación, en la que se realizan todas aquellas operaciones mercantiles que los intervinientes, a determinados precios vigentes, están dispuestos a aceptar. Nuevas transacciones podrán ser realizadas cuando cambien las valoraciones personales de las partes. En modo alguno se piensa que el estado de reposo haya de perdurar: la calma se desvanecerá cuando varien las momentáneas circunstancias que la provocaron.

Al hablar del estado natural de reposo, restringimos nuestra atención a lo que momentáneamente acaba de suceder, desentendiéndonos de lo que en el próximo instante o mañana acontecerá. Nos interesamos sólo en aquellos precios que efectivamente, en las correspondientes compraventas, fueron pagados; sólo importan los precios vigentes en un inmediato pretérito. No interesa saber si los futuros precios serán iguales o distintos. Es importante subrayar que el estado natural de reposo, no es una construcción imaginaria, sino una descripción real de lo que acontece, con frecuencia, en todo mercado. A este respecto, difiere radicalmente de la construcción imaginaria que alude al estado final de reposo. En este momento podríamos preguntarnos: ¿qué factores pueden desatar una tendencia a la variación de los precios?, ¿a dónde nos conducirá dicha tendencia, en tanto se vaya agotando su fuerza impulsora?. Algunos economistas han llamado precio natural, al precio correspondiente a ese futuro estado de reposo; también se le ha llamado precio estático; sin embargo para evitar confusiones es más conveniente hablar de precio final, aludiendo precisamente a un estado final de reposo. Este estado final de reposo es una construcción imaginaria, en todo alguna descripción de la realidad; ya que nunca podrá ser alcanzado. Antes de que llegue a ser una realidad, factores perturbadores forzosamente habrán de surgir. Pero no hay más remedio que recurrir a ese imaginario esquema, por cuanto el mercado, tiende hacia un estado final de reposo. Estamos hablando propiamente de la dinámica de la economía de mercado. Más nos explica detalladamente:

El precio de mercado es un fenómeno real; es aquel tipo de cambio al que efectivamente realizáronse las acciones. El precio final es un cambio, es un precio hipotético. Los precios de mercado constituyen realidades históricas, resultando, por tanto, posible cifrarlos con exactitud numérica en dólares y centavos. El precio final, en cambio, sólo puede ser concebido partiendo de las circunstancias necesarias para que el mismo aparezca. No puede ser cifrado ni en valor numérico expresado en términos monetarios ni en cantidades ciertas de otros bienes. Nunca aparece en el mercado. Los precios libres jamás coinciden con el precio final correspondiente a la estructura de mercado a la sazón prevalente. Ahora bien, la catástrofe lamentablemente fracasaría en sus intentos por resolver los problemas que la determinación de los precios suscita, si descuidase el análisis del precio final. Pues, en aquella rica estructura mercantil que

engendra el precio de mercado, están ya operando las fuerzas que, a través de sucesivos cambios, alumbrarían, de no aparecer nuevos circunstancias, el precio final y el estado final de reposo. Quedaría indebidamente restringida nuestro análisis de la determinación de los precios si nos limitáramos a contemplar tan sólo los momentáneos precios de mercado y el estado natural de reposo, sin pasar a quienes en que, en el mercado, están ya operando factores que han de provocar sucesivos cambios de los precios, orientando el conjunto mercantil hacia distinto estado de reposo.

El fenómeno con que nos enfrentamos estriba en que las variaciones de las circunstancias determinadoras de los precios no producen de golpe todos sus efectos. Ha de transcurrir un cierto lapso de tiempo para que definitivamente su capacidad quede agotada. Desde que aparece un dato nuevo hasta que el mercado queda plenamente adaptado al mismo, transcurre cierto lapso temporal (Y, naturalmente, durante ese tiempo, comienzan a actuar nuevos factores.) Al abordar los efectos propios de cualquier variación de aquellas circunstancias que influyen en el mercado, jamás debemos olvidar que contemplamos eventos sucesivamente encadenados, hechos que, eslabón tras eslabón, van apareciendo, efectos escalonados. Cuanto tiempo transcurrirá de una a otra situación, nadie puede predecirlo. Indudablemente, sin embargo, es que, entre una y otra, ha de existir un cierto lapso temporal; período que, a veces, cabe sea tan corto que, en la práctica, pueda despreciarse. (AK, pp. 391-382).

La imaginaria construcción o esquema del estado final de reposo, sirve para tratar de comprender la evolución de las circunstancias o condiciones del mercado, resultando la trascendencia del factor tiempo en la economía. En ésto se diferencia de aquella otra imaginaria construcción que alude a la economía de giro uniforme, caracterizada por haber sido de la misma eliminado el factor tiempo, suponiéndose invariables las circunstancias económicas, de hecho concurrentes, en un determinado momento.

... La economía de giro uniforme es un esquema ficticio en el cual - los precios de mercado de todos los bienes y servicios coincidan con los correspondientes precios finales. Los precios ya no varían; existe perfecta estabilidad. El mercado repite, una y otra vez, idénticas transacciones. Iguales cantidades de orden superior, siendo objeto de las mismas manipulaciones, llegan finalmente, en forma de bienes de consumo, a los consumidores que con ellos acaban. Las circunstancias de tal mercado jamás varían. Hoy es lo mismo que ayer y mañana será igual a hoy. El sistema está en movimiento constante, pero nunca cambia de aspecto. Evolucionan invariablemente en torno a un centro fijo; gira uniformemente. El estado natural de reposo de tal economía se perturba continuamente; sin embargo, reaparece de inmediato tal y como primeramente se presentó. Son constantes todas las -

circunstancias operantes, incluso aquellas que ocasionan esos periódicos desarreglos del estado natural de reposo. Por tanto, los precios -llamados generalmente precios estáticos o de equilibrio- permanecen también constantes. (AH.p.383).

No debe confundirse la economía de giro uniforme, con la economía estática o economía en equilibrio estático. En esta última, los precios pueden variar, no tiene porque darnos siempre el mismo aspecto, ni gira uniformemente en torno a un centro fijo. El equilibrio estático puede modificarse, y puede regresar a otro equilibrio, pero no existe ninguna razón para que sea el mismo de antes, ni las circunstancias que ocasionan los desarreglos tienen que ser las mismas. Pero dejemos que línea siga caracterizándonos a la economía de giro uniforme:

... La nota típica de esta imaginaria construcción es el haberse eliminado el transcurso del tiempo y la alteración incessante de los fenómenos del mercado. Ni la oferta ni la demanda pueden, en tal marco, variar. Sólo aquellos cambios que no influyen sobre los precios son inadmisibles. No es preciso suponer que ese imaginario mundo haya de estar poblado por hombres inmortales, que ni envejecen ni se reproducen. Cabe admitir, por el contrario, que tales gentes nacen, crecen y, finalmente mueran, siempre y cuando no se modifique ni la cifra de población total ni el número de individuos que integra cada grupo de la misma edad. En ese supuesto no variará la demanda de aquellos bienes cuyo consumo efectúase sólo en determinadas épocas vitales, pese a que no serán las mismas personas las que provoquen la correspondiente demanda. (AH.pp.383-384).

Jamás ha existido esta supuesta economía de giro uniforme; es simplemente un modelo que sirve para contrastar los problemas que suscitan las variaciones de las circunstancias económicas y examinar el cambio irregular e inconstante del mercado, es un hipotético esquema, dentro del cual precisamente se han eliminado estas características; y cuya utilidad reside en poder analizar las mutaciones económicas. Si queremos estudiar los complejos fenómenos que la acción implica, es necesario considerar primero la ausencia de todo cambio, para después, en forma aislada, introducir en el análisis el referido factor capaz de provocar específica variación cuya importancia o trascendencia podremos entonces contemplar, suponiendo invariables las restantes circunstancias. No debemos minimizar los servicios que nuestra imaginaria construcción puede darnos;

explicar lo referente a la relación entre los precios de los bienes y los precios de los factores productivos, y ayudarnos a comprender la actuación empresarial, así como el significado de las pérdidas y ganancias, es un modelo en el que ninguna de dichas realidades puede darse. Claro que el modelo de rotación uniforme nunca podrá darse en la realidad; es más, ni siquiera puede ser llevado a sus últimas consecuencias lógicas, "... ya que es imposible eliminar la era económica de mercado o la figura del empresario ..." (AH.p.385). Los diferentes factores de la producción no pueden reunirse espontáneamente para engendrar el bien de que se trate; es imprescindible para ello la intervención de un agente que coordine la producción, eliminando al empresario, desaparece la fuerza que mueve al mercado. El esquema de la economía de giro uniforme se emplea en el razonamiento praxológico, como mera herramienta intelectual, a causa de la incapacidad humana para concebir mentalmente el incesante fluir de la acción si no es contrastado con una hipotética quietud perfecta (AH.p.3031).

La acción es necesariamente cambio y el cambio implica a su vez, secuencia temporal. En la economía de giro uniforme, sin embargo, se han eliminado tanto el cambio como la sucesión de acontecimientos. La actuación humana conlleva la elección, habiendo el interesado de enfrentarse siempre con la incertidumbre del futuro. Pero en el esquema de giro uniforme, el futuro deja de ser incierto, pues el mañana será igual al hoy conocido. En este invariable modelo no pueden haber individuos que equivocan o prefieran, que acierten o se equivoquen "... estamos por el contrario, ante un mundo de autómatas sin alma ni capacidad de pensar; no se trata de una sociedad humana, sino de una asociación de termitas." (AH.p.385).

Otra deficiencia grave del modelo de la economía de giro uniforme, consiste en que tácitamente supone la existencia del dinero y del cambio indirecto; Mises sorprendido no comenta ésto, al tiempo que critica severamente el supuesto de la neutralidad del dinero:

... Ahora bien, ¿qué clase de dinero podría existir en ese imaginario mundo? Bajo un régimen en el cual no hay cambio, la incertidumbre - con respecto al futuro desaparece y consecuentemente nadie necesita

disponer de efectivo. Todo el mundo sabe, con plena exactitud, la cantidad de dinero que, en cualquier fecha futura, precisará. Las gentes, por tanto, pueden preutar la totalidad de sus fondos, siempre y cuando los correspondientes créditos vengan para la fecha en que los interesados precisaran del numerario correspondiente. Supongamos que sólo hay moneda de oro y que existe un único banco central. Al ir progresando la economía hacia el giro uniforme, todo el mundo, tanto las personas individuales como las jurídicas, iría reduciendo poco a poco sus saldos de numerario; las cantidades de oro así liberadas afluirían hacia inversiones no monetarias (industriales). Cuando, finalmente, fuera alcanzado el estado de equilibrio típico de la economía de giro uniforme, ya nadie conservarían dinero en caja; el oro dejaría de emplearse a efectos monetarios. Las gentes simplemente ostentarían créditos contra el estuido banco central, créditos cuyos vencimientos vendrían sucesivamente a coincidir, en cuantía y época, con los de las obligaciones que los interesados tuvieran que afrontar. El banco, por su parte, tampoco necesitaría, conservar reservas dinerarias, ya que las sumas totales que a diario habría que pagar coincidirían exactamente con las cantidades en él ingresadas. Todas las transacciones podrían practicarse mediante serias transferencias, sin necesidad de utilizar medio alguno. El "dinero", en tal caso dejaría de utilizarse como medio de intercambio; ya no sería dinero; constituiría simple numerario, etérea e indeterminada unidad contable de carácter vago e indefinible, carácter que, sin embargo la fantasía de algunos economistas y la ignorancia de muchos profanos atribuye erróneamente al dinero. La intercalación, entre comprador y vendedor, de este tipo de expresiones numéricas, para nada influiría en la esencia de la operación; el dinero en cuestión sería neutro con respecto a las actividades económicas de las gentes. Un dinero neutro, sin embargo, carece de sentido y hasta resulta inconcebible. De recurrir, en esta materia, a la torpe terminología que actualmente suele emplearse en muchos modernos escritos económicos, diríamos que el dinero es, por fuerza, un "factor dinámico"; en un sistema "estático", el dinero no existe. Una economía de mercado sin dinero constituye, por fuerza, idea intrínsecamente contradictoria. (AR, pp. 386-387).

El esquema de una economía de giro uniforme es completamente irreal. - Como habíamos dicho, la actuación humana, bajo este sistema, desaparecería. El consciente y voluntario actuar del individuo racional, desoso de suprimir su propio malestar, viene a ser sustituido por reacciones automáticas. Al emplearlo, es preciso recordar, que no muestra básicamente aquella tendencia implícita en toda acción, referente a instaurar un equilibrio rígido e inmutable. Pretende también contrastar a un mundo viviente en el que hay acción con un mundo inerte e invariable. Tal contraste nos muestra -

que el enfrentarse con un futuro incierto y desconocido -o sea, especular-, es característico de todo tipo de actuar; que la pérdida o la ganancia son elementos característicos de la acción, que la acción es movimiento. Misas llama escuela lógica al grupo de economistas que han asimilado estas ideas fundamentales, en contraposición a aquella otra que él denomina escuela matemática, la cual ha olvidado el papel fundamental del individuo que actúa, provocando con ella una enorme confusión teórica en el ámbito económico - (Véase sección I.4).

... (Los economistas matemáticos) no quieren ocuparse de esas actuaciones que en el imaginario e impracticable supuesto de que ya no aparecieran nuevos datos, instaurarían una economía de giro uniforme. Pretenden hacer caso omiso del especulador individual que no desea implantar una economía de rotación uniforme, sino que aspira a lucrarse actuando como mejor le convenga para conquistar el objetivo siempre perseguido por la acción, suprimir el malestar en el mayor grado posible. Pujan exclusivamente su atención en aquel imaginario estado de equilibrio que el conjunto de todas esas actuaciones individuales engendraría si no se produjera ningún ulterior cambio en las circunstancias concurrentes. Tal imaginario equilibrio lo describen mediante series simultáneas de ecuaciones diferenciales. No advierten que, en tal situación, ya no hay acción, simple sucesión de acontecimientos provocados por una fuerza mítica. Dedicán todos sus esfuerzos a reflejar, mediante símbolos matemáticos, diversos "equilibrios", es decir, situaciones en reposo, ausencia de acción. Lucubran en torno al equilibrio como si se tratara de una realidad efectiva, olvidando que es un concepto límite, simple herramienta mental. Su labor en definitiva, no es más que una vana manipulación de símbolos matemáticos, pobre pasatiempo que no proporciona ilustración alguna. (AH, pp. 387-398).

En el imaginario sistema de una economía de giro uniforme no hay lugar para la actividad empresarial, precisamente porque en ese modelo, no existe cambio alguno que a los precios pueda afectar: ahí nadie es empresario ni especulador. Por el contrario, en la economía verdadera y funcionante, cualquiera que actúa se convierte en empresario y especulador; ya que actuar implica especular y el resultado de la acción es siempre incierto. Lo anterior es verdad no sólo en la economía de mercado sino en toda economía, sea ésta socialista, o se trate de Robinson Crusoe.

... El economista matemático, en su deseo de estructurar la ciencia económica al modo de la mecánica newtoniana, aplicando siempre procedimientos puramente matemáticos, pierde de vista, al final, el único y verdadero objeto de investigación. Deja de analizar la acción humana, concentrándose en el examen de inanimado mecanismo actuado por misteriosas fuerzas, las cuales no cabe racionalmente estudiar. No hay lugar, desde luego, en la imaginaria construcción de una economía de giro uniforme, para el empresario. El economista matemático gustoso prescindir de él. Descansa entonces, nuestro estudiante; no tiene ya que preocuparse de ese inquieto intriguante cuya intervención una y otra vez impide que el asunto, pero, imaginario, sistema económico que el matemático estructura alcance el estado de perfecto equilibrio y absoluta quietud. Repágnale a tales teóricos el empresario por ser un elemento perturbador, pues los precios de los factores de producción no dependen para el economista matemático de específicas actuaciones humanas, sino de intersección de dos curvas.

No advierte éste, al trazar sus preciosas gráficas de precios y costos, que sólo empleando un común medio de intercambio cabe reducir los costos y los precios a cantidades homogéneas. Pese así la ilusión de creer que es posible, aun prescindiendo de ese común denominador monetario, que permite mutuamente contrastar las diferentes relaciones de intercambio existentes entre los distintos factores de producción, calcular y ponderar costos y precios. (AH, pp. 1018-1019).

Es necesario destacar que para Mises, no son los consumidores, ni tampoco los propietarios de los medios de producción -tierra, trabajo y bienes de capital- quienes mueven al mercado. La dinámica del mismo surge -gracias a la fuerza que le imprimen áviles y especulativos empresarios, al buscar el lucro personal en las diferencias de precios. Los empresarios están al pendiente de toda posible fuente de beneficios; compran donde y cuando consideran que los precios están demasiado bajos; venden donde y cuando estiman que los precios están demasiado altos. Abordan a los poseedores de factores de la producción -factores siempre escasos-, y al competir por ellos, van provocando el alza de su precio hasta alcanzar el nivel que corresponda con el futuro precio previsto para la mercancía que piensan ofrecer. Abordan también a los consumidores, e igualmente, la competencia entre ellos hace bajar los precios de los bienes de consumo. en el grado necesario para que puedan ser vendidos las existencias. Precisamente este especular en busca del lucro, es la fuerza que impulsa la producción y mueve al mercado (AH, pp. 100). Por otra parte, en todo este

análisis, hemos hablado implícitamente de la fijación de los precios de los factores, pero dejemos que Mises nos explicité este punto:

Los problemas que la teoría de los precios de los factores de producción suscita deben ser abordados empleando aquellos mismos métodos para analizar los precios de los bienes de consumo. La operación del mercado de estos últimos bienes la contemplamos desde dos ángulos. Nos representamos, primero, una situación que forzosamente ha de provocar actos de intercambio, situación que consiste en que el malestar de determinadas personas puede ser paliado, en razón en que no todos valoran igualmente los correspondientes bienes. Suponemos, después, un estado de cosas en el cual no cabe intercambio alguno, - pues nadie cree posible mejorar su personal situación mediante operación mercantil alguna. Del mismo modo procedemos al analizar la formación de los precios de los factores de la producción. La actuación de ágiles empresarios desechos de aprovechar las diferencias existentes entre los precios de mercado de los factores de producción y los previstos precios futuros de los correspondientes bienes de consumo impulsa al correspondiente mercado. Dicha fuerza motora se paralizaría en cuanto los precios de los factores complementarios de producción -descotado el interés- se igualaran con los precios de las mercancías elaboradas y nadie creyera que ulteriores cambios en los precios podían variar la situación. Queda así descrita el proceso formativa de tales precios, señalándose tanto su aspecto positivo, es - decir, qué es lo que lo impulsa, como su aspecto negativo, o sea, - aquello que lo haría detenerse. El aludido lado positivo es el que encierra mayor interés. La descripción negativa, yendo a parar a las conrtrucciones imaginarias del precio final y de la economía de giro uniforme, no pasa de ser accesoría exposición. No son, desde luego, quiméricos planteamientos los que nos interesa examinar, sino esos precios de mercado a los que los bienes de orden superior efectivamente se compran y se venden. (AHp-505).

Como se ha visto, Mises viene a resolver -al igual que todos los austríacos- el problema de la distribución por la vía marginal. Es decir, co no valorar y justipreciar la contribución de cada uno de los factores intervinientes en el proceso productivo; trátense de la tierra del tipo que fuere; del trabajo, en cualquiera de sus múltiples manifestaciones; o del capital. Los factores productivos quedan justipreciados con arreglo al va lor marginal que los consumidores atribuyen a la última unidad del factor complementaria aportada a la correspondiente producción, o a sea, cada uno de dichas factores contribuye armoniosamente a la producción final, orientada siempre a satisfacer, en determinadas circunstancias, las más acuciantes necesidades de los consumidores, del modo mejor posible y de la

forma menos costosa. Cada unidad de los diferentes factores intervinientes percibe el precio correspondiente a su respectiva productividad marginal, es decir, la suma dineraria que concordaba con la propia contribución al resultado final conseguido. En definitiva, el precio de los bienes de consumo determina el precio de los factores de la producción (9). Como nos dice Mises con su habitual sentido del humor, ilustréndonos alra pecto: "... No cuesta más el vino de Borgoña que el Chianti porque valgan más los viñedos borgoñeses que los toscanos. El planteamiento es inverso por cuanto las gentes están dispuestas a pagar más por el borgoña que por chianti, los viticultores no tienen inconveniente en satisfacer mayores precios por las tierras de Borgoña que por las de Toscana." (A.H.p.928).

La producción y la distribución vienen a ser así, momentos encadenados. Las valoraciones de los consumidores y la subsiguiente demanda de los adquirentes determina los precios de los bienes efectivamente comprados en el mercado. Tales precios orientan la actividad productiva, alumbrando así a los precios de los factores, o sea, los de los bienes de capital, los de los salarios y el monto de la renta o el interés. La distribución de lo producido se alcanza por la vía del precio de mercado de cada factor interviniente.

Para comprender mejor la fijación de los precios de los factores productivos, contrastemos junto con Mises; su uso o utilización en la economía de giro uniforme:

En la imaginaria construcción de una economía de giro uniforme, suponemos que están siendo utilizados los factores de producción de tal forma que todos y cada uno de ellos reportan los más valiosos servicios que puedan proporcionar. No es posible dar a los aludidos factores destino alguno que más perfectamente atienda las necesidades de la gente. Cabe describir, mediante sistemas de ecuaciones diferenciales, un planteamiento tal como el expuesto, que vea toda va riación del empleo de los factores de los factores de producción efectuado. Dichas ecuaciones, sin embargo, nada nos dicen acerca de qué humanas actuaciones provocaron la aparición de ese hipotético estado de equilibrio, si n unidades de a dedicanse a producir p, y m unidades de a a producir q, no es posible atender más cumplidamente las necesidades de las gentes invirtiendo de otro modo las aludidas disponibles unidades de a.

El aludido estado de equilibrio constituye una construcción puramente imaginaria. Jamás, en nuestro mundo real y cambiante, puede -

llegar a aparecer. No refleja dicha imaginaria construcción ni la situación presente ni ninguna otra situación efectivamente posible. (AH.p.1030).

La actividad empresarial hace continuamente variar las razones de inter-cambio entre los diversos factores de la producción, así como el destino de éstos. El empresario comprende que no coincide el precio de los factores con el que él supone cotizará el correspondiente producto terminado, lo cual le induce a aprovechar en beneficio propio la diferencia. Ese futuro precio, no es el hipotético precio de equilibrio:

... Ni el empresario ni nadie que en la escena económica actúa, guía-se por fantasmagorías tales como los precios de equilibrio o las economías de giro uniforme. Los empresarios ponderan sólo el futuro precio por ellos previstos; jamás se preocupan de precios finales o de equilibrio. Advierten discrepancias entre los precios de los factores complementarios de producción y el futuro precio que creen podrán cobrar por la mercancía terminada, lanzándose a aprovechar la aludida diferencia ... (AH.p.498).

El empresario provoca cambios e innovaciones no porque piense en algún precio de equilibrio, sino porque entravé o vialumbra específicos precios de determinados bienes y servicios, que regirán en el mercado cuando él se halle en posibilidades de ofrecer el producto. Al plasmar la correspondiente operación el empresario provoca una serie de cambios que constituyen sólo los primeros eslabones de una larga cadena de mutaciones. Ahora bien, si no se produjeran otras variaciones que las específicas de esta operación, se acabaría por implantar una economía de giro uniforme si no fuera por las ulteriores variaciones que las circunstancias del mercado registran.

La actividad empresarial desata, en todo el ámbito mercantil, una tendencia a la igualación de los precios de todas las mercancías - idénticas entre sí, descontados siempre los gastos de transporte, - así como el tiempo que éste pueda requerir. Toda diferencia que entre dichos precios pueda registrarse (si no resulta meramente transitoria hallándose condenada a desaparecer a causa de la propia actuación empresarial) es siempre fruto de específicos obstáculos - puestos a aquella natural tendencia igualatoria. Hay alguna cortapisa que a quienes persiguen el lucro impide actuar. El observador que no conozca a fonda las particulares circunstancias del correspondiente mercado posiblemente no logre advertir cuáles sean las ba-

reras institucionales que frenan y estorban la igualación de los precios. Los comerciantes interesados, sin embargo, no se engañan; saben perfectamente por qué no se lucrara aprovechando tales diferencias. (AE:pp.498-499).

Las actuaciones de empresarios, promotores, especuladores y negociantes en futuros vienen a concatenar al mercado. En el mundo de los negocios no existen fórmulas mágicas que puedan sustituir, aquella especial intuición característica del auténtico empresario. La actividad del hombre invariablemente ha de enfrentarse con un futuro incierto y en esto consiste uno de los problemas fundamentales de la acción humana. Dejaría de ser incierto el porvenir si fuera posible predecir el futuro del mercado, y desaparecerían en tal caso tanto las pérdidas como las ganancias empresariales. El empresario ha de cumplir fielmente su función, consistente en acomodar su producción a la demanda de los consumidores, organizar la producción, asumir los riesgos y convertirse en un agente de innovación y progreso económico.

... La implantación de cualquier innovación técnica, bajo un régimen de mercado, tan sólo requiere que cierto individuo o grupo se percate de su utilidad. Ni la ceguera ni la indiferencia de las masas pueden paralizar a los heraldos del progreso. No precisas éstos para llevar adelante sus planes, la venia de nadie. Plámalos, pese a la frecuente hilaridad de las mentes obtusas. Cuando luego aparezcan, en el mercado los nuevos productos, mejores y más baratos, quienes ayer se reían serán los primeros en lanzarse atropelladamente a adquirirlas ... (AE:p:1247).

Algunos economistas han creído que la cataléctica, parte de un supuesto erróneo que pugna con la realidad: el suponer que todos los agentes del mercado tienen información plena de cuantos datos mercantiles interesan, de tal suerte que, en sus compras y ventas, aprovechan siempre las circunstancias más favorables. Mises rechaza tal supuesto, argumentando que sería necesaria la intervención de faquires sobrehumanos para admitir tal uniformidad en el conocimiento y en la interpretación de las mutaciones del mercado; es decir, no sólo la información de quienes operan en el mercado es distinta, sino que, principalmente, la interpretación de estos datos es realizada de manera dispar.

Bajo un sistema económico en el cual todo el que actuara pudiera columbrar con plena exactitud la situación, los precios instantáneamente acomodarianse a las mutaciones que las circunstancias experimentarían. Sólo presuponiendo la intervención de factores sobrehumanos sería posible admitir tal uniformidad en el conocimiento y en la interpretación de las variaciones acaecidas en el mercado ... Lo cierto es que el mercado que la cataláctica estudia hállase formado por personas cuya información acerca de las mutaciones ocurridas es dispar y que, aun poseyendo idénticos conocimientos, los interpretarían de modo diferente. La propia operación del mercado atestigua que los cambios de datos sólo por unos pocos son percibidos y que, además, — no hay unanimidad cuando se trata de prever los efectos que tales variaciones provocarán. Los más inteligentes y atrevidos abren la marcha; los demás les siguen después. Aquellos, más avisados, aprecian las mudanzas circunstanciales con superior precisión que los otros, de mayor torpeza, la cual permite a los primeros prevalecer. El economista jamás debe olvidar que la innata o adquirida disparidad de las gentes hace que logren unos adaptarse mejor que otros a las condiciones de su medio ambiente. (AH-pp.496-497).

Esta dispar información y su diferente interpretación, va a ser parte fundamental de la actividad empresarial: el prever el futuro con mayor acierto que los demás, el discrepar, el aventurarse, el asumir el riesgo.

Aquella particular facultad del empresario que le induce a adoptar las medidas en cada caso más oportunas ni se compra ni se vende. Consigue aquel beneficio precisamente por seguir ideas en desacuerdo con lo que la mayoría piensa. No es la visión del futuro la que produce lucro, sino el prever el mañana con mayor acierto que los demás. Triunfa quien discrepa, quien no se deja llevar por los errores comúnmente aceptados. Obtiene ganancias el empresario que se halla en posición de atender necesidades que sus competidores no previeron al acopiar los correspondientes factores de producción. (A&E p. 1257).

Los beneficios empresariales invariablemente derivan de haber sabido — prever acertadamente las futuras condiciones del mercado. Quienes con mayor visión que el resto de las personas se anticipan a tales eventos futuros y acomodan su actuación a la nueva disposición del mercado obtendrán ganancias, debido a que podrán satisfacer mejor las necesidades de los consumidores. En el ámbito de una economía de mercado, las ganancias de un empresario no tienen por qué provocar una correspondiente pérdida en otro; los beneficios derivan de haber aliviado o suprimido determinada necesidad de un tercero. Las ganancias del empresario que proporciona al

consumidor los deseados bienes o servicios no pueden considerarse causa de las pérdidas que sufren quienes ofertan productos por los que más pagaría un precio que compense el costo de producción. Es el error o la incapacidad del empresario para prefigurar la futura disposición del mercado y los deseos del consumidor lo que le provoca la pérdida.

Los intereses de compradores y vendedores en una economía de mercado no son antagónicas: Tanto el comprador como el vendedor ganan en una operación mercantil; ésto es válido incluso en el caso de que alguna venta sea pérdida, ya que el vendedor estaría peor aún de no haber logrado colocar la correspondiente mercancía o de haber tenido que hacerla a un precio todavía más bajo. La pérdida sufrida es consecuencia de haber fallado en las previsiones de la configuración del mercado; pero una vez realizada la venta, por bajo que sea el precio obtenido, se reduce el quebranto. Todo el mundo ganaría, si fuera siempre capaz de prever acertadamente las circunstancias futuras del mercado y ajustara su conducta a tales datos; en esta situación, no se malgastaría tampoco ninguna unidad de factores productivos. El hombre, sin embargo, carece de esta omnisciencia (AH.p.969). Lo que parece indudable, en este sentido, es que el sistema que permite atender mejor -dentro de lo posible- los deseos de cuantos integran la sociedad es aquél que premia con garantías a quienes previeron acertadamente el porvenir del mercado. A este respecto Mises escribió:

... el problema económico por entero, consiste en prever necesidades futuras, que pueden ser totalmente distintas a las actuales, y en aprovechar los existentes factores de producción efectivamente disponibles del modo que mejor permitan satisfacer esas inciertas necesidades del mañana ... el gran problema estriba en distribuir los siempre escasos factores económicos entre las diversas producciones posibles, de tal suerte que ninguna necesidad considerada más acuciante quede satisfecha por haber sido invertidos -es decir, malgastados- los correspondientes factores de producción en atender otras menos apremiantes. He ahí el problema económico por excelencia, que jamás deba confundirse con cuestiones o incógnitas de orden técnico. La técnica tan sólo nos indica qué puede en cada momento realizarse, dados los progresos a la sazón conseguidos por la investigación científica. Nada, sin embargo, nos dice acerca de cuáles cosas, entre las múltiples posibles, conviene más producir, ni, menos aún, en qué cantidad ni con arreglo a qué métodos ... (AH.p.984).

Respecto a la posición del Estado -o quizá mejor dicho del gobierno- en relación a la estructura de una sociedad de mercado, Mises, en su teoría del dinero y el crédito nos comenta y aclara:

La posición del Estado en el mercado no se diferencia en modo alguno de la que ocupan los otros sujetos que realizan operaciones comerciales. Como esos otros sujetos, el Estado cambia mercancías y dinero bajo condiciones que son regidas por las Leyes del Precio. -Ejercita sus derechos soberanos en sus súbditos para imponerles tributos; pero en todo lo demás, se adapta, como todos, a la organización comercial de la sociedad. Como comprador o vendedor, el Estado ha de someterse a las condiciones del mercado. Si desea cambiar alguna de las razones de cambio establecidas en el mercado, ha de hacerlo mediante el propio mecanismo del mercado. Generalmente podrá obrar más eficazmente que cualquier otro gracias a los recursos que tiene a su disposición fuera del mercado. Es responsable de las más fuertes perturbaciones del mercado porque puede ejercer la más poderosa influencia sobre la oferta y la demanda. Más no por eso está -menos sujeto a las normas del mercado y no puede hacer caso omiso de las leyes de fijación de precios. En un sistema económico basado sobre la propiedad privada de los medios de producción, el Gobierno no puede dar normas para cambiar las condiciones del cambio si no es alterando los factores que las determinan. (EDC, pp.58-59).

La anterior cita, vá a tener relevancia para comprender la influencia del Estado en los fenómenos de la inflación y el ciclo económico como veremos más adelante. También la posición del Estado en la economía vá a tener para Mises una clara influencia en la fijación de los precios de monopolio. Es frecuente escuchar que la economía de mercado tiene una clara tendencia al monopolio. La soberanía del consumidor, desde luego, no es siempre total, y en determinadas condiciones, falla el proceso democrático del mercado -como en los monopolios naturales-. El precio de monopolio hace contradictorio el interés del consumidor y el del monopolista (AH.p.990). El factor monopolizado deja de aprovecharse tal y como los consumidores quisieran: el interés del monopolista prevalece al de éstos. Ante la aparición del precio de monopolio desaparece la armonía de la economía de mercado. Puede negarse la anterior afirmación cuando se trata de precios de monopolio percibidos al amparo de los derechos de autor y de las patentes (véase sección V.I.). Se puede decir que, en ausencia de esta propiedad intelectual e industrial, los consumidores se hu-

bieran visto privados de las correspondientes publicaciones, piezas musicales e inventos técnicos. Pero no es este el aspecto de la cuestión que más interesa: Se dá por sentado que la propia dinámica del mercado hace paulatinamente desaparecer los precios competitivos imponiendo en su lugar precios monopolísticos. Sin embargo, Mises nos responde, que en realidad, los precios de monopolio surgen, frecuentemente, al amparo de las interferencias estatales, y aun por la libertad mercantil. Los precios de monopolio son la resultante de impedir la operación del mercado. Por ello, hablar de capitalismo monopolista es un error, lo correcto para Mises es aludir al estatismo o intervencionismo monopolista (AH. pp. 989-990). Para trascendencia económica tienen los precios de monopolio que hubieran podido aparecer, aún la intervención estatal. Habrían afectado a muy pocos bienes, por ejemplo, a específicos minerales con yacimientos distribuidos de manera muy irregular; pero la existencia de estas esporádicas imperfecciones del mercado, no modifica el interés o la conveniencia de mantener la dinámica del mecanismo de precios. Como vemos en el capítulo V, el mayor defecto de las alternativas a un uso extensivo de los mercados libres, reside en el campo de la innovación, el cambio y el progreso económico; como tan onerosamente lo han tenido que aprender muchos países en desarrollo en las últimas décadas. Por fortuna o por desgracia -según al punto de vista-, en eso, no parece haber sustituto eficaz, para la opción de dejar que el mercado privado realmente florezca.

II.5. La economía estacionaria progresiva y regresiva.

"... los grandes progresos técnicos de la producción y el consiguiente incremento de la riqueza y el bienestar tomaron cuerpo únicamente cuando las ideas liberales, hijas de la investigación económica, lograron imponerse."

Ludwig von Mises.

La imaginaria construcción de una economía de giro uniforme -de la - cual hablamos anteriormente-, a veces, ha sido confundida con la economía estacionaria; se trata, sin embargo, de conceptos diferentes: En la economía estacionaria no varían ni la riqueza ni los ingresos de las personas; bajo este esquema, es posible que se produzcan cambios que en una economía de giro uniforme, serían impensables: Las cifras de población - pueden aumentar o disminuir siempre y cuando congruente se incrementen o restrinjan el conjunto de ingresos y riquezas; puede variar la demanda de ciertos productos; pero esta variación, habría de verificarse con mucha lentitud, para permitir que el capital pudiera transferirse de los sectores que deban restringirse a aquellos otros que proceda ampliar mediante no renovar la maquinaria de los primeros e instalar los correspondientes bienes de capital en los segundos (AH.p.388). De esta forma, la imaginaria construcción de una economía estacionaria lleva de la mano a otros dos esquemas teóricos: la de una economía progresiva o en expansión y la de una economía regresiva o en contracción. En la primera, tanto la cuota per capita de riquezas e ingresos, así como la población, tienden hacia cifras cada vez mayores; en la segunda, por el contrario, dichas magnitudes van siendo cada vez menores.

Podemos comentar ahora, que los tres modelos que hemos mencionado: economía estacionaria, progresiva y regresiva, son considerados por Mises como imperfectos, en la medida en que presuponen que se pueda ponderar o medir la riqueza o la renta social; lo cual, en su opinión no es posible, ya que la satisfacción de las necesidades es siempre personal, varía de acuerdo a las circunstancias en que se encuentre el sujeto y sólo se pue

de medir de manera ordinal, nunca cardinalmente (véase sección II.1.). Es evidente que Mises no está de acuerdo con varios conceptos que se manejan en la teoría macroeconómica actual; él siempre cuestionará los conceptos de agregados económicos (véanse secciones I.1. y I.3.). El esquema de giro uniforme, al igual que los otros tres modelos de que hemos estado hablando, son utilizados por Mises para acercarnos a explicar y confrontar la realidad; pero no son estrictamente conceptos macroeconómicos. Como dijimos anteriormente en la sección I.4., para nuestro economista, no existe la división de la ciencia económica en microeconomía y macroeconomía, sino que se trata de un sólo cuerpo de conocimiento científico, de un todo integral y sistemático.

... Cuando el historiador económico califica de estacionaria, progresiva o regresiva la economía de determinada época, ello no en modo alguno significa que haya "medurado" las correspondientes circunstancias económicas; al expositor límitase a apelar a la comprensión histórica para llegar a la consignada conclusión. (AH. p.389).

En la economía estacionaria, la suma de todas las ganancias y todas las pérdidas es cero; en la economía progresiva, el conjunto formado por todos los beneficios es superior al conjunto total de pérdidas; y en la economía regresiva, la suma total de beneficios es inferior al conjunto total de pérdidas. En una economía estacionaria, las ganancias totales de los empresarios se igualan a las pérdidas totales; lo que un empresario gana se compensa con lo que otro pierde; todo lo que en conjunto gastan los consumidores en la adquisición de cierta mercancía, queda compensado por la reducción de lo gastado en otros bienes. Los empresarios, dentro de la misma economía estacionaria, al realizar sus típicas actuaciones, únicamente pueden distraer factores de producción de un sector industrial para utilizarlos en otro diferente o destinar las sumas de depreciación de los bienes de capital a la ampliación de ciertas ramas mercantiles, contrayendo desde luego la actividad en otras. Nada de lo anterior sucede en una economía progresiva, en ésta la actividad empresarial se ocupa en determinar el empleo que deba darse a los adicionales bienes de capital engendrados por el ahorro. La inyección en la economía de estos adic-

cionales bienes de capital, implica incrementar los ingresos disponibles, o sea, hacer posible el aumento de la cantidad de bienes de consumo que pueden ser efectivamente consumidos, sin que ello implique reducir el capital existente; lo cual implicaría una restricción de la producción futura. Dicho incremento del ingreso, se da gracias al aumento de la producción, sin modificar los correspondientes métodos; o bien perfeccionando los sistemas técnicos mediante adelantos que no hubiera sido posible aplicar de no existir esos supletorios bienes de capital. De esta riqueza adicional procede aquella porción de los totales beneficios empresariales en que éstos superan a las pérdidas totales. Es importante destacar, que la cuantía de esos mayores beneficios percibidos por los empresarios, nunca absorben la totalidad de la riqueza adicional obtenida gracias a los mencionados progresos económicos: El mecanismo del mercado distribuye la riqueza adicional entre los empresarios, los trabajadores y los propietarios de los factores productivos (AH.p.451).

Continuando con la economía progresiva, convendría advertir que el beneficio empresarial, de ningún modo es perdurable: prevalece en el mercado la tendencia a la supresión tanto de las ganancias como de las pérdidas. Como veíamos en la sección II.4. la operación del mercado apunta hacia determinados precios últimos y cierto estado final de reposo. De no ser porque continuamente la mutación de las circunstancias perturba esta tendencia, obligando a reajustar la producción a las nuevas circunstancias, el precio de los factores de la producción terminaría igualándose al de las correspondientes mercancías producidas, con lo cual desaparecería aquel margen en que se explicita la ganancia o la pérdida empresarial. En este sentido, el incremento de la productividad, a la larga beneficia principalmente a los trabajadores, a ciertos terratenientes y a los propietarios de los bienes de capital (AH.p.451). En cuanto los empresarios quieren emplear los supletorios bienes de capital o aplicar técnicas de producción perfeccionadas, advierten que tienen la necesidad de adquirir nuevos factores de la producción. Esta demanda adicional provoca el alza en el precio de los factores en cuestión, y esta subida de precios y salarios es lo que viene a proporcionar a los consumidores los ingresos

requeridos para comprar los nuevos productos, sin tener que restringir las adquisiciones de otras mercancías; sólo de esta manera es posible - que las ganancias superen a las pérdidas empresariales.

El progreso económico únicamente es posible si se amplía, mediante el ahorro, la cantidad de los bienes de capital existentes y de perfeccionar los métodos de producción; esta mejoría, la mayor parte de las veces, - exige la previa acumulación de nuevos capitales (véase sección V.1.). Los principales agentes de dicho progreso son los innovadores, los arriesgados empresarios, que desean obtener ganancias, las cuales derivan de acomodar el aparato productivo a las circunstancias pravalescientes, satisfaciendo en el mayor grado posible los deseos de los consumidores. Estos - promotores, para poder realizar sus planes u objetivos de progreso económico, tienen que dar participación en los correspondientes beneficios a los obreros y a determinados capitalistas y terratenientes, incrementándose poco a poco, la participación de estos grupos, hasta esfumarse la cuota empresarial. Los beneficios no dependen de la cantidad de capital empleado por el empresario, el capital no engendra ganancias; Los beneficios y las pérdidas dependen de la capacidad o incapacidad del empresario para adaptar la producción a la demanda de los consumidores; en este sentido los beneficios nunca pueden ser normales o equilibrados:

... tanto las ganancias como las pérdidas constituyen fenómenos que aparecen por haber sido perturbada la "normalidad"; por haberse registrado mutaciones que la mayor parte de las gentes no había pre visto; por haber aparecido un "desequilibrio". En un imaginario mundo plenamente normal y equilibrado, jamás ni las unas ni las otras podrían surgir. Dentro de una economía cambiante, cualquier ganancia o pérdida tiende, por sí, a desvanecerse. En una economía estacionaria la media de beneficios y pérdidas es cero. Un superávit de beneficios con respecto a quebrantos evidencia se está registrando real y efectivo progreso económico, elevándose congruentemente el nivel de vida de todas las clases sociales. Cuanto mayor sea tal su perávit mayor será la prosperidad de todos. (AH.pp.453-454).

Entonces, para nuestro economista, el progreso económico se basa, por por un lado, en la actuación de quienes, mediante el ahorro, engendran los nuevos bienes de capital, y de otro, en los desahorros de los inventores, viniendo los empresarios a aprovechar los aludidos medios - puestas a su disposición para, en definitiva, plasmar la prosperidad (véase sección V.I.). Las demás personas en nada contribuyen al progreso, - viéndose, no obstante favorecidas por la derrama económica que al actuar ajeno les ocasiona.

Todo lo anteriormente dicho sobre la economía progresiva, puede también caracterizar, en sentido inverso, a la economía regresiva, es decir, a - aquella en la que la cuota de capital invertida va disminuyendo. Como mencionábamos anteriormente, en un economía de este tipo, destaca la característica de que el total de las pérdidas empresariales supera al conjunto de las ganancias.

Los empresarios, al igual que el resto de las demás personas, no actúan como miembros pertenecientes a determinada clase, sino como puros individuos. A un empresario en particular, poco le importa lo que pueda suceder al resto del empresariado. Dentro de la cambiante sociedad de mercado, - siempre habrán posibilidades de obtener beneficios para un empresario con la suficiente visión (AH.pp. 455-456). El hecho de que dentro de una - economía regresiva, el conjunto de las pérdidas supera el total de los beneficios no desanima a quien tiene confianza en su superior capacidad para prever el futuro del mercado y considera tener un verdadero espíritu empresarial. El hombre de negocios al planear su futura actuación, confía tan sólo en su capacidad para vislumbrar mejor que los demás las futuras condiciones mercantiles. La función empresarial, el afán por obtener beneficios, es la fuerza que impulsa a la economía. Las pérdidas y las ganancias son parte fundamental del mecanismo que otorga el control a los consumidores, quienes terminan por gobernar al mercado, ya que su conducta -sus votos monetarios- origina dichas pérdidas y ganancias, las cuales determinan a la larga, inexorablemente, quien sale y quien permanece en el mercado. Aquel empresario que mejor atiende o satisface la demanda, - ajustando su producción a los correspondientes objetivos, indudablemente-

ta permanecerá en el mercado.

II.6. El fenómeno del interés.

"... el estudioso, cuya intención es alcanzar la mayor cantidad posible de verdad, no ha de sentirse intimidado ... ni creer que ha de andar siempre buscando - una revolución, un 'lozano arranque' en el pensamiento económico. Su mente debe, desde luego, estar tan abierta a las nuevas como a las viejas ideas; y se complacerá en rechazar lo que es puro afán de inquietud y sensacionalismo por lo nuevo y original ..."

Henry Hazlitt.

El ser humano, invariables las restantes circunstancias, prefiere satisfacer sus necesidades lo más pronto posible. Los bienes presentes tienen para él mayor valor que los bienes futuros. Esta preferencia temporal - constituye requisito categórico de la acción humana. No se puede pensar en ningún tipo de actuación en la cual la satisfacción más próxima no sea preferida a la satisfacción más lejana. Quien consume un determinado bien, en vez de posponer dicho consumo hasta un posterior e indefinido momento está implícitamente afirmando que valora en mayor medida la satisfacción presente a la futura. Incluso, pensando en un caso extremo - si el interesado no prefiriera la satisfacción temporalmente más cercana a la más lejana, jamás llegaría a consumir, dejando permanentemente insatisfechas sus necesidades; en este caso, no haría más que acumular bienes - que luego nunca llegaría a disfrutar. No consumiría hoy, y tampoco consumiría mañana, porque en ese mañana volvería a enfrentarse con la posibilidad de aplazar una vez más el disfrute del bien en cuestión (AH.p.712).

Visto desde esta perspectiva el fenómeno del interés, aparece como algo inherente al actuar humano. Con base siempre en el análisis del individuo, Mises advirtió que el hombre pretende alcanzar los objetivos o fines que ambiciona, lo más pronto posible. La misma mercancía o servicio

va perdiendo valor cuanto más lejano se halla el momento de poder disfrutarla. La anterior preferencia temporal es lo que impide a las personas invertir la totalidad de sus ingresos en bienes de producción, pese a que de esta manera asegurarían su propio bienestar futuro, pues tienen que sobrevivir; nadie puede ahorrarlo todo, necesariamente, alguna parte de su ingreso ha de ser consumida. Por supuesto que el personal grado de preferencia temporal es dispar entre las personas: Todos valoramos en más el bien presente que el bien futuro, pero unos con mayor intensidad que otros. A mayor preferencia temporal, mayor consumo inmediato; cuanto menor sea aquella, más se ahorrará, es decir, se dedicarán mayores recursos a la ampliación de las disponibilidades para el futuro (10).

El prestamista que ofrece un crédito de cien pesos y el prestatario que se compromete a devolver ciento diez al cabo de un año, están manejando bienes dispares; el acreedor entrega un bien presente, cuyo precio es cien pesos, contra un bien futuro, que ahora no vale los mismos cien pesos, ya que el bien presente es siempre más valioso que el bien futuro; resulta, por ello, natural y comprensible que el acreedor pida y el deudor pague voluntariamente cierto premio o bonificación, al que Kissas denominará interés originario. El saber popular ha puesto de manifiesto las anteriores realidades mediante los conocidos dichos "vale más un tomo que dos te da rí", o "más vale pájaro en mano que ciento volando".

El interés originario es igual a la razón existente entre el valor atribuido a satisfacer una necesidad en el inmediato futuro y el valor atribuido a dicha satisfacción en épocas temporalmente más distantes. Dentro de la economía de mercado, el interés originario se manifiesta en el descuento de bienes futuros por bienes presentes. Se trata de razón existente entre precios de mercadería, no de un precio en sí. Dicha razón tiende en el mercado a una cifra uniforme cualesquiera que sean las mercancías de que se trate. (AH.p.774).

El interés originario constituye una categoría del actuar humano. Es una razón que va a determinar la demanda y la oferta de bienes de capital como se menciona en las citas siguientes, que van a tener relevancia, en cuanto a que el querer manipular la tasa de interés y no tomar en cuenta fenómeno del interés originario van a ser considerados por Kissas, como -

factores clave en su explicación del ciclo económico (véanse secciones IV.1. y IV.2.).

El interés originario no es un precio que el mercado determina sobre la base de la oferta y la demanda de capital o de bienes de capital. Su cuantía no depende de la aludida demanda u oferta. Es, al contrario, el interés originario lo que determina tanto la demanda como la oferta de capital y bienes de capital. Marca cuál porción de los existentes bienes deberá consumirse en el inmediato futuro y -cual convendrá reservar para aprovisionar más resotos periodos. Las gentes ahorran y acumulan capital no porque haya interés. No constituye último ni el impulso que hace ahorrar ni la compensación o premio otorgado a quien renuncia al inmediato consumo. Es la razón existente entre el valor otorgado a los bienes presentes y el reconocido a los futuros.

El mercado crediticio no determina la tasa del interés. Acomoda -el interés de los préstamos a la cuantía del interés originaria, según resulta del descuento de bienes futuros. (AH.p.775).

No puede ... ni siquiera suponerse la posibilidad de abolir el interés mediante instituciones, leyes o manipulaciones bancarias. Quien desee "suprimir" el interés habrá primero de convencer a las gentes para que no valoren en menos una manzana disponible dentro de cien años que la que hoy pueden tener a su disposición. Lo que cabe abolir, mediante leyes y decretos, es tan sólo el derecho del capitalista a cobrar interés. Tales disposiciones, sin embargo, provocarían consumo de capital y rápidamente conducirían a las gentes a su originaria y natural pobreza. (AH.p.782).

El interés originario es fruto de valoraciones que continuamente fluctúan y cambian. Con estas variaciones también aquel puede modificarse. Si ahora que nos encontramos cerca del año dos mil -por ejemplo-, reapareciera aquella situación que se dió al finalizar el primer milenio de la era cristiana, en la cual había un convencimiento generalizado acerca del inminente fin del mundo, las gentes dejarían de preocuparse por los satisfactores de sus necesidades del mañana; pero esto no haría que desapareciera el descuento de bienes futuros por presentes, al contrario se incrementaría de modo impresionante. El que desapareciera, en cambio, el interés originario, implicaría que a las gentes hu dejad de importarles el satisfacer sus más inmediatas necesidades; supondría que sobrevivieran - una manzana a disfrutar en cien años a una disponible hoy. Un mundo en el que el fenómeno del interés originario no acompañara a la acción humana

sería sencillamente impensable. Mientras haya que hacer frente a la escasez, habrá que economizar; y por ello se tendrá que optar entre satisfacer antes o después las necesidades, pues no cabe dejar atendidas plenamente ni las presentes ni las futuras. Habrá que variar la utilización de los factores de producción, dedicando algunos de ellos, en lugar de atender necesidades temporalmente más próximas, a la satisfacción de otras más alejadas. Forzosamente se ha de restringir el número de apetencias - cubiertas en un determinado momento, para incrementarlo en otro posterior.

... La verdad, sin embargo, es que, mientras subsista la escasez, - siempre habrá algún proceso técnico idóneo para mejorar nuestro bienestar a base de ampliar el período de producción, independientemente del progreso de nuestros conocimientos teóricos. Si hay escasez de medios, si pervive la praxeológica correlación entre medios y fines, forzoso es concluir que han de existir necesidades insatisfechas por lo que se refiere tanto al futuro próximo como al remoto. Siempre habrá bienes a los que renunciemos por cuanto su producción exige demasiada tiempo, impidiéndonos tal dilación temporal satisfacer otras necesidades más urgentes. Si no aprovisionamos más ampliamente el futuro es precisamente porque ponderamos y preferimos atender las necesidades de un momento temporalmente más próximo, en vez de las de otro más alejado. La razón que tal contrastación arroja - constituye el interés originario. (AH, pp. 777-778).

La ampliación del período de producción permite obtener más cantidad de producto por unidad de inversión o disponer de bienes que en más corto período de tiempo no pueden ser fabricados ... (AH, p. 778).

Como veremos en la sección V.I., Mises considera fundamental para lograr el objetivo de progreso económico, el que se incremente la cantidad de capital y se amplíe su estructura temporal, mantándose de esta forma procesos más largos, pero de superior productividad. Cuanto menor sea la preferencia temporal de las gentes, mayor será su disposición a sacrificar consumo presente para ahorrar e invertir en procesos de producción de superior duración, en sistemas que en el futuro permitan un mejor suministro de bienes de consumo, que si se hubiera tenido que apelar, por falta de capital, a sistemas productivos más breves pero de inferior - productividad.

En la economía cambiante, durante el período de producción de las mercancías, acontecen simultáneamente, otras variaciones en las evaluaciones de las personas: Hay bienes que se estiman más que antes, otros en cambio, menos. Estas modificaciones van a constituir el fundamento de las ganancias y las pérdidas empresariales; aquellos empresarios que previeron acertadamente la situación futura del mercado, consiguen, al vender sus productos, obtener un excedente de ingresos sobre los correspondientes costos de producción, por supuesto, en dichos costos se considera el interés originario neto. El empresario que se equivoca en su especulativa previsión del mercado, logrará, en el mejor de los casos, vender sus mercancías a precios que no cubren sus costos más el interés correspondiente al capital invertido.

El interés no es un precio, como tampoco lo es la pérdida ni la ganancia empresarial. Se trata de magnitudes que pueden ser separadas del precio total alcanzado por los productos. La diferencia entre el precio de venta de la mercancía y la suma de los costos en que se incurrió por su producción -excluido el interés del capital invertido-, forma el monto al que los economistas clásicos denominaron beneficio. Pero en este excedente de los ingresos sobre los gastos es posible distinguir el valor del trabajo con que el propio empresario ha contribuido al proceso productivo, el interés correspondiente al capital invertido y, finalmente, el beneficio empresarial propiamente dicho (AH.pp.785-786). En este sentido, si los rendimientos de las ventas no llegan a producir dicho excedente de ingresos, el empresario no sólo se ve privado del beneficio, sino, también, de la retribución que el mercado hubiera otorgado a su trabajo personal, así como de los intereses correspondientes al capital que dedicó a la empresa. Por otra lado, en ocasiones es difícil separar el beneficio empresarial, del interés originario, ya que todo crédito, independientemente de las variaciones que el poder adquisitivo del dinero pudiera tener, es siempre una especulación empresarial que puede ocasionar la pérdida total, o al menos parcial de la cantidad prestada; de manera que, el interés efectivamente convenido y pagado comprende por tanto; interés originario y beneficio empresarial.

Las actuaciones empresariales desatan una tendencia a la implantación de una tasa de interés originario en toda la economía. Tan pronto como determinado sector del mercado registra un margen entre los precios de los bienes presentes y de los bienes futuros distinto al que prevalece en otros sectores, un movimiento con tendencia a la supresión de esta diferencia se pone en marcha por la propensión de los hombres de negocios a operar sólo allí donde dicho margen es más amplio, rehuyendo los lugares donde es menor. Mises nos abunda en lo anterior:

Aquellas gentes prudentemente dedicadas a reajustar el empleo de los factores de producción a los cambios que registran las circunstancias de cada momento -es decir, los empresarios y promotores- basan sus cálculos en los precios, salarios y tipos de interés que el mercado determina. Advierten la existencia de diferencias entre los precios actuales de los factores complementarios de producción y el previsto precio del producto terminado -una vez deducido del mismo el correspondiente interés del mercado- aspirando a lucrarse con tales diferencias. Clara es la función que el interés desempeña en los cálculos del hombre de negocios. La cuantía del interés le informa acerca de hasta qué punto puede desraar factores de producción de la atención de más próximas necesidades, dedicando los mismos a proveer otras temporalmente más remotas. Indicale cuál será el período de producción que en cada específico caso se ajusta efectivamente al diferente valor que las gentes otorgan a los bienes presentes con respecto a los futuros. Prohíbele lanzarse a empresas que no se compaginen con las limitadas existencias de bienes de capital efectivamente ahorradas por las gentes. (AN.p.801).

Cabe señalar que en la economía de giro uniforme, todos los sectores del mercado registran una misma tasa final de interés originario según quede éste determinado por la razón existente entre el precio de los bienes presentes y el de los futuros; a este tipo de interés Mises lo denomina neutral.

Como hemos visto, las tasas de interés que el mercado maneja no son exclusivamente interés puro, ya que engloban otros ingredientes. El prestamista no tiene más remedio que ser siempre empresario; la concesión de un crédito invariablemente constituye un cometido empresarial y especulativo, cuyo futuro resultado será siempre incierto. Quien presta dinero a otro sabe que puede perder la totalidad o, al menos, parte del principal; nunca puede haber seguridad plena en el préstamo dinerario ni en nin-

guna operación crediticia. Sobre el componente empresarial de los rendimientos totales percibidos por el prestamista, puede influir cualquier factor que condiciona la actividad empresarial; de hecho, le afectan todas las circunstancias legales e institucionales del caso. Desde luego, que el riesgo del prestamista es menor al haber un ordenamiento normativo que lo proteja contra el incumplimiento del deudor.

Los tipos de interés que el mercado crediticio engendra no son uniformes: las condiciones de los préstamos no son ajenas a la duración de los mismos; los créditos se valoran en forma diferente, según sea su duración. El componente empresarial, también cambia según las específicas circunstancias de cada operación; aunque prevalece una tendencia a la igualación del interés correspondiente a créditos del mismo tipo en lo relativo al componente empresarial y a los demás componentes de la tasa. En concreto, el mercado crediticio no es homogéneo, siendo el componente empresarial el elemento que normalmente viene a marcar las diferencias (AH.p.800). A esta realidad aluden las personas cuando comentan que el crédito se basa en la confianza y la buena fe.

La tasa final del interés correspondiente a créditos de idéntica condición es siempre la misma en el mercado. La disparidad de los correspondientes réditos depende de la distinta confianza que el deudor merezca y del disímil valor de las garantías que ofrezca a bien de la desigualdad de las condiciones del correspondiente contrato. Tiende a desvanecerse toda diferencia de interés que no venga im puesta por las semejanzas anteriormente consignadas. Quienes buscan crédito acuden a aquellos prestamistas que exigen réditos menores. Estos, en cambio, atienden preferentemente a aquellos prestamarios dispuestos a pagar mayores intereses. En el mercado del dinero las cosas se plantean idénticamente a como suceden en cualquier otro mercado. (AH.p.683).

Desde tiempo inmemorial, la sabiduría popular ha exhaltado las virtudes del ahorro y precavido contra las consecuencias del derroche y la prodigalidad. La sabiduría proverbial reflejó siempre tanto los principios éticos como un prudente sentido del ahorro; desde luego, nunca faltaron dilapidadores de riqueza, e inclusive, teorizantes que se afanaron en bu car argumentos en apoyo de la vida poco frugal. Ya en su tiempo, los eco-

ecnomistas clásicos mostraron que el ahorro, orientado hacia el interés del individuo, sirva al propio tiempo al de la comunidad; el ahorrador consciente, al preocuparse de su propio futuro, finalmente, ayuda a la sociedad (11).

La palabra ahorro se emplea comúnmente, significando, unas veces, mero atesoramiento de dinero, y en otras ocasiones se utiliza en el sentido de inversión, sin establecerse claramente una diferencia entre ambas acepciones. El atesoramiento de moneda si se realiza injustificadamente y a gran escala, resulta perjudicial para la economía; pero es un fenómeno en extremo raro. Algo que se parece mucho al simple atesoramiento -del cual, - sin embargo, debe distinguirse- puede ocurrir, después de iniciada una depresión o contracción de la actividad económica. Se contraen entonces tanto los gastos de consumo como las inversiones; los consumidores reducen sus compras, actúan así, en buena medida, debido a que temen perder sus empleos y quieren precaverse acumulando reservas; no han disminuido sus compras porque desean consumir menos, sino que buscan tener cierta solvencia en caso de quedar sin trabajo. Pero, además, las personas disminuyen su consumo ya que los precios de las mercancías probablemente hayan descendido y temen una nueva baja. Al diferir sus compras, esperan adquirir más con igual dinero, no quieren, en definitiva, utilizar sus recursos monetarios en productos cuyo precio está descendiendo. La misma expectativa frena sus posibles inversiones, no tienen confianza en la rentabilidad futura de los proyectos, o quizá, consideran que pueden comprar acciones u obligaciones con un desembolso relativamente menor. En general, su actividad se puede interpretar como contraria a adquirir mercancías que se están desvalorizando, o favorable a retener su propio dinero con la esperanza de una revalorización. Sin embargo, lo más importante de señalar aquí, consiste en que es un error llamar ahorro a esta resistencia temporal al consumo. No responde a los mismos motivos que el auténtico ahorro; el equivoco alcanza mayores proporciones cuando se supone que este tipo de ahorro es la causa de las depresiones, cuando en realidad, es una de sus primeras consecuencias (12). Pudiera ser que esta resistencia a comprar intensificara e hiciera más penosa y duradera una depresión ya iniciada,

pero por sí sola no la origina (véase sección IV.2.). Hay ocasiones en que al producirse una arbitraria intervención estatal en la economía se provoca una situación de incertidumbre, surgiendo la desorientación y la desconfianza al no conocerse claramente lo que la autoridad hará más tarde. Bajo tal situación se evita reinvertir los beneficios; empresas y particulares se mantienen a la expectativa, decidiendo acumular mayores reservas ante posibles contingencias. Este atesoramiento de moneda podría parecer la causa del estancamiento de la actividad económica o del atraso económico del país (véase sección V.2.); sin embargo la causa real se concreta en la incertidumbre y en los obstáculos para crear riqueza que origina la intervención estatal; las mayores disponibilidades tanto de las empresas como de los particulares, y quizá la fuga de capitales son simplemente un eslabón en la cadena de consecuencias derivadas de aquella situación incierta que prevalece en un determinado país. No debe olvidarse que lo ahorrado en bienes de consumo se invierte en bienes de producción y que el ahorro no significa necesariamente contracción del gasto total.

Haciendo a un lado el atesoramiento de moneda, el cual, como dijimos en un caso excepcional, el equilibrio entre ahorro e inversión se alcanza mediante un mecanismo similar al de la fijación del precio de cualquier mercancía por el mecanismo del mercado. Ahorro e inversión podrían definirse, respectivamente, como la oferta y demanda de nuevo capital; de manera análoga a como la oferta y la demanda de otro artículo se igualan en el precio, la oferta y demanda de capital se igualan en los tipos de interés. La tasa de interés, incluyendo todos los elementos de que hemos hablado -interés originario, componente empresarial, etc.-, es finalmente, el nombre especial dado al precio del crédito; es un precio como cualquier otro.

Algunos economistas a lo largo de la historia, como Louis Blanc, Pierre J. Proudhon y más recientemente John M. Keynes, han propugnado por un interés bajo el cual alentará la actividad económica (13). Se ha afirmado que si el interés es demasiado alto, la industria no obtendrá beneficio alguno al disponer de anticipos para su inversión en nuevas instalaciones

y máquinas. Este enfoque teórico ha ganado fuerza, logrando que muchos gobiernos siguieran una política artificial de "dinero barato". Ahora bien, quienes así razonan, movidos por la única preocupación de aumentar la demanda de capitales, se olvidan de las consecuencias que tal política pueda acarrear sobre la oferta de capital; es un ejemplo más del error de prestar atención tan sólo a los resultados de una política sobre un sector determinado, menospreciando sus repercusiones sobre los restantes sectores. Si se mantiene, de manera artificial, excesivamente bajo el tipo de interés, en relación con el riesgo afrontada, el ahorro se paraliza y cesa el ofrecimiento de capitales a préstamo. Aquellos que abogan por una política monetaria expansiva o de dinero barato, parecen creer que el ahorro se produce automáticamente, sin que le afecte la tasa de interés, no tomando en cuenta que los ahorradores pueden dar otro destino a su dinero.

Mantener los tipos de interés artificialmente bajos produce los mismos efectos que cuando se fija cualquier otro precio por debajo de su nivel natural de mercado; se incrementa la demanda y se reduce la oferta; aumenta la demanda de capital y disminuye la oferta de auténtico capital, creándose escasez, así como distorsiones en la economía. Indudablemente la reducción artificial de la tasa de interés estimula la demanda de créditos y en consecuencia fomenta aventuras económicas, muchas veces carentes de realismo, especulativas e incapaces de sobrevivir cuando desaparecen las arbitrarias condiciones que motivaron su nacimiento (véase sección IV.L.). Por lo que a la oferta concierne, la reducción artificial de la tasa de interés desalienta la tendencia normal a ahorrar, lo cual conduce a una relativa escasez de capital (14).

Frecientemente se supone que existe un límite fijo para la cantidad de capital, que puede ser efectivamente absorbido, e incluso que el límite de expansión del propio capital ha sido alcanzado. Esta creencia alvida, que, prácticamente la totalidad de la riqueza del mundo actual, consiste en capital acumulado, el cual viene a ser, en concreto, lo que le separa y diferencia en el ámbito económico del mundo preindustrial. Dicho capital está formado, en parte, por una serie de cosas, a las cuales

parece mejor llamarlas bienes de consumo duradero: automóviles, refrigeradores, edificios públicos, muebles, instrumentos, universidades, escuelas, academias, iglesias, museos, bibliotecas, hospitales, viviendas, etcétera; jamás, por ejemplo, se ha dispuesto de suficientes viviendas y evidentemente existe una gran escasez tanto cuantitativa como cualitativa al respecto. La otra parte del capital es a la que le puede llamar así propiamente; consiste en los instrumentos de producción desde los más rudimentarios hasta la más moderna y complicada maquinaria -como por ejemplo robots-, o la fábrica más maravillosamente equipada. Tampoco en este caso hay límite cuantitativo y sobre todo cualitativo, para la expansión posible y deseable. No habrá "exceso" de capital hasta que el país -menos industrializado aparezca tan bien equipado técnicamente como el más avanzado; hasta que nuestra más ineficiente fábrica sea equiparada a la que posea el equipo más reciente y perfeccionado, hasta que los más modernos instrumentos de producción hayan alcanzado un punto en que el ingenio humano sea incapaz de mejorarlos. Mientras estas metas no se alcancen -y falta mucho para ello-, quedará un amplísimo margen para acumular más capital (15). Ahora bien, el capital se absorbe y se paga a sí mismo, es decir, los empresarios lo invierten en nuevos instrumentos de producción, al comprar nuevas, mejores y más ingeniosas máquinas que reducen los costos de producción por unidad. Esta constante reducción de los costos de producción originada por la adición de nuevo capital provoca, a su vez los siguientes efectos: reduce el precio de los artículos para el consumidor e incrementa los salarios de los trabajadores que disponen de nuevas máquinas, porque aumenta su capacidad productiva. Así, una máquina nueva beneficia a la vez a quienes directamente la utilizan y a la gran masa de consumidores; en el caso de estos últimos, podemos decir que les proporciona más y mejores artículos por el mismo dinero, o lo que es igual, se incrementan sus salarios reales y su nivel de vida.

Si la injerencia gubernamental no se esfuerza en manipular, mediante expansiones monetarias y crediticias las tasas de interés, la acumulación del ahorro provocará un descenso en el mismo interés, creando de tal forma su propia demanda por un proceso casi natural. La oferta incrementada

de capital en busca de inversiones forzará a quienes ahorran a aceptar - una tasa más baja. Lo anterior significará que será mayor el número de empresas que podrán disponer de dr'écitos, porque las perspectivas de ah tener beneficios con las nuevas maquinarias o fábricas adquiridas con ellos compensarán el precio pagado por los fondos que les fueron prestados.

El interés del dinero puede mantenerse artificialmente bajo -al menos por un tiempo-, si sustituimos el ahorro auténtico por una constante aplicación a la expansión monetaria y crediticia (véanse secciones IV.1. y - IV.2.). Este mecanismo es capaz de provocar la ilusión entre los agentes económicos, de que se dispone de un capital mayor; traducido lo anterior a términos comunes, diríamos que es un fenómeno similar a cuando se adiciona agua, pareciendo entonces que hay más lecha. Lo que de verdad se de encadena con la expansión aludida es una persistente inflación y el inicio de un ciclo económico, como veremos más adelante. La política de dinero barato, provoca en última instancia, oscilaciones en la economía, - principalmente en sus niveles de ingreso, empleo y precios, mucho más vie lentos que aquellas que se pretendía remediar o prevenir.

Adelantándonos un poco al relevante papel que la tasa de interés va a desempeñar en el análisis mismo de la inflación y el ciclo económico, el propio Mises, refiriéndose al mercado monetario y preludiando a los mo netaristas, nos comenta lo siguiente:

Al cambiar la relación monetaria, es decir, la relación existente entre la demanda de dinero para su tenencia en metálico, de un lado, y las existencias monetarias, de otro, también varían los precios de los diversos bienes y servicios. No mudan sin embargo, los precios de los diversos bienes y servicios en la misma proporción ni en la misma época. Proviene de ella, como es natural, cambios éstos que, a su vez, pueden modificar las circunstancias determinantes de la tasa - del interés originario. El tipo final de interés originario hacia el cual el sistema tiende, variada la relación monetaria, no es ya el mismo hacia el que anteriormente apuntaba. Vemos, pues, como la propia fuerza impulsora del dinero tiene poder bastante para provocar mutaciones en la tasa final del interés originario y en la tasa del interés neutro. (AH, pp.789-790).

... Pero el examen de estas ideas es tema de nuestro siguiente capítulo.

III. La teoría misma de la inflación.

III.1. El dinero y su función básica.

"... En el momento actual, pese a todas - nuestras divergencias de opinión, arsemos que no existe otra parte de la teoría - económica que sea más eficaz para prestar ayuda práctica al estadista y al - hombre de negocios que la teoría de la - moneda y el crédito."

John H. Robbins.

De todas las ramas de la ciencia económica, la que se refiere a la moneda y el crédito probablemente tenga la más larga historia y la literatura más extensa. A este respecto, cabe mencionar que Aristófanes, hace más de 2 400 años pudo decir en su comedia "Las ranas", preludiando la ley de Gresham -que quizás debiera llamarse ley de Aristófanes-, que con los políticos ocurría lo mismo que con las monedas, porque los malos - echaban a los buenos. Hacia la misma época Diógenes -famoso filósofo y - excéntrico personaje- llamaba a la moneda, "el juego de dados de los legisladores" (1). Igualmente desde la antigüedad, Aristóteles tiene el mérito de haber descubierto las principales funciones de la moneda (2). - Pero, tal vez, lo más sorprendente de recordar aquí, sea la obra del escolástico medieval Nicolás Oresme, quien realiza la primera monografía - que conocemos sobre la moneda. Aunque su enfoque es el de un moralista, - encontramos ya en la obra de Oresme verdaderos análisis económicos acerca del origen del dinero, sus funciones, los requisitos o propiedades que debe tener, y sobre toda de las consecuencias que tiene la alteración o envilecimiento de la moneda (3). En esta misma senda, afirma el discípulo mismo Lionel Robbins, que las verdades elementales de la teoría - cuantitativa del dinero o teoría de la cantidad -ya esbozada por Oresme- fueron establecidas en un tiempo en que no se había desarrollado la especulación sobre otro tipo de cuestiones económicas. En la segunda mitad del siglo diecinueve, cuando apenas se gestaba un esquema teórico del - sistema económico, aceptable del todo (véanse secciones I.1. y II.1.), la literatura en forma de folleto sobre moneda y banca, circulaba a menuda,

con notable éxito, tratando muchos de los más sutiles problemas monetarios (4). A pesar de esta divulgación de las ideas en materia dineraria y crediticia. Mises, después de haber estudiado profundamente el pensamiento económico de los austríacos, consideraba que a la doctrina del dinero le faltaba claridad y concreción (véase sección I.2.). Los wieneses habían descubierto la manera en que el precio de los bienes de consumo, así como el de los factores de producción los determinaba el mercado; sin embargo la teoría monetaria tenía algunas lagunas:

... El dinero ... seguía siendo para ellos (los austríacos), como anteriormente para los clásicos, oscura morada, misterioso compartimento, donde nadie osaba entrar. Alguien tenía que descerrarla, abrir ventanas, y registrar su interior, sin apartarse de aquel método (análisis de la actividad individual) que tan fecundo resultaba aplicado al resto de la ciencia económica. Comenzaban a alinear esos bizantinismos entre "macro y micro" economía que hoy tanto nos perturban, y desorientadoras técnicas se pretendían aplicar al volumen dinerario, al nivel de los precios, al coste de la vida.

Acéptase ya, en general, por los economistas, aunque a veces no quieran expresamente reconocerlo, que el análisis económico hay que basarlo en la individual actividad, en los quehaceres de consumidores y empresarios. Tan loable impulso inicial quisebata, sin embargo, en cuanto al dinero se aborda. Cambia la escena; ya no hay gentes que actúan, que valoran y prefieren; nos perdemos en un mundo onírico, poblado por fantasmáticos conjuntos, medios de pago, nivel de precios, productos nacionales, tasas de consumo, índices de inversión. Vana macroeconomía, donde los fenómenos, sin conocido agente impulsor se producen simplemente porque sí, como del cielo caídos. Esa pernicioso vía investigadora estaba tomando auge cuando Mises, decidió aharrarse a la palestra, enfrentándose con el americano Irving Fisher, quien, dejando de lado las efectivas humanas actuaciones, estrechaba despejando complejas ecuaciones entre precios y velocidades de circulación. (5).

Ludwig von Mises, centrando como siempre su atención, exclusivamente, en el actuar del individuo y la operación del mercado, abordó, como veremos, la teoría monetaria, desarticulando la visión, un tanto, mecanicista de Fisher, basada en relaciones automáticas entre la cuantía monetaria y el nivel de precios, la velocidad de circulación y las ecuaciones de intercambio.

La teoría del dinero constituye un capítulo más -si bien de gran trascendencia- de la ciencia cataláctica. Debe, por tanto, el tema abordarse idénticamente a como se analizan todos los demás problemas catalácticos (AH.p.600).

El dinero no es necesario donde se denuncie el libre cambio de mercancías y servicios. En una sociedad en que la división del trabajo fuese puramente asunto doméstico y la producción y el consumo fueran realizados dentro de una vivienda habitada por una sola familia, sería tan inútil como para un Robinson Crusoe:

... Pero al preparar el duodécimo viaje (al barco que había zozobrado) el viento empezó a levantarse, lo cual me impidió volver a bordo al bajar la marea; y aunque había registrado bastantes veces - la cámara del capitán descubrí entonces, sin embargo, un armario guardado de cajoncitos, en uno de los cuales encontré dos o tres navajas de afeitar, unas tijeras grandes y diez u once buenos cuchillos con otros tantos tenedores; en otro cajón encontré unas treinta y seis libras esterlinas en moneda de Europa y del Brasil, parte en oro, parte en plata, y entre otras algunas piezas de a duro.

A la vista de aquel dinero me sonreí. "Metal miserable; -exclamé-. ¿De qué puedes servirte? No vale la pena de que molestes en recogerlo; uno solo de estos cuchillos es para mí más precioso. ¡Quédate donde estás y sumérgete en el fondo del mar, como un ser cuya vida no es digna de salvación;" Sin embargo, después de este arrebatamiento en mí; y tomando aquel dinero con las demás utensilios que me había encontrado en el armario, lo empaqueté ... (6).

Incluso en un orden económico basado en la división del trabajo, el dinero seguiría siendo innecesario si estuvieran rígidamente planificadas - la producción y la distribución de los artículos acabados, sin permitirse a los individuos cambiar los artículos de consumo destinados a ellos por artículos de consumo destinados a otros. De tal manera que el fenómeno - del dinero, dentro de un marco teórico, presupone un orden económico en que la producción se basa en la división del trabajo y en que la propiedad privada consiste, no sólo en bienes del primer orden -bienes de consumo-, sino también en bienes de órdenes más elevados -bienes para producir otros bienes-. En una sociedad así, lo que ha de ser producido, y cómo ha de ser producido, lo deciden en primer lugar los propietarios de los medios de producción, quienes producen, no sólo para satisfacer sus pro-

pias necesidades, sino para satisfacer las necesidades ajenas. El equilibrio entre la producción y el consumo se verifica en el mercado, donde se reúnen los distintos productores para cambiar mercancías y servicios, haciendo entre ellos tratos de compra o venta (véase sección II, I.). La función del dinero es facilitar las transacciones del mercado, obrando como instrumento común de cambio (TDC. pp.13-14).

Las necesidades del mercado han conducido gradualmente a una selección de ciertas mercancías como medios comunes de cambio. El grupo de mercancías del que fueron sacadas era muy grande al principio, y difería de país en país, incluso de región en región, pero se han ido ensaqueficiendo cada vez más. Al respecto, nos narra con sorpresa Heilbronner:

... Alemania, año 1550 y tantos.

Andreas Ryff, mercader barbudo y envuelto en phlanas, regresa a su casa en Baden; escribe una carta a su mujer contándole que ha visitado una treintena de mercados y viene escocido de la silla de montar. Pero está aún más incomodado por los engorros de los tiempos; cada seis millas de camino, más o menos, tiene que detenerse para pagar un impuesto de peaje; entre Basilea y Colonia ha pagado treinta y una tasas. No acaban ahí las cosas. Cada comunidad que visita tiene su moneda propia, sus propias leyes y reglamentos, sus propias autoridades y orden social. Tan sólo en la región que circunda a Baden rigen 112 medidas de longitud distintas, 92 medidas de superficie diferentes, 65 medidas de áridos, 163 de cereales y 123 de líquidos, 63 medidas especiales para bebidas alcohólicas y 80 libras con peso distinto. (7).

Siempre que el cambio directo parecía imposible o difícil, cada una de las partes contratantes se esforzaba en cambiar sus mercancías sobrantes, no solamente por bienes mejor cambiables en general, sino por los mejor cambiables y entre éstos prefería naturalmente los más vendibles de todos.

Cuanto mejor se consideraran como medio de cambio, los géneros adquiridos primeramente para realizar el cambio indirecto, mayores serían las probabilidades de poder alcanzar el objetivo final sin tener que volver a realizar otra operación similar. De esta manera, se dió una tendencia inevitable a rechazar una por una las mercancías peor cambiables de la serie de géneros que se empleaban como medio de cambio, hasta que, al fi

nal, quedaron unas cuantas mercancías que eran empleadas universalmente como medios de cambio aceptados por todos (TDC.p.17).

El dinero es un bien cuya función económica es facilitar el intercambio de mercancías y servicios. Esta simple aseveración no satisface del todo a algunos investigadores, para los cuales no se presta la debida atención al notable papel que desempeña el dinero en la vida económica si sólo se le concede la función de ser medio de cambio. Mises comenta que estos investigadores parecen olvidar, que en un orden económico fundado en el cambio de mercancías, difícilmente puede haber una función más importante que la de ser medio común de cambio (TDC.p.19, y AH.p.602). Después de haber analizado mejor la cuestión -comenta Mises- debiera ser innecesario seguir discutiendo sobre la relación entre las funciones secundarias del dinero -patrón o medida de pagos diferidos, almacén de valor, medida de valor, facilitar las operaciones de crédito- y la función básica. No obstante lo anterior, se pueden revisar brevemente dichas funciones, para comprobar que se pueden deducir de la función básica de la moneda de ser un medio común de cambio: En lo concerniente a la función cumplida por el dinero de facilitar las operaciones de crédito; es posible considerar fácilmente a ésta, como parte de la función de ser medio de cambio, o como derivación de ella, debido a que en el fondo, las operaciones de crédito consisten en el cambio de unos bienes presentes por otros bienes futuros. Algunos economistas aluden a una función del dinero como patrón de cambios diferidos o aplazados: sin embargo, el principal propósito de esta expresión, radica en simplificar las discusiones acerca de la influencia que ejercer los cambios en el valor del dinero sobre el importe real de las deudas monetarias, es decir, los individuos que convienen en recibir el pago en fechas futuras, deben estar seguros de que el valor que recibirán entonces, no será inferior al valor de la fecha de la transacción. La expresión cumple ese fin admirablemente, pero puede ser equiparada a la de medio de cambio comúnmente aceptada. También la función del dinero como transmisor de valor o almacén de valor, en el sentido de que el dinero no debe deteriorarse con el tiempo y su poseedor debe poder retenerlo de una manera indefinida, puede ser deducida di-

rectamente de su función como medio o instrumento de cambio. Las mercancías especialmente apropiadas para ser almacenadas, acumuladas y, el consiguiente y muy extendido empleo de las mismas para este fin, es una de las causas más importantes de su condición de cambiables, además de su capacidad como instrumento de cambio. Tan pronto como se generaliza la costumbre de emplear cierto bien económico como instrumento de cambio, la gente empieza a almacenarlo con preferencia a otros. Desde luego, que la acumulación, como forma de inversión no juega un papel relevante en nuestros días, ya que su lugar ha sido ocupado por la compra de bienes que producen intereses; ésto aparte de la excepcional propensión a atesorar oro, plata y divisas extranjeras, estimulada por la inflación. Ahora bien, la moneda todavía funciona hoy, como medio para transportar valor a través del espacio geográfico; en sí misma, esta función no es más que un modo de facilitar el cambio de mercancías, tenemos por ejemplo el caso de un europeo que emigra, digamos a Argentina; y desea cambiar los bienes que tiene en Europa, por otros en Sudamérica; vende los primeros, se va a Argentina con el dinero -o con algún instrumento pagadero en dinero- y allí compra su nueva casa o lo que desee. Por último diremos que la función -del dinero de ser medida de valor, en el sentido de utilizarse como unidad de cuenta, se deriva fácilmente de la función primaria que hemos considerado, de ser, precisamente, medio de cambio (TDC.pp.19-22). Pero, parece que es hora de analizar a la oferta y a la demanda monetarias.

III.2. Demanda y oferta de dinero.

"... En mi opinión, sigue siendo cierta que hay una, y sólo una forma de que un país pueda contener de hecho la inflación, y consiste en aumentar la tasa a la que aumenta la cantidad de dinero."

Milton Friedman.

Los diversos bienes y servicios se diferencian notablemente entre sí, por lo que respecta a su facilidad de colocación y de venta. Hay mercancías, para las cuales es fácil hallar comprador dispuesto a pagar el mayor precio que, dadas las circunstancias concurrentes, por los mismos que se exigirá; existen otros bienes, en cambio, para los que es difícil encontrar rápidamente comprador. Tal disparidad entre los diversos bienes por lo que a la facilidad de su colocación atañe, origina el cambio indirecto (véase sección II.3.). Quien no puede obtener los bienes que precisa para el consumo o la producción, o quien no sabe con exactitud cuál sea la mercancía que en un futuro incierto necesitará, incrementa la posibilidad de dejar mañana satisfactoriamente atendidas sus apetencias, si intercambia los bienes de difícil salida por otros de colocación más sencilla. Puede suceder que las condiciones materiales de la mercancía, que el interesado posea —escasa perdurabilidad, gastos exigidos por su almacenaje, etcétera— le dificulten la espera. El temor de que un cambio en la demanda, reduzca el valor del bien en cuestión, puede igualmente inducir al interesado a no retrasar el trueque. En cualquiera de los anteriores casos, la postura del sujeto se mejora si, mediante el oportuno intercambio, obtiene otra mercancía que, en su momento, le será más fácil colocar, aunque con el bien de referencia, no pueda satisfacer ninguna de sus necesidades presentes. Mises llama medios de intercambio, a aquellos bienes que las personas adquieren, no para consumirlos, ni para emplearlos en actividades productivas propias, sino, precisamente, para intercambiarlos por otras mercancías o servicios que esperan consumir o utilizar en el futuro. El dinero es un medio de intercambio; es el bien de más fácil colocación.

ción; las personas la desean, por cuanto piensan utilizarlo en ulteriores trueques o cambios interpersonales. Es dinero aquello que con carácter generalizado se ofrece y acepta como medio de intercambio, ésta, como vimos, es la función básica del dinero. Pero dejemos que Mises caracterice a los medios de intercambio:

Los bienes de intercambio son bienes económicos. Resultan escasos; hay demanda para los mismos. Las gentes en el mercado desean adquirirlos, hallándose dispuestas a entregar, a cambio, bienes y servicios diversos. Los medios de intercambio tienen efectiva valor de intercambio. La gente sacrifica otras cosas por hacerlos suyos; páganse "precios" por ellos. La peculiaridad de tales precios estriba en que los mismos no pueden ser expresados en términos dinerarios. Al tratar de los bienes y servicios que son objeto de compraventa hablamos de su precio en dinero. Del dinero, en cambio, predicamos su poder adquisitivo con respecto a las mercancías generalmente con tratadas. (AH.p.602).

De manera que para Mises, el precio del dinero, es la cantidad de bienes y servicios que se compra con esa dinero. Pero, sigamos examinando - sus ideas acerca del mercado monetario:

Hay demanda de medios de intercambio porque la gente pretende hacer acopia de ellos. Todo aquel que opera en la sociedad de mercado desea poseer cierta cantidad de dinero, una suma de metálico en el bolsillo o un saldo de numerario a su favor. El sujeto, a veces, quiere disponer de mayor tesorería; en otras ocasiones, por el contrario, prefiere restringirla; en casos excepcionales puede incluso renunciar a toda tenencia. Las gentes, normalmente, desean no sólo poseer diversos bienes económicos; quieren además tener dinero. Tal saldo monetario no constituye simple residuo, mero excedente de riqueza in gastada. En modo alguno viene a ser resto que involuntariamente queda en poder del interesado una vez ha practicado todas sus compras y ventas. Especifica demanda de dinero determina la cuantía del mismo que las gentes retienen en su poder. Y, como sucede en todos los demás bienes, son los cambios registrados por la demanda y por las existencias dinerarias los que alteran la razón de intercambio entre el dinero, de un lado, y los demás bienes, de otro. (AH.p.602).

Una determinada unidad monetaria, siempre está en posesión de alguna persona. El dinero pasa de unas manos a otras en proceso permanente y sin solución de continuidad; no hay instante durante el cual el dinero no sea de nadie. El atesoramiento no es más que un saldo de metálico superior -según la opinión de quien enjuicia- al considerado normal. Quien atesora, piensa que, en determinada circunstancia, le conviene acumular metálico extra, del que normalmente, o en otro momento retiene (véase sección II.6.). Este modo de actuar influye en la demanda por dinero, de una manera idéntica a como cualquier otra demanda le afecta. Algunos economistas opinan que no debe hablarse de demanda y oferta de dinero, ya que los objetivos perseguidos por quienes demandan dinero, son distintos de aquellos que buscan quienes demandan mercancías; éstas, son demandas hechas con miras a consumir el bien, mientras que el dinero lo demanda el interesado, simplemente, para desprenderse de él en los intercambios. La objeción anterior, le parece infundada a Mises, debido a que un medio de intercambio, está siendo utilizado, precisamente al desprenderse de él (AH.p.604).

El hecho de que el dinero no se desgaste por el uso, o sea su relativa indestructibilidad, su divisibilidad y su manejabilidad, al igual que la dificultad para ser falsificable, de tal forma que pueda dar su típico servicio de ser un medio de cambio aceptado durante un tiempo indefinido, es una circunstancia de gran trascendencia en lo que a la configuración de la oferta monetaria se refiere. Todo ello, sin embargo, en modo alguno hace que sea justipreciado el dinero (prever el precio del mercado, como se dijo en la sección II.1.) de manera distinta a como lo son los demás bienes, o sea, de acuerdo con la demanda desatada por todos aquellos que desean poseer específicas sumas dinerarias (AH.p.604). La demanda por dinero no difiere de la que corresponde a todos los demás bienes o servicios, o sea depende de la conducta adoptada por los sujetos económicos que lo desean para tenerlo a su disposición. Mises nos abunda con respecto a todo lo comentado:

Ciertamente que, tratándose del dinero, la cataláctica ha de abordar problemas de mayor amplitud que aquel que analiza al ocuparse de las demás mercancías. No compete, en efecto, a la cataláctica, sino a la psicología y a la fisiología, explicar por qué las gentes deseen los diversos bienes contratados en el mercado. Tal incógnita, sin embargo, cuando del dinero se trata, sí corresponde a la cataláctica despejarla. Es la cataláctica la ciencia que debe indicarnos qué ventajas pretende el hombre derivar de la tenencia de numerario. No son tales ventajas las únicas circunstancias que determinan el poder adquisitivo del dinero. El deseo de disfrutarlas constituye únicamente uno de los varios factores que desatan la demanda de dinero. Y es sólo tal demanda, o sea en definitiva, un factor subjetivo cuya intensidad exclusivamente depende de juicios valorativos, nunca de hechos objetivos, ni de capacidad alguna para provocar efectos determinados, lo que da lugar a los tipos de intercambio que el mercado registra. (AHLP.599).

Respecto de los determinantes de la demanda de dinero, Mises nos explica:

Han querido los economistas precisar cuáles fueran los factores que incrementan o restringen la demanda de dinero, habiendo concluido que ellos son: la población, el grado en que las agrupaciones familiares atiendan sus necesidades mediante producción propia o labores, en cambio, para proveer ajenas necesidades, acudiendo al mercado con sus mercancías vendibles y comprando en él los correspondientes artículos de consumo; la distribución de la actividad mercantil, así como las épocas en que normalmente se liquidan las operaciones; y las clearing houses, para la mutua cancelación de créditos y débitos. Todos estos factores, desde luego, influyen en la demanda de dinero y en la cuantía de los saldos dinerarios que las distintas personas jurídicas o naturales efectivamente retienen en caja. La influencia de dichos circunstancias, sin embargo, es sólo indirecta, induciendo a las gentes a estimar, en cada caso, oportunos y convenientes saldos de tesorería que en distintos supuestos así no los considerarían. Son siempre juicios valorativos formulados por los propios interesados, los que, en definitiva, resuelven las cuestiones de referencia. Los diferentes actores intervinientes, por sí solos, deciden cuál tesorería consideran más adecuada; las correspondientes decisiones son por ellos plasmadas, dejando de adquirir mercancías, valores y créditos o vendiendo tales activos patrimoniales, en un caso, y operando a la inversa, en otro. El planteamiento, por lo que al dinero afecta, no difiere del que corresponde a todos los demás bienes y servicios. La demanda de dinero depende de la conducta adoptada por las gentes que quieren adquirirlo para tenerlo a la vista.

No faltan quienes de la demanda de dinero hacen notar la gran lentitud con que la utilidad marginal de la unidad monetaria decrece comparativamente a como desciende la de las demás mercancías, resultando tan imperceptible ese descenso de la utilidad marginal que, en la práctica, puede ser despreciado. Nadie jamás estima totalmente satisfecha su demanda de dinero; nadie renuncia a un incremento del propio ingreso dinerario, siempre y cuando el correspondiente sacrificio no sea excesivo. La demanda de dinero puede, pues, considerarse ilimitada. La existencia de una demanda ilimitada, sin embargo, constituye idea en sí misma contradictoria. El argumento, sin embargo, es puro sofisma. Supone confundir la demanda de dinero para su tenencia a la vista con el deseo de incrementar la propia riqueza expresada en términos monetarios. Quien asevera que su sed dineraria jamás puede ser saciada, en modo alguno está diciendo que nunca considerará bastante su tesorería. Lo que de verdad quiere significar es que, en ningún caso, se considerará excesivamente rico. Si percibe nuevos ingresos dinerarios, evidentemente no los destinará a incrementar el saldo de caja y bancos; en todo caso, dedicará a dicho cometido una parte tan sólo de las sumas en cuestión. El resto lo empleará en bienes de consumo inmediato o en inversiones. Nadie conserva en su poder dinero por cantidad superior al metálico que efectivamente desea tener. (AH, pp. 604-606).

El dinero no es un ente abstracto; constituye un simple bien económico que, como tal se valora y justiprecia por sus propios méritos o características, es decir, por los servicios que los individuos piensan derivar de su tenencia. En el mercado siempre hay mutación y movimiento; precisamente por estas variaciones aparece el dinero. La moneda constituye factor engendradora de cambios en razón a que se atesora; las gentes conservan dinero en caja únicamente por el hecho de prever cambios, cuya índole e importancia consideráronse incapaces en cada momento de predecir. La tenencia de dinero exige sacrificios. Quien conserva cierta cantidad en el bolsillo, renuncia de momento a adquirir bienes que podría dedicar al consumo o la producción. Se podría decir que el costo de tal sacrificio equivale al interés originario que se le pagaría de haber prestado dicha suma dineraria. El que se soporte voluntariamente esta pérdida, constituye una prueba de que el sujeto valora en más las ventajas correspondientes derivadas de la tenencia de numeraria, que la correspondiente pérdida de intereses. Cada uno valora y pondera personalmente las ventajas que se derivan de la tenencia del dinero; la decisión que el individuo adopte de-

pende siempre de un juicio subjetivo; y cabe señalar, que diferentes personas e incluso un mismo individuo, en épocas o momentos distintos, valora de modo dispar circunstancias objetivas idénticas (AH.pp.625 y 642-643).

Cuando un bien económico comienza a ser demandado, no sólo por quienes desean emplearlo para el consumo propio o para la producción, sino además por terceras personas que pretenden retenerla en su poder como medio de intercambio, para luego desprenderse del mismo, entonces se incrementa la demanda de la mercancía en cuestión. Se ha encontrado un nuevo aprovechamiento del bien desatándose una demanda adicional, que provoca un alza del valor en cambio de la mercancía; es decir, por la adquisición de dicho objeto, el mercado está dispuesto ahora a entregar mayor número de otros bienes que antes. La cantidad de mercancías que por un medio de intercambio pueden ser obtenidas, o sea, el precio de este último, expresado en bienes y servicios, es parcialmente función de aquella demanda provocada por quienes desean adquirirla como tal medio de intercambio. Si, se deja de emplear como medio de intercambio, por el motivo que sea, dicha mercancía, esa específica demanda adicional desaparece, bajando entonces su precio. Así que, la demanda de todo medio de intercambio se compone de dos demandas parciales: la de quienes desean emplearlo para el consumo o la producción y la de quienes lo utilizan como medio de intercambio. Por ello, en relación con el dinero metálico -oro y plata-, se considera la demanda industrial y la demanda monetaria del mismo. El valor en cambio de un medio de intercambio será la resultante del efecto acumulado de la a dos demandas parciales (AH.p.611).

La magnitud de la demanda del medio de intercambio que aparece debido a los servicios que como tal medio de intercambio pueda proporcionar, depende del valor en cambio que el propio dinero tenga en el mercado. Pero aquí surge un aparente problema, que fue denominado el "círculo austriaco": el dinero, para ser demandado, debía gozar de poder adquisitivo, pero su poder adquisitivo dependía de la demanda del mismo; si decimos que la demanda monetaria provenía del poder adquisitivo, y este poder adquisitivo, a su vez, de aquella demanda, el razonamiento parecía ser circular o vicioso. Correspondió a Mises desbaratar este círculo, con su teorema

regresivo; la demanda monetaria de hoy, la provocó al poder adquisitivo de ayer y, por esta vía, se puede ir retro trayendo la demanda por dinero hasta llegar al remoto día en que la mercancía, que luego sería dinero, es decir, medio general de pago, no era todavía moneda, sino solamente un bien económico más -con propia utilidad y demanda- idóneo para ser canjeado por otras cosas apreciadas, o sea, que estamos ante el primitivo -dinero mercancía, con valor propio por gozar de utilidad particular, aparte de la que luego le conferiría su condición de medio de intercambio comúnmente aceptado. Explicita así Mises, el valor y el poder adquisitivo del dinero, evidenciando que la valuta, debió de aparecer, al amparo de la específica demanda de cierta mercancía apetecida por las personas, ya antes de que la misma fuera dinero. Entonces, el dinero surgió de una mercancía útil y ampliamente valorada; fueron precisamente los individuos -quienes hace siglos crearon el dinero, nada en tal sentido, hizo el gobierno, ya que hubo dinero mucho antes de que la administración pública grabara cifras en discos metálicos o en papel, que posteriormente recibirían el nombre de pesos, australes, francos, dólares, marcos, rupias, etcétera. Ninguna orden gubernamental, ni hábito contrato social, pueden dar a cierta mercancía la condición dineraria, ya que, finalmente, la moneda no es sino cierto bien que el mercado valora, y que posteriormente debido a sus características se convierte en medio común de cambio (8). Cabe señalar que históricamente, se han empleado, antes de nuestras actuales monedas, gran variedad de mercancías como medio de intercambio: ganado, tabaco, pieles, aceite de oliva, cerveza, vino, esclavos, arroz, cobre, hierro, oro, plata, diamantes, cigarrillos ... y hasta mujeres.

En general, cuando Mises habla de dinero, sin precisar más, se refiere a cualquier medio de intercambio de uso generalizado. Pero en ocasiones llega a distinguir tipos de dinero, cada uno con su particular significación: Así nos habla del dinero mercancía, al que ya antes habíamos aludido, como aquel que primeramente comenzó a utilizarse -ganado, tabaco, oro, plata, sal- como medio de intercambio, por cuanto tenía valor o utilidad propia que las personas apreciaban. De ésta, deriva el dinero crá

dito, es decir, un instrumento, cualquiera que sea su aspecto formal, - que da derecho a cobrar, sin cargo y a la vista, de un deudor de plena - credibilidad; la correspondiente cantidad de dinero mercancía; estamos, por poner un ejemplo, ante el billete de banco. Este último engendró, a su vez, lo que Mises llama dinero fiat, o sea, nos referimos a un instru- mento que, a pesar de no suponer ya exigencia o crédito alguno contra na- die, por el simple hecho de seguir utilizándose como medio general de in- tercambio, continúa siendo dinero; en buena medida, su uso se basa en la confianza y aceptación del mismo, hablamos aquí, por ejemplo, del papel moneda de curso legal. Mises también considera otros medios de pago denomi- nados sustitutos monetarios, que prácticamente son dinero, pero que a la larga es preciso canjear por numerario por quien pretenda emplearlos; se trata básicamente de dos tipos de instrumentos: por una parte, los - certificados de depósito, emitidos por los bancos, transmisibles por endo- so y, de otra, los llamados medios fiduciarios, constituidos a su vez por los créditos que la banca concede contra cuentas ajenas y por la moneda - fraccionaria, al no gozar ésta, en ciertos casos, de pleno poder libera- torio, pues, en distinto caso, sería dinero fiat de acuerdo con la intrín- cada nomenclatura misiona (AH.pp-596 y 645-648). Considero, sin embargo, que lo más importante a destacar en relación a la oferta monetaria de la que hemos venido platicando, va a ser todo aquello que la impacte direc- tamente y que provoque distintos fenómenos en la economía: inflación, - crisis, auge ficticio, devaluaciones, empeoramiento en la distribución del ingreso, desorden monetario, como veremos más adelante.

Para Mises, el elemento central en el problema económico del dinero es el del valor en cambio objetivo del mismo, llamado comúnmente, su poder adquisitivo. Este es el necesario punto de partida de toda teorización, - porque solamente en relación con el valor en cambio objetivo es visible la peculiar característica del dinero que lo diferencia de otros bienes:

... Lo que nos interesa es demostrar que la obra de la Economía en lo tocante al valor del dinero es más grande que su obra en lo que se refiere al valor de las mercancías. Al explicar el valor de las mercancías, el economista puede y debe contentarse con dar por su- puesta el valor de uso subjetivo y dejar la investigación de sus o-

rígenes al psicólogo; pero el verdadero problema del valor del dinero solamente empieza en donde se termina en el caso del valor de las mercancías, a saber, en el punto en que se ha hallado las causas de terminación objetivas del valor subjetivo, pues no hay valor subjetivo de la moneda sin valor en cambio objetivo. No es el trabajo del economista, sino el del agrónomo, explicar que el trigo es útil al hombre y es apreciado por éste; pero sí es el trabajo propio del economista explicar la utilidad del dinero. Es imposible opinar sobre el valor subjetivo del dinero sin discutir acerca de su valor en cambio objetivo. A diferencia de las mercancías, jamás se haría uso del dinero si éste no tuviera un valor en cambio objetivo o poder adquisitivo. El valor subjetivo del dinero siempre depende del valor subjetivo de los otros bienes económicos que pueden obtenerse a cambio de él. Su valor subjetivo es, en efecto, un concepto derivado. Si queremos estimar la importancia que tiene una cantidad dada de dinero -lo que es importante ya que sabemos que de él depende el procurarnos una cierta satisfacción- hemos de partir de que el dinero posee un valor en cambio objetivo dado. El valor en cambio del dinero es el valor de uso que se espera tengan las cosas que se pueden adquirir con él. Siempre que el dinero es apreciado por alguien es porque este alguien supone que tiene cierto poder adquisitivo. (EBC. pp.92-93).

Según lo expuesto, hemos de entender por valor en cambio objetivo de una mercancía, el poder que ésta tiene para adquirir cierta cantidad de otras mercancías a cambio de ese valor, y su precio es esa cantidad real de otras mercancías. En el mismo sentido afirmaríamos que el valor en cambio objetivo del dinero es la posibilidad de obtener cierta cantidad de otros bienes económicos a cambio de una determinada cantidad de dinero, y también reafirmaríamos, que el precio del dinero es la cantidad real de otros bienes que intercambia por la suma de dinero en cuestión (EBC. pp.96-97).

El regateo del mercado (como vimos en la sección en la sección II.1.), es el proceso mediante el cual son ajustadas la oferta y la demanda hasta que se establece un estado de equilibrio y se hace llegar a ambas a una coincidencia cuantitativa y cualitativa. Pero tanto la oferta como la demanda no son más que eslabones de una cadena de fenómenos. Uno de los extremos de tal cadena tiene su manifestación visible en el mercado, mientras que el otro está anclado en lo más hondo del entendimiento humano. La fuerza con que son expresadas tanto la oferta como la demanda y, por lo tanto, el nivel de la razón de cambio en que ambas coinciden, depende de

las valuaciones subjetivas de los individuos. Sucede lo anterior, no sólo en las relaciones de cambio directas entre los bienes económicos que no son dinero, sino también en las relaciones de cambio entre el dinero, por una parte, y las mercancías por otra (TDC.pp.130-131). Podemos señalar - aquí, que el valor de los bienes de producción deriva del valor de los productos que se obtendrán de ellos. El del dinero, no; puesto que de la disponibilidad de una cantidad adicional de dinero no puede resultar un aumento del bienestar de los individuos de una sociedad (véase sección IV.2.). Las leyes que rigen el valor del dinero son diferentes de las que gobiernan el valor de los bienes de consumo; lo que tienen en común, es - su fundamental principio general: la ley económica del valor (TDC.p.78). Por otra parte, es de vital importancia no confundir dinero con capital, ya que este error puede inducir al público a creer que al incrementar las existencias dinerarias podría provocar una reducción permanente de las tasas de interés, para luego así aumentar posteriormente la riqueza de la sociedad (véase sección II.6.). Pero será, como más adelante veremos, tan evidente la equivocación en cuestión, vista a través del enfoque mismo no del ciclo económico, que no debiera confundir a nadie.

III.3. Variaciones en el poder adquisitivo del dinero.

"... Como es sabido, los franceses tienen un dicho, 'cherches la femme'. Si se desea entender la inflación, entonces - 'cherches la monnaie', mira el dinero, su volumen. En todo tiempo y lugar, la inflación es resultado de un incremento más rápido en la cantidad de dinero que en la producción y cuanto provoque tan rápido aumento en dicha cantidad provocará inflación ... la cuestión decisiva, es que cualquier cosa generará inflación sólo si ocasiona un rápido aumento en la cantidad de dinero."

Milton Friedman.

Conviene empezar esta sección con el estudio del relevante concepto mismo de Volkswirtschaft, el cual está emparentado con otros conceptos modernos como el de macroeconomía, agregados económicos, política económica, aislamiento o autarquía económica, autosuficiencia, control de cambios. Pero atendamos a la explicación misma:

Para la economía de mercado, en principio, no existen fronteras políticas. Su ámbito es mundial.

El término Volkswirtschaft fue tiempo ha acuñado por los partidarios de la omnipotencia estatal en Alemania. Ingleses y franceses - sólo bastantes más tarde comenzaron a hablar de la British economy y de la économie française, distinguiendo y separando éstas de las demás economías. Pero ni en inglés ni en francés llegó a plasmarse un término equivalente al de Volkswirtschaft. El idealista que este vocablo alemán encierra, al amparo de las modernas filosofías planificadoras y autárquicas, se hizo popular en todas partes. Sólo en alemán, sin embargo, resulta posible expresar, mediante una sola palabra, toda la serie de conceptos en cuestión.

Por Volkswirtschaft se entiende el complejo que forman todas las actividades económicas de una nación soberana ... en cuanto el gobernante las dirige y controla. Es un socialismo practicada en el ámbito de las fronteras políticas de cada país. Cuando sus partidarios se refieren a la Volkswirtschaft, constatales que la realidad no conforma con los supuestos que ellos imaginan y que consideran convenientes y deseables. Enjuician, sin embargo, todos los fenómenos de la economía de mercado a la luz de su ideal. Parten del supuesto de que existe irreconciliable conflicto de interés entre la Volkswirtschaft y el egoísmo del particular que siempre busca la ganancia per-

sonal ... (AH-pp. 488-489).

Los intereses de cada Volkswirtschaft están en implacable conflicto no sólo con los personales de los particulares, sino también con los de toda otra extranjera Volkswirtschaft. La máxima perfección en una Volkswirtschaft es la plena autarquía económica. La nación que, por sus importaciones, depende del extranjero jamás gozará de independencia económica; su soberanía será pura ficción. Cuando un país no puede producir, por razones físicas, cuantas mercancías precisa, forzosamente ha de lanzarse a la conquista de los territorios necesarios. Para ser, en verdad, soberana e independiente, una nación ha de disponer del Lebensraum, es decir, de un territorio lo suficientemente extenso y rico en recursos naturales para poder subsistir autárquicamente con un nivel de vida no inferior al de ningún país.

El concepto de la Volkswirtschaft significa desconocer, enteramente, los principios en que se basa la economía de mercado. El ideario en cuestión, sin embargo, ha informado la política del mundo durante los últimos decenios ... (AH-pp.489-490).

Evidentemente, Mises no encuentra la manera, en que puedan emborrar sus concepciones praxeológicas, siempre basadas en el actuar del individuo, en las decisiones de los sujetos económicos individuales, con el omnicompreensivo concepto de la Volkswirtschaft. Incluso la disparidad es también hacia consideraciones macroeconómicas, como las de agregados económicos, Producto Nacional Bruto, Ingreso per cápita, y en general todos aquellos conceptos que no sean el estudio del actuar individual, ya que como siempre, lo esencial para él, en el estudio de la economía, son las valoraciones subjetivas de los distintos agentes económicos, como podremos constatar más adelante.

En concordancia con la anterior, la teoría cuantitativa del dinero debe ser examinada a la luz de la teoría subjetiva del valor. Lo fundamental de la también llamada teoría de la cantidad, consiste en la proposición de que influyen en el valor del dinero tanto la oferta como la demanda del mismo. Para Mises, esta afirmación es bastante buena para explicar los grandes cambios en los precios, pero dista mucho de contener una teoría completa del valor del dinero. Describe una causa de los cambios en los precios, pero no trata la cuestión exhaustivamente, ya que no contiene en sí misma una teoría del valor del dinero, siendo necesaria entonces, la base de una teoría general del valor.

En concreto, para Mises, la ecuación de intercambio $MV=PY$ (también - denotada como $MV=PF$ o $MV=PQ$, donde Y es el ingreso y Q es igual a la cantidad de bienes y servicios producida por la economía), que fuera formulada por el economista norteamericano Irving Fisher (1867-1947), siendo M la masa monetaria existente, V su velocidad de circulación, P el nivel general de precios y F el volumen comercial total, incurre no sólo en - tautología, al proclamar que el precio pagado por todo lo comprado es - igual al precio percibido, sino que además, se basa en la supuesta existencia de identidad valorativa entre las partes en el acto de intercambio o compraventa, olvidando, que este acto, ya sea directo o indirecto, invariablemente exige que las partes valoren de modo dispar lo que dan y lo que reciben, pues, en otro caso, no habría operación posible - (ver sección II.1.). Presupone, además, la existencia de un cierto nivel de precios, concepto rechazable, pues lo que verdaderamente existe en el mercado son multiplicidad de bienes con sus respectivos precios que, - ciertamente, tenderán a subir, permaneciendo lo demás constante, si se incrementa el volumen monetario, pero en ningún caso, lo harán de manera uniforme. Mises atacará también el concepto de la neutralidad del dinero, según el cual éste viene a ser un simple factor multiplicador o divisor de los precios, en caso de aumento o disminución de la oferta monetaria. Cualquier aumento de las existencias dinerarias influye, desde luego, so bre los precios, pero siempre en forma dispar y en momentos distintos, de bido a que, en caso de expansión monetaria, los nuevos medios de pago -el nuevo dinero- jamás engrosan de golpe, simultáneamente y en la misma cantidad, las tesorerías de todos los sujetos económicos, enriqueciendo, primero a ciertos grupos que, con sus compras, hacen subir específicos - precios; y el alza sólo paulatinamente va afectando a los demás sectores del mercado. No se trata de una marea que inexorablemente subiría o bajaría, sino más bien de un terremoto, que trastoca todos los precios. Y, en caso de reducción de las disponibilidades dinerarias, sucede lo mismo, sólo que a la inversa. Cabe señalar que Mises llama inflación al aumento de la oferta monetaria, lo cual provocará variaciones al alza de los pre cios (véase sección III.5.).

El advertir que la razón de intercambio entre el dinero, de un lado, y todas las mercancías y servicios vendibles, de otro, depende - igual que sucede con las mutuas razones de intercambio que entra los diversos bienes vendibles se dan - de la demanda y la oferta, fue la base y fundamento de la teoría cuantitativa del dinero. Esta teoría, en esencia, no supone más que hacer específica aplicación al caso concreto del dinero de la teoría general de la oferta y la demanda. Su mérito consistió en explicar el poder adquisitivo del dinero recurriendo a los mismos razonamientos que explican todas las demás razones de intercambio. Incidió, sin embargo, de inmediato, - en error, al manejar conceptos totalitarios y omnicomprensivos, con templando, en efecto, la total cantidad de dinero existente en la Volkswirtschaft, mientras se desentendía de las específicas actuaciones de las correspondientes personas naturales y jurídicas en aquella operantes. Tal falso punto de partida dio lugar a que se incidiera en el vicio de suponer que existe una proporcionalidad entre los precios y las variaciones de la cantidad de dinero existente. No lograron, al principio, los investigadores señalar esa falla en que incidía la teoría cuantitativa, siendo incapaces de formular otra idea más acertada que explicara mejor los fenómenos en cuestión. Los de combatir los efectivos errores de la teoría cuantitativa, dedicándose a criticar el indudable núcleo de verdad que la misma encerraba. Pretendieron demostrar que no existía relación causal alguna entre los movimientos de los precios y las variaciones de la cantidad de dinero existente. Esta obsesiva pretensión les hizo perderse en un laberinto de errores, contradicciones y estupideces. La moderna teoría monetaria sigue los derroteros que la teoría cuantitativa tradicional alumbrara, por cuanto entiende que las mutaciones de la capacidad adquisitiva del dinero deben ser examinadas a la luz de aquellas mismos principios aplicados al analizar todos los demás fenómenos de mercado, asegurando igualmente que existe una relación de causalidad entre los cambios registrados por la demanda y la oferta de dinero de un lado, y el poder adquisitivo del mismo, de otro. Cabe, en este sentido, considerar la moderna teoría del dinero simplemente como una mejorada variante de la antigua teoría cuantitativa. (AH. pp. 606-607).

Una cuestión importante de subrayar, en relación con la teoría cuantitativa del dinero, consiste en que, la demanda por dinero está determinada por factores subjetivos. En este sentido, es erróneo considerar que la demanda de dinero en una sociedad está determinada, de una parte, por la cantidad total de mercaderías que habían de ser pagadas en un periodo de tiempo dado y, de otra parte, por la velocidad de circulación del dinero. Es inadmisibles pasar por la demanda de dinero de la sociedad, la cual, no es un agente económico en el estricto sentido del término. Demanda

dinero, sólo en tanto sus componentes -los individuos- demandan dinero: La demanda de dinero de la sociedad no es más que la suma de las demandas de dinero realizadas por los agentes económicos individuales que la componen. Entonces lo que queremos explicar es la demanda de dinero de un individuo y para ella hemos de preguntarnos los motivos que influyen para que demande dinero. Y como vimos en la sección anterior, toda agente económica se ve obligado a tener un stock del medio común de cambio que baste para atender sus necesidades probables, en cuanto, a sus propias transacciones en el mercado; la cantidad precisa depende de las circunstancias en que se halla el individuo, influida tanto por las costumbres de la persona como por la organización de toda la máquina social de producción y cambio (TBC, p. 131). Por supuesto que en esto, como en todos los ramos de la vida económica, son decisivas las valoraciones subjetivas de los distintos agentes económicos. No entender la naturaleza de la demanda de dinero, que frustra desde el principio, cualquier intento de resolver el problema de las variaciones del valor del dinero. Si espesamos por la fórmula que intenta explicar la demanda de dinero desde el punto de vista de la sociedad, en lugar de contemplarla desde el punto de vista individual, puede ser que nunca lleguemos a descubrir el mecanismo inflacionario y - sus terribles consecuencias sociales.

La ecuación de intercambio presupone que uno de sus elementos -la cantidad total de dinero, el volumen comercial, la velocidad de circulación- varía, sin conocerse perfectamente la causa motivadora de tal cambio. En tales variaciones no aparecen en la economía por generación espontánea; lo que de verdad cambia es la actitud o disposición de los individuos, siendo las múltiples actuaciones de tales personas lo que provoca las variaciones que registra la estructura de los precios.

... Los economistas matemáticos escamotean esa efectiva demanda y oferta de dinero desatada por cada uno de las personas en la economía intervinientes. Recurren en cambio, al engañoso concepto de la velocidad de la circulación basado en ideas tomadas de la mecánica.

No interesa de momento, discutir si los economistas matemáticos tienen o no tienen razón cuando proclaman que los servicios que el dinero presta estriban, exclusivamente, o fundamentalmente al menos,

en el rodar del mismo, en su circular. Aun cuando el aserto fuera cierto, no por ello dejaría de resultar ilógico pretender basar en tales servicios la capacidad adquisitiva -el precio- de la unidad monetaria. Los servicios que el agua, el whisky o el café prestan al hombre no determinan los precios que el mercado efectivamente paga por tales mercancías. Dichos servicios no hacen comprender por qué las gentes, una vez advierten las propiedades de aquellas mercancías, demandan, en específicos casos cantidades determinadas de las mismas. Es invariablemente la demanda, no el valor objetivo en uso, la que determina los precios. (AH-pp.598-599).

Un aumento de la oferta monetaria en una sociedad, siempre significa un aumento de la cantidad de dinero poseída por cierto número de sujetos económicos. Estas personas tienen ahora un exeso relativo de dinero y una escasez relativa de otros bienes económicos. La consecuencia inmediata de estas circunstancias es que, para ellas, disminuye la utilidad marginal de la unidad monetaria. Esto influye necesariamente en la conducta que observan en el mercado, ya que se encuentran en una posición más fuerte como compradores, pudiendo expresar más intensamente que antes su demanda por los objetos que más desean, pueden ofrecer mayor cantidad de dinero por las mercancías que quieren adquirir. El resultado de esto será que subirán los precios de las mercancías en cuestión, y que, en términos comparativos disminuirá el valor en cambio objetivo del dinero. Pero es importante señalar, que el incremento de precios, en modo alguno, se limitará al mercado de esos bienes o servicios que desean los que primeramente tienen a su disposición el dinero nuevo, ya que los oferentes que han llevado dichos bienes al mercado, verán aumentados sus ingresos, y a su vez, estarán en condiciones de demandar más intensamente los bienes que desean, por lo que el precio de éstos subirá. Esta elevación de los precios continúa con un efecto decreciente en intensidad, hasta que en mayor o menor grado son alcanzados por ese efecto todas las mercancías. De manera que, el aumento de la cantidad de dinero no significa un aumento de ingreso para todos los individuos; por el contrario, las dicimas personas de la sociedad en conseguir la cantidad adicional de dinero verán reducidos sus ingresos reales como consecuencia de la disminución del valor del dinero ocasionada por el aumento de su cantidad (TDC.pp. - 139-141 y 205).

Sostener la versión primitiva de la teoría de la cantidad sería admitir que un aumento de la cantidad de dinero ha de conducir eventualmente a un incremento uniforme de todos los precios. Pero el mecanismo por medio del cual la cantidad de dinero influye en los precios de las mercancías hace insostenible el anterior enfoque, puesto que sólo un limitado número de sujetos económicos, y no todos, adquiere en primer lugar, la nueva cantidad de dinero; el aumento de los precios abaraca, al principio, solamente a aquellas mercancías que son demandadas por tales personas; - además, influye en esas mercancías más de lo que influye posteriormente en otras. Cuando el aumento de los precios se extiende más allá, de lo que un incremento transitorio de la oferta monetaria conllevaría, no será posible mantener completamente el aumento diferencial de los precios de tales mercancías, y habrá de hacerse un cierto grado de ajuste. Pero es imposible que haya un ajuste completo que aumente todos los precios en la misma proporción. Después de la revuelta de precios ocasionada por la expansión monetaria, éstos no guardarán la misma relación, unos con otros, que la existente antes del comienzo de la elevación; por lo que la disminución del poder adquisitivo del dinero no será uniforme en relación a los distintos agentes económicos.

En términos generales, la teoría monetaria, no se había planteado la cuestión de investigar las consecuencias de una disminución de la demanda de dinero mientras el stock monetario seguía siendo el mismo; la razón de esta omisión para Mises, es que nunca ha sido esta cuestión un problema vivo: la historia de la economía parece señalar que ha existido un paulatino aumento de la demanda por dinero. El crecimiento de la división del trabajo y, por consiguiente, el de las operaciones de cambio, las cuales se han ido haciendo cada vez más indirectas, así como más dependientes del uso del dinero, ha contribuido a producir dicha intensificación de la demanda monetaria, ésto, unido desde luego, al incremento demográfico y de prosperidad en general. Esta tendencia al aumento de la demanda del dinero, se muestra en realidad poderosa, pudiendo incluso aumentar el valor en cambio objetivo del dinero; no obstante, esta tendencia se ha acompañado normalmente de una expansión monetaria y crediticia tan

grande, que ha superado el aumento de la demanda; por ella, el valor en cambio objetivo del dinero, no sólo no aumentó, sino que ha disminuído de manera notoria (TDC.p.153).

Si hubiésemos de aplicar la versión mecánica de la Teoría Cuantitativa al caso de una disminución de la demanda del dinero en tanto - el stock del dinero seguía siendo invariable, tendríamos que llegar a la conclusión de que habría un alza uniforme de los precios de todas las mercancías, proporcional, aritméticamente, al cambio en la ratio entre el stock y la demanda de dinero. Habríamos de esperar - que produjera los mismos resultados que produciría un aumento del stock de dinero en tanto la demanda siguiese siendo la misma. Pero la versión mecánica de la teoría, basada como está en la errónea transferencia de la ley estática a la esfera dinámica, es tan insuficiente en este caso como en el otro. No puede convencernos, porque no explica lo que queremos sea explicado. Hemos de crear una teoría que nos demuestre el modo en que una disminución de la demanda de dinero en tanto el stock continúa siendo el mismo, afecta a los precios influyendo en las valuaciones subjetivas que hacen los agentes económicos individuales. Una disminución de la demanda de dinero en tanto el stock siguiese siendo el mismo conduciría, en primer lugar, a que algunas personas descubriesen que sus reservas de numeraria eran demasiado grandes en relación con sus necesidades. - Por tanto, irían al mercado con sus sobrantes y obrarían como compradores. Desde este punto se produciría una alza general de los precios, una disminución del valor en cambio objetivo del dinero. Es innecesaria dar una explicación más detallada de lo que sucedería - entonces. (TDC.pp.153-154).

Las variaciones del valor en cambio objetivo del dinero provocan cambios en la distribución del ingreso y de los bienes, debido al mencionado aspecto, de que las variaciones en el valor del dinero no afectan uníforme y simultáneamente a todos los bienes económicos; y también porque las personas son propensas a caer en ilusiones monetarias, es decir, no se dan cabal cuenta de la variabilidad del valor del dinero, e incluso - cuando comprenden bien la revolución de precios que ha sufrido la economía, no tienen los medios suficientes para reaccionar convenientemente. - (véanse secciones III.5. y IV.2.).

Para Kises, el defecto en que incurre tanto la ecuación de intercambio como los conceptos que maneja, consiste en contemplar los fenómenos de mercado de un modo totalitario y omnicompreensivo. En la economía opo

ran individuos o asociaciones de personas, movidos por sus propios intereses personales, jamás motivados por hipotéticos intereses de la economía en su conjunto. Es necesario analizar desde el ángulo de las actuaciones individuales los conceptos de la velocidad de circulación del dinero, o el volumen comercial, para que tengan sentido; lo que no es apropiado en cambio, es recurrir a esos mismos conceptos, vistos de manera global, para explicar las actuaciones personales que los originan. El primer problema que la cataléctica ha de plantearse, ante una variación de la cantidad total de dinero disponible en el mercado, es el referente a cómo dicho cambio puede afectar la conducta de los diversos individuos actuantes. De la misma manera en que de nada sirve averiguar cuánto vale todo el hierro o todo el pan (ver sección II.1.), sino cuánto vale determinada cantidad de hierro o de pan para específica persona que, en un preciso lugar y tiempo actúa, así se debe proceder en lo referente al dinero: nunca perder de vista al individuo. La ecuación de intercambio choca con los principios básicos que alumbran el pensamiento económico, cayendo en aquella metodología que parte siempre de conceptos globales, totalitarios y omnicomprensivos (AH.pp.599-600); Mises considera siempre errada esta sistemática, por lo mismo que era equivocada aquella reflexión que pretendía averiguar el valor total del hierro o del pan.

Si tantos economistas no hubieran tan lantimosamente errado en estas materias atinentes a los problemas monetarios, aferrándose degnpués con obcecación a sus yerros, difícilmente podrían hoy prevalecer todas esas perniciosas prácticas, inspiradas en populares doctrinas monetarias, que han desorganizado la política dineraria en casi todos los países.

Error, en este sentido, de grave trascendencia fue el de suponer constituía el dinero factor de índice neutral. Tal idea indujo a muchos a creer que el "nivel" de los precios sube y baja proporcionalmente al incremento o disminución de la cantidad de dinero en circulación. Cividábans que jamás puede variación alguna que las existencias dinerarias registren afectar a los precios de todos los bienes y servicios al mismo tiempo y en idéntica proporción. No se quería advertir que las mutaciones del poder adquisitivo del dinero forzadamente han de ser función de cambios sufridos por las relaciones entre compradores y vendedores. Con miras a demostrar la procedencia de esa idea según la cual la cantidad de dinero existente y los precios proporcionalmente han de aumentar o disminuir siempre, adoptóse,

al abordar la teoría, una sistemática totalmente distinta a la que la moderna economía emplea para dilucidar todos los demás problemas. En vez de comenzar examinando, como la cataláctica invariablemente hace, las actuaciones individuales, pretendióse estudiar el tema analizando la economía de mercado en su total conjunto. Illo obligaba a manejar conceptos como la cantidad total de dinero existente en la Volkswirtschaft; la velocidad media de circulación de la unidad monetaria; el nivel de precios, en fin. Tales arbitrios parentemente hacían aceptable la doctrina del nivel de precios. Ese modo de razonar, sin embargo, meramente supone lucubrar en típico círculo vicioso. La ecuación de intercambio, en efecto, presupone la propia doctrina del nivel de precios que pretende demostrar. No es más que una expresión matemática de aquella -insostenible- tesis según la cual existe uniforme proporcionalidad entre los precios y las variaciones cuantitativas del dinero. (AH, pp. 596-597).

En definitiva, Mises apela al método marginal y subjetivista del valor, para explicar los temas monetarios, lo cual lo lleva a la conclusión de que el precio del dinero, es decir, su poder adquisitivo, se determina - en el mercado igual que el precio de cualquier otro bien: por la demanda del mismo; demanda engendrada por la utilidad marginal de la mercancía, en este caso, la utilidad marginal de la moneda. Como dijimos antes, el deseo de tener dinero, le confiere al mismo demanda, y la utilidad marginal de la unidad monetaria determina que tal demanda de dinero sea mayor o menor; de manera que, cuando invariadas las restantes circunstancias, las personas quieren aumentar sus tesorías provocan una clara tendencia a la baja de los precios; y al revés acontece en el caso de que aumenten las existencias de medios de pago: suben los precios. Ahora bien, no tiene por qué haber rigurosa proporcionalidad entre las dos magnitudes que la primitiva teoría cuantitativa maneja, todo incremento de la oferta dineraria tiende, desde luego, a reducir el valor de la unidad monetaria, - pero en cuánto efectivamente llegue a descender, si es que, finalmente, - se reduce el valor del dinero, depende de lo que ocurra simultáneamente con la demanda por dinero, con el afán de las gentes por disponer de medios de pago. Nunca se piense que Mises va a defender la expansión monetaria y el inflacionismo, que como veremos, dentro de su enfoque sólo traerán consecuencias nefastas a toda la sociedad. Precisamente una de ellas consiste en la regresiva distribución de la riqueza que provocan, ya que

la nueva masa dineraria no se distribuye inmediata y proporcionalmente entre todos los sujetos económicos. El incremento monetario se insufla en determinado punto del sistema económico y los precios, partiendo de ahí van subiendo, a medida que la supletoria moneda afecta al mercado en sucesivas oleadas, de modo paulatino. La subida de precios no tiene por qué ser proporcional ni coetánea. Fácilmente induce a confusión el hablar del concepto de nivel de precios, como si se tratara de una marea uniforme en alza o descenso; lo que se produce en realidad como Mises apunta es una revolución de precios; hay personas que ganan y personas que pierden; tales pérdidas y tales ganancias, dependiendo de la duración e intensidad de la expansión monetaria son temporales o producen cambios permanentes en el patrimonio de las gentes.

Precisamente porque no todos reciben, coetáneamente y en la misma proporción, las nuevas disponibilidades monetarias, es por lo que la inflación (creación de dinero supletorio) tan atractiva resulta. El nuevo medio inflacionario lo disfruta, primero, el gobierno y, después, sus favorecidos suministradores o protegidos. Incrementan éstos, antes de que hayan subido los demás precios, los propios ingresos. Van, por el contrario, sucesivamente perdiendo, a lo largo de la cadena, quienes pagan alzados precios antes de que sus personales rentas se incrementen. La inflación, en resumen, resulta bella y atractiva porque beneficia a la Administración y a específicos grupos; otros pierden, pero o no lo advierten o carecen de poder político bastante para oponerse. La ampliación de las disponibilidades dinerarias constituye, en definitiva, una especie de imposición fiscal, que permite efectuar subrepticia redistribución patrimonial. (9).

Considero importante mencionar el hecho de que, Mises preludia con su estudio de la inflación y el ciclo económico, al monetarismo y a la escuela de las expectativas racionales. En relación a lo anteriormente expuesto, el considerar a la demanda por dinero hecha por los monetaristas, se basa en una función estable en la economía, razón por la cual las fluctuaciones de la cantidad de dinero son la causa preponderante de las fluctuaciones de los precios y también de la actividad económica, concepción que coincide en gran medida con el análisis misisano. Igualmente el fenómeno de la estanflación, explicado a través de la curva de Phillips vertical a largo plazo, está completamente hermano con la explicación

misiana del ciclo económico como veremos más adelante (10).

Conviene preguntarnos ahora junto con Mises, si se podría dar una situación bajo la cual las variaciones registradas por el poder adquisitivo del dinero, afectarían costosamente y en el mismo grado a todos los bienes y servicios en forma proporcional a las mutaciones registradas por la demanda o la oferta dineraria; o dicho en otras palabras, cabría la posibilidad de que el dinero sea de índole neutra bajo un esquema económico que no sea aquel previsto por la imaginaria construcción de la economía de giro uniforme. A esta interrogante Mises la llama al problema de Hume y Mill (AH.p.623).

Como vimos en la sección II.4., al hablar del modelo de giro uniforme, cuando el futuro deja de ser incierto, se destaca la necesidad de tener dinero. El uso de los medios de intercambio y la tenencia de numerario vienen impuestos por la variabilidad de las circunstancias económicas. Es más, el dinero en sí mismo constituye un factor provocador de cambios, siendo por ello incompatible con la regularidad típica de la economía de giro uniforme (AH.p.624). El considerar al dinero como un factor de índole neutral es tan erróneo como el suponer la plena estabilidad del poder adquisitivo del mismo. En el mundo real, donde impera la acción humana y el cambio incesante, ni la neutralidad del dinero, ni la estabilidad del poder adquisitivo resultan lógicamente admisibles. Una moneda, privada de la típica fuerza impulsora del dinero, en modo alguno constituiría valuta perfecta, al contrario, terminaría por dejar de ser dinera.

Error muy extendido, en efecto, es el de suponer que la moneda ideal sería de índole neutral, gozando de invariable poder adquisitivo. Muchos creen que tal es el objetivo que la política dineraria debiera perseguir. Compréndese la popularidad de este pensamiento en cuanto representa lógica reacción contra la aún más extendida filosofía inflacionista. Constituye el mismo, sin embargo, contraataque excesivo, íntimamente contradictorio y confuso, que ha provocado graves daños, repaldando por errado razonamiento que muchos filósofos y economistas decididamente propalan. (AH.p.626).

Dentro del ámbito de la acción humana, donde todo es cambiante, no debe ser extraño que el dinero ni sea neutral, ni sea invariable su poder

adquisitiva. Una valuta, en verdad neutral y estable sólo puede aparecer en un mundo sin acción, y el dinero, precisamente es un elemento engendra dor de cambio. Las variaciones de la relación monetaria, o sea, las que sufren la demanda y la oferta de dinero, influyen en la razón de intercambio imperante entre el dinero, de un lado, y todos los bienes vendibles, de otro (AH:pp.627-628). Dichas variaciones, como hemos señalado, no afectan simultáneamente, ni en la misma proporción a los precios de los diversos bienes y servicios; tales mutaciones, influyen forzosamente de modo dispar a los distintos agentes económicos.

El dinero, que sólo dentro de una economía cambiante puede ser imaginado, en sí mismo constituye elemento provocador de mutaciones. Toda variación de las circunstancias económicas actúa sobre el dinero, que, a su vez, comienza a operar como fuerza provocadora de nuevas variaciones. Cualquier alteración de las razones de intercambio existentes entre los diversos bienes de índole no monetaria provoca cambios en la producción y en la comúnmente denominada distribución, así como en la propia relación monetaria, todo lo cual da lugar a ulteriores mutaciones. Nada puede acontecer en el campo de los bienes objeto de compraventa que no afecte al mundo monetario; y, a la inversa, cuanto sucede en éste influye en el de las mercancías. (AH. p.625).

Si el caviar abundara tanto como las manzanas, su precio, es decir, - su razón de intercambio con el dinero y con los demás bienes, sería muy diferente al que dicho manjar cotiza hoy en el mercado; se conseguiría - caviar a menos costo, o sea, que se podría dar en intercambio menos dinero o menos mercancías de las que ahora son precisas para efectuar la correspondiente adquisición. Por lo mismo, cuando aumenta la cantidad de dinero disponible, el poder adquisitivo de la unidad monetaria decrece, o dicho en otras palabras, significa que con esa aludida unidad monetaria se pueden adquirir menos bienes y servicios que antes.

La relación existente entre la demanda y la oferta de dinero, que podemos llamar relación monetaria, determina la capacidad adquisitiva del propio dinero. Quien desea incrementar su tesorería, restringe las compras e incrementa las ventas, desatando así una tendencia a la baja de precios. Quien por el contrario, prefiera reducir su tenencia monetaria,

amplía las compras, ya sea para el consumo, producción o inversión, y restringe las ventas, provocando una tendencia al alza de precios. - Cualquier variación de las existencias dinerarias modifica la distribución de los bienes económicos entre las diversas personas y entidades, - debido a que las variaciones de precios provocadas por los cambios de la cantidad de dinero, nunca afectan al mismo tiempo y en la misma proporción a los precios de todas las diversas mercancías y servicios.

Supongamos por ejemplo, que el gobierno emita una cierta cantidad adicional de papel moneda. Las autoridades proceden así porque pretenden o adquirir mercancías y servicios, o pagar deudas, o abanar intereses por las anteriormente contraídas. Cualquiera que sea el destino que a aquel dinero se dé, el hecho es que el erario público aparece en el mercado con una adicional demanda de bienes y servicios: remítale ahora posible comprar más cosas de las que antes podía. Suben los precios de las mercancías que el estado busca. Si el gobierno hubiera financiado sus adquisiciones mediante los correspondientes tributos, los contribuyentes se hubieran visto obligados a restringir las suyas, de tal suerte que mientras los precios de los bienes adquiridos por el gobierno propendían a subir, - los correspondientes a otras mercancías tendían a bajar. La aludida caída de los precios de aquellos artículos adquiridos por los contribuyentes no se produce, sin embargo, cuando el gobierno incrementa su capacidad adquisitiva sin reducir las sumas dinerarias poseídas por los particulares. Los precios de algunos bienes aquellos que compra el gobierno suben inmediatamente, mientras hay otros que de momento no varían. Pero el proceso prosigue. Los vendedores de los bienes que el gobierno demanda venen, a su vez, capacitadas para incrementar las compras. Los precios de aquellas cosas que éstos, ahora, en mayor cantidad adquieren comienzan también a subir. El boom va, paulatinamente, extendiéndose de unos sectores a otros, hasta que, al final, todos los precios y salarios resultan incrementados. Tal alza general, sin embargo, como se ha visto, en modo alguno es sincrónica.

Porque, si bien a medida que el incremento dinerario produce sus efectos todos los precios van sucesivamente subiendo, no se incrementan en la misma proporción los de unos y otros bienes y servicios. Ello es natural, por cuanto el proceso afectó a las diversas gentes de distinto modo. Mientras iba el mismo progresando, hubo quienes se beneficiaban al percibir precios ya incrementados por lo que vendían, mientras pagaban por lo que compraban todavía precios reducidos o que no habían aún subido en la misma proporción. Había otros, por el contrario, en la desgraciada postura de vender bienes o servicios cuyos precios todavía no habían subido o no lo habían hecho en el mismo grado que aquello que compraban. La progresiva -

alza de los precios, para los primeros, constituía manifiesto privilegio; para los segundos, en cambio, demostraba calamidad. Los deudores por su lado, se beneficiaban a costa de los acreedores. Cuando el proceso, finalmente, se detiene, la riqueza de las diversas personas ha sido afectada diferentemente y en distinta proporción. Unos son más ricos y otros son más pobres. Las circunstancias del mercado ya no son las mismas que antes. El nuevo planteamiento lleva consigo variaciones en la intensidad de la demanda de los distintos bienes. La mutua proporción anteriormente existente entre los precios de las diversas mercancías y servicios se ha variado. Ha mudado la estructura de los precios, con independencia de que, en términos monetarios, todos ellos se hayan incrementado. Los precios finales a que ahora el mercado tiende, una vez han quedado consumados todos los efectos propios del incremento dinerario, en modo alguno son los de antes simplemente multiplicados por determinado módulo. (AH.pp.617-619.).

Contemplemos, siguiendo con el ejemplo de México, el caso del funcionamiento público que ve incrementados sus ingresos debido a los nuevos medios de pago puestos en circulación por la autoridad monetaria. Las personas no adquieren hoy las mismas cosas que ayer compraron, ni en idénticas cantidades. Siendo ello así, resulta que aquel dinero que el gobernante engendra y crea en el mercado no será dedicado a la adquisición de exactamente los mismos bienes y servicios que antes adquirían. Son destinados a la compra de mercancías distintas, cuyos precios tenderán a subir, mientras permanecerán invariables, de momento, los de otras mercancías, lo cual da lugar a que la inflación afecte a las gentes y a los grupos sociales de distinta manera. Quienes consiguen primero el nuevo dinero ganan, aun cuando pueda ser sólo momentánea tal ganancia (SIC,pp.62-63).

Las variaciones registradas por la cantidad de dinero existente, van a provocar mutaciones en otros múltiples aspectos o circunstancias de la economía. Después de las modificaciones en la oferta monetaria, el mercado queda trastocado, sin que el efecto de éstas se limite al alza o a la baja de todos los precios y al incremento o reducción de todas las tesorerías de las personas; han cambiado también las razones de intercambio existentes entre los distintos bienes y servicios, provocándose una verdadera convulsión de precios. Como hemos dicho, la variación de las existencias dinerarias afecta a los precios de manera desigual; el mo-

mento y la proporción en que los precios de los diferentes bienes son influidos, depende de las circunstancias de cada caso particular. Es más, durante una expansión monetaria -inflatión-, la primera reacción del mercado no tiene que ser necesariamente una subida de todos los precios; incluso puede acontecer que algunos de ellos, en un principio bajen, por tratarse de artículos demandados básicamente por quienes se hallan en posición de perdedores dentro del proceso inflacionario (AH.p.619). Mises aclara puntos finos acerca de la relación monetaria, por el lado de la demanda de dinero en las siguientes citas:

Las mutaciones registradas por las tesorerías de personas diversas concóncense entre sí sólo cuando dichas variaciones regularmente se reproducen y están interconectadas por causal reciprocidad. - Los obreros y asalariados no suelen cobrar a diario, siéndoles, en cambio, abonados sus servicios en determinadas épocas por el trabajo realizado durante una o varias semanas. Tales personas no mantienen durante el aludido período los mismos saldos de tesorería; su tenencia de numerario va disminuyendo a medida que se acerca el día de la paga. Los comerciantes que les suministran ven cómo concomitantemente sus propias tesorerías van aumentando. Ambos procesos mutuamente se condicionan; existe causal interdependencia que temporal y cuantitativamente viene a armonizarlos entre sí. Ni el tendero y el cliente, sin embargo, déjense influir por dichas cíclicas fluctuaciones. La respectiva tenencia de numerario, así como las correspondientes operaciones mercantiles y gastos de consumo, ordenanse considerando como un todo los períodos en cuestión.

El fenómeno aludido indujo a algunos economistas a pensar en la existencia de una regular circulación de dinero, pasando por alto - los cambios registrados por las personales tesorerías de las gentes. Se trata, sin embargo, de concatenación que únicamente se da en estrecha y precisa esfera. Sólo cuando el incremento de la cifra de numerario poseído por determinado grupo de personas hállase, temporal y cuantitativamente, relacionada con la reducción de la tesorería de otro determinado grupo, durante un plazo que ambos consideran como un todo al ordenar su respectivo encaje, puede darse la aludida neutralización. Fuera del aludido campo es imposible que la misma aparezca. (AH.pp.622-623).

Las variaciones registradas por la relación monetaria cambian las circunstancias personales de los miembros de la sociedad: unos se enriquecen mientras otros se empobrecen. Puede suceder que las variaciones de la demanda y la oferta dineraria coincidan con otros cambios de sentido con-

traria, sustancialmente coetáneos y de similar trascendencia; posiblemente tales movimientos den lugar a que ninguna notable mutación registre la estructura general de precios. Pero, aún esta situación, no dejarán de aparecer las consecuencias individuales. Cuando a un movimiento inflacionario le sigue otro de índole deflacionaria, de tal forma que, - al final, los precios, considerados en conjunto, no cambian en una medida notable, entonces a las consecuencias sociales de una inflación, simplemente se agregan las derivadas de una deflación. No hay razón para suponer que todos, ni siquiera la mayor parte de quienes fueron favorecidos por la primera, hayan de ser perjudicados en la segunda, y viceversa (AH. pp.624-625).

... Unos prosperan, mientras otros se empobrecen; unos atienden mejor sus necesidades, mientras otros lo hacen de modo más imperfecto; a las ganancias de unos corresponden las pérdidas de otros. Erróneo sería, sin embargo, deducir de lo anterior que la satisfacción total quedaba invariable; que, no variando las disponibilidades totales, había que la satisfacción general o la felicidad colectiva se incrementase o disminuyese en razón a los aludidos cambios en la distribución de la riqueza. Porque vucuo es ese concepto de satisfacción o felicidad total. No hay módulo alguno que permita comparar entre sí el diferente grado de satisfacción o felicidad alcanzado por diversos individuos. (AH.p.628).

Las variaciones del poder adquisitivo del dinero, es decir, las mutaciones registradas por la razón de intercambio entre la valuta, de un lado, y los bienes económicos, de otro, pueden proceder tanto del lado del dinero como del lado de las mercancías. Los cambios de circunstancias que las provocan cabe provengan tanto de la demanda y oferta del dinero como de la demanda y oferta de los demás bienes o servicios. Es posible distinguir, por tanto, entre variaciones en el poder adquisitivo de origen monetario y variaciones de origen material (AH. pp.627-628). Estas últimas pueden ser engendradas por mutaciones de la oferta o de la demanda de específicos bienes y servicios; pero un alza o una baja general de todos los bienes y servicios, o de la mayoría de ellos, tiene, sin duda, un origen monetario.

Las variaciones del valor en cambio objetiva objetivo del dinero pueden, entonces, ser explicadas también desde el lado de la mercancía y - no sólo por factores monetarios, aunque ambas consideraciones son muy distintas: Las variaciones en las razones de cambio del mercado, que procedan del lado de la mercancía tampoco se producen de un sólo golpe; empiezan en algún punto dado, para luego difundirse con mayor o menor rapidez. Estas variaciones de precios por el lado de la mercancía traen consigo secuencias debido a que se producen gradualmente, sin embargo, dichas variaciones, son consecuencia que sufre en cierto grado un limitado número de agentes económicos solamente, o sea, los que como productores, venden el bien en cuestión. Cuando, por ejemplo, baja el precio del carbón, por que ha aumentado la producción sin haber cambiado la demanda, lamentan - las consecuencias aquellos distribuidores que han comprado la mercancía al par mayor, al antiguo precio más alto, pudiendo ahora sólo revenderla al nuevo precio más bajo. Ahora bien, el aumento de los suministros de carbón mejora la posición económica de toda la sociedad; la baja del precio del carbón no equivale solamente a un reajuste del ingreso y de los bienes entre productor y consumidor, también expresa un incremento de la riqueza de la nación. Muchos han ganado lo que prácticamente nadie ha perdido. Desde luego, este caso es completamente distinto al de la expansión del dinero (TDC, pp. 219-220). Las fluctuaciones vistas por el lado de la mercancía, surgen de la propia dinámica de la economía de mercado, pudiéndose considerar normales e incluso sanas. Finalmente no son más que efectos provocados por variaciones de la demanda, que de unos bienes pasa - a centrarse en otros (véase sección II.2.).

La causa más importante de una disminución del valor del dinero que hemos de considerar se debe entonces a factores monetarios, como lo es - un aumento del stock de dinero en tanto la demanda del mismo no cambia, o baja, o, si aumenta, lo hace menos que la oferta. El aumento monetario empieza con los que reciben de primera instancia la nueva moneda, para luego trasladarse a los que comercian con esas personas, y así sucesivamente. Una más baja valoración subjetiva del dinero, en entonces transla-

dada de persona a persona, debido a que los que adquieren una cantidad de dinero adicional están dispuestos a pagar precios más elevados que antes. Los precios altos conducen a incrementar la producción y a elevar los salarios, y, porque todo esto es considerado, generalmente, como un signo de prosperidad económica, una baja del valor del dinero es, y siempre ha sido considerada, como un medio eficaz de aumentar el bienestar económico. Sin embargo hierren los que así opinan, ya que como quedará palpable al estudiar el enfoque misiano del ciclo económico, un aumento de la cantidad de dinero, no incrementará -al menos por mucho tiempo-, el conjunto de bienes de consumo puestos a disposición del público. Su efecto puede muy bien consistir en un cambio en la distribución de los bienes económicos entre las personas; pero, en ningún caso aumentará el bienestar de éstos. El incremento monetario sólo traerá una prosperidad aparente, solamente puede beneficiar a una parte de la sociedad a expensas de la pérdida que sufre otra, normalmente más numerosa y en peores condiciones económicas. El costo de la expansión lo han de pagar los grupos sociales últimos en ser alcanzados por la baja del valor del dinero. Ciertamente el proceso inflacionario afectará de distinta forma a los diferentes grupos sociales y económicos: los primeros en recibir el dinero adicional serán los que obtendrán mayores ventajas. Supongamos, por ejemplo, que la población se halla arbitrariamente dividida en cuatro grupos económicos principales: A, B, C, D, que obtienen en ese mismo orden, las ventajas iniciales de unos mayores ingresos dinerarios. Los primeros dos grupos podrán disfrutar de los beneficios resultantes de la reducción del valor del dinero, el primero de ellos en mayor grado que el segundo, pero tan pronto como el aumento de precios llega al tercer grupo, la situación cambiará radicalmente: Cuando los ingresos en dinero del grupo A han aumentado ya en un 30%, todavía no se ha iniciado ningún alza en los precios; en el momento en que los ingresos del grupo B han aumentado en un 20%, los precios sólo han subido por término medio un 10%; en tanto que, cuando los ingresos del grupo C han ascendido solamente en un 10%, los precios han sido elevados ya en un 15%; y cuando los ingresos del grupo D, no han experimentado todavía incremento alguno, -

los precios que han de pagar por los bienes que normalmente compran han sido elevados ya en un promedio del 20%. En otras palabras, las ventajas logradas por el primer grupo, derivadas del proceso inflacionario, se obtienen a expensas de las pérdidas sufridas como consumidores, por los componentes de los últimos grupos en conseguir elevar sus salarios o el precio de sus mercancías, lo cual significa para ellos tener que conformarse con un nivel de vida inferior al que anteriormente disfrutaban (11). Es cierto que, cuando al fin se incrementan los precios de los productores que vende el grupo D, o sus salarios, termina el período de mayor opresión económica -desde luego, si el proceso inflacionario no es permanente-, pero ya no les será posible conseguir fácilmente los ingresos necesarios para compensar las pérdidas que han sufrido. Quiere esto decir que no podrán utilizar sus mayores ingresos para comprar mercancías a precios correspondientes al antiguo nivel del valor del dinero, porque el aumento de los precios ya se habrá difundido por toda la sociedad. De este modo quedan sin compensarse las pérdidas sufridas por el último grupo económico, en el tiempo en que tenían que vender todavía sus productos a los bajos precios antiguos y habían de pagar las mercancías producidas -por otros a los nuevos precios altos. Precisamente estas pérdidas que experimentan los últimos grupos en ser alcanzados por las variaciones del valor del dinero son las que finalmente constituyen la fuente de la que extraen sus beneficios los primeros grupos sociales que reciben el nuevo dinero y las personas más estrechamente relacionadas con ellos.

Cualquier expansión monetaria provocará los efectos mencionados en la distribución del ingreso y de la riqueza, por el hecho de que las variaciones del valor en cambio objetivo del dinero no afectan a las diversas mercancías y servicios al mismo tiempo y en el mismo grado. La difusión del nuevo dinero se realiza gradualmente por toda la sociedad. Si, por ejemplo, hay una emisión de papel moneda en tiempo de guerra, los nuevos billetes irán primeramente a los bolsillos de los proveedores de material bélico, como consecuencia de ello, aumentarán las demandas de ciertos artículos que fabrican estas mercancías, y por ende, el precio de venta de los mismos especialmente si se trata de artículos de lujo. De esta manera

mejorará la situación de los productores de tales artículos; también aumentará su demanda de otras mercancías, y así continuará el aumento de los precios y las ventas, distribuyéndose por un número creciente tanto de mercancías como de grupos sociales que se ven involucrados en el proceso, hasta que finalmente, se alcanza a todos los bienes y a todos los grupos económicos. Evidentemente, habrá quien gane y quien pierda con la inflación. La persona que sea, debe procurar, cuanto antes, ajustar sus ingresos monetarios en términos reales, para no salir tan perjudicado, o incluso salir beneficiado. El saber qué personas, grupos y clases sociales se benefician o se perjudican, depende de las circunstancias de cada caso en particular (MDC, pp. 221-222). Nótese el paralelismo del análisis misionero con el esquema monetarista y de las expectativas racionales, que nos plantean el hecho, de que los agentes económicos van aprendiendo a ajustar cada vez mejor sus expectativas inflacionarias y su ingreso monetario. Volveremos a considerar este punto al hablar del ciclo económico (véase sección IV.1.).

Lo que está sucediendo en realidad, como fácilmente se puede apreciar, es que, quienes primero reciben el nuevo dinero gozan de ingresos aumentados con los que se benefician comprando bienes y servicios a precios bajos, a los que podemos denominar preinflationarios ...

... (Estas personas) Por eso están tan contentas. Se lucran a costa de los demás. Pero la inflación prosigue su inexorable marcha, afectando a los diferentes precios y grupos sociales, unos tras otros, hasta abarcar a la economía entera, y entonces el hechizo se quiebra. (SLC, pp. 63-64).

Los grupos que empiezan el alza la convierten en perjuicio muy cuando los otros grupos elevan eventualmente sus precios también; pero, como hemos dicho, estos grupos obtienen en el mercado por los bienes o servicios que venden, precios altos en el momento en que los precios de las cosas que compran están todavía al nivel más bajo. Esto constituye una ganancia permanente para ellos: ganancia que, en buena medida, corresponde a las pérdidas que sufren aquellos grupos que son los últimos en subir los precios de sus mercancías o servicios, porque ya tienen que lab

gar los precios más altos en un momento en que siguen obteniendo solamente los precios más bajos por lo que venden; y cuando suban eventualmente sus precios, como son los últimos en hacerlo, ya no pueden compensar sus anteriores pérdidas a expensas de otras personas o grupos de la sociedad. Los asalariados, burócratas y pensionados, entre otros, suelen ser los grupos más perjudicados, ya que difícilmente toman parte en las primeras etapas de las carreras alcistas de precios (TDC.p.224). Como muchas veces sucede con las expansiones monetarias y con el intervencionismo gubernamental mal entendido, precisamente a los grupos sociales que se quiere beneficiar, es a quien se termina perjudicando mayormente.

Lo inverso de lo que experimenta la economía en la depreciación del valor del dinero, sucede para un aumento del valor del mismo. La apreciación monetaria al igual que la depreciación, no se verifica súbita y uniformemente en toda la sociedad, sino que, por lo general, comienza desde uno o algunos grupos económicos, para luego difundirse gradualmente; de no ocurrir así, es decir, si el aumento del valor del dinero se verificara simultáneamente en toda la sociedad, entonces no iría acompañado del género especial de consecuencias económicas y sociales que hemos comentado para la inflación. Supongamos, por ejemplo, que quiebran las principales instituciones bancarias y de crédito en una nación, lo cual conduce al pánico, razón por la que todo el mundo está dispuesto a vender mercancías a cualquier precio a fin de obtener dinero, en tanto que, de otra parte, no se encuentran compradores si no es a precios muy reducidos. Pudiera ser, que el aumento del valor del dinero que se verificase como consecuencia de este pánico alcance a todas las personas y mercancías casi al mismo tiempo; sin embargo, generalmente un aumento del valor del dinero se difunde de manera gradual. Las primeras personas que se ven obligados a conformarse con los precios más bajos a los anteriores por la venta de sus mercancías, mientras tienen que seguir pagando precios altos por los productos que compran, son los que salen perjudicados por el aumento del valor del dinero. En contraposición, las personas o grupos económicos, que son los últimos en tener que reducir los precios de las mercaderías que venden, habiendo podido, entre tanto,

Aprovecharse de la baja de los precios de otros bienes, son los que terminan ganando en este episodio monetario de corte deflacionista (TIC, pp. 224-225).

Siguiendo el enfoque misiano, ha quedado demostrado que las variaciones en el poder adquisitivo ocasionadas por factores monetarios no afectan a los precios de los diversos servicios y mercancías al mismo tiempo y en la misma extensión; unos precios suben antes y otros después. Mientras la inflación sigue su curso y no ha agotado todavía sus potencialidades que afectan a los precios, hay en la sociedad ganadores y perdedores. Los ganadores -si son empresarios dice el pueblo que se aprovechan de las circunstancias- son personas que se encuentran en la venturosa situación de poder vender mercancías y servicios cuyos precios se han ajustado ya, a la alterada relación de la oferta y la demanda de dinero, en tanto los precios de los artículos que compran corresponden todavía a un estado anterior de esta relación monetaria. Los perdedores son aquellos que se ven obligados a pagar los nuevos precios altos por los productos que adquieren, en tanto los de las cosas que venden no han subido lo suficiente; o por otra parte, sus ingresos se hallan sustancialmente congelados; claramente la posición de estas personas es altamente desfavorable (TIC, p. 505). Los graves conflictos sociales que enciende la inflación, todos los perjuicios que ocasiona a los consumidores, a los asalariados, a los pensionados, a los ahorradores, son causados por el hecho de que sus efectos no se manifiestan simultáneamente ni en la misma proporción.

Perostémonos, pues, de que la inflación siempre afecta disparmente a los diferentes grupos y gentes. Hay a quienes la cosa no perjudica, sino al revés; por eso piden más de lo mismo ... (SLC, p. 64).

Las mutaciones que la inflación provoca benefician a determinados sectores. No quiero decir con ello decir que tales favorecidos se están "aprovechando"; nada cabe reprocharles, pues el único culpable es el gobernante que autoriza y ariza la creación dineraria. Habrá, desde luego, gentes en favor de la inflación, personas perspicaces que advierten, antes que los demás, lo que va a suceder, sirviéndose precisamente de esa aludida condición desigualitaria del proceso inflacionista para obtener lucro personal. (SLC, pp. 64-65).

La inflación puede, en efecto, beneficiar durante un relativamente breve período a ciertos sectores, aunque a expensas de otros grupos. A largo plazo engendra consecuencias desastrosas para la comunidad entera. Basta una inflación, hasta cierto punto moderada, para desarticular la estructura de la producción, favoreciendo la expansión excesiva de unas industrias a expensas de las restantes, lo cual conlleva malinversión y derroche de capital como demostraremos al estudiar el enfoque mismo del ciclo económico. Cuando la inflación se derrumba o es detenida, la equivocada inversión de capital, ya sea en máquinas, factorías o edificios, aparece inútil e incapaz de producir beneficios suficientes, perdiendo buena parte de su valor, o por lo menos este se cuestiona enormemente (12). Nada queda pues por hacer, si no es rechazar tanto el aumento como la disminución del valor en cambio objetivo del dinero, retornando a la disciplina monetaria (véase sección IV.4.); y ésta, bien podría ser la conclusión de toda la tesis. Pero mejor sigamos revisando las ideas mismas.

III.4. Índices de precios.

"La importancia de los economistas, su terminología que los distancia del resto de la población, su desconocimiento de los hechos, no hacen más que aumentar constantemente ... a menudo hace mucho ya que se han colocado fuera del alcance al refugiarse en el dominio bienaventurado de las abstracciones, en el cual los modelos y las emulsiones significan un medio de comunicación agradable y una fortificación contra los embates del mundo exterior, 'sin embargo', los infelices economistas no han tenido fortuna en remediar los males que nos aquejan."

Alfred Sauvy.

Comencemos, ahora que ya hemos hablado de las variaciones en el poder adquisitiva de la moneda, y antes de seguir tratando el análisis mismo de la inflación, tocando el tema de los índices de precios, que van a ser severamente cuestionados por Mises, ya que tanto su concepto, así como su utilización se muestran contrarios a toda la ciencia praxeológica, sobre todo en lo concerniente a la teoría del valor, a la metodología individualista y en general a toda la acción humana, la cual implica necesariamente mutación y cambio.

Recordemos que la acción humana provoca cambios, en cuanto aparece el actuar del hombre, la estabilidad se quiebra, produciéndose continuas mutaciones (véanse secciones I.3. y I.4.). Como vimos anteriormente, para Fixe, la historia no es más que una secuencia de variaciones. No puede el hombre detener el curso histórico creando un mundo totalmente estable: es conconstancial a la naturaleza humana el pretender mejorar las propias condiciones de vida. En la esfera praxeológica, el concepto de medición es muy cuestionable; en este sentido, los precios del mercado son hechos históricos, resultado de un conjunto de circunstancias registradas en un cierto momento.

En una imaginaria -y, desde luego, irrealizable- situación plenamente rígida y estable no hay cambio alguno que pueda ser objeto de medida. Inmersos en el mundo real, de incesante cambio, no hay puntos, objetos, cu

lidades o relaciones fijas que permitan medir las variaciones acontecidas (AN.p.p.345-346).

Los daños provocados por la intervención estatal en los asuntos monetarios: inflaciones, crisis económicas, devaluaciones, mala asignación de los recursos, causados por la actuación de la autoridad monetaria que pretende reducir el tipo de interés e incrementar la actividad mercantil mediante la expansión monetaria y crediticia, hicieron desear a las gentes - la estabilización de los precios. Resulta muy comprensible la aspiración de este deseo, así como su incondicional aceptación por la mayoría de las personas, si consideramos las consecuencias que han traído para la sociedad los arbitrarios monetarios y crediticios que se han padecido (véanse secciones III.5. y IV.2.). Pero esa estabilidad a la que se aspira es un concepto contradictorio (AN.p.p.340). El deseo de actuar, es decir, el afán de mejorar, de suprimir el malestar, es consustancial al ser humano; el individuo cambia y varía, mudando sus valoraciones, deseos e actuaciones; así que pretender congelar o contrariar ésto es inaceptable:

Cuantas fórmulas han sido propuestas con miras a lograr una efectiva medición del poder adquisitivo de la unidad monetaria descansan más o menos, en el arbitrario supuesto de imaginar existe alguien en el mercado de condición permanente o inmutable que pueda determinar, sirviéndose de cierto patrón fijo, la cantidad de satisfacción proporcionada por específica suma dineraria. Flaco apoyo recibe tan inadmisibles ideas cuando se argumenta que lo que se pretenda es ponderar sólo la variación del poder adquisitivo de la moneda, pues, precisamente en ese concepto de la determinabilidad del poder adquisitivo se funda todo el ideario de la estabilización. El profano, confundido por la sintemática con que la física resuelve sus problemas, en un principio suponía que el dinero servía para medir los precios. Creía que las variaciones en los tipos de intercambio registrábanse sólo en la diferente valuación de los diversos bienes y servicios entre sí, permaneciendo fijo el tipo existente entre el dinero, de un lado, y la "totalidad" de los bienes y servicios, de otro. Después, las gentes volvieron la idea al revés. Negóse la constancia del valor de la moneda, proclamándose en cambio la inmutabilidad valorativa de la "totalidad" de las cosas que podían ser objeto de compraventa. Ingeniáronse diferentes conjuntos de productos los cuales se contrastaban con la unidad monetaria. Había tal deseo de encontrar índices, a cuyo acopio cupiera medir el poder adquisitivo, que toda oposición resultó arrumbada. No se quiso parar mientes en la escasa precisión de las manejadas estadísticas de precios, ni la imposibilidad -por su hete-

regeneidad- de comparar muchos de éstos entre sí, ni en el carácter arbitrario de los sistemas seguidos para la determinación de cifras medias. (AH.pp.340-341).

Para Mises, es muy cuestionable la sistemática que pretende medir la inflación, contrastando la unidad monetaria con una canasta de bienes, don de el ama de casa reúne los diversos productos que adquiere en el mercado para atender las necesidades familiares. El poder adquisitivo de la moneda, variaría en proporción inversa, a la suma dineraria precisa para comprar el conjunto de bienes en cuestión. De acuerdo con estas ideas, que son básicamente las que maneja el llamado índice de precios al consumidor (U3), la política de estabilización aspira a que no varíe el aludido dispendio monetario. En opinión de Mises, sería admisible este planteamiento, solamente, si tanto el ama de casa como su imaginaria canasta de bienes permanecieran invariables, si esta última, hubiera siempre de contener los mismos productos e idéntica cantidad de cada una de ellos, y si fuera además inmutable, la utilidad que dicho conjunto de artículos tuviera para la familia en cuestión. Lo malo es que, en el mundo real, ninguna de las mencionadas condiciones se cumple (AH.p.341). Cabe subrayar igualmente, que las calidades de los bienes producidos y consumidos varían continuamente: no todos los bienes agrícolas, sean manzanas, trigo, naranjas, etcétera, son de la misma calidad; nada hay que decir acerca de las diversas clases de zapatos, vestidos, o de otros tantos objetos manufacturados. Las grandes diferencias de precios que, en determinado momento, registran entre sí las distintas variedades de un mismo producto, difícilmente se reflejan en el lenguaje ordinario y, mucho menos en las estadísticas. Tanto compradores como vendedores distinguen múltiples calidades y especies de bienes o servicios. Siguiendo estas mismas ideas, no es del todo correcto, el comparar precios pagados en lugares distintos o en fechas diferentes por los productos que, desde el punto de vista de la estadística, se agrupan bajo una misma categoría, siendo que dichos bienes no son exactamente de la misma calidad, entendiéndose por ésta, ciertas propiedades que los compradores toman en cuenta al actuar. Mises arremete, aún más, contra los índices de precios, señalándonos un importante aspecto, que deriva de to-

da su concepción praxeológica e individualista de la economía:

Pero aún dejando de lado estos insalvables obstáculos, resulta inalcanzable el objetivo ambicionado. Porque no es que únicamente cambie la calidad técnica de los diversos productos, ni que de continuo aparezcan nuevas cosas, al tiempo que otras dejan de producirse; lo importante es que también varían las valoraciones, lo cual provoca mutaciones en la demanda y en la producción. Los presupuestos en que se ampara la examinada doctrina de la medición sólo se darían en un mundo poblado por hombres cuyas necesidades y estimaciones fueran inmutables. Únicamente si las gentes valoraran las cosas siempre del mismo modo, sería admisible suponer que las oscilaciones de los precios reflejan efectivos cambios en el poder adquisitivo del dinero.

Por cuanto no es posible conocer la cantidad total de dinero invertido, durante un cierto lapso de tiempo, en bienes de consumo, los cómputos estadísticos han de apoyarse en los precios pagados por los distintos bienes. Ahora bien, esta realidad suscita otros dos problemas imposibles de solucionar de un modo apodictico. En primer lugar, resulta obligado asignar a cada cosa distinto coeficiente de trascendencia; porque evidentemente sería inadmisible operar con precios de bienes diversos sin ponderar su respectiva importancia en la economía familiar. Tal ordenación, sin embargo, siempre ha de ser arbitraria. En segundo término, es imperativo promediar los datos una vez recogidos y clasificados. Pero hay muchas formas de promediar; existe la media aritmética y también la geométrica y la armónica e, igualmente, el cuasi promedio denominado mediana. Cada uno de estos sistemas brinda diferentes soluciones. No existe razón alguna para preferir uno, considerándola como el único procedente en buena lógica. La elección que sea, una vez más, resulta oprichna. (AN, pp. 342-343).

Si el actuar humano fuera inmutable, las circunstancias de su entorno constantes; si las personas simplemente repetirían sus actuaciones, debido a que su malestar es siempre el mismo e idénticas las maneras de remediarlo; o si fuera posible admitir que todo cambia que haya sucedido en ciertos individuos o grupos, se compensara por una contrapuesta mutación en otros individuos o grupos, de tal forma que la total demanda y oferta no resultara afectada, ello significaría que nuestro mundo tendría plena estabilidad. Bajo esta situación, sería imposible pensar en la variabilidad de la capacidad adquisitiva del dinero, que, como se ha mostrado, afecta, en diferente grado y momento, a los precios de los diferentes bienes y servicios de la economía; razón por la cual, dichos cambios provocan mutaciones en la demanda y en la oferta, en la producción, distribu-

ción y en el consumo. Por tanto, es inadmisibile considerar, que al variar la capacidad adquisitiva del dinero, las restantes circunstancias quedan incambiables. Como vimos en la sección I.5., para Mises, en el terreno económico deja muchas dudas la idea de medición; y al considerar la medida de la variación en el poder adquisitivo del dinero, los cuestionamientos tampoco se aclaran: En una hipotética situación, totalmente rígida, no existen cambios que se puedan cuantificar; en nuestra cambiante realidad, por contra, difícilmente encontramos un punto fijo, o alguna dimensión o relación adecuada en que pueda basarse la medición. El poder adquisitivo de la unidad monetaria nunca varía de modo uniforme en relación a todas aquellas cosas objeto de compraventa. La idea de estabilidad o estabilización carece de sentido si no es relacionándola con una situación estática, pero en el ámbito praxológico lo que de verdad hay es mutación constante, por ello los índices de precios poca utilidad tienen:

Vano, por completo, resulta el apuloso aparato con que los funcionarios de las oficinas de estadística pretenden cifrar los correspondientes índices expresivos del poder adquisitivo del dinero y la variación del costo de la vida. En el mejor de los casos, esos numerosos índices no constituyen más que torpe e impreciso reflejo de cambios que ya acontecieron. Cuando las variaciones de la relación entre la oferta y la demanda de dinero son pequeñas, nada nos dicen. Por el contrario, cuando hay inflación, cuando registran profundos cambios los precios, esos repetidos índices no nos proporcionan más que tosca caricatura de realidades bien conocidas y constatadas a diario por todo el mundo. Cualquiera ama de casa sabe más de las variaciones experimentadas por aquellos precios que le afectan que cuantos promueven estadísticos cabe arbitrar. De poco le sirven a ella unos cálculos que nada le dicen ni de la calidad del bien ni de la cantidad del mismo que, al precio de la estadística, es posible adquirir. Cuando para su personal información, proceda a "medir" los cambios del mercado, fiándose sólo del precio de dos o tres mercancías, no está siendo ni menos "científica" ni más arbitraria que los engraiados matemáticos que, entre varios sistemas, se escogen a uno determinado para computar las realidades del mercado.

En la práctica nadie se deja engañar por los números índices. Nadie se atiene a la ficción de suponer implícitamente auténticas mediciones. Cuando se trata de cantidades que efectivamente pueden ser objeto de medida, no hay dudas ni descuerdos en torno a las cifras resultantes. Realizadas las oportunas operaciones, tales asuntos quedan definitivamente zanjados. Nadie discute los datos referentes a la -

temperatura, la humedad, la presión atmosférica y demás cálculos meteorológicos. Sólo, en cambio, damos por bueno un número índice cuando suponemos que el que las gantes crean en su certeza ha de beneficiar nuestros intereses. Mediante números-índices no es posible resolver dilema alguno; tales datos estadísticos sólo sirven para hacer definitivamente irreconciliables los respectivos intereses y opiniones. (AH.pp.344-345).

Me parece entender que Mises, no rechaza completamente el intento de medir las variaciones en el poder adquisitivo del dinero, sino que aboga por un mejor conocimiento de la teoría praxológica y con base en ello conectar e interpretar mejor los índices de precios. Así nos dice:

La inadmisibilidad de los métodos propuestos para medir las variaciones en el valor del dinero no impide que nosotros los utilicemos para resolver problemas prácticos de política económica. Aun si los mismos índices no pueden satisfacer las demandas que ha de hacer la teoría, si pueden —a pesar de sus defectos fundamentales y de la inexactitud de los métodos por los cuales son realmente determinados— prestar útiles servicios al estadista.

Si no perseguimos otro fin que la comparación de espacios de tiempo que están cerca unos de otros, podemos ignorar los errores que con tiene cada uno de esos métodos de calcular los mismos índices a fin sacar algunas conclusiones generales de los mismos. De este modo, por ejemplo, se hace posible hasta cierto punto llenar el hueco que hay en un período de variación del valor del dinero— entre los movimientos de los tipos de la Bolsa y los movimientos del poder adquisitivo expresado en los precios de las mercancías.

De la misma manera podemos seguir estadísticamente los progresos de las variaciones en el poder adquisitivo de mes en mes. Está fuera de duda la utilidad práctica de todos esos cálculos para ciertos fines, pues han acreditado su valor en acontecimientos recientes; pero debemos guardarnos de pedirles más de lo que pueden dar y hacer. (TDC. pp.203-204).

III.5. Inflacionismo y deflacionismo.

"Se pone en boca de Lenin la afirmación de que la mejor manera de destruir el sistema capitalista es corromper su moneda. Los gobiernos pueden confiscar, en secreto y sin ser observados, mediante un proceso constante de inflación, una parte importante de la riqueza de sus ciudadanos. Recurriendo a este método, no sólo confiscan, sino que confiscan arbitrariamente ... no se equivocaba Lenin, desde luego. No existe recurso más sutil ni más segura para echar abajo las actuales bases de la sociedad que el de corromper su moneda. Ese proceso emplea todas las fuerzas ocultas de la ley económica en la tarea de la destrucción, y lo hace de una manera que sólo una persona entre un millón es capaz de diagnosticarla."

John M. Keynes.

A lo largo del siglo XVI, tras el descubrimiento de América, grandes cantidades de metales preciosos fueron introducidas en Europa, procedentes de África y sobre todo del Nuevo continente. Esta afluencia de oro y plata provocó en todos los países europeos una generalizada tendencia al alza de los precios. Del mismo modo cuando el gobernante incrementa la cantidad de dinero en circulación, el poder adquisitivo de la unidad monetaria desciende debido a que los precios comienzan a subir. Lo anterior es precisamente a lo que Mises llama inflación; es decir, aumento mismo de la oferta monetaria, lo cual traerá como consecuencia que los precios comienzan a subir; nunca, bajo su concepto se debe confundir la consecuencia con la causa (SLC.pp.59-60). Destaca también Mises, que jamás nadie se ha atrevido a negar la íntima vinculación existente entre la cantidad de dinero disponible de una parte y los precios de otra, o sea, el que la tasa de intercambio entre moneda y mercancías varía cuando se modifica la cuantía de aquella.

Los vocablos inflación y deflación en modo alguno constituyen conceptos praxeológicos. No fueron elaborados por economistas; antes al contrario, fue el lenguaje popular, empleado por el público y los políticos, el que los estructuró. Reflejan el tan difundido error de "

suponer es el dinero de índole neutral e invariable su poder adquisitivo, debiendo una moneda sana gozar de esos dos atributos. Partiendo de tales supuestos, la palabra inflación empleábase para calificar aquellas mutaciones de origen dineraria que dan lugar a una baja del poder adquisitivo de la valuta, mientras el término deflación utilizábase para significar variaciones igualmente de índole dineraria que incrementan su poder adquisitivo.

Quienes emplean tal terminología no adviertan que el poder adquisitivo jamás permanece invariable y, consecuentemente, que siempre hay inflación o deflación. Pasan por alto dichas obligaciones y permanentes fluctuaciones del valor del dinero mientras son de escasa cuantía, reservando los términos en cuestión para aquellos casos en que es señalada la mutación del poder adquisitivo. Ahora bien, por cuanto constituye personal juicio de trascendencia el decidir cuándo determinada variación del poder adquisitivo comienza a merecer el correspondiente calificativo, jamás tendrán los aludidos términos aquella categórica precisión que el razonamiento praxeológico, económico y -cataléctico exige. En materia histórica o política cabe emplear tales vocablos; en la esfera cataléctica por el contrario, sólo deberían ser manejados al abordar y analizar programas políticos o concretos acontecimientos de historia económica. Ello no obstante, cabe recurrir a los mismos al tratar de temas estrictamente catalécticos, siempre y cuando su empleo no induzca a confusión y evite morosidad expositiva. Conviene, a este respecto, hacer notar que cuanto la cataléctica predica de la inflación y la deflación -es decir, de las grandes variaciones de origen monetario registradas por el poder adquisitivo de la valuta- resulta igualmente aplicable cuando se trata de cambios menos notables, así bien las consecuencias de éstos, como es natural, no son tan conspicuas como las de aquellos. (AH, pp. 631-632).

De tal manera que para Mises, las palabras inflacionismo y deflacionismo, inflacionista y deflacionista, se aplican a aquellos programas políticos que abogan por la inflación o la deflación, es decir, por las grandes variaciones del poder adquisitivo de origen monetario. Y como dijimos anteriormente, hace un llamado, para no confundir la inflación, es decir, el aumento de la cantidad de dinero en circulación; con su consecuencia, el aumento de los precios, que, como se ha visto, nunca será proporcional ni coetáneo.

En la investigación teórica hay un solo significado que puede ser atribuido racionalmente a la expresión inflación: un aumento de la cantidad de dinero -en el sentido lato del término, a fin de que comprenda también los medios fiduciarios- que no está compensado por un correspondiente aumento de la necesidad de dinero -también en sentido amplio-, de suerte que haya de producirse una baja del valor en cam-

bio objetivo del dinero. Por otra parte, la voz Deflación -o Restricción o Contracción- denota: una disminución de la cantidad de dinero -en sentido amplio que no está compensada por una correspondiente disminución de la demanda del mismo -en sentido amplio-, de modo que verificarse una elevación del valor en cambio objetivo del dinero. Si definimos así estos conceptos, de ello se deduce que o la inflación o la deflación continúa constantemente, porque es difícil que pueda existir por muy largo tiempo una situación que no varíe el valor en cambio objetivo del dinero ... (EDC.p.257).

Esa revolución semántica tan típica de nuestra época, ha modificado también el significado de los vocablos inflación y deflación. Son numerosas las gentes que hoy día denominan inflación o deflación no al señalado incremento o reducción de las existencias monetarias, sino a la inexorable consecuencia de dichos cambios; es decir, la general tendencia al alza o a la baja de salarios y precios. Tal modo de expresarse en modo alguno resulta inocua. Poneza y exonera de toda culpa a aquellas populares tendencias que abogan por la inflación.

No disponemos hoy de vocablo alguna que exprese lo que el término inflación anteriormente significaba. Imposible es luchar contra una política que carece de nombre. Cuando el estadista o el estudioso pretenden impugnar la supuesta conveniencia de emitir adicionales y fabulosas sumas dinerarias, se encuentran con que no pueden recurrir a terminología alguna comúnmente conocida y aceptada. La política de referencia, con todo género de detalles, ha de ser en tales casos expuesta y descrita, viéndose el teórico constreñido a adoptar continuamente tan fatigosa sistemática. Esa carencia de apelativo propio hace que las medidas en cuestión parezcan al hombre común como natural y normal. El mal se propaga por ello de modo fantástico.

La expuesta realidad da lugar, por otra parte, a que quienes se lanzan a esa vana y de antemano perdida lucha contra las inevitables consecuencias de la inflación -el alza de los precios- puedan presentarse como delirantes enemigos de ésta. Sólo, en verdad, contra los meros síntomas combaten, pudiendo, sin embargo, fanáticamente presumir de estar luchando contra la causa de tantos sinsabores. Cuando lo que sucede es que su ignorancia les impide advertir la relación de causalidad existente entre la creación del adicional dinero y la elevación de los precios, sus actuaciones sólo sirven para empeorar aún más las cosas ... (AH.pp.632-633).

Dados los actuales avances técnicos, lo más sencillo es fabricar pedacos de papel e imprimir una cifra con un significado monetario sobre su anverso y su reverso. En muchos países, los billetes son todos de idéntico tamaño, así que le cuesta al gobierno prácticamente lo mismo hacerlos de una u otra denominación; todo se reduce meramente a un problema tipográfico (SLC.p.60). Al final, el dinero que el gobernante gasta ha de obtener

ha de obtenerla de sus administradores por conducto fiscal o creando deuda pública. Pero son muchos los gobiernos actuales que, están convencidos de poder conseguir cuanto numerario precisen mediante la simple creación de la correspondiente moneda. El gobernante que quiere hacer algo que considera beneficioso para el bien general -como construir un hospital, por ejemplo- lo primero que debe preocuparle es la manera de conseguir los medios financieros, básicamente a través de las consecuentes cargas fiscales. Si así procede la autoridad difícilmente habrá problemas de precios, pues al aumentar la carga impositiva, las personas restringen sus propias adquisiciones, y así el gobierno cuenta con los recursos necesarios para llevar a cabo los gastos que estima tan útiles. El ente público gasta más; el contribuyente mencas. Quizá al gobierno compre bienes que las gentes no adquirirían; pero en conjunto, la variación es mínima y los precios no cambian sustancialmente. Nótese que Mises intencionalmente ha escogido el -ejemplo de un hospital, ya que para efectos inflacionarios, no cabe la distinción de inversiones buenas o malas; para nada cuenta en qué se invierte el dinero, sino cómo logra el gobierno financiarse (SLC.p.61). En lo personal entiendo esto último, concretamente como la manera de financiar el déficit del sector público.

Por el contrario, cuando la administración recurre a métodos inflacionarios, sucede que determinados agentes de la economía gastan más, sin que se haya reducido la capacidad de compra de los contribuyentes. Quienes reciben los nuevos medios de pago, se lanzan al mercado, donde compiten por las mercancías existentes con los adquirentes normales de las mismas. La cantidad de bienes y servicios en la economía, no ha crecido por el simple aumento de la masa dineraria, la presión compradora sobre las diferentes mercancías se refuerza, lo cual desata una tendencia alcista de precios. Desafortunadamente esto no se evita por encomiable que pueda juzgarse el destino que se da a los nuevos medios de pago (SLC.p.62). Considero que el análisis miano es exacto; pero, si pudiera haber circunstancias -excepcionales en las cuales sea absolutamente necesario hacer inflación; claro que debe imperar la disciplina monetaria, pero siempre la economía debe estar al servicio del hombre. Por otro lado, ya se ha destacado que

la subida de precios no es costosa, lo cual traerá sus propios efectos negativos.

Posiblemente piense el político que mejor es la inflación que la vía tributaria, siempre impopular y difícil, para sacar fondos a las gentes. Los parlamentos discuten ampliamente cómo conseguir los medios necesarios para financiar aquellas cosas que a los votantes, - en su día, tan alegremente les fueran prometidas. Los políticos, ante los problemas que la exacción de nuevos impuestos les plantea, acaban sucumbiendo a la tentación inflacionaria.

Nadie, desde luego, habla nunca de inflación, horrible vocablo. El político jamás dirá que a ella va a apelar. Recurrirá, sin embargo, a fórmulas financieras que forzosamente han de acabar provocando inflación, fórmulas, sin embargo, tan perfeccionadas y engañosas que el hombre de la calle no logrará calar en la trascendencia y efectos monetarios de las mismas, con lo cual se procura tranquilizar al potencial elector. (SLC.p.65).

Las actuales técnicas inflacionistas, como decíamos, son más sofisticadas. Ampáranse preferentemente en el dinero bancario crediticio. Pero al final todo es lo mismo. El político con una simple firma, empujando a un mero fiat, crea nuevos medios de pago, aceptados por todos, con lo que incrementa la masa de dinero disponible. La administración cursa la oportuna instrucción y, mágicamente, surge el numerario.

El gobernante, de momento, no se preocupa de si los precios subirán o de si habrá gente perjudicada por tal alza; él sigue adelante tan contento. Lo que no advierte es que el "milgrito" tendrá corta duración. Si cupiera dar a la inflación vida perenne, desde luego, no habría por qué preocuparse. Lo malo es que la misma no pueda perdurar; que, antes o después, ha de sucumbir; que es una solución meramente - transitoria. (SLC,pp.65-66).

Puede citarse el caso, por ejemplo, de ciertos subsidios otorgados por los gobiernos a determinados grupos económicos. Los precios máximos restringen la oferta de las correspondientes mercancías, por lo que las pérdidas provocan la salida del mercado del productor marginal. Para evitarlo, se otorgan subsidios financiados con base en incrementar la cantidad de dinero existente. Si los consumidores hubieran pagado mayores precios por los productos de referencia, no habría aparecido efecto inflacionario alguno; simplemente habrían dedicado a dicho gasto mayor proporción de su ingreso. Por supuesto que coincidimos con Mises en cuanto al deseo de orden fiscal y monetario; pero me cabe la duda de ciertos bienes o sectores a los que sería prácticamente imposible negarle el subsidio. Quizá aquí -

Mises, de pasada, nos muestra un lado que podemos llamar "humano" de la inflación: el gobernante, sobre todo de países en desarrollo, que observa la pobreza, la miseria, la ignorancia, y queriendo, de buena voluntad remediar ésto, sucumbe a la tentación de crear dinero, prácticamente de la nada. Para su infortunio, las consecuencias de hacerlo, serán nefastas las más de las veces -por no decir siempre-, precisamente para quienes deseaba ayudar, olvidando que el camino hacia el desarrollo es estrecho, requiriéndose mucha disciplina para transitarlo (véase sección V.1.). Quizá también Mises nos muestre, la desesperación del gobernante, que trata de mantener artificialmente una situación ficticia para con sus ciudadanos, de crecimiento económico en el corto plazo, con base en incrementar de manera desproporcionada sus gastos, pero aquí también lo que seguirá será el - caos para aquella desafortunada nación ...; volveremos a tocar estos temas más adelante.

La política que aspira a elevar el valor en cambio del dinero es llamada, según sean los medios más importantes que tiene a su disposición, restricción o deflacionismo. Esta nomenclatura no comprende realmente todas las políticas que persiguen el fin de aumentar el valor del dinero. La meta a la que se desea llegar por el restricciónismo, puede ser alcanzada también, no aumentando la cantidad de dinero cuando la demanda crece, o no aumentándola lo suficiente. Este método, al menos teóricamente, puede utilizarse para aumentar el valor del dinero ante los problemas que plantea su depreciación; se termina de incrementar la oferta monetaria y se espera un lapso prudente para apreciar los efectos en el valor del dinero de una demanda creciente del mismo. Por otra parte, la existencia y la popularidad del inflacionismo son debidas a la circunstancia de que puede - abrir nuevas fuentes de ingresos públicos: los gobiernos habían recurrido a la inflación por motivos fiscales mucho antes de que a nadie -Keynes- se le ocurriera justificar este procedimiento desde el punto de vista de la política monetaria (TMC.pp.246-247). Los argumentos en favor de la inflación han sido casi siempre bien vistos por el hecho de que eximen de cargas al presupuesto nacional, e incluso le aportan recursos. Mirando desde el punto de vista fiscal, el inflacionismo no sólo es la política económi-

ca más barata, sino también un posible remedio para un mal estado de las finanzas públicas. El restriccionismo, en cambio, exige sacrificios positivos de las autoridades fiscales y monetarias, cuando es llevado a cabo - retirando billetes de la circulación -por ejemplo, emitiendo bonos con interés o imponiendo tributos- para anularlos o esterilizarlos; la restricción exige el renunciamiento a ingresos potenciales prohibiendo la emisión de billetes en un momento en que crece la demanda de dinero. Esto sólo bataría ára explicar por qué el restriccionismo no ha podido nunca competir con el inflacionismo (véanse secciones IV.2. y IV.4.). La inflación, contemplada a la luz del enfoque misiano, irremediablemente terminará en catástrofe: la crisis por todos tan temida. Una de las mayores inflaciones registradas por la historia, que al propio Mises le tocó vivir muy de cerca, tuvo lugar, como es sabido, en Alemania después de la primera conflagración mundial. Parece ser que durante el conflicto armado, las cosas nunca llegaron a los extremos posibles. La inflación provocó una catástrofe social sin precedentes: cuando comenzó la guerra -agosto de 1914-, un dólar se cotizaba en 4.2 marcos; nueve años después -noviembre de 1923-, por el mismo dólar habría que pagar 4.2 billones de marcos. La moneda alemana había dejado de tener valor, sus tenedores lo habían perdido todo (SLC.p.66). Durante estos años, los gobernantes jamás advirtieron a las gentes lo que proyectaban, tal vez, ni ellos mismos pensaron que la situación iba a llegar a tales extremos; sólo se limitaron, un poco vergonzosamente, a pedir dinero al banco emisor; no querían saber en absoluto, de donde procedían - los fondos demandados, aunque en su fuero íntimo les constaba que se obtenían a base de imprimir moneda (SLC.p.65). Hablando del inflacionismo, Mises utiliza una de las armas más destructoras en materia económica, y en todo: el ridículo.

El inflacionismo es la política monetaria que trata de aumentar la cantidad de dinero.

El inflacionismo cándido exige un aumento de la cantidad de dinero sin sospechar que esto disminuirá el poder adquisitivo de éste. - Necesita más dinero porque, a sus ojos, la mera abundancia de dinero es riqueza. ¡Hágase el dinero; ¡Dejad que el Estado "cree" el dinero, que a los pobres haga ricos y les quite las cadenas con que atados - los tienen los capitalistas; ¡Qué insensatez no asir la oportunidad

que el Estado brinda el dinero de hacer rico y feliz a todo ser humano que vive en el planeta Tierra; ¿Qué error renunciar a ello nomás porque lesionaría los intereses de los ricos; ¿Qué maldad la de los economistas que afirman que no está en el poder del Estado crear riqueza haciendo funcionar el "negocio de hacer billetes" ... ¿Estadistas: ¿queréis construir vías férreas y os quejáis de que están casi vacías las arcas del tesoro? Bien fácil es llenarlas: ¡cread dinero! No necesitáis para ello pedir prestamos de los capitalistas ni que braros los casos haciendo cálculos y más cálculos para saber si los ferrocarriles rendirán lo suficiente para pagar los intereses de la deuda y amortizarla ... ¡Cread dinero, y buen provechito os haga! (TDC. pp.233-234).

Estos son, sin duda, los más ingenuos partidarios de la inflación. Creen que el gobierno puede resolver la totalidad de los problemas económicos simplemente emitiendo billetes. Pero, hay otro tipo de inflacionistas:

Otros inflacionistas comprenden muy bien que el aumento de la cantidad de dinero reduce el poder adquisitivo de la unidad monetaria. Pero se esfuerzan por lograr la inflación, pese al efecto que produce en el valor del dinero; necesitan la depreciación porque quieren favorecer a los deudores a expensas de los acreedores y porque quieren fomentar la exportación y hacer difícil la importación. Otros, además, recomiendan la depreciación por el motivo de su supuesta virtud de estimular la producción y alentar el espíritu de empresa. (TDC.p.234).

La depreciación del dinero sólo puede beneficiar a los deudores cuando es imprevista. Si son esperadas las medidas inflacionistas y la reducción del valor del dinero, entonces los prestamistas exigirán un tipo de interés más elevado a fin de compensar su probable pérdida: por su parte, los que toman dinero a préstamo estarán dispuestos a pagar un tipo más alto de interés porque tienen probabilidades de obtener ganancias. En realidad no es posible prever la magnitud de la depreciación monetaria, los acreedores, - en casos particulares, pueden sufrir pérdidas y los deudores realizar beneficios, pese a los altos tipos de interés cobrados o pagados. Solamente una política inflacionaria que sea súbita, e inesperada por los sujetos económicos puede alterar las relaciones entre acreedor y deudor en favor de este último; además difícilmente lo logrará hacer por mucho tiempo: Los prestamistas se crearán obligaciones, a fin de evitar pérdidas, a efectuar los créditos en un dinero de valor más estable que el de su propio país:

o bien incluirán en la tasa de interés que piden una prima adicional que los compense por la probable depreciación del dinero y la pérdida que se espere sufrir a causa de ella. Si los que necesitan crédito rehusaran pagar esa compensación, la disminución del abastecimiento del mercado de préstamos les obligaría a obrar de esta forma. Por otra parte, como vemos al revisar el análisis misiano del ciclo económico, es un error creer que la depreciación del dinero estimulará la producción o a las exportaciones, por el contrario llevará al consumo de capital y a la crisis de toda la economía (véase sección IV.2.). Existe otro tipo de inflacionistas:

Un tercer grupo de inflacionistas no niega que la inflación causa graves daños. Sin embargo, creen que la política aspira a cumplir fines más elevados e importantes que el crear un sistema monetario sano. Sostiene que, aunque la inflación puede ser un grave daño, no es éste el daño más grave, y que el Estado pueda, en determinadas circunstancias hallarse en una situación en que obraría bien si hiciera frente a males más grandes con el mal menor de la inflación. Cuando lo que está en juego es la defensa de la Patria o el librar del hambre a sus hijos, se dice: "Piérdase el dinero cueste lo que cueste." (TDC.p.236)

Algunas veces se defiende esta clase de inflación condicional argumentándose que la propia inflación es una especie de impuesto cuya exacción - se hace aconsejable bajo determinadas circunstancias, en las cuales resulta conveniente financiar el gasto público con una emisión de billetes que aumentando la carga tributaria o emitiendo deuda. Mises nos comenta que - este argumento fue presentado durante la primera guerra mundial, cuando - había que pagar los gastos de mantenimiento del ejército y de la armada; también se dijo lo mismo en Alemania y Austria después del conflicto bélico cuando había que proveer de productos alimenticios, a precios bajos, a una parte de la población; cuando había que cubrir los déficits de explotación de los ferrocarriles y otras empresas públicas; cuando se efectuaban pagos por reparaciones de guerra; etcétera. Se recurre al auxilio de la - inflación siempre que un gobierno no está dispuesto a subir los impuestos o no puede emitir deuda ni lanzar un empréstito. Pero, cuál es la razón de que los métodos normales de proveer recursos para la satisfacción del gasto público no puedan ser empleados. Mises llama la atención sobre el he

cho, de que sólo es posible imponer tributos elevados cuando quienes han de llevar esta carga dan su consentimiento a ello, una vez conocido el fin que se ha de cumplir gastando tales recursos; cuanto más grande es la carga tributaria, más difícil es engañar a la opinión pública hablándola de la imposibilidad de colocarla en el estrato rico de la sociedad; además, gravar los bienes, es cosa que afecta a toda la sociedad, y sus ulteriores consecuencias son, frecuentemente, peores para las clases pobres, ya que se puede ocasionar quiebras, disuación sobre la producción, falta de dinamismo en la economía, desempleo y otros males; así que, si la tributación es elevada, las consecuencias se harán sentir sin remedio. Misas nos comenta acerca de la inflación en tiempos de guerra:

¿Quién tiene la menor duda de que los pueblos beligerantes de Europa no se hubiesen cansado de la guerra mucho antes si sus gobiernos hubieran tenido la ingenuidad de presentarles por aquel entonces la cuenta de los gastos que ocasionaba la pavorosa conflagración? En ninguna nación europea se atrevieron los dirigentes de la guerra a imponer a las masas tributos algo elevados para pagar los gastos de la contienda. Fueron puestas en marcha las prensas hasta en Inglaterra, el país clásico del "dinero mano". La inflación tenía la gran ventaja de evocar una apariencia de prosperidad económica y de aumento de la riqueza, de falsear los cálculos hechos en términos de dinero y, por ello, de ocultar el consumo de capital. La inflación hizo nacer los pseudobeneficios del empresario y del capitalista que podían ser tratados y gravados especialmente con fuertes impuestos sin que el público en general -y a veces, ni los reales y verdaderos contribuyentes- viesen que los tributos devoraban pedazos de capital. La inflación hizo posible el desviar la ira del pueblo hacia los "especuladores" y "los que se aprovechaban sin escrúpulos de la crisis del país para vender a precios exasivos, géneros de primera necesidad". De este modo demostró ser un excelente recurso psicológico de la política de guerra destructora y aniquiladora. (TDC.p.237).

Los gobiernos necesitan dinero para solventar las empresas públicas que no rinden beneficios; para seguir subsidiando tal vez lo innecesario, pero popular; para supuestamente suministrar artículos alimenticios baratos al pueblo. No pueden obtener los recursos necesarios por medio de la tributación y no se atreven a decir al pueblo la verdad. Muchas instituciones e empresas gubernamentales perderían muy pronto su popularidad si fuese propuesta la exacción de un impuesto para cubrir las pérdidas, o quizá la

manifiesta corrupción que traen consigo estas explotaciones. Mises lo explicita en un párrafo lleno de firmeza:

Un gobierno se ve obligado a recurrir a medidas inflacionistas - cuando no puede negociar empréstitos y no se atreve a exigir tributos porque tiene motivos para temer que perderá el derecho a lograr la aprobación de la política que sigue si revela demasiado pronto las consecuencias financieras y generales de esa política. De este modo la inflación se convierte en el más importante recurso psicológico - de cualquier política económica cuyas consecuencias han de ser aculadas, y, por eso, en este sentido, pueda llamarse instrumento de política impopular, es decir, antidemocrática, puesto que, descartando, alucinando a la opinión pública hace posible la continua existencia de un sistema de gobierno que no hubiese podido abrigar la menor esperanza de conseguir el consentimiento del pueblo si, delante de éste, hubieran sido claramente expuestas las circunstancias. Eso es la función política de la inflación; explica por qué la inflación ha sido siempre un importante recurso de las políticas de guerra y revolución y por qué la hallamos también al servicio del socialismo. - Cuando los Estados no juzgan necesaria acomodar sus gastos a los ingresos y se arrojan el derecho de cubrir el déficit emitiendo billetes, su ideología es puramente un absolutismo disfrazado. (TDC.p.238).

Sí, por otra parte, los inflacionistas lo que desean es la devaluación de la moneda, con objeto de estimular la producción facilitando la exportación y dificultando las importaciones, entonces, podríamos señalar lo siguiente: El dinero desempeña en el comercio internacional la misma función que en el comercio interno, tanto en el comercio extranjero como en el nacional el dinero es medio de intercambio. Pero, qué pasa cuando nuevo dinero comienza a afectar ciertas mercancías y servicios de un país; hemos dicho que el alza de precios no es proporcional ni costánea, así que determinadas mercancías ven subir su precio y las restantes mantienen, al principio de la expansión monetaria, su cotización en el mercado. Como se sabe, la razón de intercambio existente entre la moneda nacional y las valutas extranjeras se determina en los mercados de divisas; ciertamente, quienes operan ahí gozan de mayor perspicacia para adivinar las fluctuaciones futuras que el resto de las gentes. De ahí que, frecuentemente, bajo tipos de cambio más bien flotantes o libres, el mercado de cambios extranjero refleje la nueva relación monetaria antes que la denoten los precios de muchos bienes o servicios en la economía; tan pronto como la inflación

interna comienza a afectar los precios de algunas mercancías, y desde luego, antes de que la misma haya consumado sus efectos sobre la mayoría de los precios, el tipo de cambio comienza a depreciarse hasta alcanzar la cifra que corresponde al nivel de precios internos; todo esto, desde luego, si la autoridad monetaria no interfiere en el proceso, tratando de mantener una paridad ficticia -sobreevaluada- que a la larga, complicará las cosas y -traerá consecuencias lamentables (AH.p.678). En realidad, el alza de las divisas anticipa el movimiento ascendente de los precios en el mercado interno; la razón de la devaluación monetaria será la inflación interna. Mises nos aclara estas relaciones causales, que preludian claramente al enfoque monetario de la balanza de pagos de los modernos monetaristas:

... No advertían las gentes que el alza de las divisas meramente anticipa el movimiento ascendente de los precios interiores. Creían que -la subida de la valuta extranjera era consecuencia provocada por una desfavorable balanza de pagos. Ha aumentado la demanda de divisas, a seguridad, por la deterioración de la balanza comercial o a causa de las siniestras maquinaciones urdidas por especuladores sin patriotismo. El mayor costo de la moneda extranjera hace que suba el precio, -en el país, de los productos importados. El precio de las mercancías nacionales, consecuentemente, también ha de subir, ya que, en otro caso, la baratura de las mismas induciría a los comerciantes a retirarlas del mercado interior para venderlas en el extranjero con prima.

Los errores que este popular modo de razonar encierra son fáciles -de evidenciar. Si los ingresos nominales de los consumidores nacionales no hubieran sido incrementados por la actividad inflacionaria, las gentes, al elevarse el costo de las divisas, habríanse visto obligadas a restringir su consumo de productos nacionales o extranjeros. En el primer caso, las exportaciones hubieranse ampliado, mientras que en el segundo hubieranse restringido las importaciones. La balanza comercial, consecuentemente, pronto habría de mostrar un saldo de esos que los mercantilistas califican de favorables. (AH.p.679).

... En ausencia de tal inflación, cualquier alza del precio de los bienes importados forzosamente ha de provocar una reducción del consumo de esos mismos o de otras mercancías. El reajuste antes aludido pónese así en marcha. (AH.p.680).

Consideremos el caso de dos países: A y B, en el primero de ellos, la autoridad monetaria realiza una expansión dineraria ampliando los créditos; mientras en B el gobierno o los bancos no llevan a cabo ninguna política monetaria expansionista. Es imposible que bajo tales condiciones, la pari-

dad entre ambas monedas permanezca estable. La expansión monetaria y crediticia provoca en el país A, el alza de los precios y, transitoriamente, la baja del interés, mientras en B los precios y los intereses quedan invariables. Las exportaciones de A, por tanto, tienden a contraerse, incrementándose por contra las importaciones. Aún más; los prestamistas de A tratarán de concertar sus créditos en el mercado a corto plazo de B. Consecuencia ineludible de todo este proceso es la salida de dinero de A, con lo cual se reducen las reservas monetarias del país A. Si las autoridades monetarias en A no abandonan su política expansionista, pronto estarán en una situación comprometida incluso devaluando, ya que aunque se tome esta decisión, sin frenar el incremento de la oferta monetaria, que es en realidad, el definitivo remedio, la situación se tornará caótica (véase sección IV.2.) (AH.p.683). Este proceso, ha sido, en opinión de Mises, frecuentemente mal interpretado; así se habla de la vital y trascendente función de defensa que debe desempeñar en bien del país el banco central; se dice que es su obligación defender la estabilidad de los cambios extranjeros y proteger las reservas internacionales contra los ataques de los especuladores antipatriotas. La verdad es que el banco central, al devaluar, frenar la expansión dineraria y tratar de poner orden monetario, lo hace finalmente, para asegurar su propia solvencia, evitando un demastre en el país expansionista (AH.p.684). Al respecto de todas estas ideas, Mises afirma con gran entereza:

... Ninguna nación, ni aún la más pobre, tiene necesidad de renunciar a la esperanza de poseer condiciones monetarias sanas. Lo que hace su vir el tipo de cambio no es la pobreza de los individuos y la sociedad, ni las deudas contraídas con las naciones extranjeras, ni las condiciones desfavorables de la producción; lo que hace subir el tipo de cambio es la inflación.

Infíerese de eso que son ineficaces todos los medios que se emplean para impedir la elevación del tipo de cambio. Si continúa la política de inflación, siguen siendo ineficaces; si no se sigue una política de inflación, entonces son innecesarios ... (TDC.pp.271-272).

... En efecto, sólo, hay un medio, como último recurso de impedir que siga bajando el valor de la moneda: cesar de incrementar la circulación de billetes. Y no hay más que un medio para elevar el valor de la moneda; reducir la circulación de billetes ... (TDC.p.275).

Podríamos apuntar, además de todo lo dicho, que los beneficiosos efectos procedentes de la devaluación monetaria, tendrán influencia sobre la economía interna, sólo en tanto la inflación no ha afectado a todas las mercancías y servicios; una vez que se ha hecho el ajuste, desaparecen estos efectos. Evidentemente, no se puede tratar de conservarlos de manera permanente, pues tendría que recurrirse a devaluaciones frecuentes o a inflaciones frecuentes que propician la devaluación constante de la moneda; pero esta postura, equivaldría a tener que recurrir a desórdenes monetarios reiteradamente, lo cual, a todas luces es llegar a extremos, que terminarían por destruir a todo el sistema monetario de la nación (TDC-pp.238-239). Al respecto de todo lo anterior nos comenta Henry Hazlitt:

Es imposible ... controlar el valor del dinero en épocas de inflación ... en este orden de cosas la relación de causas a efectos no responde a leyes meramente mecánicas. No cabe, por ejemplo, predecir que un aumento del cien por cien en el volumen de dinero en circulación implicará un descenso del 50% en la cotización de la unidad monetaria. El valor del dinero depende ... de las valoraciones subjetivas de quienes lo poseen. Y estas evaluaciones no son consecuencia tan sólo de la cantidad de dinero que cada uno tiene a su disposición, sino también de la calidad de ese dinero. En tiempo de guerra, la cotización de las divisas de una nación subirá en el extranjero con la victoria y descenderá con la derrota, independientemente del aumento o disminución de su volumen. La valoración actual dependerá a menudo del volumen que la gente imagine existirá en el futuro. Y como ocurre en la especulación mercantil, la evaluación asignada por cada persona a una divisa monetaria queda influida no sólo por lo que ella estima debe ser su valor actual, sino también por lo que supone va a ser la evaluación que todos los demás le asignarán en el futuro.

Ello explica por qué tan pronto queda abiertamente implantada la superinflación, el valor de la unidad monetaria desciende a un ritmo muy superior al de la cantidad de billetes emitidos o que puedan adicionarse a los ya en circulación. Cuando se inicia esta etapa, el desastre es casi completo y la bancarrota se anuncia. (14).

Resulta manifiesto que, para Mises, la especulación no influye, o por lo menos, no es la causa fundamental de la determinación del precio de las divisas o de la fijación de las paridades. Los especuladores simplemente se anticipan a las previstas variaciones; si se equivocan, si erróneamente suponen que la inflación ha comenzado, entonces, la realidad no coincide

de con sus previsiones y las pérdidas sancionarán tal yerro (AH-p.681). Y agrega Mises, mostrándose completamente a favor de una férrea disciplina monetaria (véase sección IV.5.).

Tan desearcatedo resulta recurrir, en cuestiones monetarias a términos belicistas, como es el utilizar tales expresiones al abordar cualquier otro tema de índole cataláctica. Entre los bancos centrales de los distintos países no existe "guerra" alguna. Ninguna fuerza sinies tra "ataca" la posición bancaria nacional ni socava la estabilidad de los cambios extranjeros. El sistema monetario patrio no precisa de "defensor" que le otorgue "protección" alguna. No es por preservar el patrón oro, por garantizar la estabilidad del cambio extranjero y, en definitiva por frustrar las funestas maquinaciones de internacional - asociación de usureros capitalistas por lo que no puede la banca oficial y privada reducir la tasa del interés en el mercado interior. El interés del mercado sólo temporalmente cabe sea rebajado mediante la expansión crediticia, provocándose además, entonces, todos aquellos - otros afectos que la teoría del ciclo económico describe. (AH-p.684).

Solo hay un medio para mantener la moneda nacional a la par con el oro y las divinas: canjearla incondicionalmente a cualquiera que la desee. El banco emisor, por una parte, ha de adquirir, a la par, cuando las divinas y oro le sean ofrecidos, entregando a cambio los oportunos billetes o la correspondiente moneda nacional, a la paridad fijada y, sin discriminación alguna, todas las divinas y todo el oro que le sea solicitado. Tal fue el proceder seguido por los bancos centrales bajo el patrón oro, así como por los gobiernos y los bancos de emisión bajo el sistema monetario generalmente denominado patrón de cambio oro (gold exchange standard). La diferencia entre el patrón - oro clásico u "ortodoxo" que funcionó en Inglaterra desde la segunda década del siglo XIX hasta comienzos de la Primera Guerra Mundial y en diferentes épocas en otros países, de un lado, y el patrón de cambio oro, de otro, consiste tan sólo en que, bajo aquel, circulan efectivamente piezas suriferas en el mercado interior. Bajo el patrón oro clásico, las tesorerías de las gentes están, en parte, constituidas por monedas de oro y, en parte, por sustitutos monetarios. Bajo el patrón de cambio oro, por el contrario, las tesorerías están integradas exclusivamente por sustitutos monetarios. (AH.pp.685-686).

Mises explicita algunas ideas acerca de las posibilidades de la política inflacionista: En primer lugar, todos los fines u objetivos del inflacionismo pueden cumplirse por otros medios de intervención en los asuntos económicos, los cuales si bien son discutibles, quizá traerían menores efectos colaterales. Si se desea eximir a los deudores, se puede declarar una moratoria o hacer cesar la obligación de pagar las deudas. De preten-

desde dificultar las importaciones, se puede recurrir a la prohibición de las mismas o a los aranceles. Si se busca estimular la exportación, se pue subsidiar a este sector económico. Todas estas medidas intervencionistas -muy discutibles, sobre todo a la luz de las críticas hacia el intervencio nismo por parte de Mises- por lo menos permiten distinguir entre grupos de personas, ramas de la producción, consumidores, beneficiarios, perjudica- dos; ésto es imposible de hacer con una política inflacionista. Un movimien- to alista de los precios beneficia a todos los deudores, incluyendo a los ricos, y perjudica a todos los acreedores, incluso pobres, ésto, desde lue- ga mientras el interés no se ajusta, como señalábamos anteriormente. El ajuste de la carga de deudas por medio de una legislación especial, permiti- ría la diferenciación. La inflación provoca una devaluación, que pudiera beneficiar transitoriamente a todas las mercancías e impide todas las im- portaciones; en vez de ésto, se podrían emplear a discreción las cuotas, - tarifas, subsidios o algún otro instrumento de política comercial. En se- gundo lugar, no hay género de inflacionismo del cual se puedan prever los efectos que acarrearán, los cuales suelen ser muy negativos para toda la so ciedad (TDC.pp.245-246). Además, como suele suceder con las medidas inter- vencionistas, los objetivos, si se alcanzan, lo hacen de un modo notoria- mente imperfecto, repugnando incluso a quienes se hallan en el poder y es tructuraron la medida; nada extrañaría que los resultados sean nu sólo con trarios a los que el gobierno quería conseguir, sino que frecuentemente, - provocan situaciones peores a las que prevalecerían en ausencia de toda in tervención (AH.pp.1133-1134). Agrega Mises en tono definitivo:

... considerado puramente como instrumento político, el inflacionismo es insuficiente. Técnicamente considerado, es mala política, porque - es incapaz de alcanzar plenamente su objetivo y porque conduce a con- secuencias que no son, o, al menos, no son parte siempre de su obje- tivo. El favor de que goza es debido solamente a la circunstancia de que pueden ser ocultados durante largo tiempo al público sus fines e intenciones. En efecto, su popularidad está enraizada en la dificul- tad de entender completamente sus consecuencias. (TDC.p.246).

Todos los intentos de llevar a cabo una política inflacionista suponen necesariamente el peligro de obrar en demasía: Una vez aceptada el principio de que es posible, permisible y deseable adoptar medidas para el abaratamiento del dinero, inmediatamente comenzará la controversia más enconada e irritante, sobre hasta donde habrá que poner un alto a la política expansionista del dinero. Las partes interesadas discreparán sobre las medidas que se habrán de adoptar, específicamente qué rubros será necesario o pertinente disminuir; habrá también desacuerdo sobre los resultados de las medidas que ya han sido tomadas; en cuánto recortar el derroche, qué es prioritario y que no; cuánta corrupción ha habido, etcétera. Las dificultades aparecen incluso en el caso de una sola y aislada depreciación o medida inflacionista (TDC.p.241).

Quien suponga que van a incrementarse los precios de aquellos bienes que normalmente consume, o que le interesan en un momento dado, indudablemente comprará mayores cantidades de ellos, de las que adquiriría en ausencia de tal expectativa; en consecuencia, reduce su demanda por dinero. Por contra, la persona que considere que van a disminuir los aludidos precios, no comprará las mercancías e incrementará su saldo de tesorería. Cuando estas previsiones, se contraen sólo a un reducido número de mercancías, no destacan una tendencia generalizada que modifique la demanda de dinero de toda la sociedad. Pero, los acontecimientos serán distintos, si se prevé una importante mutación de origen monetario del poder adquisitivo del dinero: cuando se espera que el precio nominal de una gran parte de los bienes va a incrementarse o disminuir, las personas amplían o reducen correspondientemente sus adquisiciones. El proceso continúa hasta que se llega a un convencimiento general de que las variaciones del poder adquisitivo del dinero han terminado; sólo así, se desvanecerá aquella tendencia a comprar o a vender, comenzando las personas de nuevo a incrementar o a restringir sus tesorerías a la manera, digamos, de costumbre.

En general, las inflaciones, mientras no se detienen siguen el curso siguiente: en un principio, el nuevo dinero provoca el alza de los precios de determinadas mercancías y servicios; los demás precios sólo más tarde subirán. Los precios de los diversos bienes y servicios, como anteriormente

te señalábase, aumentan en momentos y grados diferentes. Mises nos dice que esta primera etapa del proceso inflacionario puede mantenerse durante un tiempo considerable, incluso años; mientras perdura, los precios de numerosos bienes y servicios no están ajustados a la modificada relación monetaria; hay personas que todavía no han advertido claramente que se está llevando a efecto una revolución de precios que, a la postre, provocará un alza considerable en todos ellos, si bien la subida no será igual para todas las mercancías y servicios. Siguen aquellas personas creyendo -muchas veces ingenuamente- que los precios un día habrán de bajar; es esperable de ese día restringen sus adquisiciones, incrementando en congruencia -de ser posible- su tenencia de dinero. Mientras se mantenga esa generalizada tendencia, todavía están a tiempo las autoridades de abandonar su política inflacionista (AH, pp. 638-639). Pero cuando la opinión pública supone que va a continuar inexorablemente la creación de dinero, de tal manera que los precios de todos los bienes y servicios han de continuar subiendo; entonces, nadie deja de adquirir cuantas mercancías puede ni de reducir al mínimo su tenencia de dinero. Este fenómeno es natural en tales desafortunados casos, en razón de las pérdidas derivadas del descenso progresivo del poder adquisitivo de la moneda. Frente a las ventajas que la tenencia de numerario implica, sus inconvenientes se tornan de tal magnitud, - que a nadie le interesa mantener cantidad alguna de dinero a la vista, o para transacciones antes consideradas de lo más común. En las grandes inflaciones europeas de los años veinte, tal fenómeno se llamó huida hacia valores reales (AH, pp. 637-638). Mises destaca lo trascendente de este fenómeno económico y social:

Lo más notable del fenómeno ... (de huida hacia valores reales) es que, al incrementarse la cantidad de dinero existente, la demanda de dinero se contrae. Esa tendencia a la baja del poder adquisitivo, de cada por el aumento de la oferta dineraria se ve a su vez reforzada por la general propensión a restringir la tenencia de numerario - que aquella engendra. Así las cosas, llega un momento en que los precios a que las gentes están dispuestas a desprenderse de los bienes "reales" reflejan hasta tal punto la futura baja prevista del poder adquisitivo que nadie tiene ya tesorería bastante para pagar las correspondientes sumas. El sistema monetario queda destruido; la moneda de que se trate deja de utilizarse en las transacciones ser-

centiles; el pánico reduce a cero el poder adquisitivo de la misma. Las gentes retornan al cambio directo o adoptan una nueva moneda (AH. pp.638).

Pero llega por fin, el día en que las masas despiertan. Advierten, de pronto, que la inflación constituye deliberada política, que va a proseguirse sin interrupción. Se produce el cambio. Aparece la crisis. Todo el mundo febrilmente pretende cambiar su dinero por bienes "reales", los precios o no, cuesten lo que cuesten. En muy poco tiempo, - en unas pocas semanas o incluso en escasos días, aquello que se utilizaba como dinero deja de emplearse como medio de intercambio. La valuta en cuestión se transforma en simple papel. Nadie está dispuesto a dar nada a cambio de tales papeluchos. (AH.p.639).

La inflación, si es continuada con insistencia e ininterrumpidamente, conducirá a cualquier paso, eventualmente, al fracaso, al desastre; el poder adquisitivo del dinero irá disminuyendo cada vez más y más, hasta provocar, en el extremo, la ruina del sistema monetario. Es posible imaginar este incabable proceso de depreciación, en el que el poder adquisitivo del dinero disminuye continuamente, sin llegar a desaparecer del todo, al tiempo que los precios van subiendo a paso acelerado; llegándose a una situación tal, en que hasta las transacciones al por menor serán en términos de millones e inclusive en cifras más altas. De continuar la política inflacionista, a pesar de la ya difícil situación que se vive, puede sobrevenir - una verdadera catástrofe, no sólo por la ruina monetaria, sino por la severa crisis que la economía muy probablemente esté viviendo (véase sección IV.2.). Es claro que este imaginario estado de cosas, difícilmente puede estar dentro de los límites de lo prudente; a la larga, carecerá de utilidad comercial el dinero que está disminuyendo continuamente de valor; no podrá seguir siendo utilizado como patrón de pagos diferidos, aún más, la moneda que se deprecia en forma continua se torna inepta hasta para las operaciones mercantiles al contado. Todos intentan reducir al mínimo sus reservas dinerarias, que se han convertido en una fuente de incesantes - pérdidas; el dinero ingresado se gasta lo antes posible. Cuando no se necesitan las mercancías o, al menos, no se necesitan en el momento en que - son compradas con el fin de evitar la tenencia de billetes, entonces ha comenzado ya el proceso de expulsión del dinero en su función de medio general de cambio -su función básica (véase sección III.1.)-. Es el inicio

de la demonetización de aquellos billetes lanzados sin fundamento a la circulación. El proceso se puede tornar acelerado, convirtiéndose en un verdadero pánico, difícilmente controlable (TDC, pp. 241-244). Si la depreciación del dinero ha llegado a estos extremos, la demanda por el mismo se reduce notablemente en toda la sociedad. Existe también el hecho adicional de que las personas empiezan a utilizar la moneda extranjera en vez de la nacional, que puede incluso verse desplazada totalmente de la circulación: Todo se cotiza en términos de moneda extranjera.

... Para que una cosa pueda utilizarse como medio de intercambio, es preciso que las gentes piensen que las existencias de dicho objeto no van a incrementarse sin límite. La inflación es política autodestructiva (AH, p. 639).

Un economista famoso, no hace mucho, nos informaba de que "a la larga, todos muertos". Cierto, pero ¿cuánto dura ese "a la larga" ... El tiempo pasa muy rápido y lo que parecía que tanto había de durar súbitamente se marchita y sucumbe. El desastre inflacionario -la crisis- estalla cuando aún la mayoría piensa que todo marcha, que "no pasa nada".

¿Hasta cuándo puede el banco emisor persistir en su política inflacionista? Sólo mientras las gentes creen que el gobierno pronto va a detener -no se sabe cómo, pues en eso el público rehúsa el entrar- la escalada de los precios. Pero para ello hay que dejar de crear dinero; no se pueda rebajar ímpetivamente el valor unitario de cada una de las piezas monetarias que las gentes tienen en el bolsillo.

Tan pronto como aquella confianza se pierda, en cuanto el público advierte que la administración va a seguir, incansable, provocando inflación, de modo que los precios van a continuar en alza inexorable, -el sistema monetario se viene abajo, pues ya nadie quiere, ni por un momento, tener metálica en la mano, provocando así una ulterior subida de los precios. (SLC, pp. 66-67).

Al respecto de los desórdenes inflacionarios, Mises nos habla de tres casos históricos en diferentes países: La "continental currency" en Estados Unidos hacia el año de 1781; los "mandats territoriaux" franceses de 1796; y el "mark" alemán de 1923. La primera moneda mencionada, fue puesta en circulación por el Congreso, para financiar la guerra de independencia norteamericana. Teóricamente, su valor nominal podía ser, a la vista, transformado en oro o plata, previsión que jamás fue respetada. Inicialmente, se autorizaron dos millones de dólares, en junio de 1775; cuatro años

después ya se habían emitido casi doscientos cincuenta millones; así que nada nos extraña que bajo este desmedido ritmo de crecimiento, para 1781 haya desaparecido de la circulación. La moneda francesa, por su parte, fue emitida en febrero de 1796, por el gobierno revolucionario francés, supuestamente con el respaldo de las fincas confiscadas a la corona, el clero y la nobleza; se emitieron unos 2 500 millones de francos, cantidad que fue creciendo a ritmo vertiginoso, por lo cual, en menos de un año, quedó enteramente desvalorizada, dejando oficialmente de gozar de curso legal en mayo de 1797 (AH.p.639). De la evolución del marco alemán ya hemos platicado anteriormente, al recordar aquella increíble inflación que se vivió en Alemania al término de la primera guerra mundial. Al respecto, cabe agregar que los ciudadanos germanos creyeron algún tiempo, que la inflación era un fenómeno meramente transitorio, el cual pronto terminaría. Pero - un día, en el verano de 1923, despertaron a la realidad, comprendiendo que era momento de comprarlo todo, o sea, había que deshacerse lo más pronto posible, de aquel dinero. Nada de dar crédito a nadie, lo mejor era endeudarse y cuánto más, mejor. La inflación crecía como un cáncer alimentándose a sí misma (SIC.p.67). Durante este triste período de la historia alemana, se ha calculado una tasa media de crecimiento de más de un 300 por ciento mensual, y la evolución de los precios fue similar o mayor (15). - Fue exactamente el día 28 de agosto de 1923 cuando se produjo el inevitable desastre monetario ..., pero, dejemos que Mises nos lo platique:

El día 28 de agosto de 1923 se produjo el inevitable desastre. - Habíanse, al fin percatado las gentes de que aquella inflacionada - valuta que durante tantos años habían considerado dinero, en verdad ya no lo era. A los trabajadores se les tenía que pagar, día a día, al comenzar la jornada. El obrero acudía a la fábrica acompañado de la mujer, a la que inmediatamente entregaba los millones de marcos - salariales. La esposa salía corriendo hacia la primera tienda que en contraba abierta para comprar lo que fuera, cualquier cosa, pues advertía que la moneda perdía diariamente un cincuenta por ciento de su poder adquisitivo. El dinero se deshacía en el bolsillo como un chocolate caliente. Esta última fase de la inflación alemana, la - verdad es que duró poco, al quedar sin valor el tradicional Mark alemán, que hubo de sustituirse por un nuevo signo monetario. (SIC. p.67).

Podríamos recordar también, el gran aumento de precios ocurrido en Hungría tras la segunda guerra mundial, el dinero en efectivo aumentó a una tasa media de más del 12 000 por ciento mensual a lo largo de un año, y los precios a una tasa todavía mayor, cercana al 20 000 por ciento mensual (16).

Para Kiss, es importante destacar, que un orden social fundado enteramente en el uso del dinero y en el que toda la contabilidad se verifica en términos de dinero, la destrucción del sistema monetario significa destruir la base de todo cambio. Pero hay que señalar que la inflación no es un fenómeno que, como un meteoro nos caiga del cielo; no se trata de una plaga incontrolable; ni la provocan movimientos telúricos o se debe a la mala voluntad de los dioses. Es claro que, a la luz del enfoque misionero, la causa fundamental de estos desquiciamientos monetarios es la política seguida por la autoridad monetaria consistente en abaratar el dinero -en ocasiones para supuestamente evitar el desempleo-. (SIC.p.73). Vista así, la inflación es un fenómeno económico, pero con amplios matices políticos, razón por la cual, puede variarse radicalmente, es decir, evitarse o controlarse. Qué duda cabe, de que la inflación se ha convertido en uno de los males más perniciosos de la época contemporánea. Un país con una alta tasa inflacionaria difícilmente tendrá estabilidad política (véase sección V.2.); democracia e inflación es una combinación extraña de darse en la realidad.

... La moderna política monetaria es cosa esencialmente nueva; se diferencia fundamentalmente de la anterior actividad del Estado en esta esfera de acción monetaria. Anteriormente, el buen gobierno en negocios monetarios -desde el punto de vista del ciudadano- consistía en llevar el negocio de la acuñación de modo que se pudiese facilitar al comercio monedas que pudiesen ser aceptadas por todo el mundo por su valor nominal; el mal gobierno en negocios monetarios -también desde el punto de vista del ciudadano- equivalía, por parte del Estado, a abusar de la general confianza depositada en él. Pero, cuando los Estadoservillecieron la moneda metálica, siempre fue por motivos puramente fiscales. El Gobierno necesitaba de ayuda financiera, y eso era todo; no le impartaban las cuestiones de política de emisión. - (TUC.pp.229-230).

No deberían sorprendernos los resultados de nuestra investigación sobre el desarrollo y la significación de la política monetaria. Que el Estado, tras haber hecho uso por algún período de tiempo del poder que tiene en nuestros días de influir hasta cierto punto en la determinación del valor en cambio objetivo del dinero a fin de que ello afecte a la distribución de la renta, tenga que cesar en el ejercicio de esas facultades, no parecerá extraño a quienes saben el valor que tiene la función del Estado en ese orden social que descansa en la propiedad privada de los medios de producción. El Estado no gozamos al mercado, el mercado en que son intercambiados los productos, es muy posible que sea una parte poderosa; pero, sin embargo, no es más que una parte de las muchas que allí actúan, y nada más que eso. Sólo pueden ser hechos con los instrumentos del mercado todos sus intentos de transformar las ratios de cambio entre los bienes económicos que son determinadas en el mercado. Nunca puede prever exactamente cuál será el resultado de una intervención particular. No pueda producir el resultado apetecido en el grado que él desea porque los medios que el influja en la demanda y la oferta pone a su disposición - solamente afectan al proceso de precios por medio de las valoraciones subjetivas de los individuos; pero no se puede formar juicio ex cuanto a la intensidad de la transformación que resulta de esas valoraciones excepto cuando la intervención es ligera y se limita a uno o a unos pocos grupos de mercancías de menor importancia, y, aun en tal caso, sólo puede ser un juicio aproximado. Todas las políticas monetarias han de vencer la dificultad de que los efectos de las medidas adoptadas a fin de influir en las fluctuaciones del valor en cambio - objetivo del dinero no pueden ser previstos por adelantado, como tampoco su naturaleza y magnitud ni aun después de haberse producido ya. (TDC, p.256).

Podemos finalizar la presente sección, con una cita del buen discípulo misionero Henry Hazlitt, acerca de lo pernicioso del fenómeno inflacionario:

La inflación cubre cualquier proceso económico con un velo de ilusión. Confunde y engaña a la inmensa mayoría, e incluso a quienes sufren sus consecuencias. Estamos todos acostumbrados a medir nuestros ingresos y riqueza en términos monetarios. Este hábito mental es tan poderoso que incluso economistas y estadísticos profesionales no pueden deshacerse de él. Es difícil estar atentos siempre en las relaciones económicas a los bienes y bienestar reales que las suscitan. ¿Quién de nosotros no se siente más rico y satisfecho cuando oye decir que - la renta nacional se ha duplicado (en dólares por supuesto), en comparación con la de algún período preinflacionario? Incluso el empleado que percibía 25 dólares y ahora gana 35, cree que ha mejorado de situación, aunque ahora todo le cueste doble que cuando ganaba 25 dólares. No es que permanezca ciego ante el alza experimentada en el costo de la vida, pero no advierte tan claramente su situación real ac-

tual como lo hubiera hecho si, permaneciendo inalterado el actual coste de la vida, le hubiera sido reducido el salario al objeto de asignarle el mismo poder adquisitivo más reducido que ahora posee como consecuencia del alza en los precios y aun a pesar del aumento conseguido en términos monetarios. La inflación es la autosugestión, la hipnosis o anestesia que amortigua el dolor de la operación. Es el opio del pueblo. (17).

III.6. Inflación y tasa de interés.

"La inflación es aquel estado del tiempo, en el cual, aquellos que han ahorrado para enfrentar un día lluvioso, quedan empapados."

Adánimo.

Los bienes presentes, tienen para el hombre, mayor valor que los bienes futuros. Invariables las restantes circunstancias, prefiere satisfacer sus necesidades lo más pronto posible. Como vimos en la sección II.6., la preferencia temporal, constituye, para Mises requisito categórico del actuar humano, para él, es impensable un tipo de actuación en la cual la satisfacción más próxima no sea preferida a la satisfacción más remota. El ser humano pretende alcanzar los objetivos o fines que ambiciona lo más pronto posible; el mismo bien o servicio va perdiendo valor cuanto más lejano se halla del momento de poder disfrutarlo; así, el interés aparece como algo inherente a la acción humana. Ahora bien, Mises nos plantea las complicadas relaciones entre la tasa de interés, la compensación de la misma por variaciones de precios y la neutralidad del dinero, en las siguientes citas:

El dinero resultaría de condición neutra si las variaciones de origen dinerario registradas por el poder adquisitivo de moneda afectarían a los precios de todas las mercancías y servicios al mismo tiempo y en la misma proporción. Sobre la base de un dinero de índole neutral cabría pensar, siempre y cuando no hubiera pagos aplazados, en una tasa también neutra de interés. En el caso de existir pagos aplazados dejando aparte la condición empresarial del acreedor y el correspondiente componente empresarial que, en su consecuencia, incluye el interés bruto- las posibles variaciones del futuro poder adquisitivo del dinero habrían, además, de ser previstas en las correspondientes estimaciones contractuales. El principal del crédito habría de ser periódicamente incrementado o disminuido con arreglo a un módulo porcentual que reflejaría las mutaciones del poder adquisitivo de la moneda. Al variar el principal, cambiaría también la base de cálculo del interés. Tal interés resultaría, en su consecuencia de índole neutra.

Contando con un dinero neutro cabría, por otro camino, igualmente neutralizar el interés, siempre y cuando los contratantes pudieran prever con toda precisión las ulteriores variaciones del poder adquisitivo del dinero. Cabría, a éstos, en efecto, estipular un interés bruto compensatorio de tales mutaciones, mediante la aplicación al mismo de determinado porcentaje de aumento o la reducción de la tasa

del interés originario según procediera. Tal resarcimiento es lo que denominamos compensación -positiva o negativa- por variación de precios. En el caso de una pronunciada deflación, la negativa compensación por variación de precios no sólo podría absorber íntegramente la tasa del interés originario, sino incluso llegar a hacer negativo el interés bruto, al cual vendría entonces representado por una suma que, lejos de ser cargada, sería abonada al deudor. Calculada correctamente la aludida compensación, ni acreedor ni deudor veríanse afectados por las posibles variaciones del poder adquisitivo de la moneda. El correspondiente interés resultaría de condición neutra.

Tales planteamientos, sin embargo, no sólo son quiméricos, sino que además, no pueden ser llevados a sus últimas consecuencias lógicas. Dada una economía cambiante, el interés nunca puede resultar neutro, pues no existe en ella una tasa uniforme de interés originario; tan sólo una tendencia que apunta hacia tal uniformidad. Antes de que tal tasa final sea alcanzada, la constante mutación de las circunstancias del mercado divierte el movimiento de los tipos de interés que pasan a tender hacia distintas tasas finales. Donde todo es cambio y variación, jamás puede haber inerte módulo de interés. (E.C.pp.794-795).

En nuestro mundo real, los precios fluctúan, debiendo los hombres acomodarse sus actuaciones a estas transformaciones. Precisamente porque se prevén cambios en las condiciones económicas, y de ellos pretenden obtener ganancias, los empresarios se lanzan a sus actuaciones mercantiles, varían las inversiones en las industrias o sectores económicos, y en las magnitudes que se considere oportuno. Como vimos en la sección II.4., la economía de mercado es un sistema social caracterizado por el permanente empeño de mejoramiento que en él mismo prevalece; en ésta, los individuos - más emprendedores buscan el lucro personal, readaptando continuamente la producción, para, del modo mejor posible, atender las necesidades de los consumidores, tanto las que ya sienten, como las que todavía ni siquiera han advertido. Dichas proyecciones empresariales, revolucionan a diario la estructura de los precios, provocando las correspondientes variaciones en el interés bruto del mercado (A.H.pp.795 y 806). Ahora bien, la tasa de interés originario está determinada por la razón correspondiente al descuento de bienes futuros por bienes presentes; aquí no importa tanto la cuantía de las existencias monetarias, si bien, indirectamente, la tasa del mismo puede verse afectada al variar las disponibilidades dinerarias. En el interés bruto de mercado, por contra, influyen de manera directa las modifi-

caciones que pueda registrar la relación monetaria; aun por esta razón, el interés del mercado varía, tiene que venir un reajuste de ambas tasas.

Tratando de concretar, diremos, que el ajuste de la tasa de interés a las variaciones de precios según Irving Fisher -enfoque que Mises va a criticar, como veremos- es el siguiente: Quien prevé el alza de ciertos precios, aparece en el mercado de capitales buscando créditos, dispuesto a pagar intereses superiores a los que abonaría en el caso de esperar un alza menor o la ausencia de toda subida de precios. Por su lado, el prestamista, cuando supone que va a producirse un encarecimiento, sólo otorga créditos si el interés bruto de mercado también sube por encima del que prevalecería en una situación en la que no se previera alza alguna o sólo una menor. El prestatario no teme a estos superiores intereses, al considerar que su proyecto obtendrá una rentabilidad que soporta fácilmente el mayor costo. El prestamista, de otra manera, no concede crédito, es decir, cuando el interés bruto no resulta suficientemente elevado como para compensarlo por completo. La prevista alza de los precios, desata una tendencia al encarecimiento del interés bruto de mercado, mientras que un esperado descenso de aquéllos, provoca una tendencia a la baja del interés. Cuando el esperado encarecimiento de determinados artículos viene compensado por el descenso del precio de otros, como sucede si no varía la relación monetaria, las dos opuestas tendencias más o menos se anularán. En cambio, al variar la relación monetaria, previéndose un alza o baja general en los precios, una de ellas prevalece, incorporándose entonces, a toda transacción en que haya pagos aplazados, una específica compensación ya sea positiva o negativa, por variación de precios (12). Ahora bien, para Mises, el análisis de Fisher, resulta hipotético e impracticable; va que las fluctuaciones en los precios no son como una marea que cambia uniformemente, sino que se trata de un movimiento no proporcional ni costáneo, como hemos apuntado repetidamente; precisamente por ello, la compensación del interés por variaciones en los precios, nunca es perfecta. No llega la misma a anular enteramente, ni siquiera en la esfera crediticia pura, los efectos de los cambios registrados por la relación monetaria; no logra provocar tasas de interés de condición enteramente compensatorias. Aunque todos los sujetos

interesados conocieran plena y exactamente las modificaciones cuantitativas registradas por la cantidad de dinero, así como los momentos en que tales variaciones habrían de producirse, y las personas que, en primer término, serían afectadas, no por ello se sabría de antemano si la demanda de dinero variaría, tampoco se conocería la magnitud de tal variación, se ignoraría igualmente la época y la cuantía en que mudarían los precios de las diversas mercancías. La compensación por variación de precios podría balancear los efectos que provocan en los créditos, los cambios de la relación monetaria, sólo si apareciera antes de que se produjeran las variaciones de precios provocadas por la modificada relación monetaria. Sería, para ello, necesario, calcular de antemano el momento y la proporción en que se producirían las variaciones de precios en los bienes y servicios; evidentemente tales cálculos en nuestro mundo real son impensables, puesto que requerirían un conocimiento perfecto del futuro (AH.pp.795-797).

La compensación por variación de precios no es una operación aritmética gracias a la cual el ser humano suprime la incertidumbre del mañana, sino que proviene de la idea que los agentes económicos se forman de las futuras condiciones del mercado monetario. Se va gestando paulatinamente, a medida que, primero unos pocos y, después, mayor número de personas adviertan que la economía se halla bajo los efectos de una variación en la relación monetaria de origen dineraria, la cual ha provocado específicas tendencias en los precios. Sólo cuando las gentes empiezan, con base en la mencionada tendencia, a comprar o a vender para lucrarse, se materializa la compensación. Conviene subrayar que surge al amparo de consideraciones relativas a cambios previstos de la relación monetaria (AH.pp.797-799). La provocan, en el caso de superarse el mantenimiento de tendencias inflacionistas, las primeras manifestaciones de ese fenómeno que, luego, al generalizarse, se clasificará, como vimos, en la sección III.5., de huida hacia valores reales y, de llegarse a inflaciones extremas, terminaríamos en el completo desquiciamiento del sistema monetario. Como ocurre con toda previsión de circunstancias futuras, estas especulaciones, pueden resultar erróneas; cabe esperar que reduzcan las actividades inflacionarias o deflacionarias, resultando los precios distintos a los esperados. Por otra parte, es fre-

cuenta que la incrementada propensión a comprar o a vender, afecta más - pronto y en mayor grado al mercado crediticio a corto plazo. Cuando así sucede, los préstamos a corto plazo registran, en primer término, la compensación; posteriormente, debido a la concatenación de las partes de mercado, aquella se translada a los créditos de largo plazo. También puede, sin embargo, suceder que la compensación aparezca en éstos últimos préstamos con total independencia de lo que acontezca con los de acorto plazo.

Hemos visto que, al comprender los sujetos económicos que la situación inflacionaria prevalecerá, empieza a darse una compensación por variaciones en los precios en la tasa de interés, la cual puede amortiguar, pero nunca suprimir por completo -como apuntábamos anteriormente-, los efectos que se registran sobre las condiciones económicas: la compensación siempre se rezaga con respecto a los cambios del poder adquisitivo, pues no la engendran las variaciones registradas por la cantidad de dinero, sino que, al contrario, es consecuencia provocada por los efectos, forzosamente posteriores, que dichas variaciones producen en la estructura general de los precios. Es, únicamente, cuando el período inflacionario ya ha sido dilatado, cuando las cosas cambian. De persistir la tendencia inflacionaria se desarticula el sistema monetario, pudiendo aparecer, en casos extremos, un alza desmesurada de todos los precios así como un incremento también exagerado de la compensación positiva por variación de precios en la tasa de interés. En el último de los casos, ningún interés bruto, por grande que sea, pueda contrarrestar las posibles pérdidas que trae consigo la incontrolable disminución del poder adquisitivo de la moneda; bajo esta situación, - se dejan de hacer préstamos, paralizándose el mercado crediticio.

... Las variaciones de origen dinerario registradas por la relación monetaria pueden afectar, en determinados casos, al mercado crediticio antes que al precio de las mercancías y del trabajo. El incremento o la disminución de las existencias de dinero (en sentido amplio) pueden aumentar o restringir la oferta de numerario en el mercado crediticio, provocando consecuentemente, alza o baja del interés bruto, pese a no haber registrado la tasa del interés variación alguna. En tales supuestos, el interés del mercado se aparta del que corresponde a las disponibles existencias de bienes de capital y a la tasa del interés originario. Deja entonces de cumplir su específica función, la de guiar y

orientar las decisiones empresariales, y transfiere los cálculos del empresario, apartándole de aquellas vías que mejor permitirían atender las más urgentes necesidades de los consumidores. (AH.p.802).

... La inflación no abarata el crédito, antes al contrario lo hace - más oneroso, provocando el alza del interés bruto de mercado al necesitar el acreedor específica compensación por el riesgo que supone un posible envilecimiento ulterior del dinero. Y si la actividad inflacionista se prosigue, llega un momento en que el crédito desaparece, pues nadie está ya dispuesta a apresar los cobros. (AH.p.1134).

Uno de los aspectos más importantes de las relaciones entre la inflación y la tasa de interés es la llamada por los monetaristas actuales, la "paradoja de Gibson", que consiste en la siguiente: Al aumentar la oferta monetaria, en el corto plazo, la tasa de interés disminuye, pero, poco a poco aparece la compensación del tipo de interés por el aumento de precios, haciendo que, en el largo plazo, la tasa aumente considerablemente, a sea a niveles mucha más altos, que cuando se inició el proceso. De tal forma - que una política expansionista de la oferta monetaria, provoca que la tasa de interés suba, ya que -entre otras razones-, aumentan las expectativas de inflación, lo cual presiona al alza al tipo de interés. Para los - monetaristas, la tasa de interés -y dicho sea de paso, también la tasa de desempleo- se fija en el sector real de la economía, por lo que no hay razón para que la política monetaria busque afectar estas variables. La política monetaria debe ser un factor que de estabilidad a la economía, y - nunca ser la causa de los desequilibrios en la misma (véase sección IV-5.). Lo ideal, entonces, será que la oferta monetaria crezca a una tasa igual a la tasa natural de crecimiento de la economía (19). Pero, ya hemos visto como Mises anticipa todas estas ideas, pareciendo incluso, que por momentos las aclara y explica aún mejor -con mayor profundidad- que los propios monetaristas:

... Al aumentar o disminuir las existencias de dinero (en sentido amplio), invariables las restantes circunstancias, provocándose, consecuentemente, una general tendencia al alza o a la baja de los precios, la correspondiente compensación positiva o negativa habrá de incorporarse al interés incrementando o menguando la tasa de mercado. Cuando sin embargo, los aludidos cambios de la relación monetaria afectan, - en primer término, al mercado crediticio, los tipos de interés regis-

tran variaciones, pero precisamente de signo contrario. Mientras se requeriría una compensación positiva o negativa, al objeto de reajustar los tipos de interés de mercado a las variadas existencias monetarias, las tasas del interés bruto bajan o suben en sentido contrario. He aquí ... (otro) motivo por el cual la repetida compensación no puede enteramente resarcir ni anular los efectos que las variaciones de origen dinerario registradas por la relación monetaria provocan en el contenido de los contratos con pagos aplazados. Porque lo cierto es - que tal compensación se produce con retraso; como ya anteriormente habíamos constatar, la misma se resaga tras las ya acontecidas variaciones registradas por el poder adquisitivo del dinero. Ahora, además, advertimos que, a veces, aparecen fuerzas actuando en sentido diametralmente contrario al de la compensación tantas veces aludida y que surgen antes incluso de que esta última tome cuerpo. (ARE.p.802).

Para apreciar mejor el paralelismo entre el análisis misionero y el monetarista, hagamos hablar a Milton Friedman, al respecto de las relaciones entre inflación y tasa de interés; aunque cabe aclarar, que para este último, inflación, es el aumento sostenido y generalizado en el nivel de precios, y no la emisión de dinero, que como hemos visto, es la definición misionera de inflación.

... El efecto inicial de incrementar la cantidad de dinero a un ritmo más acelerado del que ha venido prevaleciendo, equivale a hacer que las tasas de interés se reduzcan por un tiempo, más de lo que habrían hecho de no producirse aquel incremento. Pero ésta, es sólo el principio del proceso, no el final. La tasa más rápida de aumento del dinero estimulará el gasto, tanto en virtud del efecto ejercido sobre la inversión por las menores tasas de interés del mercado, como por las repercusiones sobre otros gastos y, en consecuencia, sobre los precios relativos derivados de la posesión de saldos en efectivo mayores que los deseados. Pero el gasto de un individuo representa el ingreso de otro. El ingreso ascendente elevará la curva de preferencia por la liquidez y la demanda de préstamos; y puede también determinar un alza de precios, la cual reduciría la cantidad real de dinero. Estos tres efectos invertirán con bastante celeridad la presión inicial a la baja sobre las tasas de interés ... En realidad, dada la tendencia de la economía a reaccionar con exceso es muy probable que se eleven - transitoriamente las tasas por encima de ese nivel, iniciándose así un proceso de ajuste cíclico.

Hay un cuarto efecto, que de operar, llevará las cosas todavía más lejos, y justamente significará que una más alta tasa de expansión monetaria va acompañada de un nivel mayor, no menor, en las tasas de interés, del que en otro caso se habría alcanzado. Supongamos que el ritmo más acelerado de aumento del dinero da lugar a un alza de los -

precios, y suponemos que el público llegara a esperar que los precios continuarían en alza. Los prestatarios estarían entonces dispuestos a pagar, y los prestamistas pedirían, en consecuencia, mayores tasas de interés, según señaló Irving Fisher hace varios decenios. Este efecto de expectativa de precios se desarrolla con lentitud y también desaparece lentamente ...

... En la práctica, las bajas tasas de interés constituyen una señal de que la política monetaria ha sido restrictiva, en el sentido de que la cantidad de dinero ha crecido con pausa; y las tasas elevadas son un signo de que la política monetaria ha sido liberal, en el sentido de que el crecimiento de la cantidad de dinero ha sido rápido ...

Paradójicamente, las autoridades monetarias podrían garantizar - unas bajas tasas nominales de interés, pero para hacerlo tendrían que empezar en lo que parecería justamente la dirección opuesta, adoptando una política monetaria deflacionaria. De igual modo podrían garantizar unas altas tasas nominales de interés comprendiendo una política inflacionaria y aceptando transitoriamente que las tasas de interés se muevan en sentido contrario.

Estas consideraciones no sólo explican por qué la política monetaria no puede sostener fijas las tasas de interés, sino también la causa de que éstas sean un indicador tan engañoso respecto a si la política monetaria es "estrechada" o "liberal". Por tal razón, es mucho mejor observar la tasa de variación de la cantidad de dinero. (20).

... (Existe) la tendencia de los ejecutivos de los bancos comerciales a fijar su atención en lo que no deben. Tienden a concentrarse en los aspectos crediticios de la política monetaria, en los préstamos y empréstitos, en las tasas de interés, y no en los efectos cuantitativos del dinero. El banquero se inclina a pensar que hay estrechez monetaria cuando las tasas de interés son altas y que el dinero abunda cuando son bajas, y esto lo lleva a errar el camino. Permítaseme recomendar que se observen los hechos reales. Si pregunto en qué partes del mundo son altas las tasas de interés ... (se verá que) en países donde la cantidad de dinero ha aumentado con mucha rapidez, donde los precios han estado subiendo con gran celeridad; y la razón por la que las tasas de interés son altas está en que el dinero ha sido abundante. Pero, si la que pregunto es en qué partes del mundo son relativamente bajas las tasas de interés ... (se me responderá) que son países que han mantenido a un nivel bajo las tasas de aumento del circulante. De tal suerte, en este campo, los hechos empíricos generales son justo lo opuesto de lo que la mayoría de la gente supone. Esta es por supuesto que, si se incrementa rápidamente la cantidad de dinero, ello reducirá la tasa de interés. Sin embargo, insisto, el hecho es - que dondequiera que se ha aumentado rápidamente la cantidad de dinero, la tasa de interés ha sido alta. Dondequiera que se ha incrementado el volumen de dinero con lentitud la tasa de interés ha sido baja. De modo que la relación es precisamente lo contrario de lo que la gen-

te espera. Ahora bien, debo aclarar que la situación es un poco más - complejizada que como la he descrito, pues sucede que el efecto a corto plazo de la cantidad de dinero sobre la tasa de interés va en un sentido, y el efecto a más largo plazo, en el otro ... (21).

Ya se ha hablado del hecho de que las consecuencias económicas generales de las variaciones del valor en cambio del dinero, provienen, en buena medida, del hecho de que las variaciones no se presentan en todas partes simultánea y uniformemente, sino que empiezan desde un punto determinado extendiéndose sólo gradualmente por toda la economía; en tanto continúa este proceso, se producen las ganancias o pérdidas diferenciales, que impactan directamente la distribución del ingreso. En general, son los empresarios los primeros en ser afectados por los movimientos alcistas de precios; para el empresario si baja el valor del dinero, porque podrá todavía pagar parte de sus costos de producción a precios que no corresponden al más alto nivel de precios, mientras que, por otra parte, podrá disponer de sus productos a un precio que está conforme a la variación que se ha producido entre tanto. Le haber deflación, pierde el empresario, porque sólo podrá obtener por sus productos un precio que está de acuerdo con el descenso del nivel de precios. En el primer caso, desde luego, aumentará los beneficios de los empresarios durante el periodo de transición, mientras que disminuirán en el segundo. Lo anterior no puede dejar de influenciar a la tasa de interés: un empresario que obtiene mayores ingresos, estará dispuesto, de ser necesario a pagar un tipo de interés más elevado; la competencia de otros probables deudores, a los que atrae la misma perspectiva de obtención de más grandes beneficios, hará necesario el pago de una tasa de interés más alta. Por su parte el empresario a quien le marcha mal el negocio sólo podrá pagar un tipo de interés más reducido, y la presión de la competencia obligará a los prestamistas a contentarse con el interés más bajo. Así pues, a la larga, el dinero cuyo valor baja va relacionado con el interés que sube; viceversa, el dinero cuyo valor sube, se relaciona con el tipo de interés que baja - (TDC-pp.382-383).

Al igual que cualquier otro cambio en las circunstancias del mercado, - las variaciones en la relación monetaria pueden influenciar la tasa de in-

terés originario. Algunos economistas piensan que la inflación, generalmente, incrementa las ganancias de las empresas; razonando de esta manera: suben los precios de las mercancías más pronto y en mayor medida que los salarios; evidentemente, los trabajadores, son personas que ahorran poco y que suelen consumir la mayor parte de sus ingresos, entonces, debido a la inflación, se ven perjudicados, teniendo que restringir forzosamente sus gastos. Se favorece en cambio, a los empresarios, propensos a ahorrar buena parte de sus ingresos, sin incrementar proporcionalmente el consumo de bienes, lo cual termina por reforzar la actividad ahorradora. La comunidad en su conjunto, registra de esta forma, una tendencia a intensificar la acumulación de nuevos capitales. Por ello, inversión adicional, es el fruto obtenido gracias a la restricción del consumo impuesta a los grupos sociales que suelen gastar la mayor parte de sus ingresos. Ese ahorro forzoso, rebaja la tasa de interés, acelerando el progreso económico así como la implantación de adelantos técnicos (AH.p.803). Mises señala, que este ahorro forzoso, en realidad, sí podría ser provocado por actividades inflacionarias; examinando los efectos que las variaciones de la relación monetaria provocan en el nivel de los tipos de interés, no debe pasar inadvertida la posibilidad de que dichos cambios, bajo ciertas condiciones, pudieran alterar la tasa de interés originario. No obstante, existen otra serie de realidades que igualmente deben considerarse: Ante todo, es necesario señalar que la inflación, como dijimos, puede generar ahorro, pero de ningún modo constituye éste, un efecto que invariablemente haya de causar las actividades inflacionarias. Depende de las particulares circunstancias de cada caso el que efectivamente el alza de los salarios se retrase en relación con la subida de los precios. La baja del poder adquisitivo de la moneda, por sí sola, no provoca un descenso general de los salarios reales. Puede darse el caso de que los salarios nominales se incrementen más pronto y en mayor proporción que los precios de las mercancías. Por otra parte, no debe olvidarse que la propensión a ahorrar de las personas de mayores ingresos es sólo una circunstancia psicológica, no constituyendo en modo alguno, lo que Mises llama, un imperativo praxeológico. Pudiera darse el caso de que los individuos con ingresos aumentados, producto de la actividad infla

cionaria, no ahorran tales excedentes, dedicándolos en cambio al consumo. Resulta imposible predecir con toda certeza -apodíctica certeza, como Mi ses quiere que tengan todos los teoremas económicos-, la conducta que adoptarán las personas a quienes la inflación privilegia (AH, pp. 803-804, y TDC, p. 235). Cabe apuntar ahora, el hecho de que la inflación pasa en marcha fuera de economías, que propician el consumo o desgaste del capital: Uno de los efectos de la inflación, consiste en falsear el cálculo económico y la contabilidad, apareciendo beneficios puramente ficticios en los estados financieros de las empresas (véase sección IV.1.); si la amortización no se aplica considerando que la reposición de la maquinaria desgastada exigirá un gasto superior a la suma que costó en el pasado, resultará, a todas luces insuficiente. Por ello, es erróneo, en caso de inflación, calificar de beneficios, a la totalidad de la diferencia entre el correspondiente costo y el precio efectivamente percibido. No es menos ilusorio el considerar ganancia las alzas de precios experimentadas por los inmuebles o las carteras de valores. Precisamente, estos quiméricos e infundados beneficios, son los que hacen a muchos creer que la inflación trae consigo prosperidad general, cuando lo que en verdad ocurre es derroche y despilfarro de recursos:

... (La inflación) provoca en efecto, alegría y desprendimiento en gastos y diversiones. Las gentes embellecen sus moradas, se construyen nuevos palacios, prosperan los espectáculos públicos. Al gastar unas inexistentes ganancias, engendradas por falseados cálculos, los interesados lo que en verdad hacen es consumir capital. Ninguna tendencia tienen quienes personalmente sean tales malgastadores. Igual da se trate de hombres de negocios o de jornaleros; tal vez sean asalariados cuyas demandas de mayores retribuciones fueron urgentemente atendidas por patronos que se consideraban cada día más ricos; o gentes mantenidas con impuestos, pues, generalmente, es el fisco quien absorbe la mayor parte de esas aparentes ganancias.

A medida que progresa la inflación, un número cada vez mayor va advirtiendo la creciente desvalorización de la moneda. Las personas imperitas en asuntos bursátiles, que no se dedican a negocios, normalmente ahorran en cuentas bancarias, comprando deuda pública o pagando seguros de vida. La inflación deprecia todo ese ahorro. Los ahorradores se desaniman; la prodigalidad parece imponerse. La posterior reacción del público, la conocida "huida hacia valores reales", constituye desesperada intencionalidad por salvar algo de la ruina ya in-

insoportable. No se trata de salvaguardar el capital, sino tan sólo de proteger, mediante fórmulas de emergencia, alguna fracción del mismo. (AH.pp.804-805).

Como se ha visto, el principal argumento propuesto por los defensores de la inflación y la expansión monetaria es bastante poco afortunado. Pudiera ser que en algún momento, la inflación haya provocado ahorro forzoso, incrementándose así el capital disponible. De ello, sin embargo, no se puede concluir que siempre habrán de darse tales efectos; es mucho más probable que prevalezcan las fuerzas que llevan al consumo de capital, sobre las tendencias a la acumulación del mismo. En todo caso, los efectos finales sobre el ahorro, el capital y la tasa de interés dependerán de las circunstancias particulares de cada caso; pero, claramente, en una inflación alta y prolongada, difícilmente no predominará el consumo de capital y el derroche de recursos (AH.p.805). Lo anteriormente expuesto, mutatis mutandis, se puede decir acerca de los efectos y consecuencias de las actuaciones deflacionarias o restrictivistas.

III.7. Inflación y reasignación de recursos.

"... en el momento actual se espera de los economistas que digan cómo ha de extirparse del mundo libre la seria amenaza de la inflación acelerada que -hemos de admitir lo- es el resultado de la política que la mayor parte de los economistas han recomendado, e incluso urgido, a los gobiernos. - Hoy por hoy, tenemos pocos motivos para sentirnos orgullosos: como profesión, hemos creado una confusión enorme."

Friedrich A. Hayek.

Ya anteriormente habíamos expuesto, que en una economía de libre mercado, continuamente se reasignan recursos productivos de las industrias a sectores en contracción hacia las actividades económicas en expansión (véase sección II.4.). Dijimos que tan importante es para la salud de una economía dinámica dejar que se resaguen las industrias agonizantes, como permitir la expansión de las industrias florecientes; y que éste proceso de reasignación se puede llevar a cabo mediante el mecanismo de los precios. Ahora bien, permaneciendo invariada la relación monetaria, ni una presión inflacionaria, ni tampoco una deflacionaria puede afectar el comercio, los negocios, la producción, el empleo o al mecanismo de reasignación de recursos al que antes aludíamos. Opinan lo contrario, quienes se ven perjudicados, por no haber sabido acomodar su conducta empresarial, a los cambios de los demás según estos se expresan en el mercado. No es una supuesta escasez de dinero la que reduce los precios de los productos agrícolas o industriales, impidiendo tanto al agricultor como al fabricante submarginal obtener los ingresos que él desearía; a estos agricultores y productores, lo que en verdad les afecta o perjudica, es la existencia de otros, que logran producir a menor costo; de manera más eficiente.

Cualquier incremento en la producción mejorará el bienestar de las personas. Este aumento provoca una disminución en el precio de aquellas mercancías cuya producción ha crecido; pero esta baja, de ningún modo restringe los beneficiosos efectos provocados por la adicional riqueza producida.

No se puede decir que la baja ocasionada por el aumento de la producción constituya prueba evidente de la existencia de un desequilibrio que requiera un incremento de la oferta monetaria para ser corregida. Como hemos visto, cualquier incremento de la producción, ya sea de algunos bienes o de todos, exige nueva redistribución de los factores de producción entre los diversos sectores económicos. Aquí, la cantidad de dinero en circulación no tiene ningún papel a desempeñar; toda la reasignación de recursos se realiza mediante el mecanismo de los precios:

Determinadas producciones devienen más lucrativas, mientras en otras los beneficios se contraen e incluso aparecen las pérdidas. La mecánica del mercado corrige así aquellos tan mentados desequilibrios. Cabe, desde luego, mediante un aumento de la cantidad de dinero, retrasar o interrumpir el aludido proceso de acomplamiento. Pero no hay modo alguno ni de eludirla ni de hacerla menos dolorosa para quienes hayan de soportarla. (AH.p.644).

Dentro de este complejo y delicado proceso del crecimiento económico y de expansión, así como de contracción de industrias o sectores de la economía, no parece necesario detenerse a examinar las consecuencias de una continuada política deflacionaria, que trastocaría al mecanismo de los precios influyendo en la reasignación de recursos. La verdad es que nadie aboga por la deflación; todo el mundo -el común de las personas, los escritores, los políticos- sabiéndolo o no buscan y propugnan casi siempre políticas inflacionarias. Estando así las cosas, conviene destacar tres realidades que serán examinadas ampliamente en el capítulo siguiente dedicado al ciclo económico: Una política inflacionaria provocará sobreconsumo y malinversión de capital; por tanto la expansión monetaria desgasta o drena el capital, dificultando la satisfacción de necesidades futuras, cuestionando el crecimiento de la economía a largo plazo. Por otra parte, el proceso inflacionario no evita el necesario reajuste de la producción mediante una nueva asignación de los factores productivos, únicamente retrasa la operación, la cual se torna entonces más dolorosa. Además, una terzante política inflacionaria es intenable, ya que terminaría por destruir el sistema monetario.

IV. La teoría misionera del ciclo económico.

IV.1. La expansión monetaria y crediticia: el período de auge.

"... Los austriacos ... son los predecesores de Lucas, Barrent y sus asociados. Al igual que Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, ellos son los que se propusieron la tarea de producir una teoría del ciclo económico con firme base en la noción de que todos los fenómenos del mercado representan el armonioso resultado de elecciones voluntarias de individuos que tratan de maximizar ..."

David Laidler.

"... La Gran depresión es testimonio trágico del poder de la política monetaria, y -na, como Keynes y muchos de sus contemporáneos estimaban, prueba de su impotencia."

Milton Friedman.

Desde principios del industrialismo y el comienzo de la moderna actividad económica, se había percibido claramente un misterioso e inquietante fenómeno: el ciclo económico. Estas crisis de coyuntura, en ocasiones se convertían en pronunciadas caídas en el nivel de actividad económica, llevando a la miseria a miles de trabajadores junto con sus familias. ¿Quién, por ejemplo, no ha escuchado escalofriantes historias acerca de la tristemente famosa crisis de 1929, que de hecho envolvió a toda el orbe bajo su desastrosa oleada? ¿Qué provoca estos fenómenos? ¿Son periódicos y recurrentes? ¿Son inherentes al funcionamiento del libre mercado? ¿Por qué suelen acompañarse de desórdenes monetarios, cambios en los precios y desastrosos pánicos financieros? ¿Se pueden evitar?.

Si bien no hay dos ciclos económicos exactamente iguales, quizá su causa sea la misma, ya que presentan comunes denominadores. Difícilmente se puede decir que sean hermanos gemelos, pero se advierte que pertenecen a una misma familia. En la evolución de los ciclos económicos, no se puede aplicar ninguna fórmula como la que determina las estaciones del año o los movimientos lunares: por el contrario, las fluctuaciones económicas son erráticas e irregulares; depresiones siguen de auge más o menos pronunciado, involucrando a todos los sectores de la actividad económica.

Numerosos investigadores de la ciencia económica: Malthus, Jevons, - Schumpeter, Keynes, entre muchos otros, han ofrecido las más diversas - teorías para explicar el ciclo económico; pero sobresale la explicación misiana, caracterizada por su integración al sistema económico en conjunto (1). Como veremos, bajo el enfoque misiano, la explicación del ciclo - económico surge directamente de su cataláctica o teoría del mercado, y - aún más, de su praxeología o teoría general de la acción humana. Y esto - es así, ya que como expusimos en las secciones I.2. y I.4., para Mises, - la ciencia económica constituye un todo unitario, sin compartimentos estan - ces: integral cuerpo analítico, cuyo agente operativo fundamental es sien - tre el ser humano que actúa tras valorar y preferir. La economía no admi - te subdivisiones ni secciones particulares, de tal manera que siempre se - ha de tener presente, en cualquier análisis particular, la interconexión de todos los fenómenos de la acción humana. Cabe recordar aquí, que la - praxeología misiana trata de dar conclusiones válidas para los pueblos - de todas las épocas, razas y clases sociales (AH.p.25). Por ello también, su explicación del ciclo económico pretende ser universal. Pues bien, a - la luz del análisis teórico misiano, junto con el de toda la escuela aus - triaca, la economía bajo sus propios impulsos, tiende intrínsecamente al equilibrio, al pleno empleo, a la estabilidad monetaria; por ello, cabe - preguntarse: ¿por qué esa reiteración de auge y depresiones en la econo - mía? ¿No será acaso, que las fluctuaciones cíclicas se presentan debido - a un factor extraño al propio sistema? ...

Hemos dicho que la teoría misiana del ciclo económico deriva de toda - su concepción praxeológica; además, es importante señalar, que la estructu - ración de su enfoque, parte de tres ideas del pensamiento económico anti - cipiamente inconexas: la teoría monetaria ricardiana, los estudios sobre la tasa de interés natural del sueco Knut Wicksell y la teoría del capital, - así como de la estructura temporal del sistema productivo, del también - austriaco Eugen von Böhm Bawark (2).

Tomándolo desde lejos a fin de ir más de prisa, diremos que uno de los factores clave a señalar dentro del enfoque misiano del ciclo económico, consiste en que una baja del interés del mercado, producto de una expan -

sión monetaria y crediticia, influye notablemente en los cálculos del empresario modificando la rentabilidad esperada de sus proyectos u operaciones futuras. El mantenimiento artificial de las tasas de interés, por medio de irrupciones de dinero en la economía, traerá consigo a la larga, crisis e inflación -estancamiento-. La reducción artificial del tipo de interés estimula la demanda de créditos, lo cual favorece que se traten de realizar aventuras económicas irreales e incapaces de sobrevivir cuando desaparecen las arbitrarias condiciones monetarias y crediticias que motivaron su inicio. Las modificaciones de la tasa de interés, alteran la evaluación de proyectos del hombre de negocios, ya que éste pondera en dichos cálculos el total de costos a incurrir y el total de ingresos previstos de una operación empresarial futura. El resultado de tales evaluaciones le indica si el proyecto es rentable o no, informándole qué inversiones cabe efectuar, dada la razón existente que determina el valor otorgado por los individuos a los bienes presentes y a los futuros; obligándole a adecuar sus actuaciones a esta valuación, e impidiéndole realizar proyectos que los consumidores rechazan, debido a la excesiva dilatación del correspondiente período de espera y, provocando también, que utilice los existentes bienes de capital del modo como mejor satisfagan a las necesidades de las personas (véase sección II.6.).

La entrada del nuevo dinero en la economía, producto de la expansión monetaria, afecta al mercado crediticio, provocando también una expansión crediticia, lo que desordena temporalmente la adecuación normal entre las tasas de interés brutas del mercado y la tasa de interés originario. Como mencionábamos en la sección III.6., al iniciarse la expansión monetaria y crediticia, la tasa de interés tiende a disminuir, ya que la compensación por variación de precios todavía no actúa; va tomando cuerpo a medida que el nuevo dinero impacta a los precios de los diversos bienes y servicios. Mientras se mantiene el crecimiento de la oferta monetaria, insuflándose dinero sin cesar, la tasa de interés se halla artificialmente baja; en realidad debería elevarse a causa de la positiva compensación por variación de precios, y efectivamente, los incrementos del interés se darán en el largo plazo, aunque suele suceder que se retrasan notablemente en rela-

ción al vertiginoso aumento de precios.

En el análisis del desenvolvimiento del ciclo económico, bajo el enfoque misiano, presenciamos claramente un hecho nuevo y extraño: la irrupción por sorpresa dentro de la armoniosa economía de mercado de dinero - fresco, de un conjunto de medios fiduciarios antes inexistente, producido a instancias de la presión estatal, por medio del Banco central, lo que viene a perturbar la adecuación del sistema económico a las circunstancias del propio mercado, alterándose las tendencias hacia determinados precios y tasas de interés finales (AH, pp. 808-809 y TDC, pp. 396-399). Al aumentar la oferta monetaria, los bancos se ven forzados a disminuir el interés por debajo de la tasa natural o normal de la economía, para así poder colocar en el mercado los nuevos recursos dinerarios. Existe, por tanto, una presión a la baja de la tasa de interés. Hablamos aquí, desde luego, de cambios en los instrumentos para controlar la oferta monetaria, los cuales provocan el incremento de la misma: operaciones en el mercado abierto, coeficiente de encaje legal, tasa de redescuento o la llamada persuasión moral; así por ejemplo, si disminuyen los requisitos de reservas en los bancos, si baja la tasa de encaje legal; los bancos tendrán mayores recursos para prestar y precisamente al tratar de colocarlos, se darán cuenta de que se requiere una disminución en las tasas de interés. El mismo resultado de expansión monetaria y baja del tipo de interés se logra al impactar de cualquier forma la base monetaria o al aumentar el multiplicador monetario, lo que en definitiva hará aumentar la oferta monetaria (3). Por su puesto, el incremento monetario puede ser consecuencia de un déficit gubernamental, financiado con base en emisión de nuevo dinero. De todas formas, para Kiseu, el período de auge se inicia al aumentar del modo que sea la oferta monetaria, principalmente cuando el nuevo dinero irrumpe en el sistema crediticio, forzando a una disminución de la tasa de interés. Ahora bien, producto de este incremento dinerario, empiezan a manifestarse las presiones a la alza en los precios de los diferentes bienes y servicios, desde luego, como ya se ha dicho, de manera no proporcional ni cóctinea (véase sección III.3.). Por otra parte, la disminución en la tasa de interés, falsea el análisis y evaluación de los proyectos de inver-

sión, haciendo parecer rentables aventuras empresariales, que en realidad no lo son; se inicia así un período de supuesta bonanza en la economía:

En el caso que examinamos, la aludida baja del interés viene a falsear el cálculo empresarial. Pese a que no hay una mayor cantidad de bienes de capital disponibles, incluyense en el cálculo parámetros que serían procedentes sólo en el supuesto de haberse incrementado - las aludidas existencias de bienes de capital. El resultado, consiguientemente, induce a error. Los cálculos hacen parecer rentables y practicables negocios que no lo serían si la tasa del interés no hubiera sido artificialmente rebajada mediante la expansión crediticia. Los empresarios ofuscados, lánzase a tales negocios. Comienza un período de auge (boom). (AH.p.809).

Conviene resaltar ahora, que la tasa de interés inicial, es decir, la que registra el mercado antes de que aumente la oferta monetaria, es la que coincide con la preferencia temporal de las personas, reflejando realmente la situación del mercado en cuanto a consumo e inversión. Hasta hacer su aparición los nuevos recursos dineros, todo aquel que estaba dispuesto a pagar la tasa de interés prevaleciente -con independencia del componente empresarial específico de cada caso-, podía obtener cuanto crédito deseaba, de tal forma que una mayor cantidad de préstamos sólo se puede obtener rebajando el tipo de interés. Al llevarse a cabo esta disminución, los empresarios toman los recursos monetarios excedentes y amplían las estructuras productivas, apareciendo procesos más remotos, más dilatados; invirtiendo en maquinaria, materias primas, nuevas industrias, etcétera. Frequentemente, la incrementada demanda demandada por los empresarios al ampliar sus operaciones pone en marcha una tendencia al alza -nominal- de los precios de los bienes de producción y de los salarios; al incrementarse éstos, se refuerza el encarecimiento de los bienes de consumo. Los empresarios, por su parte, contribuyen al mencionado encarecimiento debido a que están deslumbrados por una ilusoria ganancia que su contabilidad manifiesta; los hombres de negocios confunden la expansión monetaria general de la economía -que es lo que en realidad está ocurriendo-, con un incremento en el precio relativo del producto que venden. En este momento, la tasa de desempleo disminuye de manera artificial, al necesitarse mayor

antidad de factores productivos para tratar de materializar las nuevas existencias de bienes: la nueva producción. La subida de varios precios de los bienes y servicios en el mercado, engendra optimismo. Si únicamente se hubieran encarecido los factores de producción, manteniéndose estable el precio de los bienes de consumo, los empresarios se habrían inquietado, cuestionando la factibilidad de sus proyectos, sin embargo, la mayor demanda por bienes de consumo y el consiguiente aumento en sus precios, - los tranquiliza de momento, dándoles confianza para continuar sus operaciones a pesar del paulatino incremento de los costos. El optimismo exagerado, o más bien la irrealidad, se vuelve un lugar común: las personas hablan de administrar la abundancia. Todo el mundo se engaña creyéndose - poseedor de riquezas inexistentes; los hombres de negocios prosiguen proyectos de dudosa rentabilidad y gustosos cierran los ojos ante la realidad. Las personas no ven, o no quieren darse cuenta, de dónde surgen los recursos para la construcción de la enorme pirámide en que se ha convertido la economía; olvidan que éstos vienen simple y sencillamente de la mayor oferta dineraria. Por su parte, las cotizaciones de la Bolsa empiezan a aumentar considerablemente, en buena medida, debido a meros movimientos especulativos. También se incrementa el precio de los activos fijos o inmovilizados, lo que viene a reforzar la creencia de los ciudadanos de haberse convertido, de la noche a la mañana, en nuevos ricos.

Todos los empresarios, incluso quienes no han incrementado la escala de sus operaciones, requieren de mayores fondos de maniobra, debido a que se han elevado los costos de producción. Si la expansión monetaria y crediticia consiste en una única y no repetida inyección de específica cantidad de dinero, el período de auge tendrá corta vida, debido a que los empresarios no conseguirán los fondos necesarios para continuar con sus operaciones. Además, aparecería la tendencia en el mercado crediticio, a que la tasa de interés subiera, ya que el efecto de la nueva demanda de créditos, no se contrarresta, con subsecuentes incrementos de dinero para continuar prestando. En este momento, la actividad económica tendería a contraerse, para luego estabilizarse. Terminaría el período de auge, simplemente, porque las fuerzas que lo engendraron han dejado de actuar: aquellos adicionales

los recursos monetarios y crediticios han agotado su capacidad de influir sobre la economía principalmente sobre precios y salarios. Las variables económicas se van reajustando conforme a la nueva relación monetaria, moviéndose hacia el nuevo estado final que corresponde a dicha relación, sin que este movimiento se vea perturbado por otra expansión dineraria. Parece claro entonces que sin el incremento en la oferta monetaria, el período de auge no se daría:

El defecto fundamental de cuantos pretenden explicar el período de auge -o sea, la general tendencia a la ampliación de las actividades mercantiles y a la subida de precios- sin aludir al incremento de las existencias de dinero o medios fiduciarios consiste precisamente en pasar por alto tal realidad. Para que se produzca un alza general de precios es preciso, o bien que disminuyan las existencias de todas las mercancías, o bien que se incrementen las disponibilidades de dinero (en sentido amplio). A efectos dialécticos vamos a admitir la procedencia de las aludidas explicaciones no monetarias del auge. Suben los precios y se amplían las operaciones mercantiles pese a no haberse registrado incremento alguno de las existencias dinerarias. Pronto, sin embargo, en tal caso, habrán de comenzar a bajar los precios; aumentará, forzosamente, la demanda de créditos, nueva demanda que ha de alimentar un alza de interés; el auge, apenas nacido, por eso, tiende que desplomarse. La verdad es que todas las teorías no monetarias del ciclo económico típicamente presumen -o, al menos lógicamente, así debían hacerlo- que la expansión crediticia es un fenómeno que no puede dejar de acompañar el auge (4). Se ven forzadas a admitir que, en ausencia de la repetida expansión crediticia, el auge jamás podría producirse, constituyendo el aumento de las existencias de dinero (en sentido amplio) condición necesaria para que se parezca la tendencia al alza de los precios. Resulta, pues, que, en añadidas sólo de cerca, tales explicaciones no monetarias de las fluctuaciones cíclicas limitanse a afirmar que la expansión crediticia, si bien es requisito indispensable para la aparición del auge, no constituye, por sí sola, condición bastante para que el mismo se produzca, siendo al efecto precisa la concurrencia de otras circunstancias.

Aun en ese restringido aspecto, yerran las aludidas teorías no monetarias. Es indudable, en efecto, que toda expansión crediticia por fuerza ha de provocar el auge de referencia. Tal potencialidad de la expansión crediticia sólo queda enervada en el caso de que el tiempo aparezcan otras circunstancias de signo contrario. En tal sentido, sí, por ejemplo, vea a que los bancos intentan ampliar el crédito, las gentes están convencidas de que el gobierno confiscará, con medidas tributarias, los "extraordinarios" beneficios del caso, o no dudan que la aludida actividad bancaria será cortada tan pronto como

comiencen a subir los precios, es imposible que se produzca el auge. No ampliarán en tal supuesto, los empresarios sus negocios ni harán uso del crédito barato ofrecido por la Banca, por cuanto ningún beneficio personal podían tales actuaciones reportarles ... (AH.pp.511-512).

De tal manera que, para Mises, el auge persistirá sólo mientras se mantiene, a ritmo cada vez más acelerado la expansión monetaria y crediticia. Se agotará tan pronto como dejan de arrojar nuevos recursos dinerarios. Todavía más, aunque se mantuviera el crecimiento de la oferta monetaria, el auge terminaría, jamás podrá tener una indefinida temporalidad, ya que pronto entrarían en juego factores que impiden proseguir de forma ininterrumpida la expansión dineraria. De continuar emitiéndose dinero, lo que sobrevendría sería la hiperinflación, la ruina del sistema monetario, devaluaciones frecuentes, desconfianza generalizada y la quiebra económica. Por otra parte, Mises nos detalla el período de auge, relacionándolo con las variaciones de origen dinerario de la relación monetaria y sus respectivos efectos en la sociedad:

La base de la teoría monetaria consiste en proclamar que las variaciones de origen dinerario de la relación monetaria no afectan, ni en la misma época, ni en la misma proporción, a los diversos precios, salarios y tipos de interés. Si tal disparidad no se produjera, ello significaría que el dinero era de condición neutra; los cambios registrados por la relación monetaria no influirían en la estructura de los negocios, en la cuantía y condición de la producción de las distintas ramas industriales, en el consumo ni en los ingresos y las fortunas de los distintos sectores de la población. El interés bruto de mercado, en tal caso, tampoco sería afectado -ni transitoriamente ni definitivamente- por los cambios registrados en la esfera del dinero y del crédito circulatorio. Tales variaciones influyen en la tasa del interés originaria precisamente porque aquella disparidad en los precios provoca mutaciones en las fortunas e ingresos de las gentes. El que, con independencia de las variaciones del interés originario, también se modifique temporalmente la tasa del interés bruto de mercado es una prueba más de la existencia de aquella disparidad en el primer término aludida. Si las adicionales sumas dinerarias acceden al mercado siguiendo vías que, de momento, eluden el sector crediticio, que sólo es influido después de haberse producido las correspondientes alzas en los precios de las mercancías y del trabajador, los efectos que el dinero en cuestión provoca sobre el interés de mercado son muy exigüos o totalmente nulos. Cuanto más temprano acudan al mercado crediticio las nuevas existencias de dinero o de medios fiduciar

rios, con tanta mayor violencia será afectada la tasa del interés - bruto de mercado. (AH.p.81j).

En el momento en que, bajo una expansión crediticia, buena parte de los adicionales recursos monetarios pasa a manos del empresariado, la actividad económica se incrementa. Las empresas o amplían lateralmente la producción -es decir, sin alargar el período de producción de la industria-, o la amplían longitudinalmente -o sea, dilatando el aludido período de producción-. Estas nuevas operaciones mercantiles, en cualquiera de los casos, exigen adicionales factores de producción, los cuales, como vimos, se encarecen; así que, los receptores del nuevo dinero, producto de la expansión monetaria -asalariados, fabricantes, propietarios de bienes de producción-, al no haber modificada su preferencia temporal, generalmente incrementan su consumo: esto es relevante, porque destaca el hecho de que las gentes no están ahorrando más o, al menos, lo suficiente como para financiar las recientes inversiones superiormente capitalizadas, lo cual, como veremos, provocará la quiebra de estas nuevas instalaciones (5). La producción adicional, solamente podría concretarse, de haber nuevo ahorro que incrementara las disponibilidades de bienes de capital, pero estos su plenarios bienes de capital no han sido producidos, sencillamente no existen en el momento en que la expansión crediticia provoca el auge de la economía.

Denominemos p a las existencias totales de bienes de capital disponibles al comenzar la expansión crediticia y q a la cantidad total de bienes de consumo que p puede, durante un cierto lapso de tiempo, - producir sin perjuicio para la ulterior producción. Así las cosas, los empresarios, instigados por la expansión crediticia, lánzase a elaborar una supletoria cantidad, q3, de bienes de la misma clase que los anteriormente producidos, y una cantidad, q4, de mercancías que antes no se fabricaban. Para la producción de q3 se necesitan unas supletorias existencias, p3, de bienes de capital, y para q4, bienes de capital que concurren p4. Pero, comoquiera que permanece invariada la cuantía de bienes de capital disponible, ni p3 ni p4 cobran existencia real. Precisamente en esto estriba la diferencia que distingue un auge "artificial" ingerido a base de expansión crediticia, de un "normal" aumento de producción, que sólo con el efectivo concurso de p3 y p4 puede provocarse.

Denominaremos r a aquellos bienes de capital que, desahogados de la producción total correspondiente a determinado período temporal, es preciso reinvertir al objeto de reparar el desgaste sufrido por p durante el proceso productivo. Si r se destina a la aludida reposición, cabrá producir de nuevo g durante el siguiente período; en cambio, si r no es a tal fin reinvertido, la cuantía de p quedará disminuida en la cantidad r y, entonces, $p-r$ ya no sólo producirá $g-a$ en el siguiente período temporal. Podemos igualmente suponer que es una economía progresiva la afectada por la expansión crediticia que nos ocupa. El aludido sistema, en el período anterior a la repetida expansión crediticia, produjo, como si dijéramos, "normalmente" unos adicionales bienes de capital, que denominaremos p_1+p_2 . En ausencia de toda expansión crediticia, p_1 hubiera sido dedicado a producir una adicional cantidad g_1 de bienes ya anteriormente producidos, y p_2 , a la elaboración de unas mercancías g_2 de nueva condición. Los bienes de capital que los empresarios tienen a su libre disposición $r+p_1+p_2$. Confundidos sin embargo, por la aparición del dinero barato, los empresarios proceden como si dispusieran de $r+p_1+p_2+p_3+p_4$ y como si, consecuentemente, estuviera en su mano el producir no sólo $g+g_1+g_2$, sino además g_3+g_4 . Pujan entre sí por unas existencias de bienes de capital a todas luces insuficientes para llevar adelante aquellas sus tan excesivamente ambiciosos planes. (AH, pp. 814-815).

Durante el auge, el alza de los salarios y las ganancias de los empresarios, e incluso de los agricultores, si bien en gran medida son nominales, aumentan la demanda de bienes de consumo. Indudablemente esta intensificada demanda afecta a la economía mucho antes de que las nuevas inversiones hayan podido engendrar sus correspondientes producciones. De esta forma hay una desigualdad entre los precios de los bienes presentes y los de bienes futuros, provocándose una tendencia al alza del interés originario, que contrarresta a la inicial tendencia a la bajada la tasa de interés, característica del inicio de la expansión monetaria. Esta fuerza impulsora hacia intereses más altos se junta con la compensación por aumento de precios de la propia tasa de interés, como nos especifica Mises en esta importante cita:

(La) tendencia al alza del interés originario, así como la aparición de una positiva compensación por variación de precios, nos permite comprender determinadas circunstancias acompañantes del auge. - Los bancos se encuentran con incrementada demanda de créditos y descuentan. Los empresarios están dispuestos a pagar mayores intereses brutos. Siguen concertando préstamos pese a que los bancos cobran -

más caro el crédito. Las tasas brutas de interés son aritméticamente superiores a las que regían antes de la expansión. El crecimiento de las mismas, sin embargo, desde un punto de vista económico, se ha rezagado, siendo su cuantía insuficiente para cubrir el interés originario y, además, el componente empresarial y la compensación por variación de precios. Los banqueros están convencidos de que, al hacer más onerosas sus condiciones, han hecho cuanto estaba en su mano por suprimir las especulaciones "perniciosas". Consideran infundadas las críticas de quienes les acusan de atizar el fuego de la expansión. No advierten que, al inyectar en el mercado más y más medios fiduciarios, avivan el auge. Es la continua creación de medios fiduciarios lo que produce, alimenta y acelera el boom. El alza del interés bruto de mercado es tan sólo consecuencia acompañante de esas aumentadas existencias de medios fiduciarios. Para averiguar si determinada economía sufre o no una expansión crediticia hay que examinar la existente cantidad de medios fiduciarios, no la cuantía aritmética de las tasas de intereses. (AH.pp.816-817).

Al iniciarse la expansión monetaria y crediticia, se materializan todos aquellos proyectos que, dadas las circunstancias artificiales e irreales del mercado parecían ser beneficiosos o rentables. Pero esta nueva producción únicamente se puede llevar a cabo planamente, si nuevo ahorro —un excedente de la producción sobre el consumo—, viene a incrementar las disponibilidades de bienes de capital; sin embargo —y aquí está lo trágico del asunto— estos supletorios bienes de capital no han sido producidos: sencillamente no existen. Al momento del auge, se ha estructurado la producción y la inversión en desacuerdo con las efectivas existencias de bienes de capital, tratándose de llevar a cabo proyectos irrealizables, que más pronto o más tarde fracasarán.

El período de auge no implica exceso de inversiones, sino que éstas han sido hechas a destiempo, son inoportunas, desatinadas y carentes de realidad; su factibilidad es dudosa, la realización del proyecto se verá paralizada antes de llegar al final, pues se carece de los recursos necesarios para llevarla a cabo:

Suele decirse que el auge implica inversión excesiva (overinvestment). Lo cierto, sin embargo, es que sólo cabe incrementar las inversiones si se dispone de nuevos bienes de capital. Comoquiera que, aparte del ahorro forzoso, el auge en sí, no restringe, sino que aumenta el consumo, es imposible que a su través surjan los nuevos medios de capital requeridos por la ulterior inversión. El auge, en rea-

lidad, no supone inversiones excesivas, sino torpes inversiones, inoportunas inversiones. Los empresarios pretenden emplear las existencias de $r-p1+p2$ como si de $r-p1+p2+q3+p4$ se tratara. Lánzase a ampliaciones mercantiles, para alimentar las malas resultan insuficientes los disponibles medios de capital. Tales proyectos no pueden tener buen fin, pues, al efecto, no bastan los existentes bienes de capital. Más pronto o más tarde, tan desmesuradas operaciones han de venirse abajo. El desastroso final de todas las expansiones crediticias hace, de pronto, ver claro los errores otrora cometidos. Hay industrias que no pueden funcionar por faltarle complementarios factores que todavía no se producen; hay mercancías que no es posible colocar, pues los consumidores prefieren otros bienes que no se fabrican en suficiente cantidad; hay instalaciones a medio construir que no se concluyen por resultar manifiesto que su explotación habrá de producir pérdidas.

Esa errónea creencia según la cual el auge consiste no en inversiones inoportunas, sino excesivas, viene a ser consecuencia del inveterado hábito de las gentes de juzgar las cosas sólo por sus aspectos visibles y tangibles. El observador contempla las perceptibles malas inversiones sin advertir que son improcedentes sólo porque se carece de otras industrias, las necesarias para fabricar los precisos factores complementarios de producción y otros bienes de consumo que el público más urgentemente precisa. Por razones técnicas, toda ampliación de la producción ha de comenzarse incrementando las existencias de aquellas factores consumidos en los estadios más alejados de los correspondientes bienes de consumo. Para incrementar la producción de zapatos, tejidos, automóviles, mobiliarios y viviendas, es preciso comenzar por ampliar la fabricación de hierro, de acero, de cobre y demás mercancías análogas. Si se pretenden invertir las existencias $r-p1+p2$, que permitirían producir $a-p1+q2$, como si se tratara de $r-p1+p1+q3+q4$, con las cuales cabría producir $a-p1+q2+q3+q4$, es preciso cuidarse de antesano de ampliar la producción de aquellas mercancías e instalaciones cuyo concurso, por razones materiales, será previamente requerido si ha de llevarse a buen fin ese ampliado proceso productivo. La clase empresarial, en su conjunto, se asemeja a un constructor que, con una limitada cantidad de materiales, pretende edificar una casa. Si sobrestima sus disponibilidades, trazará proyectos que excederán la capacidad de los correspondientes medios. Dedicará una parte excesiva de los mismos a trabajos de explanación y a cimentaciones, para después advertir que con los materiales restantes no puede terminar el edificio. El error de nuestro constructor no consistió en efectuar inversiones excesivas, sino en practicarlas desatinadamente, habida cuenta de los medios de que disponía. (AR, pp. 917-918).

Como hemos mencionado, los negocios continuarán ampliándose mientras - los bancos, auspiciados por la política de dinero barato del gobierno, se van estando dispuestos a incrementar el crédito; sin embargo, nos vamos -

acercando al momento de tener que pagar con la cruda de la depresión, - los excesos del auge artificial. Históricamente se han dado casos, en los que los gobiernos -quizás un tanto irresponsablemente-, han tratado de mantener vivo el período de bonanza económica, meramente ficticia, recurriendo cada vez más y más a medios descaradamente inflacionarios. En buena medida, lo anterior se ha hecho, para tratar de solventar las ineficientes e infundadas aventuras económicas, que el propio aparato estatal ha iniciado en la micpía del auge.

Es erróneo igualmente suponer que la crisis fue provocada por haber sido "inmovilizada" una parte excesiva de capital "circulante". El empresario individual, al enfrentarse con la restricción de créditos, con ocasión de la crisis, lamentará, desde luego, el haber invertido demasiados fondos en la ampliación de sus instalaciones y en la adquisición de equipu duradero; su posición sería hoy más holgada si pudiera disponer de los aludidos fondos para la normal gestión del negocio. Cuando el auge se transforma en depresión, no escasean, sin embargo, ni las materias primas, ni las mercancías básicas, ni los semiproductos, ni los artículos alimenticios. Caracteriza a la crisis, por el contrario, el que la oferta de tales bienes es tan abundante que echa por tierra el precio de los mismos.

Lo anteriormente expuesto nos hace ver por qué la ampliación de los elementos productivos y de la capacidad de las industrias pesadas, así como el reforzar la fabricación de bienes duraderos, es típica de todo período de auge crediticio. Las publicaciones y los editoriales han estado en lo cierto -durante más de cien años- al ver en las cifras de producción de las citadas industrias, así como en las de la construcción, indicación clara del ciclo económico. Sólo lo inciden en el error al hablar de inversiones excesivas.

El auge, desde luego, influye también en las industrias productoras de bienes de consumo. Lo que sucede es que muchas veces los nuevos centros productivos y las ampliaciones de los anteriormente existentes no ofrecen a los consumidores aquellas mercancías que éstos -con mayor intensidad desean. Lo más probable es que los correspondientes empresarios también hayan trazado planes pretendiendo producir $r+g_1+g_2+g_3+g_4$. El exagerado carácter de tal propósito hácelo invariable. (AH, pp. 818-819).

Durante la expansión monetaria y crediticia, lo que lanza, en definitiva, al empresario a tratar de concretar específicos proyectos de inversión, es la discrepancia entre los costos de producción, incluido en ellos el interés del capital necesario y el precio previsto o esperado de las mercancías a producir. La disminución de la tasa de interés que normalmen

ta provoca el incremento de la oferta monetaria hace parecer rentables proyectos que no lo eran; entonces, se estructura la producción y la inversión en desacuerdo con las efectivas y reales existencias de bienes de capital, construyéndose de esta forma, como dijera Kises, un "castillo de naipes", que inexorablemente tarde o temprano se ha de derrumbar.

Es manifiesto que, en ningún caso, manipulación bancaria alguna - puede engendrar los improducidos bienes económicos que el mercado - precisa. Para una efectiva expansión de la producción, lo que se necesita son nuevos bienes de capital: en modo alguno, dinero, ni medios fiduciarios. El auge está montado sobre las movedizas arenas del papel moneda y el dinero bancario; por eso, al final, se viene abajo. (AH.p.820).

El incremento en la oferta monetaria trae consigo un período de auge, frecuentemente acompañado de aumentos en los precios; cabe no obstante, la posibilidad de que esta tendencia se vea contrarrestada por fuerzas de signo contrario las cuales reduzcan el alza o incluso la supriman. Kises nos habla al respecto, relacionándolo con la impresionante industrialización llevada a cabo en el mundo occidental a lo largo del siglo XIX:

... Ese período histórico durante el cual el suave y ordenado funcionamiento del mercado se vio, una y otra vez, descomulgado por actividades expansionistas, fue una época de continuo progreso económico. La incesante acumulación de nuevos capitales permitió implantar los últimos progresos de la técnica. Se incrementó la productividad por unidad de inversión y la actividad mercantil abasteció los mercados con cantidades crecientes de artículos baratos. Si, en el aludido período, el aumento de las existencias de dinero (en sentido amplio) no hubiera sido tan señalado como efectivamente lo fue, habríase registrado una tendencia a la baja de los precios de todas las mercancías. Las modernas expansiones crediticias, históricamente, se han producido siempre sobre un trasfondo de poderosas fuerzas que se oponían al alza de los precios. En tal pugna, sin embargo, prevalecieron normalmente las tendencias encarecedoras. También hubo casos, sin embargo, en que la subida de los precios fue muy reducida; un ejemplo bien conocido nos lo brinda la expansión crediticia de 1926-1929. (AH.pp. 819-820).

En este momento, podemos hacer un paralelismo entre la explicación miasmática del ciclo económico o ciclo de los negocios y, la explicación mone-

tarista del mismo. Para ambas posturas, las causas de todo el fenómeno son básicamente monetarias y psicológicas o de expectativas: resulta imposible explicar el período de auge sin que exista una expansión monetaria y crediticia, es decir, un incremento en la oferta monetaria, debido, ya sea a un déficit gubernamental financiado con base en emisión de dinero, o debido a una política monetaria holgada. Para los dos enfoques, la expansión monetaria traerá consigo inicialmente una baja de la tasa de interés, la cual induce -en buena medida- al empresario -y en ocasiones al gobierno- a tratar de realizar proyectos que en realidad no son del todo -procedentes y algunos son francamente ficticios; durante este período de auge, disminuye artificialmente la tasa de desempleo en la economía, al tiempo que el incremento de la oferta monetaria va impactando los precios de las diferentes mercancías y servicios. Posteriormente sobrevienen presiones para que se reajusten a sus niveles naturales las tasas de interés y de desempleo; este reajuste del mercado conlleva una recesión. Si la expansión monetaria es frecuente en la economía, sobrevendrán inflaciones -cada vez mayores, acompañadas de crisis, también más pronunciadas: aparece así el fenómeno de crisis con inflación, mejor conocido como estanflación. Pero, dejemos que el propio Milton Friedman nos lo explique:

... Se sostiene comúnmente que el aumento del dinero tenderá a estimular el empleo en tanto que la contracción lo retrasará. Entonces, ¿por qué no podría la autoridad monetaria adoptar un objetivo para el empleo o el desempleo y ser restrictiva cuando el desempleo está por debajo de ese nivel y liberal cuando está por encima ... La razón de que no pueda hacerlo es precisamente la misma que en el caso de las tasas de interés: la diferencia entre las consecuencias inmediatas y mediatas de tal práctica. Gracias a Wicksell todos estamos familiarizados con el concepto de tasa "natural" de interés y con la posibilidad de que exista una discrepancia entre la tasa "natural" y la de "mercado". El anterior análisis de las tasas de interés puede traducirse bastante directamente a términos wicksellianos. Las autoridades monetarias pueden hacer que la tasa de mercado sea menor que la natural únicamente valiéndose de la inflación, y sólo mediante la deflación pueden hacer que la tasa de mercado sea mayor que la natural. Nada más un pequeño detalle hebre añadido a Wicksell: la distinción hecha por Irving Fisher entre la tasa de interés real y la nominal. Supongamos que la autoridad monetaria mantiene durante algún tiempo la tasa nominal de mercado por debajo de la natural, valiéndose de la inflación. Esto a su vez, elevará la propia tasa natural

nominal, cuando se hayan generalizado las previsiones de inflación, lo que exigirá una inflación todavía más rápida para conservar la baja tasa de mercado. De manera semejante en razón del efecto de Fisher, para mantener la tasa de mercado por encima de la "natural" inicial, se requerirá no simplemente la deflación, sino una deflación cada vez más rápida.

Este análisis tiene una contrapartida muy similar en el mercado de empleo. En cualquier momento, hay algún nivel de desempleo que tiene la propiedad de ser compatible con el equilibrio en la estructura de las tasas reales de salario. A ese nivel, las tasas reales de salario muestran una tendencia a crecer a una tasa secular - "normal", es decir, a una tasa que puede sostenerse indefinidamente mientras la formación de capital, los avances tecnológicos, etcétera, no se desvíen de sus tendencias a largo plazo. La existencia de un nivel de desempleo más bajo indica que hay un exceso de demanda de mano de obra que producirá una presión al alza de las tasas reales de salario. Un nivel más elevado de desempleo constituye una señal de que hay un exceso de oferta de mano de obra que determinará una presión a la baja en las tasas reales de salario. En otras palabras, la "tasa natural de desempleo" es el nivel que vendría determinado por el sistema de empujones generales de equilibrio walrasianas, siempre que en ellas estén contenidas las características estructurales que efectivamente corresponden a los mercados de mano de obra y bienes de consumo, incluso las imperfecciones del mercado, la variabilidad estocástica de las demandas y ofertas, el costo de reunir información sobre vacantes y trabajadores disponibles, los costos de movilización, etcétera. (6).

Supongamos que la autoridad monetaria intenta mantener fija la tasa de desempleo de "mercado" a un nivel inferior a la tasa "natural". En bien de la precisión, supóngase que dicha autoridad fija el 3% como la tasa buscada, y que la tasa "natural" es mayor que 3%. Supóngase también que comenzamos en un momento en que los precios han sido estables y el desempleo está por encima del 3%. En consecuencia, la autoridad incrementa la tasa de aumento del dinero. Esto será expansionario. Haciendo que los saldos en efectivo nominales sean más elevados de lo que desea el público, la autoridad tenderá inicialmente a reducir las tasas de interés y en esta y otras formas a estimular el gasto. El ingreso y el gasto empezarán a crecer.

Por principio de cuentas, una parte, o la totalidad, del aumento del ingreso tomará la forma de un incremento de la producción y el empleo más que el de los precios. El público ha venido esperando que los precios sean estables, y los salarios han sido establecidos para determinado período de tiempo futuro sobre esa base. La gente tarda cierto tiempo en ajustarse a una nueva condición de la demanda. Los productores tenderán a reaccionar ante la expansión inicial de la demanda agregada incrementando la producción, los asalariados, tratando de más horas, y los desocupados, aceptando empleos que entonces se ofrecen a los salarios nominales pasados.

Lo anterior se apega bastante a la teoría tradicional, pero describe sólo los efectos iniciales. Debido a que los precios de venta de los productos característicamente responden a un alza imprevista de la demanda nominal con mayor rapidez que los precios de los factores de la producción, los salarios reales recibidos han descendido, aunque los salarios reales previstos por los asalariados se elevaron, ya que estos implícitamente evaluaron los salarios ofrecidos al anterior nivel de precios. En realidad, la caída ex post de los salarios reales para los patronos que se produjo simultáneamente con el alza ex ante de los mismos para los asalariados, es lo que permitió que el empleo se incrementara. Pero la declinación ex post de los salarios reales pronto empezará a afectar las previsiones. Los asalariados comenzarán a tener en cuenta el alza continua de precios de los artículos que compran y a pedir para el futuro salarios nominales más altos. El desempleo de "mercado" está por debajo del nivel "natural". Hay un exceso de demanda de mano de obra de manera que los salarios reales tenderán a elevarse hacia su nivel inicial.

Aun cuando perdure la mayor tasa de aumento del dinero, el alza de los salarios reales invertirá el descenso del desempleo, convirtiéndolo en un ascenso, con lo que el desempleo tenderá a recuperar su nivel anterior. A fin de mantener el desempleo en su nivel buscado de un 3% la autoridad monetaria tendría que acrecentar todavía más el aumento del dinero. Al igual que en el caso de la tasa de interés, la tasa de mercado puede conservarse por debajo de la "natural" sólo mediante la inflación. Y, también como en ese caso, sólo acelerando la inflación. A la inversa, supóngase que la autoridad monetaria elige una tasa buscada de desempleo superior a la natural; entonces se verá conducida a producir una deflación, pero una deflación acelerada.(7).

Y concluye Friedman refiriéndose a la curva de Phillips, que para él es fundamentalmente una relación vertical entre tasas de inflación y tasas de desempleo a largo plazo:

Dicho en otras palabras, siempre es temporal la contraposición entre la inflación y el desempleo; pero no la hay permanente. La contraposición temporal procede no de la inflación en sí, sino de la inflación imprevista, lo que generalmente significa que proviene de una tasa creciente de inflación. La creencia común de que hay una contraposición permanente es una versión compleja de la confusión entre "elevado" y "creciente" que todos reconocemos en sus formas más sencillas. Una tasa creciente de inflación puede reducir el desempleo, una tasa alta no. (8).

Hasta aquí Milton Friedman. El momento adecuado para prevenir el advenimiento de una depresión es el auge, pero, normalmente, mientras éste existe, nadie repara en ello, la sufre ciega a todos o a casi todos.

Llegado a este punto, la economía se parece a un navegante a quien la brújula indica que va a la deriva —a la depresión—, sin poder dirigir su rumbo; cada momento se aleja más del camino recto; y reconocer este movimiento que lo empuja, es también reconocer los errores cometidos en la dirección de la nave.

De aparecer la ecuanimidad y la razón por parte de la autoridad monetaria, recomendando ésta un cese a la expansión dineraria —que muchas veces implica una reducción drástica en el déficit gubernamental—, el auge corta vida podrá tener. Finaliza el período de bonanza económica, debido a que —las fuerzas que lo provocaron han dejado de actuar. El nuevo dinero ha perdido su capacidad de influir en la tasa de interés, los precios de las mercancías y servicios, los precios de los factores y la tasa de desempleo. La economía tiende a regresar —normalmente bajo un ajuste cíclico, como Friedman apuntaba— a sus variables naturales, sobre todo en los niveles de tasa de interés, tasa de desempleo e inflación esperada por los sujetos económicos. Después del desorden monetario vivido durante el auge aparecerá la depresión inexorablemente, a pesar de que se cambie de rumbo en la dirección de la política económica; los datos están echados. Este inevitable reajuste o reajuste del sistema productivo, lo consigue el mercado mediante la recesión, verdadero mal necesario que tiene que vivir la economía, para liquidar las desatinadas inversiones del período inflacionario o expansionista, haciendo retornar la planta productiva a la correcta distribución de lo disponible entre inversión y consumo.

La crisis aparece en cuanto éntrales inquietudes a los bancos ante el acelerado paso de la inflación y pretenden reducir la expansión crediticia. El auge sólo puede mantenerse mientras alegremente siguen concediéndose créditos a las empresas para continuar sus exagerados programas, a todas luces disconformes con las reales existencias de factores de producción y las auténticas valoraciones de los consumidores. Aquellos quiméricos planes que, sin embargo, parecen practicable, a causa del falseamiento del cálculo económico, provocado por la política de dinero barato, sólo pueden ser financiados mediante -

créditos otorgados con un interés bruto artificialmente rebajado en relación con el que regiría en un mercado crediticio inadulterado. - Precisamente ese margen hace rentables, en apariencia, los aludidos proyectos. No es el cambio de actitud de los bancos lo que provoca la crisis. Tal mutación lo único que hace es poner de manifiesto el daño provocado por los disparates que durante el período de auge habían sido ya cometidos. (AH.p.820-821).

Acercos del período de reajuste del mercado hablaremos un poco más ampliamente a continuación ... Ronda el fantasma de la crisis.

IV.2. El reajuste del mercado: la depresión.

"... Es cierto, el dinero sólo es una máquina, pero extraordinariamente eficiente. Sin él no habríamos empezado a alcanzar el pasmoso crecimiento de la producción y el nivel de vida que hemos disfrutado en los dos últimos siglos; como tampoco lo habríamos alcanzado sin esas otras maravillosas máquinas que cubren nuestro campo y nos permiten, en su mayor parte, simplemente hacer de manera más eficiente lo que sin ellas se habría hecho con mucho mayor costo de trabajo.

Pero el dinero posee una característica que no comparten esas otras máquinas. Como su influencia es tan general, cuando no funciona como debe trastorna la operación de todos los demás instrumentos. La Gran Depresión es el ejemplo más espectacular pero no el único. Todas las demás depresiones importantes en este país (Estados Unidos) han sido producidas o muy agravadas, por una perturbación monetaria. Todas las inflaciones principales han sido producidas por la expansión monetaria, principalmente destinada a hacer frente a las desbordantes exigencias de la guerra, que han forzado la creación de dinero para complementar la tributación.

Milton Friedman.

Al inicio de la crisis aparecen claras dos de las principales enfermedades a padecer por la sociedad debido a los excesos del auge: intoxicación monetaria e improductividad de las inversiones. Uno de los aspectos importantes para comprender por qué razón se detiene el período de auge, es sin duda, el aumento paulatino en la tasa de interés (véase sección III.6.), - que como vimos se lleva a cabo entre otras razones, debido a la compensación por variación de precios; de tal forma que el tipo de interés irá subiendo hasta cubrir el interés originario, el componente empresarial del crédito, así como la compensación por variación en los precios:

... el aumento del stock de dinero en sentido amplio que lleva consigo el aumento de la cantidad de medios fiduciarios reduce el valor en cambio objetivo del dinero ... en tanto continúa esta depreciación - del dinero, el tipo de interés para préstamos ha de seguir subiendo -

hasta alcanzar un nivel superior al que hubiese sido exigido y pagado si no hubiera sufrido alteración el valor en cambio objetivo del dinero. (TDC.p.399).

El fenómeno de la crisis acompañada de una alta tasa de inflación, puede sobrevenir, incluso sin que la política de expansión monetaria y crediticia haya terminado. De hecho, se han presentado episodios de la historia económica, en los que una vez aparecida la crisis con inflación, se sigue pretendiendo superar la primera, con base en una política monetaria expansiva, obteniéndose lamentables consecuencias:

Aunque las instituciones crediticias persistieran obstinadamente en su actitud expansionista, no por ello el auge podría mantenerse eternamente. Tiene que fracasar por fuerza todo intento de reemplazar unos inexistentes bienes de capital (es decir, las expresiones p3 y p4) por supletorios medios fiduciarios. Si la expansión crediticia no se detiene a tiempo, al auge da paso a la catástrofe monetaria (The crack-up boom) aparece la huida hacia valores reales y todo el sistema monetario se viene abajo. Por lo general, hasta ahora, los entes prestamistas no llevaron las cosas hasta el último extremo. Se ausentaron cuando todavía estaba lejos el demetra final. (AH.p.821).

... Los Bancos, por más esfuerzos que hagan para aumentar la circulación de crédito, no pueden detener el alza del tipo de interés. Aún si quisieran y pudieran seguir aumentando la cantidad de medios fiduciarios hasta llegar al punto en que ya no fuese posible el aumento, tampoco podrían lograr el resultado apetecido ... Un torrente como éste de medios fiduciarios, si no se puede prever cuándo y dónde se detendrá o podrá ser detenido, hará descender con rapidez que dará pánico hasta que caiga en insondable abismo el valor en cambio objetivo de la unidad moneda y crédito. Entonces el tipo de interés para préstamos ha de subir en parecidos grado y forma. (TDC.pp.399-400).

Tan pronto como termina el proceso de creación de nuevo dinero, el castillo de naipes del auge se empieza a desmoronar: los empresarios se ven obligados a restringir sus actividades, al carecer de los fondos exigidos para la continuación de los proyectos a la exagerada escala comenzada. Como mencionábamos antes, la economía tiende a volver a sus variables naturales; inclusive, la tasa inflacionaria puede reducirse considerablemente y llegar a niveles mínimos. Hay empresas que se deshacen de sus inventarios a cualquier precio. El ajuste del mercado puede ser aún más fuerte: fábric

que dieran, proyectos que se interrumpen, instalaciones productivas a medio acabar; aparecen empresas que requieren fondos para evitar la quiebra, pero la concesión de créditos, antes tan generosa, ahora se torna difícil, tendiendo a subir inmoderadamente el componente empresarial del interés bruto; por su parte la tasa de desempleo puede aumentar, llegando a un nivel mayor de cuando se inició el auge. Se evidencia la desmesura, la simple y llana improductividad.

Circunstancias accidentales, de orden institucional y psicológico, suelen transformar la iniciación de la crisis en pánico abierto. Podemos dejar a los historiadores la descripción de las tan lamentables situaciones que entonces se producen. No compete a la teoría cataláctica el examinar con detalle las calamidades propias de los días y las semanas de pánico, ni detenerse en los diversos aspectos del mismo, a veces realmente grotescos. La economía no se interesa por lo que es puramente accidental y dependiente de las circunstancias históricas de cada caso concreto. La ciencia debe, al contrario, distinguir y separar lo esencial y apodícticamente necesario de lo sólo adventicio, desdénando las facetas psicológicas del pánico. Interésale tan sólo advertir que el auge, ingeniado por la expansión crediticia, forzosamente ha de dar paso a esa realidad que suele denominarse depresión, destacando que en esta última está tomando cuerpo precisamente el reajuste, el proceso de reacomodar la producción a las efectivas circunstancias del mercado; es decir, a las disponibles existencias - de factores de producción, a las preferencias de los consumidores y, sobre todo, a la tasa de interés originaria según queda reflejada en las valoraciones del público. (AH.p.822).

La expansión monetaria y crediticia dio lugar a inversiones excesivas en las industrias de bienes de capital, e insuficientes en las de bienes de consumo. La recesión es un proceso insoportable provocado por las distorsiones que sufre la economía en el período de auge artificial provocado por la inflación. Para Mises, la economía debe retornar a la dinámica del libre mercado (véase sección II.4), es decir, al orden orientado hacia satisfacer del mejor modo posible los deseos de los consumidores. La economía se recupera cuando el proceso de reajuste queda completado; sin embargo, las condiciones de la misma son ahora muy diferentes:

... (las) circunstancias (de la economía) en modo alguno son ya idénticas a las que prevalecían al iniciarse el proceso expansionista. - Muchas cosas han cambiado. El ahorro forzoso y, aún más, el común, posiblemente hayan producido nuevos bienes de capital, bienes éstos que, en su totalidad, es de esperar no se habrían esfumado a causa - del sobreconsumo y las malas inversiones. La desigualdad típica de la inflación ha hecho variar la fortuna y los ingresos de los diversos - grupos e individuos. El número de habitantes, independientemente de la expansión crediticia, también puede haber cambiado, así como la - composición de los distintos sectores de la población. Tal vez hayan - se registrado progresos técnicos y cabe haya mudado la demanda de las diversas mercancías. El estado final al que el mercado tiende ya no - es el mismo al que apuntaba antes de las perturbaciones provocadas - por la expansión crediticia. (AH-pp.822-823).

Durante el proceso de reajuste -ya propiamente la depresión- se manifiesta claramente, que muchas de las aventuras empresariales, incluidas - las que el gobierno se metió a realizar -probablemente traspasando su es - fero de responsabilidad y extralimitándose en sus funciones-, carecerían de fundamentos sólidos para llevarse a cabo, son ineficaces y su situación financiera es deplorable: típicos elefantes blancos. La productividad no es un criterio que suelen considerar los dirigistas. Debería serlo. La fe proverbial en lo grande, en lo piramidal, en lo gigantesco, se detiene poco o nada en un aspecto fundamental: la rentabilidad.

Hay inversiones efectuadas durante el auge que examinadas fríamente, con ojos que ya no nublan los espejismos de la expansión, carecen de sentido y utilidad. En forma alguna pueden ser aprovechadas, pues el precio de los correspondientes productos no compensa la cuantía de los fondos que la explotación de tales instalaciones exige invertir en las mismas; tal capital "circulante" es precioso, con mayor urgencia, para satisfacer diferentes necesidades, según demuestra el hecho de - que el mismo deviene más rentable en otros cometidos. Habrá, en cambio, torpes inversiones también, cuyas perspectivas no sean tan pesimistas. De haberse practicado un cálculo objetivo, el correspondiente capital, desde luego, no hubiera sido invertido en tales proyectos. - Los factores inconvertibles utilizados han de estimarse dilapidados. Ahora bien, por su propia condición de inconvertibles, constituyen fait accompli (hecho consumado), que plantea a la acción humana nueva cuestión. Si los ingresos que la venta de los correspondientes productos reporta superan los costos operativos, es provechoso continuar la producción. Aun cuando, dados los precios que los consumidores están dispuestos a pagar, la totalidad de la inversión no resulte rentable, una parte, por pequeña que sea, de la misma sí lo es. La pro-

porción improductiva ha de estimarse perdida sin contrapartida, capital malbaratado y perdido.

Las aludidas realidades, examinadas desde el punto de vista de los consumidores, nos sugieran las mismas apuntadas conclusiones. Las necesidades de las masas se verían mejor atendidas si los espejismos provocados por el dinero barato no hubieran inducido a los empresarios a calgastar los siempre escasos bienes de capital, detrayéndolos de concretados en los cuales hubieran permitido satisfacer necesidades más urgentemente sentidas por los consumidores, para dedicarlos, en cambio a la atención de otras menos acuciantes. Se trata de realidad, desde luego, lamentable, pero que ya no cabe modificar. Las gentes, de momento, han de renunciar a satisfacciones que podían haber disfrutado de no haber venido la expansión a provocar desatinadas inversiones. Pueden, al menos, consolarse parcialmente, pensando disfrutan de bienes que, de no haber sido perturbada la actividad económica por el despilfarro del auge, hubiéranles resultado prohibitivos. Flaca es ciertamente tal compensación, pues aquellos otros bienes de los que no pueden disponer por la torpeza con que han sido invertidos los disponibles factores de producción, les interesan mucho más que esos "sucedáneos" que ahora se les ofrecen. Pero no hay más alternativa, dadas las circunstancias y realidades concurrentes. (AH. pp. 823-824).

A pesar de las reiteradas fluctuaciones cíclicas, la historia económica de los países donde ha prevalecido el sistema de libre mercado, registra un progreso económico sostenido, mayores disponibilidades de bienes - de capital y un alza en el nivel medio de vida. Este progreso material, - en ocasiones, se ha producido tan rápidamente, que ha logrado compensar - en cierto grado las pérdidas provocadas por el excesivo consumo y las desastrosas inversiones que acarrea la expansión monetaria y crediticia. - No obstante lo anterior, la expansión monetaria y crediticia suele traer consigo la recesión de la actividad, la cual muchas veces se torna pronunciada convirtiéndose en una severa crisis, que suele acompañarse de altas tasas de desempleo, desórdenes monetario, pánicos financieros y cambiarios, deflación -como sucedió en 1929-, inflación o hiperinflación -cayendo se entonces en la estanflación-, fuga de divisas, devaluaciones, desconfianza generalizada, disminución en las tasas de inversión, desajustes en los precios relativos tanto de bienes y servicios como de factores productivos; en definitiva, las depresiones retraen al país en su camino hacia el desarrollo económico. No parece exagerado afirmar, que la expansión di

neraría empobrece a la gente, a larga perjudica más a los más pobres y a los grupos sociales más desprotegidos, es decir, a quien posiblemente, de muy buena fe, se quería ayudar mediante la propia expansión dineraria. - Puede haber personas que hayan sabido aprovechar la coyuntura para enriquecerse, personas cuyo intelecto no se haya obacurecido y que hayan mantenido la prudencia en la dirección de su patrimonio, sin caer en ilusiones - monetarias de ninguna clase y muy frecuentes, en este tipo de convulsiones económicas. Otros sujetos, sin mayor mérito personal, pueden salir favorecidos, simplemente porque las mercancías vendidas por ellos se han encarecido antes que la mayoría de los bienes que compran. Sin embargo, el grueso de la población: la clase baja, la clase media, los pequeños comerciantes, los campesinos, los obreros, los empleados, los pensionados, los jubilados, las personas de mayor edad, pagarán íntegramente en su carne, cenitavo a centavo, el consumo immoderado, la torpeza inversora y el derroche generalizado -incluida la corrupción- del episodio inflacionista, del cual, en términos generales, se beneficiaron poco, muy poco o quizás nada, ya - que, aunque sus ingresos nominales aumentaban, en términos reales disminuían considerablemente. En último de los casos, el empobrecimiento general, es por lo menos relativo a las posibilidades de mayor prosperidad que han sido desperdiciadas. Y, lo más triste del caso, consiste en que, el daño moral a los ciudadanos suele ser más grave que el material: las personas al verse en la caótica situación económica, suelen perder la fe, la confianza y el respeto en sí mismas, en su país, en las instituciones, en el futuro. Aparecen los lamentos estériles y la autodenigración. Algunos caen en el cinismo. Se vaga sin rumbo, a la deriva, perdiéndose un tiempo que - no puede perder, sobre todo, un país atrasado en su progreso económico. Su conciencia de la grave situación que se vive es más aguda porque entrevé - que la caída no era inevitable, y que finalmente, aunque sea muy duro decirlo, ha sido resultado de fallas humanas. Errar es humano, pero históricamente se han dado crisis tan severas, acompañadas de fenómenos políticos y sociales tan denigrantes -corrupción generalizada, persecuciones, conflictos con el exterior, represión, carencia de garantías individuales, - falta de libertades-, que el error parece fuera de toda proporción. Por -

supuesto, lo importante es intentar levantarse y sobreponerse. Las personas se hallan tanto más descorazonadas cuanto mayor fue antes su optimismo; ahora se sienten víctimas de un gran engaño, viviendo el sacrificio cotidiano e incierto que impone la crisis. Se forma un nudo difícil de desatar, hecho de azoro, corrupción, arbitrariedad, angustia y, sobre todo, incomprensión de lo sucedido.

El auge, desde luego, empobrece. Pero los quebrantos morales que ocasiona son aún más graves que los perjuicios materiales. Las gentes pierden la fe en sí mismas, desconfiando de todo. Cuanto mayor fue primero su optimismo, tanto más honda es, luego, la desesperanza y la frustración. Suele el hombre atribuir los favores del destino a la propia valía, considerándolos justo premio a su laboriosidad, talento y probidad. Para los reveses de la fortuna, en cambio, busca siempre a alguien a quien responsabilizar, soliendo atribuirlos a la irracionalidad de las instituciones políticas y sociales. No se queja de los gobernantes por haber producido el auge. Culpales, en cambio, de su insoslayable resultado final. Para el público, el único remedio contra los males, hijos de la inflación y la expansión crediticia, es triba en insistir por el camino de la expansión crediticia y la inflación. (AH.p.841).

Y añade Mises con decepción:

... Pero lo peor es que los hombres son incorregibles; al poco tiempo, redescubrirán la expansión crediticia y, una vez más, la triste historia se reiniciará. (AH.p.843).

Durante el período inflacionario o de auge, suele presentarse un incremento en las importaciones y un drenaje al exterior de reservas internacionales, lo cual presiona al tipo de cambio para que sufra una devaluación. Como vimos en la sección III.5., se puede decretar esta última medida por parte de la autoridad monetaria, pero devaluar no es una verdadera solución al problema; puede solventarla durante algún tiempo, sin embargo, lo que se requiere es detener el aumento de la oferta monetaria, de no ser así, se tendrán que realizar devaluaciones sucesivas:

El que las autoridades puedan actualmente ... decretar la devaluación de la moneda ha venido a modificar, hasta cierto punto ... (el ajuste que se realizaba bajo el patrón oro). El gobierno, al verse amenazado por el drenaje exterior, en vez de restringir créditos o e-

levar el tipo de descuento, devalúa. La medida, sin embargo, no resuelve el problema. Si no inquieta al gobernante el alza de las divisas extranjeras, durante algún tiempo podrá continuar su política de expansión crediticia. Pero, un día, la euforia se interrumpirá, hundiendo el sistema monetario. Por eso, si las autoridades no desean verse forzadas a devaluar a un ritmo cada vez más acelerado, obligada re edtales evitar que su expansión crediticia supere la que practiquen aquellos países con quienes desean mantener equilibrado el cambio ex terior. (AH.p.1149).

No deba confundirse lo que es propiamente una situación deflacionaria y contraccionista en la economía, con el proceso de reajuste que ocasiona el auge expansionista que ha terminado. Depende de circunstancias institucionales particulares del sistema crediticio en donde se llevó a cabo la expansión dineraria, que el proceso de reajuste del mercado efectivamente dé lugar a una disminución de la oferta monetaria. Puede producirse tal - disminución, entre otras razones, si por ejemplo, la crisis pone en situación de quiebra a bancos que otorgan crédito desmedidamente, sin que haya la compensación a carga del Banco central; o, teóricamente, podemos también suponer, que los bancos cautelosos por la recesión que provocó la expansión crediticia, ahora incrementen su propia liquidez restringiendo la concesión de préstamos; un tercer planteamiento podría ser, que el gobierno colocara un empréstito en el mercado y esterilizara los recursos dinerarios por este conducto recibidos. Pero, debemos señalar, que la contracción de la oferta monetaria no es una característica que necesariamente a compañe a la depresión (AH.pp.827 y 829). Por otra parte, la escasez de créditos que suele presentarse durante la crisis, perjudica tanto a las - empresas de antemano condenadas a desaparecer -por la dinámica del mercado, o por sus exageradas pretensiones en el período de auge-, como a las empresas sanas, que podrían prosperar y ampliar su escala de operaciones si dispusieran del crédito necesario. La Banca, sin embargo, enfrenta el problema de que los prestatarios no devuelven los créditos que, en su momento les fueron otorgados, viéndose en dificultades para conceder nuevos préstamos, lo cual refuerza la tendencia a que la crisis se generalice, - viéndose numerosas empresas obligadas a restringir sus actividades. Estas consecuencias secundarias de la precedente expansión monetaria son diffi

les de lograr esquivar.

Ahora bien, de presentarse realmente la deflación al reducirse la oferta monetaria, tanto el mercado crediticio como la tasa de interés, han de verse afectados, incluso antes de que varíen los precios de las diferentes mercancías y servicios. Aparece una tendencia al alza del tipo de interés; habrá entonces, proyectos que parecían rentables y que ahora ya no lo son. Tanto los precios de los factores productivos como de los artículos de consumo, tienden a la baja. Las expectativas de inversión de los empresarios no son muy positivas. La vida mercantil se debilita y aparece el desempleo. En general, los precios y los salarios tienen una resistencia acusada a descender —son rígidos a la baja— cosa que no sucede para el alza. Sin embargo la coyuntura sólo varía hasta que los salarios y los precios quedan readaptados a la nueva relación monetaria, la tasa de interés también debe acomodarse a la nueva situación, tendiendo a bajar en el largo plazo. Como vemos, la deflación y la contracción crediticia constituyen fenómenos que perturban el desenvolvimiento normal del mercado ocasionando malestar en los diferentes grupos sociales, al igual que la inflación y la expansión crediticia (véase sección III.5.). Pero, como dijimos, de ninguna manera, la deflación y la contracción son simplemente el reverso de la inflación y la expansión. Veamos como considera Mises las diferencias entre ambos fenómenos económicos:

La inflación y la expansión, al principio, producen aparente prosperidad. Precisamente resultan tan atractivas por cuanto parece se está enriqueciendo a la mayoría o incluso a todo el mundo. Las gentes se dejan embaucar. Es precisa una fuerza moral poco común para hacer frente a tales tentaciones. La deflación, por el contrario, inmediatamente provoca situaciones comúnmente consideradas desagradables. Su impopularidad es aún mayor que la popularidad de la inflación. Contra la deflación se forma de inmediato la oposición más feroz, haciéndose pronto irresistibles las fuerzas políticas contrarias a la misma. (AH.pp.827-828).

El gobierno, financiando su déficit bajo medios inflacionarios y créditos públicos baratos, ve sus arcas llenas. Han habido inflaciones que registra la historia económica, en las cuales se ha llegado al extremo de no haber recaudación fiscal. El gobierno descaradamente se financia completa-

mente emitiendo dinero; y la razón de que no halla ingresos tributarios consista en que considerando la altísima tasa de inflación, nadie paga - los impuestos a tiempo, los recargos o multas se rezagan mucho al alza de precios; lo mejor es pagar tarde, cuanto más tarde, mejor; y si se puede, de plano, evadir, mejor todavía. Por su parte la autoridad, pierde capacidad para cobrar al contribuyente, prefiere dedicar recursos a otras áreas y renuncia a este asunto. Todo su gasto lo hace con base en emitir dinero. El caos económico, social y político está en su apogeo. El ambiente es - propicio para golpes de Estado, fanatismos, militarismo, represión y problemas con el exterior. La deflación en cambio, depauperza al fisco. La expansión crediticia enriquece a los bancos; la contracción, los inmoviliza. La inflación y la expansión atraen, mientras la deflación y la restricción repelen al conjunto de la población. Ambas son a la larga nefastas, aunque en realidad, el papel que la deflación y la restricción han jugado históricamente es mínimo. Ahora bien, para Mises, en contra de lo que muchos - piensan, el proceso inflacionario es peor que la deflación:

La disimilitud entre las dos aludidas manipulaciones del dinero y el crédito no estriba, sin embargo, tan sólo en que una de ellas a - todos agrada, mientras la otra a nadie gusta. El daño que la deflación y la contracción provocan es siempre menor, con independencia - de que constituyen medidas que en la práctica muy contadas veces se llegan efectivamente a aplicar. Pero por su propia esencia, no obstante, constituyen fenómenos perniciosos. La expansión malbarata siem - pre e caso factores de producción, por el excesivo consumo y las tor - pes inversiones que provoca. Abrese, a la conclusión de la misma, lar - go y tedioso período de recuperación hasta compensar todo el empobre - cimiento ocasionado. La contracción, en cambio, no irriga ni sobrecon - sumo ni erradas inversiones. La temporal reducción de la actividad - mercantil coincide sustancialmente con la reducción del consumo de - los obreros que dejan de trabajar y de los propietarios de los facto - res materiales de producción cuyas ventas se contraen. Pero no quedan daños latentes. Al concluir la contracción no hay pérdidas de capital a compensar. (AH.p.828).

Mises nos resume lo dicho hasta ahora, acerca de la política inflaciona - ria y deflacionaria:

La economía no recomienda la política inflacionaria ni tampoco la deflacionaria. Jamás alienta a los gobiernos a inmiscuirse en el funcionamiento del medio de intercambio que libremente el mercado haya adoptado. Limitase simplemente a proclamar las siguientes verdades:

1. No abogan por el bien común, el bienestar general ni los intereses generales de la nación aquellos gobernantes que adoptan medidas inflacionistas o deflacionistas. Tales políticos, cuando así procedan, simplemente favorecen a determinados grupos, con daño para el resto mayoritario de la población.
2. No es posible saber, de antemano, quienes, ni en qué medida, serán beneficiados por una cierta actuación inflacionaria. Los correspondientes efectos dependen del conjunto de las circunstancias concurrentes y también, en gran medida, de la velocidad que se imprima al movimiento inflacionario o deflacionario, siendo incluso posible varían aquéllos de signo a lo largo de la operación.
3. La expansión monetaria provoca siempre mala inversión de capital y sobreconsumo. No enriquece, sino que empobrece, a la nación ...
4. Una continuada política inflacionaria ha de provocar, finalmente, la crisis y la desarticulación del sistema monetario.
5. La política deflacionaria resulta onerosa para el erario público e impopular entre las masas. La política inflacionaria, en cambio, incrementa los ingresos fiscales y es jubilosamente acogida por los ignorantes. El peligro deflacionario es en la práctica despreciable, resultando, en cambio, gravísimo el peligro inflacionario. (AH.p.695)

Tan pronto como aparece el reajuste del mercado, se escuchan las quejas de diversos grupos contra la deflación -si esta se presenta- pidiéndose -quizá un tanto confusamente-, una readaptación de la política inflacionaria. Teóricamente, aún sin disminuir la oferta monetaria en términos nominales, la recesión, es decir, el reajuste de la economía, podría despertar una tendencia, de origen monetario, por el lado de la demanda, hacia el alza del poder adquisitivo del dinero: las empresas desean incrementar sus tesorcerías lo cual hace variar la relación entre la oferta y la demanda -inineraria; cabría llamar a este fenómeno deflación, pero la disminución del precio de las mercancías se debería a que los precios de los factores de la producción han alcanzado un nivel muy elevado durante el auge. El precio de los mismos ha de bajar, por lo menos en términos relativos, para que los negocios puedan ser rentables; por ello, los empresarios incrementan su tenencia de dinero mientras restringen las adquisiciones y la contratación de personal hasta que la estructura tanto de precios de los bienes como de los factores no se reajuste a la verdadera situación del mer-

cado. En este sentido, retrasar el reajuste de la economía -con una nueva expansión monetaria, por ejemplo-, sólo prolongará el marasma de la vida mercantil. Evidentemente, esta circunstancia de referencia, es una de las facetas más tristes del período de readaptación de la producción, una vez pasado el auge, y que suele perjudicar a los grupos sociales de menores recursos, aún así, la forma de acortar este doloroso período, consiste en evitar cualquier actuación que pudiera interferir el reajuste económico.

Cabe mencionar que durante el período de auge, prevalece una tendencia general de parte de las personas a comprar, cuanto más mejor, pues se prevé una continua subida de precios. En la deflación por el contrario, las gentes no compran, pues suponen que los precios han de seguir bajando. - Cuando la recuperación comienza a tomar impulso, empieza también la estructura de los precios, a reflejar la variación que la relación monetaria experimentó a causa de la expansión dineraria.

La terminología común refleja bien el atractivo que sobre la mente popular ejerce la inflación y la expansión crediticia, atractivo en el que se han apoyado innumerables tentativas de enriquecer a las gentes por medios expansionistas, causas, a su vez, de las típicas cavilaciones del mundo económico. El auge considérase enriquecedor; háblase de prosperidad y de progreso. La consecuencia insoslayable, el reajuste de todas las operaciones a las verdaderas circunstancias del mercado, calificase, en cambio, de depresión, crisis, estancamiento y retroceso. El público se alza contra quienes proclaman y demuestran que tan lamentadas perturbaciones provienen exclusivamente de las torpes inversiones y del excesivo consumo del auge, que, consecuentemente, de antemano, hallábase condenado al fracaso. Se busca con ansia - la piedra filosofal que daría perenne virtualidad al mismo. (AH.p. 839).

Nadie ha de negar que actualmente cualquier medida orientada hacia la rebaja del interés es reputada por las gentes como altamente plausible y acertada, estimándose generalmente que el método mejor para conseguir tal reducción es el de la expansión crediticia. De ahí la oposición al patrón oro. El "expansionismo" constituye el tópico del día. Los grupos de presión y los partidos políticos, sin discrepancia, todos ellos muestranse favorables a la política de dinero abundante. (AH.pp.1146-1147).

En este momento, debe quedar claro que para Mises, de ninguna manera las crisis económicas son un fenómeno típico e inherente del sistema de mercado -como Marx y muchos socialistas piensan-, sino producto de la errada actuación del gobierno en materia de política económica:

... parece haber quedado ya evidenciado que las cíclicas fluctuaciones de la economía en todo alguno las provoca la mecánica del mercado libre, siendo, por el contrario, efecto exclusivo de aquel intervencionismo estatal que pretende reducir la tasa del interés por debajo de la que el mercado libre fijaría ... (AH.p.825).

Obligado resulta, ante todo, destacar que es el proceso demagógico del mercado lo que origina la crisis. Los consumidores no están conformes con el modo cómo los empresarios emplean los factores de producción. Muestran su disconformidad comprando y dejando de comprar. Los empresarios, cegados por el espejismo de unas tasas de interés artificialmente rebajadas, no han efectuado aquellas inversiones que permitirían atender del mejor modo posible las más acuciantes necesidades del público. Tales yerros quedan al descubierto en cuanto la expansión crediticia se detiene. La actitud de los consumidores obliga a los empresarios a reajustar sus actividades, siempre con miras a dejar atendidas, en la mayor medida posible, las necesidades de las gentes. Eso que denominamos depresión es precisamente el proceso liquidatorio de los errores del auge, readaptación de la producción a los deseos de los consumidores. (AH.pp.825-826).

... Los marxistas fueron los primeros en denunciar las crisis económicas como vicio típico de la organización capitalista, consecuencia ineludible de la "anarquía" de la producción. Los intervencionistas, así como los socialistas no marxistas, por su parte, tienen interés no menor en demostrar que la economía de mercado es, por sí sola, incapaz de eludir las reiteradas depresiones. Impórtales sobranora impugnar la teoría monetaria, toda vez que el dirigismo bimonetario y crediticio es el arma principal con que los gobernantes antikapitalistas cuentan para imponer la omnipotencia estatal. (AH.pp.848-849).

Y acerca de las crisis en la economía socialista -es decir, en una economía donde todos los precios estén fijados por el aparato gubernamental u autoridad central-, Mises nos dice enfáticamente:

En la economía socialista, por el contrario, sólo cuentan los juicios de valor del gobernante: las masas no tienen medios que les permitan imponer sus preferencias. El dictador no se preocupa de si las gentes están o no conformes con la cantidad de lo que él acuerda dedicar al consumo y de lo que él decide reservar para ulteriores inver-

inversiones. Si la importancia de estas últimas obliga a reducir - drásticamente el consumo, el pueblo pasa hambre y se aguanta. No hay crisis, por la simple razón de que las gentes no pueden expresar su descontento. Donde no existe vida mercantil, ésta no puede ser próspera ni adversa. En tales circunstancias habrá pobreza e inanición, pero nunca crisis en el sentido que el vocablo tiene en la economía de mercado. Cuando los hombres no pueden optar ni preferir, en forma alguna cabeles protestar contra la orientación dada a las actividades productivas. (AH.p.826).

Fodrá haber entonces en dichas economías centralmente planificadas, es tancamiento de la producción agrícola e industrial, servicios deficientes, falta de productividad, ineficiencia, carencia de innovaciones, etcétera; pero no habrá propiamente crisis.

En muchas ocasiones, la opinión pública no suele ver en el tipo de interés más que una traba que impide la expansión económica. No comprenden el planteamiento misionero, de que el descuento de bienes futuros por bienes presentes constituye una categoría del actuar humano (véase sección - II.6.), imposible de ser abolida mediante manipulaciones monetarias o ben carias. Frecuentemente se aboga por la política de dinero barato, la cual se piensa traerá la prosperidad ininterrumpida. Numerosos partidos políticos, gobiernos, universidades y centros de investigación económica, aplauden a cuantos propugnan por la expansión monetaria y el intervencionismo en la esfera económica, calificando, en cambio, de retrógradas a quienes recomiendan prudencia, control y orden monetario, a fin de evitar las fluc tuaciones de la actividad económica, que como hemos visto, lesionan grave mente a la mayoría de la población:

Las continuas alzas y bajas de la actividad económica, la inevitable sucesión de auge y depresiones, son los inasoslavables efectos pro vocados por los reiterados intentos de rebajar el interés bruto de - mercado mediante la expansión crediticia. No hay forma de evitar el colapso final de todo auge desatado a base de expansión crediticia. - Tan sólo cabe optar entre provocar más pronto la crisis poniendo fin voluntariamente a la expansión crediticia o dejar que, por sí solos, el desastre y la ruina total del sistema monetario se produzcan algo más tarde. (AH.pp.835-836).

Cuanto se ha indicado de la expansión crediticia es igualmente - aplicable a todo incremento de las existencias de dinero propiamente

dicho, siempre y cuando ese dinero adicional aparezca sobre el mercado crediticio a poco de entrar en el correspondiente sistema económico. Si esas nuevas sumas dinerarias vienen a incrementar la cuantía del dinero ofrecido en préstamo, cuando todavía los salarios y préstamos no se han ajustado a la variada relación monetaria, los correspondientes efectos en nada de diferencian de los propios de una expansión crediticia. Con el estudio de la expansión crediticia, la causalística completa la estructura científica de la teoría del dinero y el interés. Desmascara viejos errores referentes a este último y pone de manifiesto la inanidad de todos los quinéscimos planes urdidos para "abolirlo" mediante reformas monetarias y crediticias. (AH.p. 837).

Teóricamente, existe la posibilidad de que la expansión monetaria y crediticia, con su correspondiente bonanza de la actividad económica, no sea producto de una política monetaria consciente, sino de un efecto indeseado por parte de la Banca:

La única objeción jamás opuesta a la teoría del crédito circulatorio es flaca en verdad. Dicese que la reducción del interés bruto - por debajo de la tasa que al mismo hubiera correspondido en un mercado libre podría ser efecto engendrado no por una política consciente de la Banca y de las autoridades monetarias, sino indeseado resultado provocado por el propio conservadurismo de tales personas y entidades. Al producirse una situación que, por sí, debía provocar el alza del interés de mercado, los bancos, por su apego a la tradición, no aumentan el costo del crédito y, sin darse cuenta, inician la conjuntura expansionista (9). Tales asertos carecen totalmente de base. Ahora bien, aunque, a efectos dialécticos, admitiéramos su procedencia, no por ello habríamos de variar la esencia de la explicación monetaria de los ciclos económicos. Porque no interesa cuáles sean los motivos que inducen a los bancos a ampliar el crédito y a rebajar la tasa bruta del interés que el mercado libre hubiera impuesto. Lo único que de verdad importa es que los bancos y las autoridades monetarias consideren pernicioso la cuantía del interés libremente determinado por el mercado, rebaja que, entienden, cabe provocar mediante la expansión crediticia sin dañar a nadie más que a unos cuantos parasitarios prestamistas. Tales prejuicios inducidos a aceptar medidas - que, finalmente, por fuerza provocan la crisis. (AH.p.836).

Por supuesto que esta posibilidad teórica carece realmente de fuerza. - Mientran no aumente la oferta monetaria, no se puede provocar el periodo de auge, aunque la tasa de interés esté en un nivel inferior al que el mercado libre fijaría. En este caso, sencillamente se haría un regalo a los prestatarios. Si de verdad se desean evitar una bonanza ficticia en la eco

nomía, para no padecer su secuela depresiva, muchas veces inflacionaria; - lo que se debe evitar es la expansión monetaria y crediticia. El hecho de que la Banca rebaje o no el tipo de interés, sería irrelevante; lo importante es que no se lleve a cabo la mencionada expansión. Por ello, para Kises, corresponde a la autoridad monetaria, cargar con el peso de la responsabilidad de las fluctuaciones cíclicas de la actividad económica. No se puede tapar el sol con un dedo:

... Corresponde actualmente al estado, la plena responsabilidad de toda expansión crediticia. La intervención que en las aventuras expansivas estatales tienen los bancos y banqueros privados es meramente técnica y de colaboración. El poder público, en la actualidad, regula, ordena y dirige toda la actividad bancaria; determinan las autoridades, sin apelación, la cuantía y circunstancias todas de las operaciones crediticias. Mientras la banca privada, bajo el signo del mercado no intervenido, tiene rigurosamente tasada su capacidad expansiva, los gobernantes pueden provocar, y efectivamente provocan, una continua y grave expansión del crédito. Esa expansión crediticia es el arma principal con que cuentan en su lucha contra la economía de mercado. Permiteles en efecto, aparentemente conjurar la escasez de capital, reducir el interés y, teóricamente, incluso podrían llegar a suprimirlo totalmente. A su aparato financiero con la máxima prodigalidad el gasto público, expropiación a los capitalistas, alimentan aforismos alcistas aparentemente insaciables y, según dicen, hacen prosperar a todo el mundo. (AH.p.1145).

Tomando en cuenta las funestas consecuencias sociales que acarrea la expansión monetaria y crediticia, Kises -con su peculiar ironía- se atreve a llamar retroceso, al período de auge y, en cambio, progreso, a la depresión o reajuste de la economía. Durante el auge, se utilizan ineficientemente, en torpes inversiones, los siempre escasos factores de la producción; reduciéndose, por un exceso de consumo las disponibilidades de capital. La mayoría de la población se empobrece con la supuesta bonanza económica, - en contraparte, la depresión o reajuste del mercado, hace retornar los factores de la producción, hacia aquellos cometidos que permiten satisfacer - del mejor modo posible, las más urgentes necesidades de los consumidores. Lo peor que se puede presentar en la economía, es inyectar de nuevo recursos dinerarios, o sea, llevar a cabo otra expansión monetaria, para tratar de evitar el reajuste de la producción e intentar provocar un nuevo auge.

Esto podría llevar al país, a una estancflación muy pronunciada, es decir, a una situación en la que se registren altos índices de desempleo e inflación, y un bajo, nulo, o incluso negativo crecimiento económico; lo cual haría disminuir el nivel de vida de la mayoría de los habitantes, no bre todo, si existe un incremento demográfico relativamente alto, y se cuenta con una población joven que demanda trabajo. Claramente, bajo este contexto social tan negativo, suelen agravarse serios problemas ya existentes: crimen, pobreza, subalimentación, drogadicción, corrupción, que son una verdadera plaga para la sociedad. Por otra parte, ante este lamentable panorama, se ha intentado encontrar aspectos positivos en el período de auge:

Se ha intentado desesperadamente hallar en el auge alguna positiva contribución al progreso económico. Se ha exagerado la importancia del ahorro forzoso en la acumulación de capital. El argumento carece de toda virtualidad dialéctica. El ahorro forzoso ... sólo sirve, en el mejor de los casos, para compensar parcialmente el consumo de capital que el propio auge provoca. Si quienes ensalzan los supuestos beneficios del ahorro forzoso fueran consecuentes, más bien propugnarían la implantación de un régimen fiscal que concediera subsidios a los ricos, imponiendo supletorias cargas a las gentes de menores medios. El ahorro forzoso así ingeniado, incrementaría positivamente la cifra de capital disponible, sin provocar, al tiempo, por otras vías, un consumo mucho mayor del mismo.

Los defensores de la expansión crediticia han subrayado también que algunas de las torpes inversiones efectuadas durante el auge devienen después rentables. Tales inversiones practicarónse demasiado pronto, es decir, cuando las existencias de capital y las valoraciones de los consumidores todavía no las aconsejaban. El daño causado, sin embargo, no fue tan grave como podría parecer, pues el correspondiente proyecto hubiera sido de todas suertes ejecutado algo más tarde. Lo anterior posiblemente pueda predicarse de algunas de las desafortunadas inversiones del auge. Nadie, sin embargo, llega a afirmar que tal exculpación es aplicable a todos y cuantos proyectos fueron erróneamente aconsejados por los espejismos del dinero barato. Es indudable, por otro lado, que las aludidas circunstancias en modo alguno pueden cambiar los efectos finales del auge, ni escamotear o minorar la inescapable depresión subsiguiente. Las consecuencias de las malas inversiones, al variar después las circunstancias, lleguen a resultar acertadas ... (AH.pp.840-841).

Al respecto de las desafortunadas inversiones practicadas en los períodos de auge fabricados con base en la expansión monetaria y crediticia, Mises nos da un ejemplo terrible, pero abrumadoramente lógico, si consideramos todo su análisis del ciclo económico:

... Cuando, por ejemplo, en 1845, se tendía una línea ferroviaria en la Gran Bretaña, que, en ausencia de la correspondiente expansión crediticia, no hubiera sido construida, para nada variaban los efectos - de tales actuaciones por el hecho de que los bienes de capital necesarios para obra habrían podido ser invertidos en 1870 o 1880. La ganancia que, después, representó el no tener que construir el ferrocarril, con la consiguiente inversión de capital y trabajo, en modo alguno compensó los daños provocados, en 1845, por su prematura realización. (AH.p.341).

El hecho de que exista en la economía una cierta proporción de inversiones desatinadas o mal fundamentadas, resulta inevitable y hasta cierto punto normal. Lo importante, a este respecto, es impedir las actuaciones o políticas que, como la expansión monetaria y crediticia, fomentan de manera artificial las inversiones inadecuadas. Durante el período de auge, la asignación de los recursos se ha trastocado; se utiliza buena cantidad de factores productivos en determinados sectores, detrayéndolos de otros donde eran más urgentemente requeridos. Están mal repartidos entre las diversas ramas industriales. Esta imperfecta asignación sólo puede remediarse mediante el lento proceso de acumulación de nuevos capitales, que implican por supuesto, nuevos ahorros y su posterior inversión en donde más se necesitan. Mientras se lleva a cabo éste, no es posible utilizar plenamente la capacidad de algunas instalaciones productivas, pues no se dispone de los elementos necesarios. Al respecto, irónicamente Mises comenta:

He ahí instalaciones fabriles y explotaciones agrícolas cuya capacidad productiva no se aprovecha o al menos no en el grado que podría serlo; he ahí copiosos inventarios sin salida y sucos de obreros carentes de trabajo. Las casas, sin embargo, desearían ampliar su consumo, cubrir sus necesidades del modo más cumplido posible. Lo que procede, por tanto, es incrementar la concesión de créditos. Tal expansión crediticia permitirá a los empresarios proseguir o ampliar las producciones, hallando los sin trabajo nuevos empleos que reforzarán su capacidad adquisitiva, permitiéndoles comprar todas esas

invenidas mercancías. El argumento parece plausible. Es, sin embargo totalmente falso. (AH.p.841).

El hecho de que las inversiones sean tangibles, no es buen criterio de administradores prudentes. Había alternativas en la economía mucho más - productivas y deseadas por los consumidores.

De la desastrosa situación en que invariablemente el auge termina sólo se puede salir produciendo nuevos ahorros y con ellos los bienes de capital que permitan aprovisionar armoniosamente a todas las ramas de la producción, pasando así a un mercado en el cual la progresiva acumulación de capital garantizará continua elevación del nivel de vida de las masas. Es preciso aportar a aquellos sectores, in debidamente desatendidos durante el auge, los bienes de capital que precisan. Han de bajar los salarios; las gentes temporalmente, habrán de reducir su consumo mientras se repone el capital dilapidado en - torpes inversiones. Aquellos a quienes tan dolorosamente impresionan las insoportables penalidades del reajuste deberían cuidarse de imp dir, a tiempo, toda expansión crediticia.

A nada conduce perturbar el proceso de readaptación mediante nuevas actividades expansionistas. Tales intervenciones, en el mejor de los casos, sólo sirven para interrumpir, dificultar y, en definitiva, retrasar el fin de la depresión si no es que, incluso, llegan a desa tar nuevo auge con todas sus inexorables consecuencias. (AH.p.843).

Como hemos visto, la expansión monetaria y crediticia perturba toda la actividad económica e influye poderosamente en la conducta de los agentes económicos y en la orientación que conviene dar a las empresas. Resta aliento a la previsión y al ahorro e induce a todo tipo de despilfarros y aventuras económicas injustificadas. Por lo menos se pueden hacer cinco críticas generales al auge artificial provocado por el gobierno: la improductividad de las inversiones, su origen crediticio, el ritmo con que se ejercieron, el destino al que se aplicaron y la mala asignación de recursos resultante. Frecuentemente, el fenómeno estancionario, hace más - provechosa la especulación -con divisas, acciones, bonos, metales, joyas, etcétera- que el esfuerzo productivo, lo cual puede acarrear desmantelamiento industrial. Aparecen los países de rentistas. Todo esto destruye - la estructura normal de unas relaciones económicas estables. Sus hondas - secuelas sociales hacen desear a las gentes remedios desesperados, que - pueden hundir más al país. Pronto comienza a solicitarse públicamente la

implantación de controles totalitarios. Se sufren amargos desengaños y finalmente llega el colapso de la economía.

Eventualmente, el mejor resultado que la expansión monetaria y crediticia -o, como también le llama Mises, intervencionismo monetario y crediticio-, arroja es el de beneficiar a ciertos grupos sociales a costa de otros, aunque no sería raro que se perjudique a todos, sin beneficiar a nadie. El dirigismo económico puede empobrecer a toda la nación, pero eso no quiere decir que ciertos grupos no puedan bajo su amparo prosperar, y a veces notablemente. Quiénes, en concreto, se hallarán como perdedores y quiénes como privilegiados, es circunstancia que depende de cada caso en particular.

Durante la expansión monetaria y crediticia, no han faltado intentos - por orientar los nuevos préstamos, buscando que se lucren solamente específicos grupos sociales, es decir, tratando de que haya un control cualitativo del crédito; así por ejemplo, las nuevas disponibilidades crediticias no deben emplearse en la Bolsa, lo cual haría subir las cotizaciones; los nuevos préstamos, deben encausarse hacia actividades económicas consideradas realmente productivas: manufacturas, minería, agricultura; los gobernantes deben indicar concretamente a la Banca qué créditos ha de conceder y cuáles ha de negar. Mises critica esta postura, que en primer lugar debe explicar el criterio de discriminación de una actividad económica a otra; ocasión ideal para incurrir en burocratismo, ineficiencia y corrupción; además de que no es remedio contra la provocación de un auge ficticio en la economía, acompañado de movimientos especulativos poco recomendables:

... (La) discriminación entre los potenciales prestatarios jamás puede equivaler a efectiva restricción de la expansión crediticia, único medio que, en la práctica, impide el alza de las cotizaciones bursátiles y obstaculiza nuevas inversiones. Porque es de importancia secundaria cuál sea el cauce que los nuevos préstamos seguirán para su acceso al mercado. Lo decisivo es que el mercado recibe el impacto de los nuevos medios de pago. Si la Banca, por ejemplo, amplía los préstamos a los agricultores, pueden éstos pagar leudas, abonar sus compras al contado, etcétera. Si la industria recibe fondos frescos para destinarlos a capital circulante, hállase automáticamente en -

situación de aplicar a distintos cometidos las sumas antes destinadas a aquella finalidad. Incrementase en cualquier caso las disponibilidades líquidas, que sus poseedores destinarán a cualesquiera inversiones consideradas de mayor rentabilidad. Pronto tales medios de pago aparecerán en Bolsa o se materializarán en activos inmovilizados. Es totalmente absurdo suponer que quepa hacer expansión crediticia sin al tiempo provocar euforias bursátiles o incrementos de los activos inmovilizados (AH.p-1148).

Ya habíamos dicho antes que, como consecuencia de los errores cometidos durante el período de auge, existen ahora instalaciones productivas subutilizadas; lo cual manifiesta que las previsiones de los inversionistas fueron desafortunadas. El mercado reclama con mayor intensidad bienes diferentes de los que estas inversiones pueden producir. Aparece una excesiva acumulación de inventarios y la tasa de desempleo es elevada. Ante esta situación, los partidarios de la expansión crediticia, opinan que lo oportuno es hacer una política monetaria holgada; piensan que así, la industria comenzará a funcionar a plena capacidad, se incrementará el consumo, las mercancías sin comprador se colocarán ahora a precios satisfactorios para los productores y los desempleados encontrarán trabajo a salarios que considerarán convenientes. Este pensamiento tan extendido presupone que, a pesar del alza general de los precios de todas las mercancías y servicios, provocada por el aumento de la oferta monetaria, los empresarios y los desempleados se contentarán con los precios y salarios nominales que hoy solicitan, sin importar que en términos reales decaigan. Éste nos muestra los errores de este planteamiento:

El curso del auge, desde luego, no varía por la existencia de capacidad inaprovechada, excedentes invendidos y obreros sin trabajo. Si ponemos que hay minas de cobre inexplotadas, existencias de dicho metal sin colocar y mineros parados. El precio del cobre es tal que no resulta rentable explotar determinadas minas; los operarios correspondientes quedan sin empleo; hay especuladores que se resisten a vender sus stocks. Lo que se precisa para que dichos yacimientos de nuevo rentables, para que vuelvan los mineros a encontrar trabajo y se venían las existencias en cuestión, sin llegar a reducir los precios por debajo de los costos, es un incremento p de los bienes de capital disponibles, en cuantía suficiente como para permitir el correspondiente aumento de las inversiones, la ampliación de la -

producción y el incremento del consumo. Si esa hinchada demanda, en cambio, no aparece y, sin embargo, los empresarios, cegados por la expansión crediticia, proceden como si la misma efectivamente se diera, mientras perdure el auge, el mercado del cobre operará como si los bienes de capital hubieran aumentado en la cantidad p. Cuanto anteriormente se dijo de las consecuencias que inevitablemente ha de provocar la expansión crediticia resulta aplicable al caso que ahora examinamos. La única diferencia consiste en que la impropiciada expansión de la producción, por lo que al cobre atañe, no habrá forzadamente de practicarse des trayendo capital y trabajo de otros cometidos que mejor hubieran permitido atender los deseos de los consumidores. En lo relativo al cobre, el nuevo auge encuentra capital y trabajo que ya, con anterioridad, fueron torpemente invertidos y que el reajuste todavía no había logrado reabsorber.

Queda, pues, patentizada la inanidad de los argumentos que pretenden justificar una nueva expansión crediticia amparándose en la existencia de inaprovechada capacidad, invendidos stocks y obreros sin trabajo. La nueva expansión se encuentra en sus comienzos con residuos de torpes inversiones de capital y trabajo en su día practicadas que el proceso de reajuste no ha podido aún absorber, logrando entonces aquélla, aparentemente, remediar los aludidos trastornos. La expansión, en tales supuestos, no sirve más que para interrumpir el reajuste y el retorno a la sanidad económica (10). La existencia de desempleo y de desaprovechada capacidad en modo alguno arguye contra la certeza de la teoría del crédito circulatorio. Es falso suponer, como hacen los defensores de la expansión crediticia y la inflación, que la depresión se perpetuaría de no ser aplicados los remedios por ellos recomendados. Tales remedios, desde luego, no proporcionarían vida perenne al auge; no harían más que perturbar el proceso de recuperación. (AM. pp. 245-246).

La solución -sacroeconómica- aplicada al desempleo, consistente en hacer una expansión monetaria, puede originar, frecuentemente, una mala asignación de los recursos o intensificar el desempleo a la larga; ello no porque éste sea causado deliberadamente como medio para combatir la inflación, sino porque surge necesariamente como consecuencia lamentable, pero inevitable, de la errónea política monetaria seguida; tan pronto como la inflación deja de acelerarse, y a veces inclusive sin que ésta decrezca, cayendo la economía en la estancación. De cualquier forma, la expansión monetaria suele convertirse en el largo plazo, en causa de mayor desempleo. Quanto más dure la inflación mayor será el número de trabajadores cuyos empleos dependerán de la continuación de la misma o de su aceleración. La expansión monetaria y crediticia hace temporalmente atractivo el plazo, -

que desaparecen, tan pronto termina la propia expansión dineraria; pero, en el trayecto, se ha trastocado al mercado laboral. Este es un resultado que no puede evitarse con controles de precios y salarios mientras siga aumentando la oferta monetaria, pues los empleos creados por la inflación dependen de la continua alza de precios y desaparecen tan pronto como este incremento se detiene. La inflación reprimida, aparte de desorganizar la actividad económica probablemente más que la inflación abierta, quizá ni siquiera tenga la ventaja de mantener por un tiempo empleos artificiales (11). El mayor desempleo vivido durante la recesión, indica que la estructura de precios y salarios relativos se ha distorsionado, y que para restablecer el equilibrio entre la demanda y la oferta de trabajo, en todos los sectores, habrá que introducir algunos cambios en los precios y salarios relativos y ciertas transferencias de trabajos. No es necesario realizar otra expansión monetaria, que podría llevar a la economía a la inmovilidad. El intento de preservar los anteriores puestos de trabajo es sumamente peligroso.

No es que se recomiende el desempleo como medio para combatir la inflación, sino que, frecuentemente, la elección consiste en cierto desempleo a corto plazo o uno mucho mayor después. Entonces, lo primero que se debe hacer, es detener la expansión monetaria, para dar tiempo a que la economía se restablezca, se reestructure precios y salarios relativos, y haya un reajuste de expectativas con precios estables (12). La identificación de las industrias o sectores de la economía donde se ha producido una excesiva afluencia de mano de obra, que durante la recesión es preciso derivar hacia otras ocupaciones, sólo puede lograrse permitiendo que el mercado juegue libremente.

La teoría misiana, como ha quedado demostrado, aparece como diametralmente opuesta a las keynesianas o postkeynesianas. El economista austriaco recomienda que, si se está realizando una expansión monetaria y crediticia, lo que debe hacerse es detener el crecimiento de la oferta monetaria; posteriormente no interferir el proceso de reajuste de la economía; esto con el fin de que el necesario período liquidatorio de anteriores errores sea lo más corto posible.

La nueva actitud, después del despilfarro del auge se puede sintetizar en dos palabras: austeridad y realismo. No se debe prometer lo imposible; en ocasiones la reconstrucción lleva mucho tiempo. Quizá en los países, en los que durante el auge, claramente se cayó en una escandalosa corrupción, se debería seguir una acción judicial contra los funcionarios enriquecidos ilegalmente; aunque desterrando el populismo, el resentimiento, la satanización y el revanchismo. Es tiempo de reciedumbre, positividad, disciplina y trabajo. Es el momento de aprender de errores pasados, y de introducir la disciplina monetaria, así como criterios de productividad en toda la economía.

Sintetiza Nises, buena parte de lo expuesto en este capítulo, acerca del fenómeno del ciclo económico y nos abre el panorama para el siguiente apartado que tratará sobre las explicaciones no monetarias de las fluctuaciones cíclicas:

Las inexorables consecuencias de la expansión crediticia son las que la teoría del ciclo económico prevé. Ni siquiera aquellos economistas que se resisten a aceptar la teoría monetaria de las fluctuaciones cíclicas ponen en duda los insoslayables efectos que la expansión crediticia ha de provocar. Venne compelidos a admitir que el movimiento alcista es consecuencia de previa expansión crediticia; que sin ésta la euforia no se mantendría, reconociendo asimismo que, en cuanto el progreso de la expansión del crédito se frene, automáticamente, ha de surgir la depresión. En sus estudios sobre el ciclo económico, lo que más se atreven a afirmar es que la expansión crediticia no constituye la causa inicial del movimiento alcista, sino que son otros los factores que lo desencadenan. La expansión crediticia, requisito sine qua non, según reconocen, de la euforia alcista, no es provocada a sabiendas para rebajar el interés o para efectuar inversiones de momento improcedentes, dada la insuficiencia del capital disponible. El fenómeno, vienen a decir, se origina, si en la conjuntura concurren determinados factores, de un modo milagroso, sin intervención de las autoridades. (Ali. pp. 1145-1146).

IV-3. Los enfoques no monetarios del ciclo económico.

"... Nada de lo dicho por ninguno de mis críticos me ha persuadido de que mi argumento sea falso ... Puedo asegurales que en modo alguno estoy sobreeseguro de mis ideas ..."

Lionel Robbins.

El aspecto fundamental a considerar, por los técnicos de las explicaciones no monetarias del ciclo económico, consiste en que las variables económicas sufren cambios de tipo ascendente o descendente a lo largo del tiempo; preocupándose principalmente —y quién no—, de la reiterada aparición de las depresiones y sus trágicas secuelas. La actividad económica no presenta siempre la misma intensidad: los precios, el empleo, la producción, la inversión, entre muchas otras variables, están sujetas a oscilaciones de alza y baja. Sin embargo, al decir de Mises, los defensores de dichas explicaciones no monetarias, no han podido dejar de considerar los elementos que aporta el enfoque monetario del período de auge y la subsecuente depresión, al que antes nos hemos referido. Solamente quienes entienden el fenómeno del interés como fruto de la escasez dineraria institucionalmente impuesta por banqueros y autoridades monetarias, pueden dudar de la procedencia de la teoría de los ciclos económicos basada en la expansión monetaria y crediticia.

Hubo escuelas para las cuales el interés no era más que el precio pagado por la posibilidad de disponer de una cierta cantidad de dinero o de sustitutos monetarios. De tal creencia lógicamente deducían sus defensores que, si se suprimía la escasez de dinero o de sustitutos monetarios, cabría abolir totalmente el interés, deviniendo el crédito gratuito. A quienes no comparten tal criterio, por haber caído en la esencia del interés originario, píntéase, sin embargo, un problema que no sería honesto rehuir. Mediante la ampliación del crédito, que el incremento de las existencias de dinero o de sustitutos monetarios permite, cabe, desde luego, reducir la tasa del interés bruto de mercado. Si, a pesar de ello, mantenemos que el interés no es mero fenómeno monetario, habremos de concluir que no puede el mismo ser permanentemente abolido ni rebajado por un aumento —cualquiera que sea su cuantía— de las existencias de dinero o medios fiduciarios, viéndonos obligados a aclarar cómo, después de la aludida rebaja, vuelve a imponerse el tipo de interés determinado por las circun-

tancias no monetarias del mercado. Habremos de indicar cuál es el proceso que desvirtúa aquella tendencia, provocada por medidas de índole dineraria, que aparta el interés bruto de la tasa condicional por la razón existente entre las valuaciones que, respectivamente, el público otorga a los bienes presentes y futuros. Si la ciencia económica fuera incapaz de aclarar tal extremo, tácitamente vendría a proclamar que el interés es, en definitiva, un fenómeno monetario, - pudiendo, incluso, llegar a desaparecer una vez practicadas las oportunas mutaciones en la relación monetaria. (AH. pp. 846-847).

... Las modernas investigaciones han demostrado la inexactitud de - cuantas doctrinas se basan en una supuesta condición neutra del dinero. Ha quedado evidenciado y fuera de duda la existencia en la economía de mercado de realidades inexplicables para todo pensamiento que no admita que el dinero goza de fuerza impulsora propia. Las doctrinas catalácticas, que proclaman la índole en modo neutra del dinero, así como la fuerza impulsora del mismo, deben, en cambio, aclarar cómo influyen, primero, a la corta, y después, a la larga, en la tasa del interés, las variaciones de la relación monetaria. Tales doctrinas quedarían cojas e incompletas si no lograran desentrañar los problemas de referencia. Incurrirían en intiza contradicción, aun en el caso de no haber jamás existido ni los medic fiduciarios ni el crédito circulatorio, hubiese tenido que analizar la dependencia existente entre las variaciones de la relación monetaria y la tasa de interés. (AH. pp. 847-848).

Como se había mencionado en la sección IV.1., ninguna explicación de índole no monetaria de los ciclos económicos puede dejar de admitir que - el auge nunca aparecería si no se acompañara de la correspondiente expansión monetaria. Es claro que, de no presentarse una caída en la producción total de la economía, con la consiguiente reducción de la oferta de todos los bienes; entonces, sólo podría producirse una tendencia general hacia el aumento de los precios de éstos, debido a un previo crecimiento de la oferta monetaria. Por ello, las teorías no monetarias de - las fluctuaciones cíclicas terminan por afirmar simplemente, que la expansión monetaria y crediticia, es una condición necesaria, mas no suficiente para que ocurra un ciclo económico, requiriéndose la presencia de otras circunstancias o causas para desencadenar el fenómeno.

No han podido establecer explicaciones muy convincentes, los investigadores que han tratado de relacionar las depresiones económicas con el hecho de suponer que ocurra determinado accidente en la economía, como es

rían: variaciones cíclicas en las cosechas agrícolas, alteraciones climáticas, fenómenos de pánico, cambios psicológicos en las personas así como en las expectativas de los empresarios, revoluciones políticas, modificaciones demográficas; fenómenos todos éstos, que, según ellos, el mecanismo de mercado es incapaz de manejar. Pero, al decir de nuestro economista austríaco, el sistema de mercado ha sabido adaptar de modo bastante satisfactorio la producción y distribución de los innumerables bienes y servicios a todas las circunstancias en que se manifiesta la actividad económica; - por lo que es arbitrario suponer la presencia de específico accidente que desajuste completamente al mecanismo de mercado, desatando todo un ciclo económico o al menos una depresión (AH.p.849). Mises se pregunta: ¿Cómo es posible que los empresarios no logren advertir las variaciones agrícolas, climáticas, energéticas, demográficas, sin poder reaccionar y acomodar a las mismas sus planes de producción? Y podríamos preguntarnos también con él: ¿Por qué razones los empresarios repiten y repiten sus errores en la planeación de sus actividades? ¿Acaso nunca son capaces de aprender de sus equivocaciones en la dirección de sus empresas? Mises nos responde categóricamente:

Influídos por aquel slogan marxista que nos habla de la "anarquía" de la producción "capitalista", los partidarios de las explicaciones no monetarias de los ciclos económicos arguyen que prevalece en la economía de mercado una tendencia a distribuir desproporcionalmente - las inversiones entre las diversas ramas industriales. Nadie, si siguiera las aludidas teorías, llega a negar que los empresarios ponen el máximo interés en evitar errores que han de producirles graves quebrantos económicos. Lo típico de empresarios y capitalistas precisamente es rehuir cuantas operaciones puedan irrogarles pérdidas. La doctrina que presupone el inexorable fracaso de tales empresarios y capitalistas en esos sus intentos por rehuir la pérdida presupone la estulticia de los mismos. Son torpes en exceso para evitar ciertos peligros; una y otra vez recaen en los mismos vicios, al dirigir las operaciones productivas. Lo malo es que la sociedad, al final, tiene que pagar las deficiencias de tan necios promotores, especuladores y empresarios.

Como, indudablemente, fallibles los mortales y, desde luego, no resultan inmunes los hombres de negocios a las flaquezas humanas. Conviene, sin embargo, recordar que el mercado constituye proceso ininterrumpido de selección. Los empresarios de menor eficiencia, es decir, aquellos que no logran prever acertadamente los futuros deseos

de los consumidores, inexorablemente venen separados de sus cargos. Si hay empresarios que se dedican a producir mercancías en cuantía superior a la demanda y no logran, consecuentemente, venderlas a precios remunerativos, sufriendo las correspondientes pérdidas, los demás empresarios, los que ofrecen a los consumidores aquellas cosas - que más les encantan, ven incrementados sus beneficios. Hay sectores que pierden, mientras otros ganan. En modo alguno aparece general de presión. (AH.pp.849-850).

Y continúa Mises, al tiempo que prelude claramente a las modernas expectativas racionales, en el sentido de que los agentes económicos van aprendiendo de sus errores y ajustando su conducta en el mercado:

... los argumentos de las doctrinas que ahora nos interesan se desenvuelven de modo distinto. Sus partidarios presuponen no sólo la general estulticia de los empresarios, sino, además, la ceguera mental - de todo el mundo. En efecto, siendo así que la clase empresarial en modo alguno constituye estamento cerrado, pudiendo cualquiera acceder a ella y que toda persona, en principio, es tan libre para optar a la posición de empresario, brindando la historia del capitalismo de ella ejemplos reiterados, pues son numerosos los individuos sin tradición ni fortuna que triunfaron al producir mercancías que sólo ellos comprendieron permitirían atender las más urgentes necesidades del público, el proclamar que los empresarios, una y otra vez, son víctimas de los mismos errores implica suponer que los hombres somos todos idiotas. No hay, por lo visto, empresario, ni persona alguna - que aspire a serlo, en cuanto se lo permitan los errores de quienes a la sazón lo son, que tenga perspicacia bastante para darse cuenta de la verdadera situación del mercado. En cambio, los teóricos, que jamás han dirigido personalmente negocio alguno, dedícanse tan sólo a filosofar sobre las actuaciones de los demás, ellos sí logran ver, con toda claridad, las trampas en que incesantemente caen los incautos hombres de negocios. Los errores que pierden a sus semejantes, - desde luego, jamás embotan la capacidad mental de esos profesores que todo lo saben. Conocen exactamente donde falla la empresa privada. - Tienen, pues, toda la razón cuando piden poderes dictatoriales para ordenar el mundo económico.

Lo más peregrino de tales doctrinas es que, además, suponen que los hombres de negocios, en su exiguidad mental, asisten obstinadamente en sus erradas actuaciones, pese a que los estudiosos tiempo ha pusieron de manifiesto los yerros en que incidían. Aun cuando, en cualquier libro de texto, les tienen explicadas, ellos reiteran sus equivocaciones ... (AH.pp.850-851).

Respecto de la incapacidad del sistema de mercado para acomodarse a determinados desajustes, se ha mencionado frecuentemente el caso de los bienes llamados duraderos: Estos bienes, precisamente en razón a que sus servicios pueden aprovecharse durante cierto espacio de tiempo, el consumidor no los reemplaza por otros similares; de tal forma que, cuando todo el mundo se ha proveído del número que estima necesario de estos productos, la demanda por los mismos prácticamente se anula; por ello, los fabricantes de estos bienes sufren pérdidas. Sólo resurgen cuando, pasado algún tiempo, los edificios, los automóviles, los refrigeradores y demás artículos similares se han desgastado y es preciso reponerlos. Sin embargo, contrariamente a lo que este razonamiento plantea, la previsión de los empresarios es bastante mayor: la dirección de las empresas, trata de ajustar la producción lo más exactamente posible al volumen previsto de la demanda. Por supuesto, siempre habrá casos en los que el empresario, engañado por el optimismo, pretende ampliar excesivamente sus actividades, por lo que detrae de otras plantas productivas de su misma clase o de diferentes ramas industriales, los siempre escasos factores de la producción. La ampliación de su escala de operaciones hace que se reduzcan relativamente otras producciones. Determinado sector crece mientras otros se contraen, hasta el momento en que la falta de rentabilidad del primero y los grandes beneficios de los segundos alteran y provocan una nueva reasignación de los recursos (véase sección II.2.). A esto nos referíamos cuando cuando anteriormente -en la sección IV.2.-, afirmábamos que en la economía siempre habrá algunas torpes inversiones; pero resalta el hecho de que a fin de cuentas, tanto el auge como la depresión subsiguiente afectan únicamente a una parte del mercado, y no a toda la economía.

Otro de los conocidos ejemplos para mostrar la incapacidad del sistema de mercado para ajustarse a cambios en las condiciones en que se desenvuelve la actividad económica, se basa en el llamado principio de aceleración, el cual pretende explicar los efectos que ejercen sobre la inversión, los cambios en la demanda final de bienes: Toda empresa tiene una capacidad de producción y un volumen de capital invertido, en función de la demanda que exista en el mercado por sus artículos. Al presentarse un aumento tem

poral de la demanda por el bien en cuestión, el empresario tratará de adquirir nueva maquinaria y de realizar nuevas inversiones para hacer frente a dicha mayor demanda, aumentando su producción. Si posteriormente, la demanda disminuye, las ampliaciones efectuadas constituirían torpes inversiones (13). El planteamiento se vuelve particularmente pernicioso al tratarse de bienes duraderos. Cuando la demanda del bien de consumo a aumenta en un diez por ciento, los empresarios incrementan, también en un diez por ciento el equipo p necesario para producirlo. El aumento de la demanda de esta maquinaria p tiene mayor trascendencia en relación con su anterior demanda, cuanto más tiempo perdura la posibilidad de emplear cada pieza de p y, consecuentemente, menor fuera la anterior demanda de tales unidades para la reposición de las piezas desgastadas. Si, por ejemplo, la vida media de una pieza del equipo p fuera de diez años, la anterior demanda anual de dicho artículo equivaldría a un diez por ciento de las existencias de p empleadas por la industria; por lo que al aumentar en un diez por ciento la demanda de a , se dobla la demanda de p , lo cual da lugar a que sea preciso incrementar en un ciento por ciento el equipo r necesario para producir p . Si entonces la demanda de a deja de aumentar, quedará desaprovechada un cincuenta por ciento de la capacidad productiva de r . En el caso de que el aumento inicial de la demanda se reduzca del diez al cinco por ciento, dejará de ser explotado un veinticinco por ciento de la capacidad productiva de r (AH.p.952). De tal manera que, según el principio de aceleración, para que la inversión actual se mantenga estable, el consumo tiene que continuar aumentando a la misma velocidad; si el consumo —o las ventas en este caso—, dejan de aumentar, la inversión se encierda drásticamente.

El error fundamental en que, para Mises, incurre el principio de aceleración, consiste en suponer que las actividades empresariales son meras reacciones automáticas provocadas por las disposiciones de la demanda: se considera que tan pronto como sube la demanda, aumentando por ello la rentabilidad de la correspondiente industria, el empresario responderá inmediatamente, ampliando la capacidad productiva en cuestión. Pero esta suposición, en realidad, carece de base. Bien sabido tenemos que los hombres de

negocios se equivocan con frecuencia y que pagan caros sus errores (Ah. pp. 853-854). Quien actuara en el escenario económico, como el principio de aceleración presupone, no sería un empresario, sino más bien un mecánico automático o un títere del mercado. El verdadero empresario especula, pretendiendo lucrarse a través de sus personales juicios acerca de la configuración futura del mercado. Como decimos en la sección II.4., ese adivinar - la incierta situación del mañana, no se adapta a reglas ni a sistemáticas alguna; ni se enseña ni se aprende, ya que de ser así; todos podríamos dedicarnos a empremarios con grandes probabilidades de éxito. Lo que muchas veces distingue a los empresarios que logran triunfar del resto de las personas es el ser fieles a su propia opinión o visión respecto del futuro del mercado, que muchas veces no coincide con la óptica de la mayoría de la gente. Si la actual estructura de los precios da lugar a que sea muy lucrativa la venta de determinados artículos, su producción se ampliará solamente, si los empresarios consideran que esa favorable disposición del mercado va a perdurar lo suficiente volviendo a los proyectos de inversión rentables. Por más elevados que sean los beneficios hoy percibidos, en ningún caso se ampliará la capacidad productiva de la empresa en cuestión, si los empresarios no están convencidos de que en términos financieros sea factible efectuar las nuevas inversiones. Por ello, no parece del todo aceptable, el análisis del fenómeno de los ciclos económicos que pretende explicarlos basándose en el hecho de que determinadas empresas o grupos empresariales se equivoquen gravemente al prever el futuro y efectúen en consecuencia torpes inversiones. El objeto de estudio de la teoría de los ciclos económicos es el auge de toda la economía -el afán de querer ampliar la producción en todos los sectores- y la posterior crisis general. Este complejo fenómeno de grandes dimensiones no puede atribuirse a que los beneficios de ciertas industrias, provocadas por un incremento en su demanda den lugar a la ampliación de las mismas y posteriormente a exageradas e inoportunas inversiones.

En realidad haría constatar que, cuanto mayores proporciones toma el auge, tanto más difícil es adquirir máquinas y equipos. Las cantidades de pedidos de las empresas productoras de dichos artículos al-

canzan cifras impresionantes. Las entregas a los clientes efectóanse tras períodos de espera extraordinariamente dilatados. Ello bien claro demuestra que los fabricantes de elementos de producción no amplían su propia capacidad con aquella precipitación con que el principio de aceleración presume.

Es más; aun cuando, a efectos dialécticos, admitiéramos que capitalistas y empresarios efectivamente procedían según ... (la teoría del acelerador,) todavía habrían de aclararnos tales ideólogos cómo -podían aquellos proseguir esos sus destinados planes si el auxilio de la expansión crediticia. Esa propia obsesión por efectuar las ampliaciones y supletorias inversiones aludidas forzosamente ha de provocar el alza de los precios de los complementarios factores de producción y la subida de la tasa del interés en el mercado crediticio. Tal circunstancia acabaría con las tendencias expansionistas de no concurrir la correspondiente expansión crediticia. (AH.p.854).

Para terminar esta sección, quisiera poner en palabras de Mises, su opinión al respecto de la medición estadística de los ciclos económicos. Nos nos sorprenderá su escepticismo al respecto, después de lo expuesto en el capítulo I, sobre la praxeología y sus conceptos acerca de la medición en el campo de la acción humana:

Por medios estadísticos, los aficionados a ... estudios numéricos han pretendido analizar los denominados ciclos económicos largos. Vemas resultan tales pretensiones. La historia del capitalismo europeo refleja un continuo progreso económico, una y otra vez, sin embargo, interrumpido por frenéticos auge y su inexorable escuela: las sórdidas depresiones. Las estadísticas recogen, por lo general, tales movimientos contrarios a la general tendencia hacia un continuo aumento del capital invertido y un permanente incremento de la producción. En dicha tendencia no obstante, resulta imposible descubrir fluctuación rítmica alguna. (AH.pp.838-839).

La creación de laboratorios consagrados a la investigación del cáncer es muy posible contribuya al descubrimiento de métodos que combatan e impidan la aparición de tan terrible enfermedad. Un seminario de investigación económica, por el contrario, en nada puede ayudar a la evitación de una crisis económica. De muy escasa utilidad resulta, en relación con el estudio de los fenómenos depresivos, la recopilación de datos relativos a pasadas depresiones, por sistemático y fidedigno que el trabajo sea. Los investigadores, no disienten en cuanto a los hechos; difieren, en cambio, diametralmente entre sí en la interpretación de los mismos. (AH.p.1252).

IV.4. Las medidas contracíclicas.

"La idea de que se pueden pulsar delicadamente las cuerdas de la economía, es arrogancia."

Paul A. Samuelson.

"En vista de que nadie entiende muy a fondo cómo responde la economía, es preferible no intentar nada extravagante."

Robert Lucas.

Para muchos economistas de corte socialista o intervencionista, las crisis económicas son consecuencia inevitable del vicioso funcionamiento de la economía de mercado; así piensan con distintos matices del concepto, entre otros: Simonde de Sismondi, Marx, Engels, Kautsky, Rosa Luxemburg, Lenin, Keynes. Para los socialistas, sólo la sustitución del capitalismo -- por el socialismo permitirá eliminar las fluctuaciones de la actividad económica. Los dirigistas o intervencionistas, en cambio, consideran que éstas se pueden evitar o, al menos suavizar, si el gobierno interviene oportuna y convenientemente. Para ellos, corresponde a los hacedores de política económica diseñar un programa de estabilización que lleve a la economía a una alta y sostenida tasa de crecimiento económico, sin inflación, con adecuados niveles de empleo, sin problemas en la balanza de pagos, y por supuesto sin crisis económicas.

Los daños provocados por la intervención estatal en los asuntos monetario y los desastrosos efectos causados por aquellas actuaciones -- que pretenden reducir al tipo de interés e incrementar la actividad mercantil mediante la expansión crediticia hicieron a las gentes amar la "estabilización". Cabe comprender tanto la aparición de este -- erróneo ideario como el atractivo que para las masas el mismo encierra, si paramos mientes en la serie de arbitrazgos padecidos por la moneda y el crédito ... Es posible, entonces, incluso disculpar las equivocaciones que el aludido pensamiento supone; pero, por benévolo que queramos ser, no cabe disimular el grave error científico en que los partidarios de tales doctrinas inciden. (AH.p.339-400).

Acerca de la política de estabilización, Mises comenta con mordacidad, que nada cabría objetar a los dirigistas si, para evitar las depresiones y lograr cumplir los anteriores objetivos, recomendarán orden monetario; - esto es, básicamente, la supresión de las expansiones monetarias y crediticias. Sin embargo, los intervencionistas rechazan de antemano este planteamiento; para ellos, la economía sigue un curso siempre irregular, por lo que pretenden realizar una política fiscal o monetaria expansiva, con el fin de contrarrestar las crisis económicas, llevando a cabo lo que denominan, medidas contracíclicas.

Las dos medidas contracíclicas hoy de mayor predicamento consisten en construir obras públicas y en invertir grandes sumas en empresas estatales. Tales fórmulas no son, sin embargo, tan originales como sus partidarios suponen. Las gentes, desde antiguo, en cuanto surgía la temida crisis, reclamaban la iniciación de ambiciosos proyectos - que crearan puestos de trabajo y contuvieran la caída de los precios. La proposición, a primera vista, parece plausible; pero el verdadero problema estriba en cómo financiar tales obras. Si el estado, al efecto, incrementa los impuestos o lanza empréstitos, en nada aumenta lo que los keynesianos denominan gasto conjunto total, pues reduce la capacidad de consumo y de inversión de los particulares en igual medida que incrementa la propia. De recurrir, en cambio, a la inflación, en vez de mejorar, empeora las cosas. Quizá consiga así el gobierno diferir por algún tiempo el estallido de la crisis. Cuando, sin embargo, llegue el inevitable final, la depresión será tanto más violenta cuanto por más tiempo el gobierno haya venido aplazándola. La verdad es que los "expertos" del dirigismo no acaban de percatarse del problema subyacente. Lo fundamental para ellos es tener bien preparados "los correspondientes planes de inversión pública y articulados los grandes proyectos que habrán de ponerse en marcha al primer signo de peligro". He aquí, aseguran, "el método más acertado, cuya adopción recomendamos a todos los países ... (14) (AH.pp.1151-1152).

El problema central de estructurar los proyectos, con los cuales se hará, ya en concreto, la política contracíclica, radica en encontrar los medios necesarios para su ejecución. Ya habíamos dicho en la sección II.5., que la posición del gobierno en la economía no se diferencia de la que ocupan los otros agentes intervinientes, es decir, la economía doméstica y las empresas. El gobierno no es una deidad situada fuera de la órbita del mercado. Tampoco dispone de recursos propios ilimitados, sino que los obtiene, precisamente de sus gobernados. Las autoridades no se pueden permi

tir el lujo de caer eternamente en déficits; tarde o temprano pagarán las consecuencias que acarrea esta situación.

Los intervencionistas coinciden en el error básico de ignorar que el capital disponible es siempre escaso. La crisis en su opinión, parece porque de pronto se apodera de las gentes una misteriosa aversión tanto a invertir como a consumir. Cuando lo que de verdad interesa es incrementar la producción y restringir el consumo, con miras a aumentar así el capital disponible, los intervencionistas quisieran ampliar el tiempo al consumo y la inversión. Preconizan éstos que el poder público acometa empresas que precisamente no son rentables por cuanto los correspondientes factores de producción deben sustraerse a otras producciones que permitan atender necesidades que los consumidores consideran más urgentes que aquéllas que la acción estatal cubrirá. No advierten que las grandes obras públicas que recomiendan, en realidad, no sirven sino para empeorar las cosas, al venir a incrementar la escasez de capital. (AH.pp.1152-1153).

Con tanta palabrería acerca de las medidas contracíclicas no se pretende más que confundir a la opinión pública e impedir a las gentes advertir cuál sea la verdadera causa provocadora de las fluctuaciones cíclicas. Hállase actualmente comprometidas las autoridades, en todo el mundo, a una política de intereses bajos, de expansión crediticia, de inflación, en fin. Y luego cuando las inevitables consecuencias de tales manipulaciones afloran, quienes están en el poder no saben sino provocar nuevas y mayores inflaciones. (AH.p.1153).

Quienes aconsejan a las autoridades prudencia monetaria, tratando de evitar que se lleve a cabo una política monetaria expansiva, han sido acusados de carecer de conciencia social y de tratar de perpetuar la depresión. Paradojicamente, esta acusación, pone de manifiesto que el ciclo económico -o el camino errático de la actividad económica-, mucho debe a quienes deliberadamente buscan provocar artificiosas aforias, siguiendo -una política económica de freno y arranque, o como también se la llama, de pare-siga.

Los intervencionistas, al referirse a las medidas contracíclicas, invocan siempre los supuestos éxitos que tal política tuvo en Suecia. Ciertamente que entre 1932 y 1939 el gobierno sueco duplicó sus gastos e inversiones. Ello, sin embargo, no fue causa, sino efecto, de la prosperidad por el país a la nación disfrutada gracias exclusivamente al rearme alemán. No sólo pudieron los suecos incrementar enormemente sus exportaciones a Alemania, sino que además se vieron libres de

la competencia germánica en el mercado internacional. Las exportaciones suecas de 1932 a 1938 aumentaron por esta razón (en miles de toneladas) según sigue: mineral de hierro, de 2,219 a 12,495; lingote, de 31,047 a 92,980; ferrosaleaciones, de 15,453 a 28,605; otros tipos de hierro y acero, de 132,287 a 256,146; maquinaria, de 46,230 a 70,605. Había 144,000 parados en 1932, y 165,000, en 1933. Pero, tan pronto como el rearme alemán tomó impulso, el paro fue reduciéndose, de 115,000 en 1934 a 62,000 en 1935, a 16,000 en 1938. El autor del "milagro", sin embargo, no fue, en este caso, Keynes, sino Hitler. (AH.p.1153, nota).

O como nos dice Milton Friedman refiriéndose a la economía norteamericana:

HA:

La primera y más importante lección que nos enseña la historia acerca de lo que puede realizar la política monetaria - y se trata de una lección de la más profunda importancia- es que puede evitar que el propio dinero sea una fuente importante de perturbación económica. La anterior parece una proposición negativa: evitar errores más serios. En parte lo es. Quizá no hubiese habido la Gran Depresión, y de presentarse habría sido menos grave, si la autoridad monetaria hubiera evitado errores, o si los dispositivos monetarios hubiesen sido los de una época anterior en que no había una autoridad central con poder suficiente para incurrir en la clase de equivocaciones que cometió el Sistema de la Reserva Federal. Acercándonos más a los sucesos que nos son familiares, los últimos años habrían sido más entabiles y habrían producido más bienestar económico si la Reserva Federal se hubiese abstenido de cambiar de dirección en forma brusca y errática, primero, expandiendo el circulante a un ritmo excesivamente rápido; luego ... apriando el freno con demasiada dureza ... posteriormente ... invirtiendo su tendencia y reanudando la expansión ... a un paso más rápido del que puede mantenerse a la larga sin una inflación considerable. (15).

Las enseñanzas que nos han dejado las amargas experiencias de las políticas económicas heterodoxas: altísimas tasas de inflación, acompañadas de recesión; desempleo y problemas en el sector externo; nos permiten aconsejar que al fallar la heterodoxia, la ortodoxia se revalúa. Parece ser que es momento de regresar a la disciplina monetaria, donde la regla de política óptima es la anunciada y mantenida persistentemente por las autoridades minimizando así los riesgos de caer en una severa depresión. La disciplina monetaria, permite crear un entorno de estabilidad a la actividad económica, la cual ya de manera inherente es incierta en relación a la fu

tura actuación de los sujetos (véase sección I.2.).

Evidentemente, dejaría de ser incierto el futuro de ser posible predecir exactamente lo que acontecerá en la economía. Bajo este supuesto, de desaparecer tanto las pérdidas como las ganancias empresariales; las personas piden a los economistas, en ese sentido, un imposible; es decir, algo que desborda la capacidad de la mente humana (véase sección II.4.). Muchos economistas podrán pronosticar que de la bonanza, eventualmente se dará pascal reajuste del mercado y a la crisis. No obstante, desconocen el momento preciso en que se producirá el cambio; numerosas circunstancias - políticas y económicas - como una nueva expansión monetaria-, pueden adelantar o retrasar el evento. Tampoco se puede predecir exactamente la duración del período de auge ni de la subsecuente depresión (AM.p.1257). Sin embargo, los modernos economistas de la escuela de las expectativas racionales, a los cuales Mises también prelude sorprendentemente, plantean la idea de que los sujetos económicos tienden a seguir una conducta racional y optimizadora en el mercado, buscando allegarse de toda la información - relevante disponible y procesarla de manera inteligente, para así tomar la mejor decisión posible en el momento de actuar en el mercado. Esta información incluye la estructura de la economía en que se mueven, así como las acciones pasadas y presentes del gobierno, y las estrategias o políticas económicas que se supone éste puede adoptar en el futuro (16). Veamos el planteamiento mismo al respecto, refiriéndose al ciclo económico, en especial a la expansión monetaria y crediticia que da origen al auge:

Numerosos economistas piensan que, hoy como ayer, cuantas veces - los poderes públicos desencadenen la expansión crediticia sucederá, en regular alternativa, los períodos de euforia y de depresión. Estiman que la expansión en el futuro, habrá siempre de provocar efectos similares a los que registró la Gran Bretaña, del siglo XVIII, y Europa Central y Occidental y América del Norte, desde mediados del XIX. Cabe, sin embargo, dudar de que las circunstancias hoy concurrentes sean las de otrora. La teoría del ciclo económico es actualmente tan conocida, incluso fuera del ámbito especializado, que aquel cándido - optimismo que animaba al empresario durante los períodos de euforia ha dado paso a desconfiado escepticismo. No sería, pues extraño que, en el futuro, variara la reacción del mundo empresarial ante la expansión crediticia. Posiblemente se hayan ya percatado los hombres -

de negocios de que la expansión tiene el mismo final y, consecuentemente, cabe que renuncien a ampliar sus operaciones durante las épocas de dinero fácil. Hay síntomas que parecen anunciar el cambio. Se ría sin embargo, prematureo, deducir conclusiones definitivas.

Indudable influencia, en un cierto aspecto, ha tenido la teoría - monetaria de los ciclos económicos sobre la marcha de los acontecimientos. Nadie que hoy desempeñe un cargo dependiente de la administración -ya sea en los organismos fiscales, en los bancos de emisión o en las neo-ortodoxas cátedras universitarias- se avendrá a admitir lo, pero la opinión ya no duda de la certidumbre de las dos conclusiones básicas de la teoría; a saber, que la causa originaria de la depresión es el previo auge y que éste es, a su vez, consecuencia de la anterior expansión crediticia. Por eso, en la actualidad, generalizan se la alarma tan pronto como aparecen los primeros síntomas. Incluso las autoridades comienzan en seguida a hablar de la conveniencia de impedir nuevas subidas de precios y de reducir los márgenes de beneficio, imponiendo efectiva restricción del crédito. Se yugula así rápidamente la euforia y comienza la recesión. Tal es la razón por la que en la última década los ciclos económicos se hayan hecho mucho más cortos. Hemos tenido a lo largo del período auges y depresiones, pero sus respectivas fases han sido de escasa duración, sucediéndose las unas a las otras con una mayor frecuencia. Nos hallamos ya muy lejos del ciclo "clásico" de los diez años y medio que Jevons relaciona con la cíclica variabilidad de las cosechas. Y lo más interesante es que, como el auge concluye antes, hay menos malas inversiones - y, en consecuencia, la subsiguiente depresión es también de gravedad menor. (AH.pp.1149-1150).

El sistema de mercado es un mecanismo generador de señales para el público. Pero no cualquier señal es interpretada adecuadamente por los sujetos económicos. El alza del precio de un determinado producto puede ser - síntoma, ya sea, de una inflación generalizada, o bien de un aumento en la demanda real; evidentemente, la respuesta del empresario debe ser distinta en un caso y en otro. Toda política que pueda crear señales falsas, haciendo creer a los agentes económicos, por ejemplo, que un cambio es del segundo tipo, cuando en realidad es del primero, repercutirá negativamente en el bienestar de las personas. Supongamos que un empresario se enfrenta con un alza en el precio de su producto; y aquí cabe hacerse la pregunta: ¿Se trata de un cambio en toda la economía?, en tal caso, no hay que cambiar producción ni empleo, sencillamente porque estamos hablando de - una simple inflación, de una manipulación monetaria del gobierno. Pero, - qué sucede, si se trata de un cambio específico de su mercado; de ser así,

es vital reaccionar ante él, aumentando los niveles de operación. Pensemos que se trata de una expansión monetaria, la cual se traducirá a la larga, en un aumento en el nivel general de precios, y que esta expansión se interpreta erróneamente como propia de un solo mercado, es decir, cada empresario considera que es un incremento en el precio relativo del suyo propio; entonces, todos reaccionan aumentando producción y empleo, reduciendo inventario e invirtiendo más. Por supuesto cuentan con los créditos para realizarlo, gracias a la expansión monetaria y crediticia: ahí tendríamos el arranque del ciclo. Pero qué sucede si los sujetos económicos se dan cuenta —como Mises y los teóricos de las expectativas racionales nos muestran— de que este proceso, ya se ha presentado en anteriores ocasiones, y que se trata de una simple repetición de un pretendido auge en la economía. Las personas se dan cuenta de que los otros mercados también están experimentando alzas de precios y simplemente no continúan, o ni siquiera empiezan la ampliación de sus operaciones. La economía regresa a sus niveles naturales —quizá con un ajuste rápido—, probablemente con mayor inflación, o quizás se caiga en un proceso estancacionario. Pero el punto clave dentro de la exposición de los economistas de las expectativas racionales consiste en que a los sujetos económicos no se les puede enganchar eternamente y por este motivo el auge no se dará, es decir, la expansión monetaria irá perdiendo paulatinamente capacidad para impactar a la economía, hasta que finalmente no provocará, ni siquiera en el corto plazo, un auge artificial con menor tasa de desempleo. En definitiva, los sujetos económicos, tienden a no repetir sus errores. Como se ve, las posibilidades de la política de estabilización se van estrechando. La capacidad para generar un auge artificial en la economía va siendo cada vez menor. Solamente los movimientos no anticipados por el público en las variables económicas, o sea, expansiones monetarias y crediticias no esperadas, podrán tener efectos sobre la tasa de interés, la producción, los proyectos de inversión y el empleo (17). Si los empresarios aprecian que se está llevando a cabo una política monetaria expansiva, un aumento de la cantidad de dinero, sabiendo que esto suele preceder a un aumento en los precios, interpretarán todo el episodio económico como una inflación, e como

un intento de provocar un auge y no como un alza de los precios relativos; luego, sólo los aumentos no esperados de la oferta monetaria tendrán efectos expansivos en la economía. Dicho de otro modo, para que el gobierno tenga éxito en una expansión monetaria, es necesario que tome por sorpresa, a los sujetos económicos. Pero como Mises y los teóricos de las expectativas racionales han planteado, lo anterior no se puede hacer eternamente, ya que éstos tratarán de obtener la información necesaria y relevante, para no caer en un auge artificial, que les provoque serias dificultades - en el momento de reajuste del mercado.

De cualquier forma, las ideas misianas así como las de los economistas de las expectativas racionales deben ser ampliamente en la teoría y la política económica. Para muchos, estos y otros descubrimientos o replanteamientos, no están aislados; forman parte de una corriente, que en los últimos años quiere hacernos volver a una economía más sana, estable y sensata. En realidad suponen una crítica muy seria a los modelos y teorías - de raíz keynesiana; cuestionando esquemas en vigor durante décadas. No parece aventurado afirmar que en el futuro estos desarrollos teóricos no se omitirán ni en los estudios, ni en la elaboración de políticas.

IV.5. El retorno al orden monetario.

"... El arte de la economía consiste en considerar los efectos más remotos de - cualquier acto o política y no meramente sus consecuencias inmediatas; en calcular las repercusiones de tal política - no sobre un grupo, sino sobre todos los sectores."

Henry Hazlitt.

"... la curva de Phillips se ha convertido en un objeto volador no identificado."

Arthur M. Okun.

Hemos visto como muchas personas en general, y algunos economistas en particular, han considerado a la expansión monetaria y crediticia, como - un medio eficaz para reducir, de manera permanente la tasa de interés por debajo del nivel que tendría en un mercado crediticio y de capitales no - interferido; a este respecto se ha llegado a afirmar incluso, que mediante el incremento de la oferta monetaria, el tipo de interés, puede ser reducido, paso a paso, hasta llegar a cero. Hemos demostrado, siguiendo a - nuestro economista austriaco, que esta idea es errónea; y sin embargo, in forma a la política económica de muchos gobiernos contemporáneos. No sólo eso, sino que la economía sana, es en ocasiones casi completamente desco - nocida. Al respecto Mises escribió:

... La política de las últimas décadas fue forjada por una mentalidad que se mofa de todas las teorías económicas sensatas, ensalzando en cambio las torpes doctrinas mantenidas por los detractores de aquéllas. En la mayoría de los países la llamada "economía ortodoxa" hállase desterrada de las universidades y es virtualmente desconocida por estadistas, políticos y escritores. No cabe, desde luego, culpar de la triste situación que la presente realidad social presenta a - una ciencia dendeñada y desconocida por masas y dirigentes. (AH.p.30).

Hay personas a las que se califica comúnmente de arbitristas monetarios; ofrecen fórmulas para hacer felices a todos mediante manipulaciones dinerarias; se trata desde luego, de puras fantasías. Pero la verdad es que tales fórmulas vienen a ser consiguiente aplicación de las ideologías monetarias que la opinión pública contemporánea - suscribe y que aceptan en sus programas prácticamente todos los gobiernos. Las objeciones opuestas por los economistas a esos erro-

res ideológicas ni las administraciones públicas ni los partidos políticos ni los grandes rotativos las toman en cuenta. (AH.p.290).

... (Para los inflacionistas radicales) la escasez es fruto de las artificiosas restricciones impuestas a la expansión crediticia y a otras sistemáticas que permiten incrementar la cantidad de dinero circulante, medidas restrictivas que los egoístas intereses de clase de los banqueros y demás explotadores han logrado imponer, sin que la ignorancia de las gentes permitiera montar una oposición seria a tales maquinaciones. Panacea para todos los males es el incrementar ilimitadamente el gasto público.

Estamos ante el mito de la abundancia y de la saciedad. Dejando el tema en manos de los historiadores y los psicólogos, cábele a la economía desentenderse del problema de determinar por qué es tan populoso este arbitrario modo de pensar y esa tendencia de las gentes a soñar despiertas. Frente a tan vana palabrería, la economía afirma tan sólo que su misión es enfrentarse con aquellos problemas que le suscitan al hombre precisamente porque el mantenimiento de la vida humana exige disponer de múltiples factores materiales. La economía se ocupa de la acción, es decir, del esfuerzo consciente del hombre, por paliar, en lo posible sus diversos malestares. (AH.p.366).

Básicamente, la principal argumentación de Lord Keynes -muy probablemente, el economista más influyente de lo que va del presente siglo- gira alrededor de la convicción de que el mecanismo de mercado es torpe, mientras que la dirección de la economía por parte del gobierno, guiada por expertos, haciendo a un lado las fuerzas impersonales del mercado, será mucho más eficiente y mucho más humana. Para Keynes, permitir que la economía -funciones conforme a las leyes del mercado provocará la concurrencia cíclica del auge y la depresión, y con ella el desempleo o la inflación serían inevitables. Identificando las causas de tales disturbios con un nivel inadecuado -por defecto o por exceso- de demanda efectiva, propuso entonces que fuese el gobierno quien estimulase el gasto público o modificara los impuestos, la tasa de interés y la oferta monetaria, para así manipular a la demanda agregada. Keynes prefirió el gasto público al privado, apoyando los déficits presupuestales, poniendo en mano de los políticos una teoría que les caía "como anillo al dedo" para justificar políticas económicas expansivas.

No simpatizando con las ideas marxistas, pero estando convencido de que el sistema de mercado no generaría un proceso de desarrollo económi-

co sostenido, Keynes se esforzó, indudablemente de buena fe, por encontrar un camino que, para desgracia de muchas economías contemporáneas dió justificación teórica a anhelos políticos alejados del realismo económico.

Keynes, con su teoría del empleo, el interés y el dinero, y sobre todo algunos de sus seguidores, han pretendido dar al arbitraje monetario y - al dirigismo económico, categoría de inmovible principio en el cual basar todo el sistema económico. A este respecto, Mises nos dá unos comentarios nada halagadores sobre el propio Keynes:

El tendero o el tabernero tal vez caigan fácilmente en el error - de suponer que lo que tanto él como los de su clase precisan para ser más ricos es reforzar la tendencia gastadora del público. Les conviene a ellos, piensan, que las gentes gasten más. Lo grave, sin embargo, es que tan torpe idealismo haya sido presentado al mundo como una nueva filosofía social. Lord Keynes y sus discípulos achacan a la escasa tendencia de las gentes a gastar cuantos fenómenos económicos estiman recusables. Lo que, en opinión de tales teóricos, conviene para hacer a todo el mundo más rico es no tanto ampliar la producción, sino incrementar el gasto. Precisamente para que las gentes gastaran más fue ingenjada la política "expansionista". (AH.p.645).

... Keynes no aportó ninguna idea original; limitóse a vestir con nuevos las falacias inflacionistas, mil veces refutadas por los economistas. Su programa tenía incluso menos consistencia y encerraba más contradicciones que el de alguno de sus predecesores que, como - Silvio Gesell, habían sido generalmente recusados por su condición de vances arbitristas. Keynes, apelando a la artificiosa terminología de la economía matemática, limitóse a dar más presentabilidad a las tesis de quienes desde antiguo habían defendido la inflación monetaria y la expansión crediticia. Los partidarios del intervencionismo no sabían ya cómo presentar sus recomendaciones de gastar sin tasa; incapaces se reconocían de combatir con éxito el teorema económico relativo al paro institucional. En tal situación, gustosos saludaron la "revolución keynesiana" con los versos de "Wardsworth: ... (Divino era el nero asistir a aquel amanecer; pero si además se gozaba de juventud - entonces era como hallarse en el propio paraíso). Tan celestial felicidad fue, sin embargo, de corta duración ... (AH.pp.1143-1143).

El estatismo que Mises tanto cuestionara recibe hoy en día nuevos y numerosos ataques desde distintos frentes. Los gobiernos dirigistas, que - han seguido políticas keynesianas se debaten en vano, por controlar una - inflación aparentemente irradicable, que subsiste aún en los momentos de mayor recesión, lo cual, pone en tela de juicio a buena parte de la teoría

económica prevaleciente. Dificilmente se acepta hoy en día la idea de que para lograr crecer sea necesario provocar inflación. Y prácticamente nadie apoya la idea de que no exista diferencia entre invertir en servicios productivos que en faraónicas pirámides. Por todo ello, muchos arbitristas monetarios, no pueden ocultar su decepción.

Al decir de Mises, una de las principales tareas a realizar por los economistas, consiste en refutar la sofistería expansionista e inflacionaria. No podrá hablarse de reconstrucción monetaria ni de recuperación económica en tanto los gobiernos y universidades sigan promoviendo tales doctrinas que aparecen a título de verdades incommovibles.

Hay que darse cuenta de que la situación actual del Mundo, y sobre todo el presente estado de las cuestiones monetarias, son la consecuencia de la aplicación de las doctrinas que se practican predominantemente hoy en día. Las grandes inflaciones de nuestro tiempo no son obra de Dios; las hacen los hombres, o, para decirlo claramente, los Gobiernos. Efecto de la doctrina que atribuyen a los Gobiernos el mágico poder de crear riqueza de la nada y de hacer feliz al pueblo aumentando la "renta nacional". (TDC.p.5).

No es probable que impresionen a los demagogos los argumentos que esgrime la Economía en contra de la doctrina inflacionista y expansionista. Al demagogo no le preocupan las consecuencias reactivas que pueda acarrear su modo de obrar; elige la inflación y la expansión crediticia a sabiendas de que ha de durar poco la prosperidad repentina que producen y que acabará inevitablemente en fracaso. Hasta puede - que se jacte de que le son indiferentes los efectos que ello produzca a la larga. Dice que, a la larga nos escribiremos todos; solamente - cuenta lo que suceda a la corta.

Pero la cuestión está en saber cuánto durará esa a la corta. Parece ser que los estadistas y los políticos han aumentado considerablemente la duración de esa a la corta. El diagnóstico correcto del presente estado de cosas es este: hemos sobrevivido a esa a la corta y ahora tenemos que enfrentarnos con las consecuencias a la larga que los partidos políticos no han querido tener en cuenta. Los resultados han sido precisamente los que había pronosticado la sara economía, la denominada ortodoxa, por la escuela neo-inflacionista. (TDC.pp.5-6).

Mises se muestra aún más exigente respecto de su petición de regresar e implantar la disciplina monetaria:

Es preciso creer en la realidad de que las políticas económicas de los que se dicen progresistas no pueden prescindir de la inflación. No pueden admitir ni admitirán nunca una política de dinero sano. No pueden renunciar a sus políticas de gastos que producen déficit ni a la ayuda que prestan a su propaganda anticapitalista las inevitables consecuencias de la inflación. Es cierto que hablan de poner fin a la inflación; pero lo que en realidad pretenden, no es poner fin a la política de aumentar la cantidad de dinero en circulación, sino establecer el control de los precios, es decir, planes fútiles para eludir la necesidad urgente que nace de sus políticas. (TDC,p.486).

El dirigismo, que bien puede ser llamado la economía del corto plazo, - parecía ser la última palabra en economía. Esta concepción teórica y de política económica se erigió como la gran promesa contra el ciclo económico y el desempleo, nueva ortodoxia incuestionable, al menos en sus consecuencias a corto plazo. Pero, ¿ Y a largo plazo? ... Porque, ocurre que hoy es ya el mañana que se nos aconsejaba despreciar, y no todos estamos muertos.

Suele distinguirse, entre los varios efectos provocados por todo cambio, los más inmediatos de aquellos otros temporalmente más alejados, es decir, los efectos a corto plazo y a largo plazo. Tal distinción es, desde luego, mucho más antigua de lo que algunos modernos teóricos quisieran hacernos creer.

El advertir los efectos inmediatos -a corto plazo- de determinado evento no exige, por lo general, particular análisis. Suelen presentarse con la máxima evidencia y difícilmente pasan inadvertidos ni si quiera al observador más imperito en materia económica. pero precisamente surge la economía como nueva ciencia cuando unos cuantos pensadores geniales comienzan a sospechar que los efectos a largo plazo -de los cambios económicos podían bien ser muy distintos de aquellos otros inmediatos que todos, hasta los más torpes, observan. El mérito principal de nuestra ciencia consistió en resaltar esos repetidos efectos a largo plazo anteriormente inadvertidos por gobernantes y súbditos. (AH.pp.951952).

Desde los tiempos de la escuela clásica, se destacaba la conveniencia - de que autoridades y estadistas, al planear y actuar, ponderen, no sólo los efectos inmediatos de la correspondiente política económica, sino además, las consecuencias a largo plazo que ésta provoca. El economista, si lesea percatarse de los resultados de cierto evento, habrá de comenzar - por examinar y valorar los efectos inmediatos de cierta actuación pública, para luego analizar sucesivamente las consecuencias ulteriores hasta lle-

gar a los resultados últimos. Es vital entonces, considerar los resultados de determinada política económica, planeada o ejecutada, no sólo a corto plazo y en relación con algún grupo de intereses especiales, sino a la larga y en relación con el interés de toda la colectividad. Es esta última distinción, una de las diferencias entre la buena y la mala economía (19). El mal economista sólo ve lo que se advierte de un modo inmediato, mientras que el buen economista percibe también más allá. El primero tan sólo contempla los efectos directos del plan a aplicar o sobre un grupo en particular; el segundo no se desentiende de las consecuencias indirectas y más lejanas. Aquél sólo considera los resultados de una determinada política, en el pasado o en el futuro, sobre cierto sector; éste se preocupa también de los efectos que tal política ejercerá sobre todos los grupos. Al respecto nos comentan Henry Hazlitt y el propio Mises:

El distingo puede parecer obvio. La cautela de considerar todas las repercusiones de cierta política quizá se nos antoje elemental. ¿Acaso no conoce todo el mundo, por su vida particular, que existen innumerables excesos gratos de momento y que a la postre resultan altamente perjudiciales? ¿No sabe cualquier muchacho el daño que puede ocasionarle una excesiva ingestión de dulces? ¿No sabe el que se embriaga que va a despertarse con el estómago revuelto y la cabeza dolorida? ¿Ignora el dipsómano que está destruyendo su hígado y acortando su vida? ¿No consta el Don Juan que marcha por un camino erizado de riesgos, desde el chantaje a la enfermedad? Finalmente, para volver al plano económico, aunque también humano, ¿dejan de advertir el perezoso y el derrochador, en medio de su despreocupada disipación, - que caminan hacia un futuro de deudas y miseria?.

Sin embargo, cuando entramos en el campo de la economía pública, - verdades tan elementales son ignoradas. Vemos a hombres considerados hoy como brillantes economistas condenar el ahorro y propugnar el despilfarro en el ámbito público como medio de salvación económica; y - que cuando alguien señala las consecuencias que a la larga traerá tal política, replican petulantes, como lo haría el hijo pródigo ante la paterna admonición: "A la larga todos muertos". Tan vacías agudezas pasan por ingeniosos epigramas y manifestaciones de madura sabiduría. (19).

Por razones obvias hay individuos, partidos y grupos de presión - que aseguran que sólo los efectos a corto plazo interesan. La acción política -dicen- no debe preocuparse por las consecuencias a largo plazo. Las medidas que inmediatamente pueden producir resultados beneficiosos no deben rechazarse simplemente porque las consecuencias finales cabe sean nocivas. Lo que importa son los efectos inmediatos:

"o la larga, todos muertos". La economía, ante asertos tan arbitrarios, limitase a recordar que conviene al bienestar del hombre soportar la totalidad de las consecuencias de sus actos, tanto las próximas como las remotas. Hay, desde luego, situaciones en que tanto los individuos como las naciones hacen bien provocando efectos a largo plazo altamente desagradables cuando de esa suerte evitan otras consecuencias inmediatas aún más incómodas. Puede haber ocasiones en que el sujeto actúe cuerdamente al quemar sus muebles para calentarse. El intercedido, al proceder así, habrá previamente ponderado todos los efectos, los próximos y los remotos, de su acción, sin incidir en el error de suponer haber descubierto un nuevo y maravilloso sistema de calefacción. (AH.pp.952-953).

Lo trágico del asunto radica precisamente en que, estamos padeciendo las consecuencias a largo plazo de las políticas de un pasado más o menos reciente. Las repercusiones remotas de ciertas políticas económicas pueden hacer se tangibles dentro de pocos meses; otras quizá requieran el transcurso de varios años o hasta décadas. Pero, en todo caso, las consecuencias remotas se hallan contenidas fatalmente en la política en cuestión. Desde luego, - insistimos, se puede incidir en el error contrario: Al ponderar un cierto programa económico no debemos aterarnos exclusivamente a sus resultados remotos sobre toda la comunidad, hay que tratar de prever todas las consecuencias fundamentales de determinada política o programa económico, sus efectos remotos sobre todos los grupos sociales.

Muchos dirigistas confunden necesidad con demanda, olvidando que la verdadera demanda económica requiere no sólo necesidad, sino también el poder de compra correspondiente. La simple inflación, es decir, la mera emisión de más dinero, puede aparecer como creación de mayor demanda; pero en términos de producción real e intercambio de mercancías efectivas no lo es. No basta con imprimir billetes para tener el necesario poder de compra y la capacidad adquisitiva. Como sarcásticamente se le dicho, imprimir billetes es la mayor industria del mundo, si se mide el producto en términos monetarios. Pero cuanto más dinero se crea de esta forma tanto más - disminuye el valor de la unidad monetaria; esta depreciación puede medirse por el alza que experimentan los precios de las mercancías (20). Sin embargo, la mayoría de las personas está firmemente habituada a valorar su riqueza e ingresos en términos dinerarios, se consideran beneficiados -cg

no veíamos anteriormente- cuando aumentan esos totales monetarios, aunque puedan verse reducidos a adquirir y poseer menor número de bienes, o sea, se cae en el fenómeno de la ilusión monetaria.

Todo lo que obtenemos, aparte de los dones gratuitos con que nos obsequia la naturaleza, ha de ser pagado de una u otra manera. Sin embargo, - muchos dirigistas pretenden conseguir algo por nada: aseguran que el gobierno puede gastar y gastar sin acudir a los impuestos para financiarse; o que puede acumular deudas que jamás saldará, puesto que -como ellos dicen- el gobierno es el único que puede perder indefinidamente, o, la sociedad, cuando el gobierno tiene déficit, no pierde: ya que es una deuda que se la debe a sí misma. Todos estos plácidos sueños (véase sección III.5.), han conducido siempre a una desenfadada inflación y a la crisis (21). - Quizá, un tanto desafortunadamente, pero debemos reconocer, que cuantos gastos realizan los gobiernos hay que satisfacerlos mediante la correspondiente exacción fiscal; aplazar el vencimiento sólo agrava el problema; y que finalmente, la propia inflación es una manera de tributar; y probablemente la peor manera, ya que suele exigir más de quienes cuentan con menores posibilidades económicas; en ocusiones actúa de manera equivalente a - a un simple impuesto sobre la renta que gravara a los ingresos de todas - las personas con idéntico porcentaje y sin permitir exención alguna. Es más, grava no sólo el consumo de cada individuo, sino también sus ahorros y hasta su póliza de seguro de vida. El impuesto inflacionario escapa a toda clase de controles por parte de las autoridades fiscales; golpea a ciegas en todas direcciones sin salvar a nadie. Lo que realmente sucede - con las obras públicas es que se crea una cosa u expensas de otras. De todas formas, lo que el capital privado no ha podido construir por sí mismo, ha sido hecho, finalmente, por el mismo capital privado: por aquel capital extraído mediante la exacción fiscal; o si se obtuvo mediante empréstitos, habrá de ser amortizado con cargo a impuestos que también en su día soportará el contribuyente.

... el dinero empleado por el gobierno ... forzosamente ha tenido o o bien que detraerse a los contribuyentes -con lo cual congruamente ha sido reducida la capacidad gastadora e inversora de éstos-, o bien que obtenerse de modo inflacionario. Porque nadie cree que el estado, superando al particular, pueda crear algo de la nada. Cuanto más gasta el gobierno, menos pueden gastar los súbditos. No hay fórmula mágica alguna que permita la financiación autónoma de las obras públicas. Se pagan éstas con fondos detraídos íntegramente a las gentes. - Tales contribuyentes, en ausencia de la aludida intervención estatal, hubieran dedicado dichos medios a financiar empresas lucrativas, empresas que ya no podrán surgir, al faltar el numerario absorbido por el estado en sus obras. Por cada empresa sin rentabilidad que el ente público inaugura hay otra que no puede ser puesta en marcha, a causa, exclusivamente, de la aludida injerencia estatal. Y lo más lamentable es que tales no nadas empresas hubieran sido rentables, es decir, hubiéranse aprovechado en ellas los siempre escasos factores de la producción como mejor atendidas quedarán las más urgentes necesidades de las masas. En las públicas, por el contrario, desde el punto de vista de los consumidores, se están dilapidando valiosos factores de producción, dejándose insatisfechas necesidades que las gentes -preferirían atender antes que aquellas otras cubiertas por la acción estatal. (AH.pp.959-960).

Además de lo mencionado por Mises, debemos señalar, que es poco probable que los proyectos madurados por el gobierno proporcionen la misma riqueza y el mismo bienestar que los que proporcionarían los particulares si, en lugar de verse constreñidos a entregar parte de sus ingresos al Estado, los invirtieran con arreglo a sus deseos. Esto es así, ya que muchas veces, la finalidad gubernamental es crear empleos y no ser productivos. Igualmente, el sector público responde menos a las necesidades de los consumidores, es menos eficiente; las empresas gubernamentales parecen creer que están a salvo de la bancarrota y no se preocupan de su situación financiera que -casi siempre es deficitaria. Difícilmente proporcionar un servicio adecuado, pues al no enfrentar ninguna competencia, se desprecupan de mejorar y modernizar sus instalaciones a un ritmo adecuado a las necesidades del público. Es obvio que crecer, invertir y emplear son metas deseables, pero -el problema es también cualitativo: cómo, a qué precio, para qué. Como hemos dicho, los criterios gubernamentales difícilmente son productividad, rentabilidad y eficiencia:

Se ha construido un puente. Si se ha hecho así para atender una insistente demanda pública; si se resuelve un problema de tráfico o de transporte de otro modo insoluble; si, en una palabra, incluso es más necesario que las cosas en que los contribuyentes hubiesen gastado su dinero de no habérselo defraudado mediante la exacción fiscal, - nada cabe objetar. Ahora bien, un puente que se construye primordialmente "para proporcionar trabajo" es de una clase muy distinta. Cuando el facilitar empleo se convierte en finalidad, la necesidad pasa a ser una cuestión secundaria. Los "proyectos" han de inventarse, y en lugar de pensar sólo dónde deben construirse los puentes, los burócratas empiezan a preguntarse dónde pueden ser construidos ... y los que se permitan formular la menor reserva son tachados de obstruccionistas y rescacionarios (22).

... (Pareciera que,) cuanto más ruinosa sea la obra, más elevado el costo de la mano de obra invertido, mejor cumplirá el propósito de - proporcionar mayor empleo ...(23).

O como Kises nos dice acerca del financiamiento del gobierno:

Si se financian los presupuestos del estado mediante la imposición fiscal o emitiendo deuda, la capacidad de gastar e invertir de los ciudadanos se reduce en igual proporción que la del erario público - se acrecienta. Jamás, por tal vía, créanse puestos de trabajo adicionales.

Cuando en cambio, el estado nutre su presupuesto acudiendo a manipulaciones inflacionistas - aumento de la circulación fiduciaria o mayor expansión crediticia - lo único que hace es provocar un alza general de los precios. Si durante el proceso inflacionario el incremento de los salarios resulta rebasado por la subida de los precios, cabe que el paro institucional se atienda e incluso desaparezca. Pero ello es sólo por cuanto la cosa equivale a una reducción de los salarios reales. Lord Keynes aseguraba que la expansión crediticia podía acabar con el paro; pensaba que la "rebaja gradual y automática de los salarios reales como consecuencia del alza de los precios" no haría una resistencia tan vigorosa en la masa laboral como cualquier otra tentativa de reducir nominalmente los salarios. El que tan sofisticado plan tenga efecto positivo exige mantener a los usuarios en un estado de ignorancia y estupidez altamente improbable. En tanto consideren que los salarios mínimos les benefician no consentirán ser defraudados mediante tan simples maquinaciones. (AM, pp. 1171-1172).

El objetivo económico de las naciones así como el de los individuos, - consiste en lograr el máximo rendimiento con el mínimo esfuerzo. Todo el progreso económico de la humanidad ha consistido en obtener mayor producción con el mismo trabajo. Desde tiempos inmemoriales, tal impulso indujo

al hombre primitivo a crear sus rudimentarias herramientas; a poner las cargas sobre el lomo de los animales, en lugar de transportarlas sobre - sus propias espaldas; lo hizo inventar la rueda y el carro, el ferrocarril y el camión. Fue éste, en definitiva, el móvil que le hizo ingeniar un sin número de mecanismos economizadores de trabajo (24). Expresado en términos nacionales, el anterior razonamiento significa que el objetivo primordial debe ser elevar la producción al máximo; por lo cual, el empleo total o - pleno empleo, viene a ser una consecuencia necesaria de la realización de este objetivo: la producción es fin; el empleo, el medio de conseguirla. No es posible prolongar indefinidamente una situación de pleno rendimiento de la economía sin provocar un alto nivel de empleo; por el contrario, se puede conseguir en el corto plazo, con relativa facilidad, una baja tasa de desempleo sin haber alcanzado una producción plena. Hay ejemplos históricos de pleno empleo gracias a un gigantesco programa de armamento; los prisioneros condenados a trabajos forzados disponen de empleo. No debemos convertir medios en fines, o peor aún olvidar estos últimos. De tal manera que lo más recomendable es una política económica con tendencia a elevar la producción al máximo, lo cual coadyuvará, después de todo, a resolver el grave problema distributivo.

Actualmente, la argumentación más persistente presentada en favor de la expansión crediticia y monetaria, radica en afirmar que pondrá en marcha las ruedas de la industria y de la actividad económica toda, evitando las irreparables pérdidas derivadas del desempleo provocado por la esclerosis mercantil e industrial, facilitando llegar al pleno empleo. Este razonamiento, en su más elemental exposición, confunde el dinero con la riqueza; esta última consiste en aquello que se produce y consume: alimentos, ropas que vestimos, viviendas, ferrocarriles, carreteras, automóviles, barcos, aviones, fábricas, libros, pianos, obras de arte, la cual no se genera simplemente con fabricar papel moneda. Muy al contrario, como hemos visto, en entrever una general y progresiva subida de todos los precios, ni intensifica la producción ni mejora el nivel de vida, sino que induce a - las personas a la llamada huida hacia valores reales desatando el pánico y provocando el colapso del sistema monetario (véanse secciones III.5. y

IV.2.). Nótese, que para Nises, el análisis macroeconómico de los llamados multiplicadores -del gasto público, de la inversión, de los impuestos, del presupuesto equilibrado, entre otros-, que parece mostrar como un peso gastado por el gobierno se convierte en el equivalente de varios pesos sumados a la riqueza del país, queda seriamente cuestionado.

Suele observarse con disgusto que los malos economistas propagan sus sofismas entre las gentes de manera harto más atractiva que los buenos sus verdades, lamentase a menudo que los demagogos logran mayor ascenso al exponer públicamente sus despropósitos económicos que los hombres de bien al denunciar sus fallos. En esto no hay ningún misterio. Demagogos y malos economistas presentan verdades a medias. Aluden únicamente a las repercusiones inmediatas de la política a aplicar o de sus consecuencias sobre un sólo sector. En este aspecto pueden tener razón; y la réplica adecuada se reduce a evidenciar que tal política puede también producir efectos más remotos y menos deseables o que tan sólo beneficia a un sector a expensas de todos los demás. La réplica consiste pues, en completar y corregir su media-verdad con la otra mitad omitida. Ahora bien, tener en cuenta todas y cada una de las repercusiones importantes del plan en ejecución requiere a menudo una larga, complicada y enojosa cadena de razonamientos. La mayoría del auditorio encuentra difícil seguir esta cadena dialéctica y, aburrido, pronto deja de prestar atención. Los malos economistas aprovechan esta flaqueza y pereza intelectual indicando a su público que ni siquiera ha de esforzarse en seguir el discurso o juzgarlo según sus méritos, porque se trata sólo de "clasicismo", "laissez faire", "apologética capitalista" o cualquier otro término denigrante, de seguros efectos sobre el auditorio. (25).

El dirigismo enfrenta actualmente graves problemas en muchas naciones: la inflación galopante, la crisis o desaceleración de la actividad económica, el desempleo, la falta de dinamismo en la economía, devaluaciones frecuentes, la oposición de las personas a mayores cargas tributarias. Es ree incapaz de dominar las situaciones que él mismo provoca con su exagerado intervencionismo y sus desórdenes monetarios y crediticios. Aumenta la incredulidad y la desconfianza en los llamados planes de desarrollo, a pesar de que en ocasiones parecieran necesarios. Lo que sí es irrefutable, es la poco satisfactoria situación actual de los asuntos monetarios en muchos países, consecuencia, en buena medida, de la política económica instaurada en ellos. Frecuentemente las personas se lamentan de la inflación, a pesar de que apoyan con entusiasmo medidas gubernamentales que no

pueden prescindir de ella. Así por ejemplo, se quejan de las consecuencias sociales acarreadas por el fenómeno inflacionario, pero se oponen te-
namente a la reducción del déficit público y a la privatización de la economía. Definitivamente no se puede hablar de disciplina monetaria mientras el despilfarro, y la deshonestidad caractericen a los negocios públicos. - Ningún país tiene recursos suficientes para nutrir y resistir indefinidamente a la corrupción. Dondequiera que la estanflación se ha hecho presente, la política económica debe procurar restablecer el orden monetario; ésto parece ser el primer paso, incluso, para no acentuar más el desempleo, las quiebras de empresas y el desorden de la vida económica (Véase sección IV.2.). En relación a este tema, Milton Friedman, abogando por la disciplina monetaria -como es su costumbre-, nos indica:

... la política monetaria puede contribuir a contrarrestar perturbaciones importantes del sistema económico derivadas de otras fuentes ... (26).

La propia receta sigue siendo que la autoridad monetaria evite hacer lo que sea factible ... (las) oscilaciones, adoptando públicamente la política de alcanzar una tasa sostenida de crecimiento de un total monetario específico. Es menos importante cuál sea la tasa exacta de crecimiento o el total monetario preciso, que la adopción de alguna -tasa fijada y conocida. En lo personal, he propugnado una tasa que -en promedio alcance una aproximada estabilidad en el nivel de precios de los productos finales ... Pero sería mejor tener una tasa fija que en promedio produjera una moderada inflación o una moderada deflación, siempre que fuera constante, que experimentar las amplias y erráticas perturbaciones que hemos sufrido.

A falta de la adopción de tal política públicamente establecida, -consistente en una tasa sostenida de crecimiento monetario, representaría una mejora sustancial que la autoridad monetaria se impusiera el sacrificio de evitar amplias oscilaciones. Es un hecho registrado que los períodos de relativa estabilidad en la tasa de aumento del dinero han sido también períodos de relativa estabilidad en la actividad económica, tanto en Estados Unidos como en otros países. Los períodos de amplias oscilaciones en la tasa de crecimiento del dinero han sido también períodos de variación considerable en la actividad económica. (27).

Para Friedman, al igual que para los teóricos de las expectativas racionales, la política monetaria debe proporcionar un entorno estable a toda la actividad económica, la cual se desarrollará de mucho mejor modo si los

productores, consumidores, patronos, asalariados y en general todos los - sujetos económicos pueden proceder con la plena confianza de que el crecimiento de la oferta monetaria será manejado conforme a una tasa constante, conocida y predecible; de que el nivel medio de precios se comportará de manera regular, de preferencia que será muy estable; que no habrá expansiones monetarias, tratándose de evitar las fluctuaciones cíclicas y procurando seguir las tasas naturales de crecimiento, empleo y tasa de interés en la economía. Por supuesto que Mises estaría de acuerdo con todo lo dicho acerca de la estabilidad económica y la disciplina monetaria; él incluso, censura la actuación de los bancos centrales, que lejos de favorecer el orden monetario, han sido agentes propiciatorios de la política de holgura dineraria, colapando a los gobiernos en sus aventuras inflacionistas. Difícilmente se puede aceptar que la función genuina de la Banca consista en prestar dinero al gobierno.

... todos los gobiernos europeos y las organizaciones de ellos dependientes adoptaron ante la banca, desde un principio, actitud manifiestamente insincera y mendaz. No era más que una careta aquella supuesta preocupación que decían sentir por el interés nacional, el público en general y, en especial, las pobres masas ignorantes. Lo que en verdad los gobernantes deseaban era inflación y expansión crediticia, - buscaban el boom y el dinero fácil. Aquellos americanos que, en dos - distintas ocasiones, lograron evitar la creación de un banco central - en su país, bien advertían los peligros que tales instituciones encierran; sólo es de lamentar que, a pesar de todo, no entrevieran que - los aludidos riesgos, contra los cuales combatían, reaparecen en cuanto, de cualquier modo, se interviene el mundo bancario. Ni siquiera los más apocados adoradores del estado sobreviven hoy en día a negar que todos aquellos supuestos males de la libertad bancaria nada son comparados con los desastrosos efectos provocados por las tremendas inflaciones que una banca privilegiada, en connivencia con la estatal, ha engendrado. (AH.p.65^o).

Los bancos centrales se han convertido, en numerosos países, en herramientas inflacionistas. Para la marcha eficiente y controlada de la banca, se requiere de prudencia, y la existencia de toda suerte de contrapesos y vigías: reparación efectiva de poderes; un Congreso que realmente custodie las finanzas públicas; una prensa profesional, plural y libre, intelectuales que aprecian la verdad; en caso contrario -sobre todo con una banca na

cionalizada-, se corre el riesgo de vivir un período con graves desórdenes monetarios y el de tener un Estado corporativo o con tonalidades totalitarias. La estatolatría impide el desenvolvimiento de una vida pública y económica sana y responsable, ya que deprime a la iniciativa individual y social, favorece una mentalidad servil, y porque puede favorecer al Estado a tal punto que, con un leve giro, anule todo tipo de libertades. Todo esto hace que Mises se atreva a proponer la libertad bancaria:

Sólo la banca libre puede soslayar los peligros inherentes a la expansión crediticia. Desde luego, la libertad bancaria no impediría una expansión crediticia lenta y de corto alcance practicada por los bancos extremadamente cautelosos que habrían de tener siempre informado al público acerca de su situación financiera. Pero, bajo un régimen de banca libre, jamás la expansión crediticia, con todas sus inevitables consecuencias, habría adquirido esa condición de fenómeno regular -se siente la tentación de decir normal- que en nuestro sistema económico ha obrado. Sólo la libertad bancaria puede evitar, en la economía de mercado, las crisis y las depresiones. (AH,p.661).

Bajo el régimen de banca libre, o sea, liberada de las directrices estatales, lejos de permitirse una desatada actividad inflacionaria, aparecerían límites a la expansión monetaria y crediticia, por cuanto los prestamistas adoptan siempre una actitud prudente, temerosos de una retirada de fondos: al acrecentar la cuantía de los medios fiduciarios, el banco engruesa las sumas que sus clientes pagan a terceros, ensanchando al mismo tiempo las exigencias de quienes reclaman su pago. La entidad bancaria con secuentemente, se ve constreñida a reprimir su actividad ampliatoria o expansiva. La preocupación del banco por su propia solvencia lo induce a proceder con la máxima cautela en la creación de medios fiduciarios. Las expansiones monetarias se han desatado debido a que los gobiernos han privilegiado a determinados bancos, o se han adueñado absolutamente del control y la dirección monetaria, para así poder generar auges ficticios en la economía o implantar una política discrecional. Los dirigistas, para financiar sus proyectos por los cuales los contribuyentes no están dispuestos a pagar una mayor tasa impositiva, normalmente echan mano del recurso de acudir a las máquinas de fabricar billetes o al servilismo de a-

quelloos banqueros que desean estar bien con las autoridades o que no les queda más remedio que ceder ante sus peticiones de financiamiento.

La interferencia gubernamental en los asuntos monetarios, estaría justificada para Mises, si mediante ella se buscara la disciplina y la política de dinero sana. A este respecto, nuestro economista austriaco vé más allá, proponiendo la vuelta al patrón oro, aunque sabe muy bien, que su petición será escuchada con muchas reticencias:

... De pobre orate ... se calificará a quienquiera tuviera osadía - bastante como para decir que, más pronto o más tarde, habrá que volver al patrón oro, sistema que no tiene otra virtud que la de impedir que gobernantes y políticos decidan cuál deba ser la masa de dinero circulante, lo que a todos beneficiaría, incluso a quienes se hallan en el poder.

El Ministro de Hacienda, en efecto, bajo el patrón oro, cuando se le pide nuevo dispendio, el que sea, simplemente replica de dónde va a sacar las correspondientes sumas dinerarias, acallando pronto al solicitante. Bajo un sistema inflacionista, por el contrario, nada hay más cómodo ni más rentable, desde un punto de vista político, - que pedirle al gobierno que dedique mayores inversiones a esto, a lo otro o a lo de más allá. Con el patrón oro, como decíamos, el gobernante se limita a replicar a los peticionarios: "¿Quiéran ustedes que subamos los impuestos? ¿Sí o no? Las cosas claras por favor.

En cambio, cuando hay inflacionarias vías escapatorias, parece que todo puede exigirse; la administración se presenta entonces como inagotable fuente de favores y de prebendas. Si no se hace más, es porque el gobierno carece de la necesaria sensibilidad social. ¿Por qué no resuelve el Ministerio de Obras Públicas el problema de las carreteras? Lo que pasa es que el gasto ha de financiarse inevitablemente a base de detraer igual dinero de otra inversión, pública o privada. (SLC.p.68).

La principal virtud del patrón oro, para Mises, consiste en aislar el poder adquisitivo del dinero de las pretensiones y doctrinas de los partidos políticos o los grupos de presión. El patrón oro condiciona el incremento de las existencias auríferas a la lucratividad de su producción, - acortando la capacidad inflacionaria de los políticos. El incremento de la producción de metales preciosos, aunque sea rápido, nunca provocará efectos tan señalados como aquellos que una expansión monetaria y crediticia es capaz de provocar. El patrón oro constituye eficaz obstáculo a la política monetaria holgada o de dinero barato, con todas sus negativas se

cuelas. La potencial capacidad inflacionaria, y podíamos decir también, - estancionalaria, de los desórdenes monetarios queda severamente tusada - por las posibilidades mineras. Las ligeras pero continuas presiones que - ejercen sobre la tasa de interés las crecientes existencias de oro y el - tenue incremento de la oferta monetaria, mientras ésta no se vea reforzada por la decidida política de abaratar el dinero, fácilmente se compensa por las fuerzas de acomodación y reajuste consustanciales a la propia dinámica de la economía. La aceptación de este sistema exige tener bien presente el hecho de que no es posible, enriquecer a la nación mediante la simple impresión de billetes. Mucha de la oposición hacia el patrón oro, surge de la creencia de que el gobierno puede engendrar riqueza con una - política monetaria expansiva. Otro beneficio del patrón oro, es que fomenta la cooperación de los países que lo adoptan, alentando el comercio - multilateral y obstaculizando la elaboración de políticas monetarias nacionalistas o aislacionistas.

Ataca el patrón oro el nacionalismo porque pretende aislar al país del mercado internacional, implantando la autarquía en la mayor medida posible. El intervencionismo y los grupos de presión luchan contra el patrón oro por constituir grave obstáculo que impide manipular los precios y los salarios. Las embestidas más fanáticas contra el - oro provienen sin embargo, de quienes propongan la expansión crediticia. Para sus partidarios, la expansión crediticia es la panacea que cura todas las dolencias económicas. Cabe a su amparo, rebajar e incluso suprimir el interés, elevar los salarios y los precios beneficiando a todos, salvo a unos cuantos parásitos capitalistas y empresarios explotadores, y librar al fisco de la necesidad de nivelar el presupuesto; la expansión crediticia en resumen, hace prósperas y felices a todas las gentes honestas. Sólo el patrón oro, ese diabólico ingenio arbitrado por estúpidos y salvados economistas "ortodoxos", impide a la humanidad disfrutar de perdurable prosperidad. (AM-p.703).

Considerando los enormes daños sociales que irroga el desorden monetario, entre ellos, la estancional; es que Mises se atreve a recomendar el retorno al patrón oro, para así contar con una moneda immune a las tendencias a las tendencias inflacionistas. En moneda, independiente de la administración pública, podría traer una situación en la que precios y costos registrarían un continuo descenso gracias al permanente aumento de la - productividad. Ahora bien, Mises aclara algunas ideas al respecto:

El patrón oro no es, desde luego, patrón perfecto ni ideal. La perfección, sin embargo, no es atributo que adorne las obras humanas. Nadie puede sin embargo, decirnos por qué otra cosa mejor habría sustituir el patrón oro. El poder adquisitivo del dinero, desde luego, jamás cabe sea totalmente estable. Las propias ideas de estabilidad e inmutabilidad del poder adquisitivo del dinero son absurdas. En un mundo cambiante y viviente, el dinero nunca puede tener poder adquisitivo plenamente estable. En la imaginaria construcción de una economía de giro uniforme no tienen cabida los medios de intercambio. No es típica del dinero es la variabilidad de su poder adquisitivo. Los adversarios del patrón oro sin embargo, no pretenden ni algo alguno estabilizar el poder adquisitivo del dinero. Antes al contrario, lo que quieren es permitir al gobierno que maniobre sobre dicho poder adquisitivo sin verse, en tal actividad, entorpecido por cierto factor "externo", o sea por la relación monetaria del patrón oro. (A.H.p. 702).

Un sistema monetario con respaldo metálico escapa a las intervenciones estatales. Los poderes públicos pueden, desde luego, otorgar curso forzoso a la valuta que prefieran. Pero entonces la operación de la ley de Gresham suele frustrar los designios del gobernante. Los patrones metálicos constituyen por eso segura salvaguardia contra los intentos de quienes desde el gobierno pretenden interferir la mecánica del mercado mediante manipulaciones monetarias. (A.H.p. 1134).

El patrón oro dificulta la capacidad del gobierno para realizar una inflación. El oro no puede ser fabricado a simple voluntad; el papel moneda sí. El curso de la Historia -no sólo la reciente- demuestra sin lugar a dudas, que muchos gobiernos han sucumbido a la tentación de pagar sus deudas emitiendo dinero nuevo en vez de aumentar sus impuestos. Tales aumentos de la oferta monetaria llevan a la inflación de la misma forma que la alteración de la moneda metálica de antaño. El patrón oro frena la inflación, la expansión monetaria y estabiliza la economía, al dificultar al gobierno la variación de la oferta de dinero. Para algunos economistas, es conveniente que aumente la oferta monetaria en ciertas ocasiones, por ejemplo, en periodos de alto crecimiento económico, o tratándose de una economía progresiva (véase sección 17.5.), en la cual aumenta la población, perfeccionándose la división del trabajo y la especialización industrial, por lo cual la demanda de dinero tendería a aumentar ya que las gentes dependen cada vez en mayor grado del mercado. Con el patrón oro, esto pudiera dificultarse, ya que retira de las manos del gobierno su poder discrecional sobre la política monetaria; pero, en cambio, podría ser benéfi-

cc, al tenderse a una reducción de costos y precios, aunque se requeriría de una economía flexible. Finalmente, todo depende del uso que las autoridades centrales pretendan hacer de la política monetaria: En general, el patrón oro es mejor probablemente que tener una masa monetaria manejada por un gobierno ignorante, corrupto o irresponsable; esta es, creo, en una primera aproximación, la postura misiana. Pero quizá, es peor, que contar con una oferta monetaria manejada inteligentemente, por un gobierno transparente, ordenado y bien informado, en cuyo caso, la regla friedmaniana y de los economistas de las expectativas racionales, pareciera ser lo mejor. Por otra parte, el patrón internacional oro, sería el mejor sistema monetario posible, pero, sería necesario confiar en los diferentes países para que obedecieran las reglas del juego necesarias para su conservación, y esto parece poco probable. Un país aislado no puede tener un patrón oro realmente efectivo, ya que por su propia naturaleza es un sistema internacional (28). En cualquier caso, lo innegable, es que es muy deseable la vuelta a la disciplina monetaria, que implica prudencia y austeridad sin puritanismo en la dirección de la economía, como una base para aspirar al progreso económico y a mejores niveles de vida para todos.

V. El progreso económico.

V.I. El subdesarrollo y los derechos de propiedad.

"Ludwig von Mises ha establecido las bases de una ciencia económica racional ... Ha sembrado, con sus enseñanzas, la semilla de una regeneración que fructificará tan pronto como los hombres vuelvan a preferir las teorías ciertas a las placenteras. Todos los economistas, cuando tal día llegue, reconocerán que Ludwig von Mises bien merece su admiración y gratitud."

Jacques Rueff.

"Me alegraría si un hombre llega a la Economía porque se ha sentido interesado por *Mathematical Psychics* del profesor Edgeworth o por *Appreciation and Interest* del doctor Fisher; como me alegraría igualmente si viene a ella porque piensa dedicarse a los negocios y desea aprender algo de los aspectos más generales de su futura carrera; pero más me alegraría mucho más si viene porque ha paseado por los barrios bajos de Londres y se siente movido ha hacer algún esfuerzo para ayudar a unos semejantes. El asombro, afirmaba Carlyle (siguiendo a los griegos), es el principio de la Filasofía; el entusiasmo social podríamos añadir, es el principio de la Ciencia Económica."

Arthur Cecil Pigou.

Hasta ahora, a lo largo de la tesis, hemos tratado de explicar, el enfoque misiano de la inflación y el ciclo económico, y la manera en que Mises prelude al monetarismo y a los economistas de las expectativas racionales; ambas concepciones teóricas tan en boga actualmente. Hemos hablado también, de la petición de disciplina monetaria hecha por todos estos teóricos. Sin embargo, para finalizar el presente trabajo, creo que cabe hacer una serie de interrogantes importantes: ¿Cómo concibe Mises el progreso económico? ¿Cómo lograr llevar el nivel de vida de todos los ciudadanos, en especial de las clases pobres? Para encaminarnos a las respuestas a las anteriores preguntas, quizá convenga considerar la siguiente cita de Milton Friedman, ya que parece navegar por aguas misianas:

Al fijarse un curso constante y al observarlo, la autoridad monetaria podría hacer una contribución básica para promover la estabilidad económica. Haciendo que ese curso sea de crecimiento sostenido, pero moderado de la cantidad de dinero, contribuiría en forma esencial a evitar la inflación o la deflación de precios. Todavía existirían otras fuerzas que afectarían la economía, exigirían cambio y ajuste, y perturbarían la pauta uniforme de nuestra manera de proceder. Pero el crecimiento sostenido del dinero crearía una atmósfera monetaria favorable a la operación efectiva de esas fuerzas básicas que son: iniciativa, ingenio, inventiva, trabajo infatigable y frugalidad, verdaderos resortes del crecimiento económico. (1).

Es muy común para los ciudadanos que vivimos en países en desarrollo escuchar quejas acerca de las diferencias en los niveles de vida entre - países ricos y pobres. Pero las condiciones de vida de la gente en los - países hoy desarrollados, hace digamos, doscientos años, eran probablemente peores que las hoy prevalentes en muchos países en desarrollo; g así por ejemplo, en Inglaterra, en el siglo XVII, se vivía peor, que como hoy se vive en Etiopía o en Bangladesh. Los ingleses, sin embargo, difícilmente se consideraban subdesarrollados o atrasados económicamente, tal vez porque las comparaciones en aquella época eran difíciles de hacerse. Podría ser, que hubiera alguna contrastación con España, Francia, Holanda, a - caso con las colonias de norteamérica; pero nunca como las hacemos ahora, los habitantes que no vivimos en Japón, Europa Occidental, Australia, Nueva Zelanda o Estados Unidos y Canadá. Casi cualquier pueblo que no goce - del nivel de vida que tienen las personas de las regiones o países antes señalados, se siente -en el sentido económico- diseminado, subdesarrollado, tercer mundista. La expresión subdesarrollado es, desde luego, vaga, con - fusa; puede ser aplicada a la economía y a la técnica, pero no al arte, la cultura, la civilización, literatura o la moral. Ahora bien, para Mises, - es erróneo no reconocer, que el despunte de las naciones hoy ricas, se vió influenciada por la libertad económica, que a su vez propició el progreso técnico. No fue una coincidencia la aparición de los nuevos métodos de - producción y los planteamientos de los economistas clásicos. Mises jamás - estaría de acuerdo en que la moderna industrialización sea consecuencia - provocada por unas misteriosas fuerzas productivas, que funcionan independientemente de los factores ideológicos y de la acción humana:

... los grandes progresos técnicos de la producción y el consiguiente incremento de la riqueza y el bienestar tomaron cuerpo únicamente cuando las ideas liberales, hijas de la investigación económica, lograron imponerse.

Sólo entonces fue posible desarticular aquellos valladares con que leyes, costumbres y prejuicios seculares entorpecían el progreso técnico; el ideario de los economistas clásicos liberó a promotores e - innovadores geniales de la causa de fuerza con que la organización gremial, el paternalismo gubernamental y toda suerte de presiones sociales los mantenían. Los economistas minaron el venerado prestigio de militaristas y explotadores, poniendo de manifiesto los beneficios

que la pacífica actividad mercantil engendra. Ninguno de los grandes inventos modernos habríase implantado si la mentalidad de la era pre-capitalista no hubiera sido completamente desvirtuada por tales estu-
diosos. La generalmente denominada "revolución industrial" fue cons-
cuencia de la "revolución ideológica" precedida por las doctrinas eco-
nómicas ... (AH.p.29).

El nivel de vida que se tiene actualmente en los países en desarrollo, es inferior al que se disfruta en los países industrializados, por cuanto los salarios que se pagan ahí, son inferiores. ¿Esto se deberá acaso, a - que los ciudadanos son vagos y no desean trabajar? ¿O se debe a cuestiones raciales o culturales primordialmente? Muchas personas de las naciones de-
sarrolladas están convencidas de que si cobran altos salarios es debido a que ellos son superiores o mejores. Bastaría a un ciudadano de estas na-
ciones, visitar un país en desarrollo, digamos latinoamericano, para dudar seriamente de su supuesta superioridad: la mayor productividad del trabaja-
dor de los países industrializados se debe, en gran medida, a su mejor e-
quipo industrial y a su dirección empresarial. Es cuestionable que se de-
ba a mayor inteligencia, superioridad racial o a razones per el estilo. -
Probablemente los obreros de una moderna instalación productiva realizan labores mucho más simples que las practicadas por el operario que sólo ma-
neja los utensilios tradicionales de trabajo, o que tiene que improvisar -
herramientas, utilizando su ingenio e inventiva. La diferencia entonces, para México, radica en la capitalización de unos y otros países, como insis-
tentemente nos repite:

... Los países progresan sólo en la medida en que el capital invertido supera el crecimiento de la población. (SLC.p.24).

La diferencia, digámoslo de una vez, estriba en la dispar capita-
lización de unos y otros; en la cuantía de los bienes de producción disponibles aquí y allá. Para nada de inferioridad personal ni de ig-
nerancia alguna. Lo que, en definitiva, sucede es que hay más capital invertido por unidad de población en los pueblos desarrollados que en los subdesarrollados. Eso es todo. (SLC.pp.76-77).

Porque, digámoslo una vez más, sólo incrementando la tasa de capi-
talización per individuo puede una nación prosperar. Ese porcentaje de inversión per capita sigue progresando en Estados Unidos, Canadá y en la mayor parte de los pueblos occidentales. Pero no sucede, per

desgracia le mismo en otras zonas del mundo, en la India, por ejemplo. (SLC.p.86).

Un solo medio se puede emplear con eficiencia para elevar los salarios y mejorar el nivel de vida de los trabajadores; aumentar la cantidad de capital invertido por cabeza ... (TDC.p.470).

... sólo la acumulación de capital adicional provoca el progreso técnico, el incremento real de los salarios y la elevación del nivel de vida de las masas. (AH.p.1227).

Cabe destacar que los sistemas de producción de los países desarrollados son superiores a los del resto del mundo. Pero esto no quiere decir que los ingenieros, técnicos o científicos de estos restantes países en desarrollo ignoren los adelantos de la técnica y la ciencia. Conocen en buena medida lo que se monta en los países industrializados; aquí no hay mayores misterios. Muchas de estas calificadas personas, son graduados de universidades o centros de investigación de la más modernas económicamente avanzadas, además de que los libros y revistas difunden los conocimientos que prácticamente están al alcance de todos. Entonces lo que realmente hace falta, es otro modelo de organización social que propicie la creación de empresas, así como un sustancial e ininterrumpido proceso de ahorro:

... más que técnicas occidentales (los países en desarrollo,) lo que precisamos es implantar, ante todo, la organización social que, aparte de otros muchos logros, alumbró ese saber técnico que tanto admiramos. Lo que urgentemente requieren son empresarios, iniciativa individual y libertad económica ... Mientras no se asimile ... (este) espíritu, los frutos materiales del capitalismo resultan totalmente inoperantes. Ninguno de los triunfos occidentales hubiera sido posible en un ambiente capitalista y los mismos se desvanecerán tan pronto como se suprima el régimen de mercado. (AH.p.976).

Las ventajas que los pueblos de Occidente gozan se deben a que adoptaron, ya hace mucho tiempo, medidas políticas e institucionales que favorecían un tranquilo y sustancialmente ininterrumpido progreso del proceso ahorrativo, de la acumulación de capitales y de la inversión de los mismos en gran escala. Por eso, ya a mediados del siglo XIX, los países occidentales habían logrado un nivel de vida muy superior al de otras más pobres razas y naciones que no habían sabido aún reemplazar la filosofía del militarismo expoliatorio por la del capitalismo ... (AH.p.736).

Los dirigentes y empresarios de los países en vías de desarrollo saben perfectamente que, con modernas máquinas, herramientas y mejor tecnología obtendrían mayor producción, y en el caso de los hombres de negocios mayores ganancias. Quisieran crear nuevas y mejores instalaciones fabriles, - empresas de todos tamaños y en todos los sectores de la economía, diseminadas en todo su territorio. Sin embargo, no pueden hacerlo por una simple razón: carecen del capital necesario para atender tales inversiones. Esto impide a los empresarios de los países en desarrollo adoptar los métodos modernos de producción; los obreros, cualquiera que sea su color de piel o lugar de nacimiento, aprenden a manejar la nueva maquinaria en cuanto la tienen a su disposición.

El progreso económico únicamente es posible a base de ampliar, mediante el ahorro, la cuantía de los existentes bienes de capital y de perfeccionar los métodos de producción, perfeccionamiento éste que, en la inmensa mayoría de los casos, exige la previa acumulación de nuevos capitales. Son agentes de dicho progreso los audaces promotores, que quieren cosechar ganancias, ganancias que derivan de acomodar el aparato productivo a las prevalentes circunstancias, dejando satisfechos en el mayor grado posible, los deseos de los consumidores ... (AH.p.453).

Comparemos entre sí dos mercados aislados que, respectivamente, denominaremos A y B. Ambos son iguales en lo referente a tamaño y población, conocimientos científicos y recursos naturales. Se diferencian tan sólo en la cantidad de bienes de capital existentes en uno y otro, siendo mayor la de A. Tal planteamiento implica que en A se siguen sistemas de mayor productividad por unidad de inversión que en B. No es posible aplicar en B dichos procedimientos por causa de aquella comparativa escasez de bienes de capital. Implantarlos, en efecto, exigiría restringir el consumo. Múltiples operaciones practicanse manualmente en B, mientras que en A son realizadas mediante máquinas economizadoras de trabajo. Los bienes producidos en A son de mayor durabilidad, no pudiendo ser los mismos fabricados en B, pese a dicha superior durabilidad se logra con un incremento menor que proporcional a la correspondiente inversión. La productividad del trabajo y, por tanto, los salarios y el nivel de vida de los trabajadores es en A superior a los de B. (AH.pp.737-738).

Tan pronto como las personas satisfacen sus necesidades presentes, comienzan a ahorrar una parte de los bienes de consumo existentes con miras a disfrutarlos más tarde. Como desafinan en la sección II.6., esta posposi-

ción o aplazamiento del consumo, permite a la acción humana apuntar hacia objetivos temporalmente más lejanos, pudiéndose también perseguir fines a los cuales no se podía aspirar, por cuanto su consecución exigía ampliar el correspondiente período de producción. De esta manera, gracias al ahorro se pueden aplicar sistemas cuya productividad por unidad de inversión, resulta mayor que las de otros métodos cuyo período de producción es más breve. El ahorro -la existencia de un excedente entre lo producido y lo consumido-, viene a ser entonces, una condición necesaria para cualquier dilatación o ampliación del período de producción. Ahorrar supone el primer paso en el camino que lleva a todo bienestar material, y al ahorro habrá que recurrir para crecer y desarrollarse económicamente. Por supuesto que nos estamos refiriendo al ahorro que reñe mercancías destinadas a perfeccionar los procesos productivos, buscando reforzar la productividad de las actividades económicas. Acumula bienes de capital para invertirlos o reinvertirlos en ulteriores producciones, logrando incrementar la cantidad de bienes producidos y así obtener nuevos y mejores mercancías para satisfacer las necesidades de los consumidores. De tal manera que, el tipo de ahorro relevante no estriba meramente en proveer bienes de consumo para el mañana, lo que significaría un simple aplazamiento, sino que implica la posibilidad del progreso social.

La acumulación de capital y la inversión suponen detraer una parte de los bienes disponibles para el consumo presente con el objeto de mejorar nuestra situación futura. El ahorrador reduce su satisfacción presente - buscando aumentar el bienestar del mañana. Lo trascendente de esta actuación consiste en que beneficia a toda la sociedad, contribuyendo a su progreso material. Mises fue más allá, cuando escribió enalteciendo al ahorro:

Cada paso que el hombre da hacia un mejor nivel de vida hállase in variablemente amparado en previo ahorro, es decir, en la anterior acu- mulación de las necesarias provisiones merced a las cuales resulta po- sible ampliar el lapso temporal que media entre el inicio del correspondiente proceso productivo y la obtención de la mercancía de que se trate, lista ya para ser empleada o consumida. Los bienes así acumulados representan, o bien etapas intermedias del proceso productivo, es decir herramientas y productos semiterminados, o bien artículos de consumo que permiten al hombre abandonar sistemas de producción

de menor lapso temporal, pero de inferior productividad, por otros - que, si bien exigen mayor inversión de tiempo, son de superior fecundidad, sin que la ampliación del plazo productivo obligue a quienes en el mismo participan a desatender sus necesidades. Denominamos bienes de capital a esos bienes al efecto acumulados. Es por ello por lo que cabe afirmar que el ahorro y la consiguiente acumulación de bienes de capital constituyen la base de todo progreso material y el fundamento, en definitiva, de la civilización humana. Sin ahorro y sin acumulación de capital imposible resulta apuntar hacia objetivos de tipo espiritual. (AH.p.401).

Ya decíamos, que la situación en los países hoy desarrollados, al iniciarse la revolución industrial resultaba muy similar a la que hoy vive el mundo en desarrollo. Aquel radical cambio de circunstancias que dio a los ciudadanos de los países industrializados su presente nivel medio de vida fue gestado gracias al capital acumulado por el ahorro y a la acertada inversión del mismo, efectuada por esclarecido empresariado. Ningún proceso técnico se hubiera implementado de no hallarse disponible, gracias al correspondiente ahorro, los adicionales bienes de capital necesarios para la implantación de los inventos y descubrimientos de la era industrial, - que han beneficiado a todos los grupos sociales.

(El mejoramiento económico es fruto de los nuevos capitales por el ahorro engendrados. Gracias a tales supletorios fondos es posible poner en marcha procesos productivos a los que anteriormente no se podía recurrir sólo por carecerse de los necesarios bienes de capital. Los empresarios, al pretender procurarse los factores productivos exigidos por los aludidos nuevos procesos, compiten entre sí y con aquellos que a la sazón están empleándose en otros procesos fabriles. Este afán empresarial por conseguir materias primas y mano de obra provoca la consecuente alza de los precios y de salarios. Es así como, desde el inicio mismo del proceso, los trabajadores se beneficiaban con una parte de esas riquezas hoy disponibles gracias a que no fueron ayer consumidas, sino ahorradas por sus propietarios, y, luego, como consumidores, vuelven a verse favorecidos por la baja de precios hacia la que el incremento de la producción apunta. (AH.pp.887-888).

O como apunta al respecto, el discípulo misionero Henry Hazlitt:

La mejor manera de elevar ... los salarios es incrementando la productividad del trabajo. Tal finalidad puede alcanzarse acudiendo a distintos métodos: por una mayor acumulación de capital, es decir,

mediante un aumento de las máquinas que ayudan al obrero en su tarea; por nuevos inventos y mejoras técnicas; por una dirección más eficaz por parte de los empresarios; por mayor aplicación y eficiencia por parte de los obreros; por una mejor formación y adiestramiento profesional. Cuanto más produce el individuo, tanto más acrecienta la riqueza de toda la comunidad. Cuanto más produce, tanto más valiese sea sus servicios para los consumidores y, por lo tanto, para los empresarios. Y cuanto mayor es su valor para el empresario, mejor le pagarán. Los salarios reales tienen su origen en la producción, no en los decretos y órdenes ministeriales. (2).

Y aprovechando Mises, para reafirmar lo dicho acerca del proceso ahorristivo, así como para cuestionar una vez más al dirigismo y al intervencionismo gubernamental en la economía, escribió:

Nadie duda que, si hubiera mayor abundancia de bienes, todo el mundo estaría mejor. El problema, sin embargo, estriba en dilucidar - si, para conseguir la tan deseada abundancia, existe algún método distinto del de acumular nuevos capitales. La ampulosidad verbal del dirigismo deliberadamente tiende a ocultar esta cuestión, la única que de verdad interesa. Pasa a hallarse científicamente demostrado que la acumulación de nuevo capital es el único mecanismo capaz de impulsar el progreso económico, estos teóricos gustan de lucubrar en torno a un supuesto "ahorro excesivo" y a unas fantasmagóricas "inversiones extremadas", aconsejando gastar más y, de paso, restringir la producción. Estamos, pues, ante los heraldos de la regresión económica, ante gentes que, aun sin quererlo, laboran por la miseria y la desintegración social. La comunidad organizada de acuerdo con las normas del paternalismo, desde un personal punto de vista subjetivo, podrá parecer justa a determinadas gentes. Pero lo que no ofrece duda es que los componentes de tal sociedad irían pauperizándose progresivamente. (AH.p.1230).

Entiendo que para Mises lo característico de la economía debe ser su dinamismo: la producción de mercancías en masa para el consumo de las masas, colocándose el aparato productivo bajo la dirección de aquellos empresarios de mayor energía y perspicacia, incondicionalmente dedicados a mejorar todas las fabricaciones. La fuerza impulsora de la economía -lo que propiamente la hace ser dinámica-, es el afán de lucro, que inexorablemente obliga al empresario a producir para los consumidores la mayor cantidad posible de mercancías, de la mejor calidad y al precio más bajo que las circunstancias del mercado, en cada caso permitan. Únicamente en una

economía progresiva cabe que la cifra total de beneficios supere a la -
 cuantía total de las pérdidas y ello tan sólo en aquella medida en que -
 efectivamente se mejere el nivel de vida de los ciudadanos. De esta mane-
 ra, inscritos en esta dinámica, se fuerza a las personas de mayor capaci-
 dad, creatividad, agilidad y dedicación a promover en la mayor medida po-
 sible, el bienestar de la -en ese sentido- apática mayoría.

Siguiendo los planteamientos misianos, concentraríamos que lo urgente pa-
 ra los países en desarrollo, es lograr, por la vía que sea, una mayor ca-
 pitalización. Por ello, medidas económicas que la eviten o la frenen, se-
 rán negativas. Un exagerado número de controles en la economía o de medi-
 das confiscatorias no permiten la inversión o la reinversión, restando -
 fuerza a la economía: sencillamente se frena la acumulación de nuevos ca-
 pitales, lo que paraliza el progreso técnico, disminuye la cuota de capi-
 tal invertido por obrero, el incremento de la productividad se detiene y
 se impide la elevación de los salarios. Los controles no obstaculizan úni-
 camente el progreso económico y la elevación del nivel de vida de los pue-
 blos al dificultar la acumulación de nuevos capitales, sino que se provo-
 ca además una amplia tendencia hacia el inmovilismo, y hacia la creación -
 de oligarquías protegidas. La dinámica del mercado no respeta a los inte-
 reses creados, presiona en cambio a los empresarios a que ajusten de modo
 incesante su conducta a la siempre cambiante estructura de la demanda. -
 Siempre han de estar ágiles a los cambios, evitando adormecerse en brazos
 de la rutina. Tan pronto como olvidan que han de servir a los consumidores
 de la mejor manera posible, se tambalea su privilegiada posición. Las ri-
 quezas que se acumularon y la propia supervivencia en el mercado se halla
 constantemente amenazada por las acometidas de los recién llegados. Dentro
 del enfoque misiano, cualquiera que posea el suficiente ingenio puede inici-
 ar nuevas empresas. Si es pobre, puede recibir recursos en préstamo, y
 si logra satisfacer de mejor manera y a menores precios que los demás las
 apetencias de los consumidores, triunfará y obtendrá beneficios. Reinvir-
 tiendo la mayor parte de sus ganancias verá prosperar sus empresas. El se
 convierte en un impulsor del progreso económico. Las demás empresas, se -
 ven obligadas a servir también al consumidor, de la mejor manera posible,

o no soportarán el peso de la competencia. Sin embargo, si la presión tributaria -por ejemplo- es excesiva, se impide la acumulación del capital y el desarrollo conveniente de las empresas. (véase sección II.4.). Los antiguos empresarios no tienen por qué temer posible competencia; la mecánica fiscal los protege, los hace lentos, rutinarios, poco ágiles. El mecanismo tributario los sitúa en posición privilegiada, restándole dinamismo a toda la sociedad y evitando que el consumidor vea mejor atendidas sus ilimitadas necesidades.

El mecanismo del mercado, suele aumentar la producción notablemente, -manteniendo e intensificando los vínculos sociales surgidos con la especialización y la división del trabajo, lo cual favorece la aparición de relaciones pacíficas y amistosas entre los humanos. Los intereses se armonizan: el hecho de que los humanos queramos, hasta cierto punto, las mismas cosas, provoca la concordia: porque son muchos los que desean alimentos, -vestido, calzado, viviendas, estétera, hace posible implantar la producción a gran escala con la consecuente disminución de los costos medios y la correspondiente baja de precios. La competencia desatada entre todos los que desean zapatos, los abarata.

Como dijimos, el mercado libre desconoce intereses creados. De nada valen las pasadas realizaciones si obstaculizan el progreso. Los que se quejan de inestabilidad e incertidumbre dentro de la dinámica del mercado, - sencillamente aciertan. Pero, esta inseguridad la provocan los consumidores, empeñados siempre en dejar sus necesidades atendidas del mejor modo posible; proviene del afán por aprovechar cualquier circunstancia para mejorar. Es difícil desde luego tener que estar siempre acomodándose a situaciones cambiantes, sin embargo, este cambio constituye una de las principales características de la vida. La propia fuerza impulsora del mercado facilita la constante mejora del bienestar material de la gente. En este sentido, el exceso de controles en la economía, provocan desastres que finalmente perjudican a todos y muchas veces, a los más pobres.

El subdesarrollo económico parece ser más un asunto interno que externo, es un problema de actitud en cuanto a la búsqueda de soluciones adecuadas para elevar el nivel de vida de la población; se refiere en buena medida

a la escasez o abundancia de capitales y a su prudente canalización. Los países en desarrollo requieren de capital a torrentes y, además, la posibilidad de invertirlo, básicamente, de acuerdo con los dictados del mercado. La industrialización es fundamental para conseguir mayor igualdad entre los ciudadanos de un país, e incluso, a nivel internacional. Pero industrializar sólo es posible a base de invertir capitales y de invertirlos bien. Las naciones pobres, tendrán que permitir la acumulación de capital local y probablemente, reforzar la acción del mismo, acogiendo todo aquel que voluntariamente acuda desde el exterior. Además, para que se produzca ese voluminoso y masivo ahorro, que impulse al desarrollo económico, habrá que apoyarse en un riguroso orden monetario, para así procurar tener una economía estable, sin inflaciones y sin fluctuaciones.

Un país es subdesarrollado, no porque carezca de recursos, sino porque no tiene la actitud necesaria para aprovechar el máximo el potencial que representan estos recursos. De hecho existen muchos países en desarrollo con gran cantidad de recursos de todo tipo: México, Brasil, China, la India, Argentina. Tal vez deberíamos referirnos a países con alta o baja productividad de sus recursos en lugar de llamarlos países desarrollados o en vías de desarrollo.

Desafortunadamente, tenemos el caso de países, donde la situación pareciera haber llegado a un límite: Falta ahorro interno, se impide la entrada del capitales del exterior, se viven graves desórdenes monetarios y un proceso estanflacionario. Para Mises, se han adoptado políticas exactamente contrarias a los fines que de verdad desean alcanzar. De no haber un cambio, jamás podrán industrializarse, elevar sus salarios reales, disponer de modernos sistemas de transporte, mejorar el nivel de vida de sus ciudadanos. Se puede entonces afirmar que las difíciles situaciones, que parecen a muchos insuperables, se pueden solucionar; sin embargo, sólo se vislumbra un sólo camino, quizás resulte, en opinión de algunos, largo y penoso en exceso, y no se ven atajos por donde acortar la distancia a recorrer. Pero, seguramente al final, haciéndose bien las cosas, se verá que en realidad no ha sido tanto tiempo el gastado, tendiéndose a igualar de esta forma el nivel de vida de los distintos países, como Mises nos ejem-

plifican:

En el occidente alemán, en la zona más industrializada del país, - hacia 1840, las gentes pensaban que jamás podrían alcanzar a los británicos, que habían comenzado antes y que por eso gozaban de una ventaja que parecía inalemanable. Treinta años después, sin embargo, ya estaban los ingleses quitándose de la "insoponible competencia germánica". El nivel de vida alemán iba rápidamente igualándose con el de la Gran Bretaña. Y ahora la renta per capita teutona en modo alguno - resulta inferior a la de los ingleses. (SIC.p.98).

Recordemos ... que en materia económica no hay milagros. Se ha hablado y escrito mucho acerca del supuesto "milagro alemán", del resurgir de la parte occidental de la nación germánica tras su derrota y aplazamiento bélico. La verdad, sin embargo, es que no hubo milagro alguno. El país superó el atolladero en que se hallaba al concluir la segunda guerra mundial, pura y simplemente por haber apelado a los principios de la economía de mercado, pese a que, ni siquiera allí las ideas fueran jamás aplicadas en toda su integridad. El tan mentado "milagro alemán" cualquier país puede reproducirlo ... no hay milagros económicos, pues, en el mundo de la acción humana, cuando se consigue la única y exclusivamente merced a la aplicación de sensatas medidas económicas. (SIC.p.24).

Parece obvio que una organización económica eficiente es clave para lograr el progreso material. Esto implica la existencia de derechos de propiedad bien definidos que faciliten o incentiven la canalización del esfuerzo económico individual hacia actividades productivas, que provoquen - también beneficios sociales. Los derechos de propiedad que las leyes consagran, implican que se establezcan claramente las actividades que se pueden hacer y las que no se pueden llevar a cabo, tratando de beneficiar a la colectividad. Mises define así los derechos de propiedad:

El derecho de propiedad, en puridad, debe consistir, de un lado, - en que el propietario haga suyos cuantos rendimientos la cosa poseída pueda producir y, de otro, que íntegramente soporte cuantas cargas el bien en cuestión irrogue. Sólo el propietario debe disfrutar y soportar los efectos todos de su propiedad. Ha de responsabilizarse íntegramente en el manejo de sus bienes, de los resultados provocados, - tanto de los prósperos como de los adversos. Pero cuando una parte de los beneficios no se apunta al haber del propietario, ni determinadas desventajas se le cargan tampoco, éste deja de interesarse por la totalidad de los resultados de su acción. Descuenta, en tales casos, - tanto los lucros escamoteados como aquellos costos de que se le exonerara. Procede, entonces, de modo distinto a como hubiera actuado de

hallarse las normas legales más rigurosamente acomodadas a los objetivos sociales que, mediante el derroche de propiedad, se pretende alcanzar. Acometerá obras que, en otro caso, hubiera rechazado, sólo porque la imperante legalidad echa sobre ajenos hombros algunos de los costos de la operación. Se abstendrá, en cambio, de otras actuaciones que habría practicado de no verse privado, por las normas imperativas, de parte de los correspondientes beneficios. (AH.p.953-954).

Los derechos de propiedad implican el respeto a la misma como una base para poder crear riqueza; y mientras esto sucede, todos ganan: unos porque son empleados, otros por demandas requeridas y otros porque reciben impuestos. En este mismo sentido, el gobierno debe procurar dar confianza al inversor, no fomentar monopolios ni oligarquías y garantizar la libertad y la competencia (véase sección II.4.).

Las disposiciones referentes a la indemnización de daños y perjuicios por llevar a cabo una determinada actividad económica, en cierto modo, - siempre han sido imperfectas. Debemos responder por los quebrantos o daños que infligamos a los demás al realizar nuestras tareas. Pero este principio general ha tenido sus lagunas legales o sus excepciones por motivos políticos. Nuestras nos da un ejemplo:

... Para acelerar la industrialización y el transporte, en épocas pasadas, muchos países exoneran parcialmente a los propietarios de fábricas y ferrocarriles de los perjuicios que tales instalaciones irrogaban en su salud y posesiones a colindantes, clientes, operarios y terceros a través de humos, cenizas, ruidos, espantamiento de aguas y accidentes de trabajo causados por la imperfección de las máquinas y herramientas empleadas. Enos mismos idearios que otrora inspiraron las aludidas reglamentaciones en cuya virtud, unas veces táctica y otras expresamente, se disminuyó la responsabilidad empresarial por los ocasionados daños y perjuicios, hoy inducen a casi todos los gobiernos a favorecer determinadas industrias y empresas de transporte privilegiándolas mediante primas y subsidios, exenciones fiscales, protecciones arancelarias y crédito barato. Las anteriores realidades, desde luego, no obstan a que en otras ocasiones se haya agravado la responsabilidad de las industrias y empresas ferroviarias comparativamente a la exigida a las personas individuales y a las demás firmas. También, en estos casos, son políticos los objetivos perseguidos. Se asegura estar protegiendo a los pobres, a los asalariados y a los campesinos contra los acaudalados capitalistas y empresarios. (AH.pp. 954-955).

Claramente, en la cita anterior, Mises nos habla de los denominados - costos externos o externalidades, que inducen a las personas a realizar actividades que, en otro caso, no hubieran practicado debido a que parte de los inconvenientes no los pagan o soportan ellas, sino terceras personas. Nos proporciona un interesante caso, para reflexionar detenidamente acerca de la propiedad común de la tierra:

... Las tierras carentes de dueño efectivo (es indiferente se consideren propiedad pública desde un punto de vista meramente legal) las utilizan las gentes sin preocuparse del daño que puedan sufrir. Cada cual procura lucrarse al máximo, por cualquier medio, de las correspondientes -madera y caza de los bosques, riqueza pecícola de las aguas, minerales del subsuelo- desentendiéndose de los posteriores efectos que puedan producirse. La erosión de la tierra, el agotamiento de las riquezas naturales y demás futuros quebrantos constituyen costos externos que los actores para nada, en sus cálculos, ponderan. Talan los árboles sin respetar los nuevos brotes ni pensar en repoblación alguna. Aplican métodos de caza y pesca que acaban con las crías y desquebran los lugares. Las gentes, cuando antiguamente abundaban -tierras de calidad no inferior a las de la nación explotadas, no podían advertir los inconvenientes que luego tales abusivos sistemas en cerrarían. En cuanto flojaba la producción de esas esquiladas parcelas, las mismas se abandonaban para roturar otras todavía vírgenes. Sólo más tarde, cuando a medida que la población crecía, y fueron agotándose las tierras libres de primera calidad, comenzaron a pararse las gentes de lo antieconómico de su proceder. Consolidóse así la propiedad privada de la tierra cultivable. A partir de tal momento, la institución dominical fue ampliando su ámbito hasta abarcar -finalmente también los pastos, los bosques y la pesca. Paralela evolución registraron los territorios de ultramar colonizados por los occidentales, sobre todo los grandes espacios norteamericanos, cuya capacidad agraria hallaron los blancos prácticamente intocada. Hasta las últimas décadas del pasado siglo abundaron los terrenos libres en lo que se denominó la frontera. Ni la previa existencia de esas inmensas tierras libres ni su posterior desaparición constituían realidades exclusivamente americanas. La única circunstancia típicamente americana en esta materia es la de que, al acabarse esas citadas tierras libres, toda una serie de factores ideológicos e institucionales impidieron que la explotación agraria se acomodara debidamente a tal -nueva circunstancia.

En Europa central y occidental, por el contrario, donde, desde hacía siglos, imperaba con rigor la propiedad privada, por lo que atañe al aprovechamiento de la tierra, se siguió siempre otras normas. Las tierras jamás fueron esquiladas, ni abusivamente se talaron los bosques, pese a que constituían la única fuente de toda la madera con suavida en la construcción y la minería, en las forjas y herrerías, en

las fábricas de vidrio y en las de cerámica. Los propietarios de los bosques, impeliados por egoístas consideraciones, tuvieron siempre - buen cuidado de mantener la capacidad productiva de sus florestas. - Las zonas europeas más densamente habitadas y mayormente industrializadas, hasta hace bien poco todavía conservaban una quinta a una tercera parte de su superficie cubierta de bosques de primera categoría científicamente explotados. (AH.pp.955-957).

Los gobiernos occidentales desde finales del siglo XVIII empezaron a promulgar leyes con vistas a proteger la riqueza forestal. Constituiría, sin embargo, grave error el atribuir a dichas normas la conservación de los bosques europeos. Hasta mediados del siglo XIX no existieron servicios administrativos de ningún género que hicieran cumplir tales disposiciones. No es sólo eso; las autoridades de Austria o Prusia, y no digamos nada de los gobernantes de los otros estados alemanes de menor importancia, carecían de poder bastante para obligar a los aristócratas y señores locales a observar las leyes. Ningún funcionario público hubiera osado antes de 1914 llamar la atención en ninguna materia a un magnate de Bohemia o Silesia o a un - Standesherr teutónico. Los príncipes y condes, por propia interés, - cuidaban sus bosques. Precisamente porque los consideraban propiedad particular, que nadie podía quitarles, procuraban mantener incólume la renta de sus fincas y el valor de sus posesiones. (AH-p.957, nota).

Todos estos inconvenientes, que Mises señala, causados por los elevados costos externos al realizarse diferentes actividades económicas, se han - hecho muy evidentes actualmente, gracias al desarrollo de la ecología. Probablemente desaparecerían o se reducirían en gran medida, al modificarse el texto legal, reformando la responsabilidad por daños y perjuicios e in plantando plenamente el derecho de propiedad privada.

Los beneficios externos, por su parte, no constituyen la simple contraparte o contrafigura de los costos externos; tienen su ámbito y características propias:

Cuando la actividad del sujeto no beneficia sólo a él, sino además a terceros, caben dos posibilidades:

1. Que el interesado estime tan grande su personal ganancia que guste soportar íntegramente los correspondientes costos. Olvida el actor las ganancias de los demás; bástale a él las propias que piensa cosechar. Cuando una compañía protege con muros sus líneas contra el peligro de corrientes y avalanchas, procura sin oponérselo, igual protección a las adyacentes viviendas y terrenos. Desentiéndese la empresa de esos ajenos beneficios, pretendiendo tan sólo proteger sus propias instalaciones.
2. Que el correspondiente costo resulte tan elevado que ninguno de -

los potenciales beneficiarios esté dispuesto, él sola, a soportarlo íntegramente. La obra únicamente puede ser llevada a buen fin si un número suficiente de personas en ella interesadas aúnan sus esfuerzos. (AH.pp.957-958).

Continuando con el tema de los beneficios externos, Mises nos aclara - conceptos con un caso gubernamental:

El plan P no debe ejecutarse, pues los consumidores, valoran en más las satisfacciones que consideran les proporcionaría otras actuaciones. P exigiría, en efecto, detraer capital y trabaja de sometidos estimados de mayor interés por los consumidores. Pero ni el hombre medio ni el teórico pseudoeconomista suelen percatarse de la anterior realidad. Ante la indudable escasez de los disponibles factores de producción agrícola adoptan la política del avestruz. Hablan como si P pudiera ejecutarse sin costo, es decir, sin obligar a las gentes a desatender otras necesidades. En el egoísmo de aquellas a quienes sólo su lucro personal interesa -aseguran tales ideólogos- le único que impide a las masas disfrutar los beneficios de P.

Queda patente la íntima deshonestidad del sistema basado en el beneficio privado -prosiguen los aludidos críticos- si advertimos que la supuesta falta de rentabilidad de P se debe única y exclusivamente, a que los empresarios no incluyen en sus cálculos como lucro efectivo cuanto para ellos constituye mero beneficio ajeno. Tales beneficios, desde el punto de vista de la sociedad, en modo alguno pueden considerarse ajenos. La repetida obra P indudablemente beneficia, al menos, a un cierto grupo de personas, lo cual basta para que resulte incrementado el "bienestar social". La sociedad, como tal, pierde al no ejecutarse P. Por eso, cuando el empresario privado, al que sólo interesa su lucro personal, rehúye egoístamente empresas que él considerara sin rentabilidad, forzoso resulta intervenga el estado, supliendo la aludida insuficiencia de los particulares. La administración, -debe, en tales casos, o bien crear las oportunas empresas públicas o bien conceder las necesarias primas y subvenciones para que las correspondientes obras resulten atractivas a los empresarios y capitalistas privados. Tales auxilios financieros pueden otorgarse, de modo directo, mediante específico subsidio que se carga al erario, o, de forma indirecta, implantando las correspondientes barreras arancelarias, cuya onerosidad, en definitiva, gravita sobre los propios compradores de las correspondientes mercancías.

Quienes así argumentan no advierten, sin embargo, que el dinero empleado por el gobierno en la financiación de las pérdidas de las empresas públicas de referencia, en las subvenciones del caso, forzosamente ha tenido o bien que detraerse a los contribuyentes -con lo cual congruente se ha reducido la capacidad gastadora e inversora de éstos-, o bien que obtenerse de modo inflacionario. Porque nadie crea que el estado, superando al particular, pueda crear algo de la

nada. Cuanto más gasta el gobierno, menos pueden gastar los súbditos ... (AH.pp.958-959).

El común de la gente, probablemente se entusiasma con las realizaciones del gobierno. Tal vez les parezcan hasta notables; sin percatarse de que son ellas mismas quienes integran las finanzas, desatendiendo otras necesidades que hubieran cubierto de haber gastado el gobierno menos recursos en proyectos, generalmente, de dudosa rentabilidad y baja productividad, con una utilización ineficiente de los factores de la producción:

Los entusiastas de la acción estatal aún quedan más maravillados cuando la intervención del gobernante permite a productores subyuginales proseguir sus actividades desafiando la competencia de industrias, comercios y explotaciones agrícolas de mayor eficiencia. En tales casos resulta indudable -arguyen- que se ha incrementado la producción total; disponen las gentes de bienes que no hubieran existido en ausencia de la actuación administrativa. Pero la verdad es todo lo contrario: la producción y la riqueza total ha sido rebajada. Porque, al amparo de aquella intervención estatal, se implantan o prosiguen sus actividades empresas con elevados costos de producción, lo cual forzosamente da lugar a que otras firmas de costos más reducidos dejen de funcionar o restrinjan la producción. Los consumidores, pues, en definitiva, no disponen de más, sino de menos cosas. (AH.p.960).

Evidentemente Mises, con su enfoque de los derechos de propiedad, destaca la influencia que tiene la legislación y con ella el respeto a la propiedad en el camino hacia el desarrollo económico. El que los derechos de propiedad se hallen bien definidos, suele acarrear importantes fenómenos económicos: incremento de la productividad, economías de escala, mejoras en la calidad, minimización de las diseconomías, reducción en las imperfecciones del mercado, transparencia de precios, menor incertidumbre, -reducción de costos de información. Además favorece la creación intelectual y artística -propiedad intelectual- que tantos beneficios acarrearán a toda la sociedad, y en cuya ausencia pocos o nadie arriesgarían recursos privados para obtener ganancias sociales. Dentro de este contexto, se favorece igualmente la cooperación basada en lazos contractuales y la implantación de instituciones sociales que propician el ahorro y la inversión -

en gran escala. De manera que la protección legal al individuo y a la propiedad constituye una base fundamental para el progreso económico, el cual difícilmente se presenta en un ambiente de incertidumbre, expropiación, - confiscación y autoritarismo.

V.2. La democracia política y económica.

"... Es de notar que todos queremos los mismo, coincidiendo plenamente en cuanto a los objetos ambicionados; disintiendo gravemente por el contrario, en lo que a los medios atañe, - en lo que se refiere a la forma y manera de - alcanzarlos."

Murray N. Rothbard.

"Ningún ingreso, ninguno, puede subsistir con el peso acumulada de instituciones caducas, - lujas modernas y corrupción política. La corrupción, que en sí misma es el resorte perenne de toda prodigalidad y todo desorden; que nos oprime más que los millares de la deuda, que resta vigor a nuestros brazos, embiduria a nuestros consejos y roba autoridad y - crédito a las disposiciones más venerables de nuestra constitución."

Edmund Burke.

Todos queremos el desarrollo; se necesita estar demente para no desearlo. Entonces, no se trata de si deseamos o no el mayor bienestar económico para todos. Entre hombres de buena voluntad, este objetivo ha de darse por descontado. La cuestión trascendente se refiere entonces a los medios adecuados para conseguirlo. Para Mises, no hay duda al respecto: economía de mercado y democracia participativa; es decir democracia económica o del - mercado y democracia política.

Una auténtica democratización en ambos sentidos, supondría, para muchos países, una transformación de la sociedad no menos profunda y radical que la deseada por los sectores ideológicos más extremistas; transformación - que podría convertirse en una revolución pacífica que modifique desde sus raíces y estructuras más arraigadas a las sociedades que hoy luchan, con poco éxito y ya casi sin esperanza de triunfo contra el atraso económico. La democratización permitiría enfrentar el futuro con optimismo y estar - seguros de encontrar solución a los problemas del subdesarrollo. Alentaría y propiciaría la creación de riqueza, así como la participación popular en la vida política del país.

... los liberales ni divinizan a la mayoría ni la consideran infalible; no suponen que constituya, de por sí, prueba de la bondad de una política, en orden al bien común, el que los más la apoyen. Los liberales jamás recomendaron la dictadura mayoritaria ni la operación violenta de la minoría disidente. El liberalismo aspira a estructurar un sistema político que permita la pacífica cooperación social y fomente la progresiva ampliación e intensificación de las relaciones entre los hombres. El principal objetivo que persigue el idealismo liberal es la evitación del violento conflicto, de guerras y revoluciones, que pueden desintegrar la humana colaboración social, hundiendo a todo su nuevo en la primigenia barbaria, con sus imacabables luchas intestinas entre innumeras tribus y grupos políticos. Por cuanto la división del trabajo exige la paz, el liberalismo aspira a montar el sistema de gobierno que mejor la salvaguarda: el democrático. (AH.p. 243).

... Advierte al liberalismo que los gobernantes -siempre minoría- no pueden permanecer mucho tiempo en el poder si no cuentan con el apoyo de la mayoría de los gobernados. Hácese el gobierno -cualquiera que sea el sistema adoptado- en que la mayoría de los gobernados piensa que, desde el punto de vista de sus personales intereses, conviene más la obediencia y sumisión a la autoridad que la rebelión y sustitución del régimen por otro. Como de poder la mayoría para derrocar cualquier gobierno y, efectivamente, recurre a esa solución en cuanto supone que su propio bienestar lo requiere. A la larga, ni hay ni puede haber gobiernos impopulares. Guerra civil y revolución constituyen las medidas utilizadas por la mayoría descontenta para derribar a los gobernantes y reemplazar los sistemas de gobierno que considerara no le conviene. El liberalismo aspira al gobierno democrático -éste en aras de la paz social. La democracia no es, por tanto una institución revolucionaria. Antes al contrario, constituye el mejor sistema para evitar revoluciones y guerras civiles, porque hace posible adaptar pacíficamente el gobierno a los deseos de la mayoría. Si quienes detentan el poder, con su política dejan de agradar a la mayoría, la institución democrática -en la primera elección- los eliminará, reemplazándolos con quienes apoyan otras ideas. (AH.p.239).

Con respecto a la acción violenta en la democracia, Mises nos dice:

El estado o gobierno es el aparato social de compulsión y coerción. Debe monopolizar la acción violenta. Ningún individuo puede recurrir a la violencia o a la amenaza de emplearla si no ha sido el efecto autorizado por el gobierno. El estado es una institución cuya esencial función estriba en proteger las relaciones pacíficas entre los hombres. Ahora bien, si ha de guardar la paz, ha de hallarse siempre en condiciones de aplastar las acometidas de los quebrantadores del orden. - (AH.p.236).

Muchos países en desarrollo, tienen un as en la manga olvidado, para aspirar a la modernidad y al progreso material: la democracia. Ha sido un ideal relegado, supuestamente por alcanzar otros fines: el crecimiento económico, la justicia social, la afirmación nacional, conservar la cultura y la tradición, tener paz y estabilidad. Siempre existen argumentos o pretextos para limitar, posponer e desvirtuar la democracia: la historia del país se le permite. Siempre es demasiado tarde o demasiado temprano; siempre hay una tarea prioritaria o una estructura que no es prudente resolver, una supervivencia cultural imposible de superar, siempre se teme al infantilismo o inmadurez de los ciudadanos, al caos o a la desintegración nacional. Pero no parece haber otra alternativa que el confiar -de una vez por todas- en la gente. Para alcanzar el progreso político y aspirar al económica no existe más que un camino seguro: la democracia. Mal sistema decía -como es conocido- Winston Churchill, salvo en un sentido: todos los demás son peores. El mundo en desarrollo debe comprender que la democracia es el mecanismo menos injusto para intentar resolver sus apremiantes problemas. Además, no es mala medicina contra la gran corrupción que en muchos de ellos se vive, y que fomenta el desorden monetario y las aventuras económicas infundadas e improductivas. Todo parece indicar, que difícilmente un país podrá ser rico sin antes ser democrático. Probablemente lo mejor que pueden hacer los países en desarrollo es tener calma, buscar el diálogo para dirimir conflictos, y comprender que como cualquier otro país, lo peor que le puede suceder, es perder lo poco o mucho que ya han ganado en su camino hacia el desarrollo. En este sentido, en ocasiones, la autodemigración puede ser muy destructiva y llegar a extremas irrealas. Una buena forma para sobrevivir, es no tener buena memoria.

Conviene destacar que la justificación de la democracia no se basa en suponer que la mayoría goce de infalibilidad; que, invariablemente lleve la razón. (AH.p.129, nota).

... Las elecciones no garantizan que la persona elegida esté libre de todo defecto; simplemente atestiguan que a la mayoría de los electores les agrada más ése que los restantes candidatos. (AH.p.949, nota).

El concepto de gobierno mayoritario por el pueblo, recomendado por el liberalismo, no aspira a que prevalezca la masa, el hombre de la calle. Ciertamente no aboga, como algunos críticos suponen, por el gobierno de los más indignos, zafios e incapaces. No duda los liberales que sobre todo conviene a la nación ser regida por mejores. Ahora bien, opinan que la capacidad política debe ser evidenciada antes convenciéndose a los conciudadanos, que echando los tanques a la calle. Desde luego no hay modo alguno de garantizar que los electores confiarán el poder a los candidatos más competentes. Ningún sistema, sin embargo, puede ofrecer tal garantía. Si la mayoría de la nación comienza con ideas equivocadas y prefiriere candidatos indignos, se hay más solución que la de hacer lo posible por cambiar su mentalidad, exponiendo principios más razonables y recomendando hombres mejores. Ninguna minoría cosechará éxitos duraderos recurriendo a otros procedimientos. (AH.p.239).

... No es cierto que los más tengan siempre razón, ni que invariablemente conozcan los medios idóneos para alcanzar los fines deseados ... La democracia garantiza un gobierno acorde con los deseos e ideas de la mayoría; lo que en cambio, se puede impedir es que la mayoría sea víctima del error y que, consecuentemente, acuda a equivocadas sistemáticas, las cuales no sólo resultarán inapropiadas para alcanzar los fines deseados, sino que, además habrán de provocar desastres por nadie deseados ni previstos. Las mayorías pueden, desde luego, fácilmente equivocarse y destruir la civilización. No basta, para garantizar el triunfo de un cierto ideal, el que el mismo sea de condición oportuna y conveniente. Sólo si los hombres, finalmente, adoptan normas de conducta razonables e idóneas para la consecución de los fines por ellos mismos ambicionados, podrá nuestra civilización progresar; y únicamente entonces quedarán atendidos por la sociedad y el estado los deseos de los hombres, en la medida de lo posible, bien entendido que éstos jamás podrán llegar a ser enteramente felices ... (AH.p.299).

A los países en desarrollo, les urgen cambios y reformas, aun tiempo racionales y acordes con la tradición, la historia y el genio de cada pueblo. El objetivo de la modernización y el desarrollo económico, no debe alcanzarse con base en destruir o desvirtuar sus culturas, en algunos casos ancestrales. Cabe destacar que allí donde se han intentado cambiar las estructuras económicas y sociales desmantelando al mismo tiempo las instituciones democráticas, se ha fortificado a la injusticia, a la opresión, a la desigualdad -la pobreza extrema, al lado del lujo y el despilfarro-, al desorden y a la demagogia. Sin democracia los cambios han sido contraproducentes; en realidad, difícilmente se les puede considerar cambios, ya que éstos son inseparables de aquélla. Defender la democracia es defender la

posibilidad de aspirar a mejores niveles de vida.

Uno de los factores que hacen a un país más pobre y no más próspero es la excesiva planificación gubernamental que corta e inhibe a la iniciativa de los individuos como motor y generador de progreso. El estado regalañame caracteriza a muchos de los países en desarrollo, crece y crece constantemente: ante cualquier situación interviene sin el menor reparo, poniendo más y más controles a la economía, y, si como muchas veces ocurre, estos controles traen consigo problemas, se responde con un nuevo control, formándose así una cadena interminable que paraliza la vida económica. De manera que uno de los principales problemas a los que se enfrentan las economías en desarrollo, es el desproporcionado crecimiento del aparato gubernamental, mismo que se manifiesta a través del intervencionismo y el dirigismo. Muchas de las políticas económicas seguidas por dichos gobiernos tienen un tono mercantilista que hunde al país en el subdesarrollo: Excesivos impuestos, desbordante reglamentación, draconianas prohibiciones, - corrupción burocrática, coaliciones redistributivas, oportunismo político e ineficiencia económica. Muchos ciudadanos de los países en desarrollo, se sienten peor que nuestro mercader Andrés Ryff (véase sección III.1.), al buscar empleo o al intentar iniciar una empresa.

Con un estado menos intervencionista y planificador podría florecer más libremente la iniciativa individual, evitando además que aquél incorpore - sus prejuicios en cuanto a la desabilidad, tipos y ubicación de las inversiones. En ocasiones pareciera que el dirigismo propicia un sistema legal concebido para favorecer a los favorecidos y castigar a los que no lo son, impidiendo a las mayorías el acceso a la producción; condenando así al país al subdesarrollo, y hundiéndole cada vez más en la ineficiencia, la inmoralidad y la corrupción. Bajo un entorno como éste, el éxito no depende de la inventiva y el esfuerzo, sino de la aptitud para granjearse las simpatías de presidentes, ministros y demás funcionario públicos, lo que, con frecuencia, significa simplemente la aptitud para corromperlos.

Parece necesario devolver al individuo y a la iniciativa personal, la responsabilidad de dirigir la batalla contra el atraso y la pobreza, al - márgen de todo colectivismo planificado y reglamentado por gobiernos mono-

líticos. Habrá que renunciar a la legalidad y al burocratismo excesivo - que amenaza con asfixiar la espontánea división del trabajo, la libre cooperación social, la competencia económica y la iniciativa creadora. Esta renuncia implica también, un llamado de alerta a los gobiernos, para que vuelvan a tomar su función subsidiaria, garantizando un sistema jurídico fundamentado en la justicia.

La libertad de la persona, adecuadamente enmarcada en un apropiado sistema legal y fundamentada en sólidas bases éticas para producir y comerciar, es condición indispensable para el buen funcionamiento de la economía.

La democracia plena comienza con el respeto escrupuloso al voto, ya que un pueblo sin elecciones libres y transparentes, es un pueblo sin voz, sin ojos y sin brazos; pero su sentido es mucho más amplio: es una actitud ante la vida; la práctica de una tolerancia más cercana a la atención de los juicios y opiniones ajenas que la repugnancia hacia ellas; el civilizado ejercicio de una crítica en la que la imaginación, la fundamentación, el razonamiento fecundo y el realismo desplazan a las reacciones viscerales, dogmáticas y autocomplacientes; el respeto a la persona y a la opinión del prójimo; el mirar sin prejuicios y con benevolencia los juicios ajenos, la consideración de la variedad y la pluralidad como fines en sí mismas; la vigilancia atenta y regulada del poder, junto a la posibilidad de orientarlo, limitarlo y pedirle cuentas; la exigencia de un manejo prudente en la dirección de la economía; la experiencia cotidiana -individual o colectiva- de labrar el destino propia con el propio esfuerzo. Entendida así, la democracia no es una panacea, sino una forma de convivencia en la libertad y en el diálogo. El verdadero diálogo, desata los nudos, disipa las suspicacias, abre las puertas, soluciona los conflictos, es vínculo de unidad y engrandece a la persona y a la comunidad; nuestras desinteligencias se deben casi siempre a la falta de diálogo, que nunca debe ser una discusión estéril, sino una búsqueda de la verdad entre personas que se necesitan y se complementan.

El camino hacia el desarrollo económico se debe buscar en la libertad, la solidaridad, en el trabajo arduo y fecundo, la eficiencia y la productividad, la sensatez y prudencia en el manejo de los recursos; poniendo el talento de todos los ciudadanos al servicio de la auténtica generación de riqueza.

VI. Conclusiones.

1. Ludwig von Mises anticipa y prelude a los monetaristas y a los teóricos de las expectativas racionales en sus enfoques sobre la dinámica de la economía, el fenómeno inflacionario y las fluctuaciones cíclicas.
2. Prácticamente ninguna de las concepciones y aportaciones de Mises a la economía, se entiende fuera de la escuela austriaca.
3. Para Mises, la economía, es la parte mejor estructurada, hasta ahora, - de una ciencia más general de la actividad humana que es la praxeología.
4. El método de la economía, para Mises, debe ser deductivo, no matemático, psicológico, apriorístico y no histórico.
5. La ciencia económica es una ciencia de medios, no de fines. Procura indicar los medios los medios más adecuados para alcanzar los objetivos concretos que los seres humanos dicen apetecer. En este sentido, se puede hablar de bueno o malo, en relación a los medios adecuados para lograr los objetivos deseados.
6. Para Mises, el conocimiento histórico tiene que ser interpretado a la luz de los conocimientos praxeológicos. Es decir, sólo se tornan inteligibles mediante concepciones teóricas previamente deducidas.
7. La metodología de la física no puede ser utilizada en la praxeología, ni en la economía, ya que en la esfera típicamente humana, no hay regularidades históricas, ni leyes cuantitativas, ya que los hombres operamos de manera dispar según los impulsos personales que en cada momento nos hacen actuar.
8. El progreso en la ciencia praxeológica y económica, en opinión de nuestro economista, sólo es posible a fuerza de pensar, reflexionar y meditar. Es análogo al progreso de la filosofía.
9. La estadística y la historia, de nada valen a la economía, si no van acompañadas de una explicación deductiva y apriorística de los hechos. Para Mises, los hechos no hablan, necesitan que se hable de ellos por boca de una teoría previa que los explique. Ninguna discusión económica puede solucionarse con la simple vista de los hechos históricos, es preciso recurrir a las previamente deducidas y estructuradas teorías praxeológicas.
10. En el mundo de la acción humana, nada es permanente excepto las cate-

gorías praxeológicas.

11. La utilización de las matemáticas en economía es muy cuestionable, ya que al utilizar los modelos y ecuaciones matemáticas, corremos el riesgo de "congelar" la actividad de los sujetos económicos, al no distinguir - claramente entre fines y medios, y tampoco reflejar la libertad y la voluntad del ser humano, sus anhelos, fracasos, éxitos; fenómenos todos éstos que escapan al ámbito de la cantidad que es el terreno propio de las matemáticas. Estas, tampoco muestran claramente la función empresarial, - que en un momento determinado viene a romper el "equilibrio" manejado por los modelos algebraicos.

12. Para Mises, la ciencia económica es indivisible, no admite subdivisiones ni secciones particulares; todos los fenómenos de la acción humana están inexorablemente interconectados. El estudio de la ciencia económica debe tomar esto en cuenta y procurar considerar en sus investigaciones al conjunto de saber económico. La división común de la ciencia económica en microeconomía y macroeconomía, sencillamente para nuestro autor, no existe. La economía es un todo unitario, sin divisiones.

13. Mises considera a la economía de mercado, como el mejor orden económico posible.

14. La cataláctica o ciencia del intercambio en el mercado libre, afirma que en un acto de intercambio, ambas partes salen ganando, valorando siempre cada una de ellas en más lo que recibe que lo que entrega. La reiteración de actos de intercambio engendra al mercado, al desarrollarse la especialización y la división del trabajo.

15. El no comprender la dinámica de la formación de los precios puede traer consigo una serie de controles de precios y medidas intervencionistas, - que desajusten la economía, terminando por perjudicar a los grupos sociales a los que se quería ayudar, principalmente a los más pobres. Normalmente son medidas erróneas o malas desde el punto de vista de que no consiguen los objetivos para los que fueron elaboradas e instrumentadas, y muchas veces, los resultados son del todo contrarios a los esperados, perjudicando a quien se quería ayudar.

16. Cuando un medio de cambio se hace de uso común, se transforma en ding

rc. El cambio directo o trueque, no es lo mismo que el cambio indirecto, ya que el dinero no es neutral y tiene una fuerza impulsora propia -es un factor dinámico en la economía-; lo que provee que los cambios registrados por la economía no sean simultáneos, ni proporcionales, ni uniformes, ni coetáneos.

17. Los clásicos, a diferencia de los marginalistas o neoclásicos, y en especial de los austriacos, no pudieron estructurar una ciencia general de la acción humana -praxeología-, debido a que erraron en su metodología, la cual consideraba grupos o clases de personas -terratenientes, trabajadores, capitalistas-, olvidando al agente básico que realmente opera en el escenario económico: el individuo. También debido a este error metodológico, no llegaron a explicar completamente las fuerzas que determinan el valor y los precios del mercado.

18. El consumidor es quien finalmente orienta la producción, quien premia con ganancias y castiga con pérdidas al productor. Para Mises, las apetencias de los consumidores constituyen la causa y razón fundamental de la producción y el intercambio mercantil.

19. La dinámica de la economía, surge gracias a la fuerza que le imprimen los ágiles y especulativos empresarios, al buscar el lucro personal en las diferencias de precios de bienes y de factores productivos. Los empresarios interpretan de manera diferente la información en los mercados; el prever con mayor acierto que los demás, el disrepar y el arriesgarse son parte fundamental de su actividad.

20. La producción y la distribución están encadenadas en el proceso económico. Las valoraciones de los consumidores y la subsiguiente demanda de los adquirentes determina los precios de los bienes efectivamente comprados en el mercado. Estos precios orientan la actividad productiva, alumbrando con ello a los precios de los factores productivos. La distribución de lo producido se alcanza por vía del precio de mercado de cada factor interviniente.

21. Es imposible eliminar de una economía de mercado la figura del empresario. Los factores de la producción no se pueden reunir espontáneamente para engendrar el bien de que se trate; es imprescindible la intervención

de un agente que coordina la producción. Eliminando al empresario, desaparece la fuerza que mueve al mercado. Para Mises, la gente es infinitamente empresaria, ya que la acción humana implica enfrentarse con un futuro incierto y desconocido, lo que lleva al hombre a especular.

22. La actividad del hombre, invariablemente ha de enfrentarse con un futuro incierto. Dejaría de haber incertidumbre si fuera posible predecir el futuro del mercado; desaparecerían en ese caso las pérdidas y las ganancias empresariales. El empresario ha de acomodar la producción a la demanda de los consumidores, organizar la producción y convertirse en un agente de innovación y progreso económico.

23. La posición del Estado en la economía no se diferencia en modo alguno de la que ocupan los otros sujetos que realizan operaciones comerciales. Ciertamente puede ejercer la influencia más poderosa sobre la oferta y la demanda, pero no por ello puede hacer caso omiso de las leyes de fijación de los precios, y es el responsable de las más fuertes perturbaciones del mercado.

24. La economía de mercado no muestra una tendencia hacia los precios de monopolio. La mayor parte de éstos se han frugado bajo el amparo de la intervención gubernamental en la economía. Poca trascendencia tendrían los monopolios que surgirían sin la intervención estatal, pues habrían aumentado a muy pocos bienes.

25. Los empresarios, al igual que el resto de las demás personas, no actúan como miembros pertenecientes a determinada clase, sino como puros individuos. La actividad empresarial impulsa al mercado. Las pérdidas y ganancias empresariales son parte fundamental del mecanismo que otorga el control del mercado al consumidor. Sólo los empresarios que atienden a la demanda permanecen en el mercado.

26. El ser humano, invariables las restantes circunstancias prefiere satisfacer sus necesidades lo más pronto posible, los bienes presentes tienen para él mayor valor que los bienes futuros. Esta preferencia temporal constituye requisito categórico del actuar humano, y es la base fundamental del fenómeno del interés.

27. El dinero es un medio de cambio comúnmente aceptado. La función básica del dinero es la de ser medio de intercambio. De ésta, se deducen cualesquiera otras funciones del mismo.

28. El precio del dinero es la cantidad de bienes y servicios que se pueden adquirir con ese dinero.

29. El dinero no es un factor de índole neutral en la economía. Por ello, las variaciones en el poder adquisitivo del dinero no son proporcionales - ni coetáneas y provocan alteraciones en la distribución del ingreso y de la riqueza. Al aumentar la oferta monetaria, se provoca una convulsión o revuelta de precios; que cambian las razones de intercambio existentes entre los distintos bienes y servicios. De ninguna manera se provoca un alza proporcional en todos los precios. El saber qué personas o grupos se beneficiarán o se perjudicarán, después de un fenómeno inflacionario o deflacionario, depende de las circunstancias particulares de cada caso en particular; aunque normalmente de un inflación, salen perjudicadas las clases medias y bajas - asalariados, burócratas, maestros, técnicos, pensionados, jubilados-. Muchas veces se perjudica a quienes se quería beneficiar con el intervencionismo monetario y crediticio. Basta un inflación hasta cierto punto moderada, para desarticular la estructura productiva de la sociedad.

30. Los índices de precios son un mal instrumento para medir la inflación, sólo pretan algún servicio en el corto plazo, debido a que una economía doméstica, no compra siempre los mismos bienes ni en las mismas cantidades, ni la calidad de los productos es la misma, ni tampoco la utilidad que les proporcionan a las personas permanece invariable.

31. Inflación, para Mises, es el aumento de la cantidad de dinero en circulación, lo cual traerá como consecuencia que aumenten los precios. Deflación es la disminución de la oferta monetaria, lo que provocará que disminuyan los precios.

32. Los objetivos que puede perseguir una política monetaria expansiva no se logran: Difícilmente se benefician, a la larga, los deudores sobre los acreedores, ya que aumentan las tasas de interés, debido a la compensación de las mismas por variaciones en los precios. Tampoco se favorece a

las exportaciones y se desincentiva a las importaciones, ya que habrá previsiones devaluatorias y de ajuste del tipo de cambio. El inflacionismo es mala política, ya que no logra sus objetivos, y sus consecuencias para la sociedad serán muy negativas.

33. Ninguna nación, ni aún la más pobre, tiene que renunciar a la esperanza de poseer condiciones monetarias sanas. Lo que hace devaluar la moneda no es la pobreza de los individuos o de la sociedad, ni las deudas contraídas con el exterior, ni las condiciones desfavorables de la producción. Para Mises, fundamentalmente lo que hace aumentar el tipo de cambio es la inflación.

34. La inflación, si es continuada con insistencia e ininterrumpidamente, conducirá, eventualmente al fracaso. El poder adquisitivo del dinero irá disminuyendo cada vez más y más hasta provocar, en el extremo, la ruina del sistema monetario. La moneda se deprecia a tal grado, que se vuelve inepta como medio de cambio. Al final se ve desplazada por otro medio de intercambio.

35. Al haber una inflación en la economía, el efecto inicial es de disminuir la tasa de interés, pero posteriormente, ésta tiende a subir; es la llamada compensación del tipo de interés por variaciones en los precios. Pero debido a que las fluctuaciones en los precios, no son como una marra que cambia uniformemente, sino que se trata de un movimiento no proporcional ni coetáneo, por ello, la compensación del interés por variaciones en los precios, nunca es perfecta. No llega a nulificar enteramente, ni siquiera en la esfera crediticia, los efectos de los cambios registrados por la relación monetaria; no logra provocar tasas enteramente compensatorias.

36. A largo plazo, el dinero cuyo valor baja va hermanado con el tipo de interés que sube; viceversa, el dinero cuyo valor sube, se relaciona con la tasa de interés que baja.

37. Ante una inflación exagerada y persistente, se desarticula el sistema monetario, aparece una alza desmedida de todos los precios así como un incremento exagerado de la compensación positiva por variaciones de los precios en la tasa de interés. Finalmente ningún interés, por alto que sea, contrarresta las pérdidas que trae consigo el proceso inflacionario.

38. La economía bajo sus propios impulsos tiende al equilibrio. El ciclo económico es un fenómeno estrechamente ligado a factores monetarios y crediticios.

39. Al haber una expansión monetaria y crediticia disminuye la tasa de interés. El mantenimiento artificial debajo de su nivel natural, por medio de irrupciones de dinero, provoca un período de auge en la economía. Al aumentar la demanda por créditos se tratan de realizar aventuras económicas públicas y privadas irreales y difícilmente justificables. La baja de la tasa de interés falsa el análisis y la evaluación de los proyectos de inversión, haciendo parecer rentables aventuras empresariales que en realidad no lo son, iniciándose así una supuesta bonanza económica.

40. El período de auge no continuará por un prolongado período de tiempo sin nuevos incrementos monetarios. La economía tendería entonces a regresar a sus niveles naturales de tasa de interés y empleo. De continuar la expansión monetaria vendría la hiperinflación, la estancflación y el caos monetario. Para un incremento efectivo de la producción lo que se necesita son nuevos bienes de capital y no dinero.

41. Si se interrumpe la expansión monetaria y crediticia el período de auge termina. Incluso manteniéndose el momento de la oferta monetaria, el auge tiende a terminar por la compensación de la tasa de interés por variaciones en los precios, y por la inexistencia de bienes de capital. El mercado se ajusta mediante una recesión. Es un error tratar de avivar el período de auge, emitiendo más dinero, esto llevaría a la ruina al sistema monetaria y a una severa crisis a la economía.

42. Probablemente el daño moral que sufren los ciudadanos durante la crisis es mayor que el daño material.

43. Las fluctuaciones cíclicas, no son inherentes a la economía de mercado. Se deben a los reiterados intentos por parte del gobierno por disminuir la tasa de interés mediante la expansión monetaria y crediticia. No hay forma de evitar la recesión, después de haberse provocado un auge. Sólo cabe optar entre aceptar el reajuste del mercado, poniendo fin voluntariamente al aumento de la oferta monetaria, o continuar la política

de dinero barato, lo cual desajustaría completamente el sistema productivo, haciendo más severa la crisis, acompañada normalmente de hiperinflación.

44. Para Mises, corresponde al gobierno, en particular a las autoridades monetarias, la plena responsabilidad de las fluctuaciones de la actividad económica.

45. Durante el período de auge, la asignación de los recursos se ha trastocado, se utilizan factores productivos en determinados sectores, desvirtuándolos de otros donde eran más urgentemente requeridos: Están mal repartidos entre las diversas ramas industriales. Existen instalaciones productivas subutilizadas. El mercado reclama bienes diferentes a los que estas instalaciones pueden producir. La imperfecta asignación de recursos, se tiene que remediar por la acumulación de nuevo ahorro, nuevos capitales y su posterior inversión donde más se necesita. El hecho de que las inversiones infundadas del auge sean tangibles no disculpa el derroche y la mala inversión; había alternativas en la economía más productivas y deseadas por los consumidores.

46. El auge, y su consecuencia inevitable, la depresión, empobrecen. Retardan al país en su camino hacia el desarrollo económico. Hoy en día nadie apoya la idea de que para lograr crecer sea necesario provocar inflación. Se pueden hacer por lo menos cinco críticas al período de auge artificial: la improductividad de las inversiones, su origen derivado de la expansión monetaria y crediticia, el ritmo acelerado con que se hicieron, el destino a que se aplicaron y la mala asignación de recursos resultante, que entre otros problemas origina desempleo.

47. El período de auge nunca aparecería si no se acompañara de una expansión monetaria y crediticia. De no presentarse una caída en la producción total de la economía, con la consiguiente reducción de la oferta de todos los bienes, entonces, sólo podría producirse una tendencia general hacia el aumento de los precios, debido a un previo crecimiento de la oferta monetaria. Por ello, las explicaciones no monetarias del ciclo económico, terminan por afirmar simplemente, que la explicación monetaria y crediticia del ciclo económico, es una condición necesaria, más no suficiente pa-

ra que ocurra un ciclo, requiriéndose otras circunstancias o causas para desencadenar el fenómeno.

48. Para Mises, el sistema de mercado ha sabido adaptar de modo bastante satisfactorie la producción y distribución de los millones de bienes y servicios a todas las circunstancias en que se manifiesta la actividad económica; por ello, es arbitraria pensar que la presencia de específico accidente -variaciones en las cosechas, alteraciones climáticas, fenómenos de pánico, cambios en las expectativas, modificaciones demográficas, estructura- desajustará completamente a la economía, ocasionando un período de auge -el afán de querer ampliar la producción en todos los sectores de la actividad económica- y una depresión general.

49. Las ideas misianas, que preludian al monetarismo y a las expectativas racionales, deben ser consideradas, junto con estas últimas, en la teoría y política económica. Forman parte de una corriente, que en los últimos años quiere hacernos volver a una economía sana y estable; a un manejo de la misma prudente y sensato. Suponen una crítica seria a los modelos keynesianos e intervencionistas, cuestionando esquemas en vigor durante décadas. Parece claro que estos desarrollos teóricos serán importantes en el futuro; sobre todo en lo concerniente a su petición de disciplina monetaria, que en el caso concreto de Mises, llega a la propuesta de volver al patrón oro.

50. Elevar la producción de la economía es fin, el empleo, el medio de conseguirlo. No es posible prolongar indefinidamente una situación de pleno rendimiento de la economía, sin provocar un alto nivel de empleo. Por contra, en el corto plazo, se puede conseguir una baja tasa de desempleo sin haber alcanzado una producción plena. La política económica debe buscar elevar la producción al máximo y con esta base aliviar el grave problema - distributivo.

51. El progreso económico sólo es posible a base de ampliar, mediante el ahorro, la cuantía de los bienes de capital, y de perfeccionar los métodos de producción. Los países en desarrollo necesitan implantar una estructura política, económica y social, que favorezca el proceso ahorrrativo, la acumulación de capital, la creación de empresas, la iniciativa individual y

la productividad.

52. Una organización económica eficiente es fundamental para lograr el progreso material, lo que implica derechos de propiedad bien definidos, así como respeto a la misma. Un exagerado número de controles en la economía o de medidas confiscatorias, crean oligarquías, favorecen a los privilegiados, restan dinamismo a la economía y no permiten la inversión o la reinversión de capitales provocando estancamiento e inmovilidad.

53. Para conseguir mayor bienestar y progreso económico, se requiere de una democracia política y de una democracia económica. Bajo un entorno como éste, florecerían más libremente la iniciativa y el esfuerzo individual, para generar auténtica riqueza.

VII. Referencias.

Capítulo I.

- (1) Cfr. Rothbard, Murray N., *Lo esencial de Ludwig von Mises*, Unión Editorial, Madrid, 1985, pp.7-10.
Cfr. Oser, Jacob y Blanchfield, William., *Historia del pensamiento económico*, Aguilar, Madrid, 1980, pp.241-245.
Cfr. Roll, Eric., *Historia de las doctrinas económicas*, Fondo de Cultura Económica, México, 1982, pp.362-367.
- (2) Cfr. Espinas., "Les origines de la technologie", *Revue Philosophique*, año IV, XXX, 114-115, 1890, y el libro con el mismo título, publicado en París en 1897, citado por Mises (AH.p.21).
- (3) Cfr. Whately., *Introductory Lectures on Political Economy*, Londres, 1831, pag.7, citado por Mises (AH.p.21).
- (4) Cfr. Hobbins, Lionel. *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, pp. 40 y 49.
- (5) *Ibid.*, pp.49-50.
- (6) Cfr. Kirzner, Israel., "Ludwig von Mises y la política económica", *Conferencia pronunciada durante el V Foro Internacional Ludwig von Mises*, el día 26 de octubre de 1988. México, D.F.
- (7) Cfr. Barbado, D., *Ética o filosofía moral, fundamentos*, México, 1974, pp. 16-21.
Cfr. Haffner, Joseph., *Manual de Doctrina Social Cristiana*, Editora de Revistas, México, 1984, pp.183-184.
- (8) Cfr. Cohen y Nagel., *An introduction to logic and Scientific Method*, Nueva York, 1939, pp.316-322, citada por Mises (AH.p.94).
- (9) Cfr. Rothbard, Murray N., *op. cit.* pp.33-34.
- (10) *Ibid.*, p.37.
- (11) *Ibidem.*
- (12) *Ibid.*, p.38.

Capítulo II.

- (1) Emile, Samuel., A critical dissertation on the nature, measures and causes of values, Londres, 1825, reimpresa en el num.7 de Series of Reprints of Scarce Tracts in Economics, Londres, 1931, citada por Mises (AH-p.339).
- (2) Höpke, Wilhelm., Introducción a la economía política, Unión Editorial, Madrid, 1974, p.31.
- (3) Cfr. Rothbard, Murray N., op. cit. pp.10-11.
- (4) Ibid., p.12.
- (5) Cfr. Ferguson, C.E., y Gould, J.P., Teoría microeconómica, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, pp.20-25.
Cfr. Miller, Roger Le Roy., Microeconomía, Mc Graw-Hill, México, 1980, pp.28-33.
- (6) Friedman, Milton., "Mecanismos de mercado y planificación económica - central", Perspectivas económicas, septiembre de 1983, pp.78-83.
- (7) Cfr. Lipsey, Richard., Introducción a la economía positiva, Vicens-Vives, Barcelona, 1979, pp.150-154.
Cfr. Hazlitt, Henry., La economía en una lección, Empirés, México, - 1985, pp. 108-118.
- (8) Cfr. Quesz, Jacob y Blanchfield, William., op. cit. pp.222.
Cfr. Ferguson, J.E., Historia de la economía, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, pp.147-148.
- (9) Cfr. Rothbard, Murray N., op. cit. pp.12,13 y 38.
- (10) Ibid., pp.14-15.
- (11) Cfr. Hazlitt, Henry., op. cit. p.193.
- (12) Ibid., pp.197-199.
- (13) Cfr. Quesz, Jacob y Blanchfield, William., op. cit. pp.483-484.
Cfr. Roll, Eric., op. cit. pp.483-484.
- (14) Cfr. Hazlitt, Henry., op. cit. pp.204-207.
- (15) Ibid., pp. 207-209.

Capítulo III.

- (1) Cfr. Hayak, Friedrich A., ¿Inflación o pleno empleo?, Diana, México, 1979, p.90.
- (2) Scheifler-Améaga, Xavier., Historia del pensamiento económico, Trillas, México, 1979, pp.34-38.
- (3) Ibid., pp.80-87.
- (4) Cfr. Robbins, Lionel., La introducción a la Teoría del dinero y el crédito de Mises (véase bibliografía).
- (5) Rothbard, Murray N., op. cit., pp.17-18.
- (6) Deffe, Daniel., Robinson Crusoe, Editorial Porrúa, Colección Sepan - Cuantos, número 140, México, 1975, p.30.
- (7) Hailbruner, Robert E., Vida y doctrina de los grandes economistas, Aguilar, Madrid, 1982, v.14.
- (8) Cfr. Rothbard, Murray N., op. cit. pp.21-22.
- (9) Ibid., pp.20-21.
- (10) Cfr. Laidler, David., "El monetarismo interpretación y evaluación", Boletín CEMLA, volumen XVIII, número 2, marzo-abril 1982, pp.67-87.
- (11) Cfr. Hazlitt, Henry., pp.181-182.
- (12) Ibid., p.183.
- (13) Cfr. Dornbush, Rudiger y Fischer, Stanley., Macroeconomía, Mc Graw-Hill, Bogotá, 1980, pp.39-41.
- (14) Hazlitt, Henry., op. cit. p.184.
- (15) Cfr. Friedman, Milton., Libertad de elegir, Ediciones Orbis, Barcelona, 1980, p.354.
- (16) ibidem.
- (17) Hazlitt, Henry., op. cit. pp.188-189.
- (18) Cfr. Fisher, Irving., The rate of interest, Nueva York, 1907, pp.77 y siguientes, citada por Mises (AH.p.796).
- (19) Cfr. Laidler, David., op. cit. pp.67-68.

- (20) Friedman, Milton., "La función de la política monetaria", The American Economic Review, marzo de 1968 (traducido al español por el CENLA).
- (21) Friedman, Milton., "La política fiscal y monetaria", conferencia pronunciada en el Seminario Institucional organizado por Bashe and Company Inc., efectuado en Ginebra, el 25 de abril de 1969 (traducido al español por el CENLA).

Capítulo IV.

- (1) Cfr. Rothbard, Murray N., op. cit. p.24.
- (2) Ibid., p.25.
- (3) Cfr. Dis, Adolfo C., Oferta Monetaria, CENLA, México, 1976, pp.1-10.
Cfr. Samuelson, Paul.A., Economía, Mc Graw-Hill, México, 1984, pp.319-329 y 338-346..
- (4) Cfr. Haberler, G.V., Prosperity and Depression, nueva edición de la Revista de la Sociedad de Naciones, Ginebra, 1939, p.7, citado por Mises (AH.p.811).
- (5) Rothbard, Murray N., op. cit. pp. 25-27.
- (6) Friedman, Milton., "La función de la política monetaria", op. cit.
- (7) Ibidem.
- (8) Ibidem.
- (9) Cfr. Machlup, Fritz., The stock market, credit and capital formation, p. 248. (Machlup denomina "inflacionismo pasivo" a esa conducta bancaria). Citado por Mises (AH:p.836).
- (10) Cfr. Hayek, Friedrich A., Prices and production, Londres, segunda edición, 1935, pp. 36 y siguientes, citado por Mises (AH:p. 846).
- (11) Cfr. Hayek, Friedrich A., ¿Inflación o pleno empleo?, op. cit. pp.14-21 y 49.
- (12) Ibid., pp. 66-69 y 117-118.
- (13) Cfr. Samuelson, Paul A., op. cit., pp.278-280.
Cfr. Errasti, Francisco., Introducción a la economía, KUNSA, Pamplona, 1975, pp.311-312.

- (14) Cfr. Liga de las Naciones, *Economic Stability in the Post-War World. Informe del Comité de Depresiones Económicas*, II Ginebra, 1945, p. 173, citado por Mises (AH-pp.1151,1152).
- (15) Friedman, Milton., "La función de la política monetaria, op. cit.
- (16) Cfr. Argandoña, Antonio., *La teoría monetaria moderna*, Ariel, Barcelona, 1984, p.413.
Cfr. Mc Callum, Bennett., "The significance of rational expectations theory", *Challenge*, enero-febrero 1980, pp.37-43.
- (17) Cfr. Argandoña, Antonio., op. cit. pp. 430-431 y 440-441.
Cfr. Sargent, Thomas J., y Wallace, Neil., "Rational expectations and the Theory of economic policy", *Journal of monetary economics*, abril de 1976, pp. 169-183 (constituye una visión muy formal e matemática de las expectativas racionales).
Cfr. Gorán, Robert J., *Macroeconomía*, Wadsworth, México, 1983, pp. 252-255.
Cfr. Samuelson, Paul A., op. cit. pp.350-352.
- (18) Cfr. Hault, Henry., op. cit., pp. 12, 15 y 57.
- (19) Ibid., pp.12-13.
- (20) Ibid. pp. 18-19 y 21.
- (21) Ibid. pp.23, 24 y 191.
- (22) Ibid. p.25.
- (23) Ibid. p.30.
- (24) Ibid., p.49 y 70-73.
- (25) Ibid., p.15.
- (26) Friedman, Milton., "La función de la política monetaria", op. cit.
- (27) Ibidem.
- (28) Hayek, Friedrich., op. cit. pp.57-58.

Capítulo V.

- (1) Friedman, Milton., "La función de la política monetaria", op. cit.
- (2) Hjalitt, Henry., op. cit. p. 145.

VIII. Obras consultadas.

- Argandoña, Antonio., *La teoría monetaria moderna*, Ariel, Barcelona, 1984.
- Barbadette, D., *Ética o filosofía moral, Tradición*, México, 1974.
- Beznock, Graham., Baxter, R.E., y Hess, Ray., *The penguin Sictionary of Economics*, Penguin Books, Gran Bretaña, 1978.
- Daza, Arturo., "El mercado libre entre la espada y la puerta", *Istae*, marzo-abril, 1986.
- _____ "El otro sendero", *Istae*, julio-agosto, 1987.
- Diz, Adolfo C., *Oferta monetaria*, CEMIA, México, 1976.
- Dornbusch, Rudiger y Fischer, Stanley., *Macroeconomía*, Mc Graw-Hill, Bogotá, 1980.
- Errasti, Francisco., *Introducción a la economía*, EUNSA, Pamplona, 1975.
- Ferguson, J.M., *Historia de la economía*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Ferguson, C.E., y Gould, J.P., *Teoría microeconómica*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.
- Friedman, Milton., *Libertad de elegir*, Ediciones Orbis, Barcelona, 1980.
- _____ "La función de la política monetaria", *The American Economic Review*, marzo de 1968, (traducido al español por el CEMIA).
- _____ "La política fiscal y monetaria", conferencia pronunciada en el Seminario Institucional organizada por Baehs and Company Inc., efectuado en Ginebra, el 25 de abril de 1969 (traducido al español por el CEMIA).
- _____ "Mecanismos de mercado y planificación económica central", *Perspectivas económicas*, septiembre de 1983.

- Gordon, Robert J., *Macroeconomía*, Wadsworth, México, 1983.
- Hayek, Friedrich A., *¿Inflación o pleno empleo?*, Diana, México, 1979.
- Haultitt, Henry., *La economía en una lección*, Emiprés, México, 1985.
- Heilbroner, Robert L., *Vida y doctrina de los grandes economistas*, Aguilar, Madrid, 1982.
- Höffner, Joseph., *Manual de doctrina social cristiana*, Editora de Revistas, México, 1984.
- Krause, Enrique., *Por una democracia sin adjetivos*, Joaquín Mortiz Planeta, México, 1986.
- Laidler, David., *La demanda de dinero: teorías y evidencia*, Bosch, Barcelona, 1972.
- _____ "El monetarismo interpretación y evaluación", *Boletín - CENEA*, volumen XXVIII, marzo-abril 1982.
- Lipsey, Richard., *Introducción a la economía positiva*, Vicens-Vives, Barcelona, 1979.
- León Garm, Miguel., *Vocación industrial de México*, CECSA, México, 1987.
- Miller, Roger Le Roy., *Microeconomía*, Mc Graw-Hill, México, 1980.
- Mises, Ludwig von., *La acción humana*, Unión Editorial, Madrid, 1980. Denotado en el texto con las siglas AH.
- _____ *Teoría del dinero y el crédito*, Ediciones Zeus, Barcelona, 1961. Denotado en el texto con las siglas TDG.
- _____ *Seis lecciones sobre el capitalismo*, Emiprés, México, 1985. Denotado en el texto con las siglas SLC.
- Oser, Jacob y Blanchfield, William., *Historia del pensamiento económico*, Aguilar, Madrid, 1980.

- Paz, Octavia., *Tiempo hablado, Origen Planeta, México, 1985.*
- Rabbins, Lionel., *Ensayo sobre la naturaleza y significación de la ciencia económica, Fondo de Cultura Económica, México, 1980.*
- Reil, Eric., *Historia de las doctrinas económicas, Fondo de Cultura Económica, México, 1982.*
- Röpke, Wilhelm., *Introducción a la economía política, Unión Editorial, Madrid, 1974.*
- Rothbard, Murray N., *Lo esencial de Ludwig von Mises, Unión Editorial, Madrid, 1985.*
- Samuelson, Paul A., *Economía, Mc Graw-Hill, México, 1984.*
- Sanabria, José Rubén., *Ética, Ferrás, México, 1982.*
- Scheifler-Améaga, Xavier., *Historia del pensamiento económico, Trillas, México, 1979.*
- Schumpeter, Joseph A., *Historia del análisis económico, Ariel, 1982.*
- Selden, Arthur., y Penance, P.C., *Diccionario de economía, cinco-tau, - Barcelona, 1980.*
- Serrate, Víctor., *"Los mitos del subdesarrollo", Istma, enero-febrero, 1986.*